UNE ✦ SACRA

Espiritismo

El Evangelio según el Espiritismo

✦ ✦ ✦

Allan Kardec

Traducción (edición 1.3)

Créditos

Autor	Allan Kardec
Fecha	1864 (3.ª edición, 1866)
Idioma original	Francés
Versión	Traducción (edición 1.3)
Traducción	Traducción popular, a partir del original francés
Fuente	Internet Archive — L'Évangile selon le spiritisme, 3e éd. (Paris, Dentu, 1866), OCR corrigé avec les numérisations bub_gb_yfcU9eVzmVMC (1866) et levangileselonle00kard (1876)
Licencia	CC BY-NC-SA 4.0 · original: Dominio público

Acerca de:

El Evangelio según el Espiritismo, publicado por Allan Kardec en abril de 1864 con el título Imitación del Evangelio según el Espiritismo y refundido en la 3.ª edición (1866), que fijó su forma definitiva, reúne los pasajes morales de los Evangelios —los que, según Kardec, todos los cristianos aceptan sin controversia— y los explica a la luz de la doctrina espírita.

Cada uno de los 28 capítulos parte de una enseñanza de Jesús («Bienaventurados los afligidos», «Amad a vuestros enemigos», «Fuera de la caridad no hay salvación»), la comenta y la completa con «Instrucciones de los Espíritus», mensajes firmados por Espíritus como San Agustín, Fénelon o el Espíritu de Verdad.

La Introducción explica el objetivo de la obra y la autoridad de la doctrina espírita, y trae noticias históricas sobre fariseos, saduceos, esenios y otros grupos, además de un resumen de la doctrina de Sócrates y Platón.

El último capítulo es una colección de oraciones espíritas. Los ítems se numeran de nuevo en cada capítulo. El texto sigue la 3.ª edición (1866).

En Brasil es el libro espírita más leído y la base del "Evangelio en el Hogar", la lectura semanal en familia que se practica en los hogares espíritas.

Fuente: https://archive.org/details/lvangileselonles00kard

Esta traducción popular y el diseño de este archivo son de Une Sacra, bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0): puede copiarse y compartirse citando "Une Sacra (unesacra.com)", sin uso comercial y con la misma licencia. El texto original sigue la licencia de su fuente. Términos de uso: unesacra.com/#/legal/terms

Edición digital generada el 26 de noviembre de 2026 por Une Sacra, biblioteca abierta de textos sagrados. · UneSacra.com

Índice

Introducción

I. No he venido a destruir la ley

II. Mi reino no es de este mundo

III. Hay muchas moradas en la casa de mi Padre

IV. Nadie puede ver el reino de Dios si no nace de nuevo

V. Bienaventurados los afligidos

VI. El Cristo consolador

VII. Bienaventurados los pobres de espíritu

VIII. Bienaventurados los que tienen el corazón puro

IX. Bienaventurados los mansos y los pacíficos

X. Bienaventurados los misericordiosos

XI. Amar al prójimo como a uno mismo

XII. Amad a vuestros enemigos

XIII. Que vuestra mano izquierda no sepa lo que da vuestra mano derecha

XIV. Honrad a vuestro padre y a vuestra madre

XV. Fuera de la caridad no hay salvación

XVI. No se puede servir a Dios y a Mamón

XVII. Sed perfectos

XVIII. Muchos llamados y pocos elegidos

XIX. La fe transporta las montañas

XX. Los obreros de la última hora

XXI. Habrá falsos cristos y falsos profetas

XXII. No separéis lo que Dios ha unido

XXIII. Moral extraña

XXIV. No pongáis la lámpara debajo del celemín

XXV. Buscad y encontraréis

XXVI. Dad gratuitamente lo que habéis recibido gratuitamente

XXVII. Pedid y obtendréis

XXVIII. Colección de oraciones espíritas

INTRODUCCIÓN

✦

1 J. Propósito de esta obra.

2 Las materias contenidas en los Evangelios pueden dividirse en cinco partes: los actos ordinarios de la vida de Cristo, los milagros, las predicciones, las palabras que sirvieron para establecer los dogmas de la Iglesia y la enseñanza moral. Si las cuatro primeras partes han sido objeto de controversias, la última ha permanecido inatacable.

2.2 Ante este código divino, la propia incredulidad se inclina; es el terreno donde todos los cultos pueden encontrarse, la bandera bajo la cual todos pueden cobijarse, cualesquiera que sean sus creencias, pues nunca ha sido objeto de las disputas religiosas, suscitadas siempre y en todas partes por cuestiones de dogma; además, al discutirla, las sectas habrían encontrado en ella su propia condena, pues la mayoría se ha apegado más a la parte mística que a la parte moral, que exige la reforma de uno mismo.

2.3 Para cada persona en particular, es una regla de conducta que abarca todas las circunstancias de la vida privada o pública, el principio de todas las relaciones sociales fundadas en la más rigurosa justicia; es, en fin, y por encima de todo, el camino infalible hacia la felicidad venidera, una punta del velo que se levanta sobre la vida futura. Esta es la parte que constituye el objeto exclusivo de esta obra.

3 Todo el mundo admira la moral evangélica; cada cual proclama su sublimidad y su necesidad, pero muchos lo hacen por confianza, por lo que han oído decir de ella o basándose en algunas máximas que se han vuelto pro-

verbiales; sin embargo, pocos la conocen a fondo, menos aún la comprenden y saben deducir sus consecuencias.

3.2 La razón reside en gran parte en la dificultad que presenta la lectura del Evangelio, ininteligible para la mayoría. La forma alegórica y el misticismo intencional del lenguaje hacen que la mayoría lo lea para tranquilizar su conciencia y por deber, como leen las oraciones sin comprenderlas, es decir, sin fruto.

3.3 Los preceptos morales, dispersos aquí y allá, confundidos entre la masa de los demás relatos, pasan inadvertidos; se vuelve entonces imposible captar su conjunto y hacer de ellos el objeto de una lectura y una meditación separadas.

4 Es cierto que se han escrito tratados de moral evangélica, pero su adaptación al estilo literario moderno les quita la sencillez primitiva que constituye a la vez su encanto y su autenticidad. Lo mismo sucede con las máximas aisladas, reducidas a su expresión proverbial más sencilla; entonces ya no son más que aforismos que pierden parte de su valor y de su interés por la ausencia de los detalles y de las circunstancias en que fueron dados.

5 Para remediar estos inconvenientes, hemos reunido en esta obra los artículos que pueden constituir, propiamente hablando, un código de moral universal, sin distinción de culto; en las citas hemos conservado todo lo que era útil para el desarrollo del pensamiento, suprimiendo únicamente las cosas ajenas al tema.

5.2 Además, hemos respetado escrupulosamente la traducción original de Sacy, así como la división en versículos. Pero, en lugar de atenernos a un orden cronológico imposible y sin ventaja real en un tema semejante, las

máximas se han agrupado y clasificado metódicamente según su naturaleza, de manera que se deduzcan unas de otras en la medida de lo posible.

5.3 La indicación de los números de los capítulos y de los versículos permite recurrir a la clasificación habitual, si se considera oportuno.

6 Aquello no era más que un trabajo material que, por sí solo, habría tenido una utilidad secundaria; lo esencial era ponerlo al alcance de todos mediante la explicación de los pasajes oscuros y el desarrollo de todas sus consecuencias, con vistas a su aplicación a las diferentes situaciones de la vida. Eso es lo que hemos intentado hacer con la ayuda de los buenos Espíritus que nos asisten.

7 Muchos puntos del Evangelio, de la Biblia y de los autores sagrados en general solo son ininteligibles, y muchos incluso solo parecen irracionales, por falta de la clave para comprender su verdadero sentido; esta clave se encuentra por entero en el Espiritismo, como ya han podido convencerse quienes lo han estudiado seriamente, y como se reconocerá aún mejor más adelante. El Espiritismo se encuentra por todas partes en la antigüedad y en todas las épocas de la humanidad; por todas partes se hallan sus huellas en los escritos, en las creencias y en los monumentos; por eso, si abre nuevos horizontes para el porvenir, arroja una luz no menos viva sobre los misterios del pasado.

8 Como complemento de cada precepto, hemos añadido algunas instrucciones escogidas entre las que han sido dictadas por los Espíritus en diversos países y por mediación de diferentes médiums. Si estas instrucciones hubieran procedido de una fuente única, podrían haber sufrido una in-

fluencia personal o la del entorno, mientras que la diversidad de orígenes demuestra que los Espíritus dan sus enseñanzas en todas partes y que nadie goza de privilegios en este aspecto 1.

9 Esta obra está destinada a todo el mundo; cada cual puede encontrar en ella los medios para ajustar su conducta a la moral de Cristo. Los espiritistas encontrarán además las aplicaciones que les conciernen más especialmente.

9.2 Gracias a las comunicaciones establecidas desde ahora de manera permanente entre los hombres y el mundo invisible, la ley evangélica, enseñada a todas las naciones por los propios Espíritus, dejará de ser letra muerta, porque cada cual la comprenderá y se verá impulsado sin cesar a ponerla en práctica por los consejos de sus guías espirituales.

9.3 Las instrucciones de los Espíritus son verdaderamente las voces del cielo que vienen a esclarecer a los hombres e invitarlos a la práctica del Evangelio.

10 1. Sin duda, habríamos podido ofrecer sobre cada tema un mayor número de comunicaciones obtenidas en multitud de otras ciudades y centros espiritistas además de los que citamos; pero debíamos, ante todo, evitar la monotonía de las repeticiones inútiles y limitar nuestra elección a aquellas que, por el fondo y por la forma, encajaban más especialmente en el marco de esta obra, reservando para publicaciones posteriores las que no han podido encontrar lugar aquí.

11 En cuanto a los médiums, nos hemos abstenido de nombrar a ninguno; en la mayoría de los casos, no han sido identificados por petición propia, y desde entonces no convenía hacer excepciones. Los nombres de los médiums no habrían añadido, por lo demás, ningún valor a la obra de los Es-

píritus; no habría sido, pues, más que una satisfacción del amor propio, a la que los médiums verdaderamente serios no dan ninguna importancia; comprenden que, al ser su papel puramente pasivo, el valor de las comunicaciones no aumenta en nada su mérito personal y que sería pueril envanecerse de un trabajo de inteligencia al que solo se presta una colaboración mecánica.

12 Iluminar a los hombres e invitarlos a la práctica del Evangelio.

13 IL Autoridad de la doctrina espiritista. Control universal de la enseñanza de los Espíritus.

14 Si la doctrina espiritista fuera una concepción puramente humana, solo tendría como garantía los conocimientos de quien la hubiera concebido; ahora bien, nadie en este mundo podría pretender con fundamento poseer por sí solo la verdad absoluta.

14.2 Si los Espíritus que la han revelado se hubieran manifestado a un solo hombre, nada garantizaría su origen, pues habría que creer bajo su palabra a quien dijera haber recibido su enseñanza. Aun admitiendo su perfecta sinceridad, a lo sumo podría convencer a las personas de su entorno; podría tener adeptos, pero nunca conseguiría reunir a todo el mundo.

15 Dios ha querido que la nueva revelación llegara a los hombres por una vía más rápida y más auténtica; por eso ha encargado a los Espíritus que fueran a llevarla de un polo al otro, manifestándose por todas partes, sin conceder a nadie el privilegio exclusivo de oír su palabra.

15.2 Un hombre puede ser engañado, puede engañarse a sí mismo; no puede suceder lo mismo cuando millones ven y oyen la misma cosa: es una garantía para cada uno y para todos.

15.3 Además, se puede hacer desaparecer a un hombre, pero no se hace desaparecer a las multitudes; se pueden quemar los libros, pero no se puede quemar a los Espíritus; y, aunque se quemaran todos los libros, la fuente de la doctrina seguiría siendo inagotable, precisamente porque no está en la tierra, porque brota de todas partes y porque cada cual puede acudir a ella.

15.4 A falta de hombres que la difundan, siempre estarán los Espíritus, que llegan a todos y a quienes nadie puede alcanzar.

16 Son, pues, en realidad los Espíritus quienes hacen por sí mismos la difusión, con la ayuda de los innumerables médiums que suscitan por todas partes. Si solo hubiera tenido un único intérprete, por favorecido que fuera, el Espiritismo apenas sería conocido; ese mismo intérprete, cualquiera que fuese la clase a la que perteneciera, habría sido objeto de prejuicios por parte de mucha gente; no todas las naciones lo habrían aceptado, mientras que los Espíritus, al comunicarse por todas partes, a todos los pueblos, a todas las sectas y a todos los partidos, son aceptados por todos; el Espiritismo no tiene nacionalidad; está al margen de todos los cultos particulares; ninguna clase de la sociedad lo impone, puesto que cada cual puede recibir instrucciones de sus parientes y de sus amigos de ultratumba.

16.2 Era necesario que así fuera para que pudiera llamar a todos los hombres a la fraternidad; si no se hubiera situado en un terreno neutral, habría mantenido las disensiones en lugar de apaciguarlas.

17 Esta universalidad en la enseñanza de los Espíritus constituye la fuerza del Espiritismo; en ella reside también la causa de su propagación tan rápida; mientras que la voz de un solo hombre, incluso con la ayuda de la im-

prenta, habría tardado siglos en llegar a oídos de todos, miles de voces se hacen oír simultáneamente en todos los puntos de la tierra para proclamar los mismos principios y transmitirlos a los más ignorantes como a los más sabios, a fin de que nadie quede desheredado.

17.2 Es una ventaja de la que no ha gozado ninguna de las doctrinas que han aparecido hasta hoy. Por tanto, si el Espiritismo es una verdad, no teme ni la mala voluntad de los hombres, ni las revoluciones morales, ni las convulsiones físicas del globo, porque ninguna de estas cosas puede alcanzar a los Espíritus.

18 Pero no es esta la única ventaja que resulta de esta posición excepcional; el Espiritismo encuentra en ella una garantía poderosísima contra los cismas que podrían suscitar tanto la ambición de algunos como las contradicciones de ciertos Espíritus. Estas contradicciones son ciertamente un escollo, pero llevan en sí el remedio junto al mal.

19 Se sabe que los Espíritus, debido a la diferencia que existe entre sus capacidades, están lejos de poseer individualmente toda la verdad; que no a todos les es dado penetrar ciertos misterios; que su saber es proporcional a su purificación; que los Espíritus comunes no saben más que los hombres, y menos que ciertos hombres; que entre ellos, como entre estos últimos, hay presuntuosos y falsos sabios que creen saber lo que no saben; espíritus aferrados a sus sistemas que toman sus ideas por la verdad; en fin, que solo los Espíritus del orden más elevado, los que están completamente desmaterializados, se han despojado de las ideas y de los prejuicios terrenales; pero también se sabe que los Espíritus engañadores no tienen escrúpulos en ampararse bajo nombres ajenos para hacer que se acepten sus utopías. De ello resulta que, en todo lo que queda fuera de la enseñanza exclusivamente

moral, las revelaciones que cada cual puede obtener tienen un carácter individual sin autenticidad; que deben considerarse opiniones personales de tal o cual Espíritu, y que sería imprudente aceptarlas y promulgarlas a la ligera como verdades absolutas.

20 El primer control es, sin duda, el de la razón, al que debe someterse, sin excepción, todo lo que viene de los Espíritus; toda teoría en contradicción manifiesta con el sentido común, con una lógica rigurosa y con los datos comprobados que se poseen, cualquiera que sea el nombre respetable que la firme, debe rechazarse.

20.2 Pero este control es incompleto en muchos casos, debido a la insuficiencia de los conocimientos de ciertas personas y a la tendencia de muchas a tomar su propio juicio como único árbitro de la verdad. En semejante caso, ¿qué hacen los hombres que no tienen una confianza absoluta en sí mismos? Consultan el parecer del mayor número, y la opinión de la mayoría es su guía.

20.3 Así debe ocurrir con respecto a la enseñanza de los Espíritus, que ellos mismos nos proporcionan los medios para ello.

21 La concordancia en la enseñanza de los Espíritus es, por tanto, el mejor control; pero también es necesario que se produzca en ciertas condiciones. La menos segura de todas es cuando un médium interroga por sí mismo a varios Espíritus sobre un punto dudoso; es muy evidente que, si está bajo el dominio de una obsesión, o si trata con un Espíritu engañador, ese Espíritu puede decirle lo mismo bajo nombres diferentes.

21.2 Tampoco hay una garantía suficiente en la conformidad que puede obtenerse a través de los médiums de un solo centro, porque pueden sufrir la misma influencia.

22 La única garantía seria de la enseñanza de los Espíritus está en la concordancia que existe entre las revelaciones hechas espontáneamente, por mediación de un gran número de médiums desconocidos entre sí y en diversas regiones.

23 Se comprende que no se trata aquí de las comunicaciones relativas a intereses secundarios, sino de lo que se refiere a los principios mismos de la doctrina. La experiencia demuestra que, cuando un principio nuevo debe recibir su solución, se enseña espontáneamente en diferentes lugares a la vez y de manera idéntica, si no en la forma, al menos en el fondo.

23.2 Por tanto, si a un Espíritu le place formular un sistema excéntrico, basado únicamente en sus ideas y ajeno a la verdad, puede tenerse la certeza de que ese sistema quedará limitado y caerá ante la unanimidad de las instrucciones dadas en todas las demás partes, como ya ha ocurrido en varios casos.

23.3 Esta unanimidad es la que hizo caer todos los sistemas parciales surgidos en el origen del Espiritismo, cuando cada uno explicaba los fenómenos a su manera y antes de que se conocieran las leyes que rigen las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible.

24 Tal es la base en la que nos apoyamos cuando formulamos un principio de la doctrina; no lo presentamos como verdadero porque esté de acuerdo con nuestras ideas; de ningún modo nos erigimos en árbitro supremo de la verdad, y no decimos a nadie: «Creed tal cosa porque nosotros os lo decimos».

24.2 Nuestra opinión no es, a nuestros propios ojos, más que una opinión personal que puede ser acertada o falsa, porque no somos más infalibles que cualquier otro. Tampoco es porque se nos enseñe un principio por lo

que constituye para nosotros la verdad, sino porque ha recibido la confirmación de la concordancia.

25 En nuestra posición, al recibir las comunicaciones de cerca de mil centros espiritistas serios, diseminados por los diversos puntos del globo, estamos en condiciones de ver los principios sobre los cuales se establece esta concordancia; esta observación es la que nos ha guiado hasta el día de hoy y es también la que nos guiará en los nuevos campos que el Espiritismo está llamado a explorar.

25.2 Así, al estudiar atentamente las comunicaciones llegadas de diversos lugares, tanto de Francia como del extranjero, reconocemos, por la naturaleza tan especial de las revelaciones, que existe una tendencia a entrar en una nueva vía y que ha llegado el momento de dar un paso adelante.

25.3 Estas revelaciones, hechas a veces de forma velada, han pasado a menudo inadvertidas para muchos de quienes las han obtenido; muchos otros han creído ser los únicos en recibirlas.

25.4 Tomadas aisladamente, carecerían de valor para nosotros; solo la coincidencia les da importancia; después, cuando llega el momento de darlas a conocer públicamente, cada uno recuerda entonces haber recibido instrucciones en el mismo sentido.

25.5 Este movimiento general es el que observamos y estudiamos, con la asistencia de nuestros guías espirituales, y el que nos ayuda a juzgar la conveniencia de hacer una cosa o de abstenernos.

26 Este control universal es una garantía para la unidad futura del Espiritismo y anulará todas las teorías contradictorias. En él se buscará, en el futuro, el criterio de la verdad.

26.2 Lo que ha dado éxito a la doctrina formulada en El libro de los Espíritus y en El libro de los médiums es que, en todas partes, cada uno ha podido recibir directamente de los Espíritus la confirmación de lo que contienen.

26.3 Si los Espíritus hubieran venido de todas partes a contradecirlos, estos libros habrían sufrido desde hace mucho tiempo la suerte de todas las concepciones fantásticas.

26.4 Ni siquiera el apoyo de la prensa los habría salvado del naufragio, mientras que, privados de ese apoyo, han avanzado rápidamente de todos modos, porque han tenido el de los Espíritus, cuya buena voluntad ha compensado con creces la mala voluntad de los hombres.

26.5 Así sucederá con todas las ideas procedentes de los Espíritus o de los hombres que no puedan resistir la prueba de este control, cuya fuerza nadie puede discutir.

27 Supongamos, pues, que a ciertos Espíritus les place dictar, bajo un título cualquiera, un libro en sentido contrario; supongamos incluso que, con intención hostil y con el propósito de desacreditar la doctrina, la malevolencia provocara comunicaciones apócrifas, ¿qué influencia podrían tener esos escritos si los Espíritus los desmienten por todas partes?

27.2 Habría que asegurarse de la adhesión de estos últimos antes de lanzar un sistema en su nombre. Del sistema de uno solo al de todos hay la distancia que separa la unidad del infinito. ¿Qué pueden hacer incluso todos los argumentos de los detractores sobre la opinión de las masas, cuando millones de voces amigas, procedentes del espacio, vienen de todos los rincones del universo y al seno de cada familia para rebatirlos? ¿No ha confir-

mado ya la experiencia, a este respecto, la teoría? ¿Qué ha sido de todas esas publicaciones que, según se decía, debían aniquilar el Espiritismo? ¿Cuál de ellas ha llegado siquiera a detener su marcha?

27.3 Hasta el día de hoy no se había considerado la cuestión desde este punto de vista, uno de los más importantes, sin duda; cada uno ha contado consigo mismo, pero sin contar con los Espíritus.

28 El principio de la concordancia es también una garantía contra las alteraciones que podrían causar al Espiritismo las sectas que quisieran apoderarse de él en su provecho y acomodarlo a su gusto.

28.2 Cualquiera que intentara desviarlo de su fin providencial fracasaría, por la sencilla razón de que los Espíritus, mediante la universalidad de su enseñanza, harán caer toda modificación que se aparte de la verdad.

28.3 De todo esto se desprende una verdad capital: quien quisiera interponerse en la corriente de ideas establecida y confirmada bien podría causar una pequeña perturbación local y momentánea, pero jamás dominar el conjunto, ni siquiera en el presente, y menos aún en el futuro.

29 Se desprende además que las instrucciones dadas por los Espíritus sobre los puntos de la doctrina aún no esclarecidos no pueden constituir una norma mientras permanezcan aisladas; que, por lo tanto, solo deben aceptarse con todas las reservas y a título informativo.

30 De ahí la necesidad de proceder con la mayor prudencia al publicarlas; y, en caso de que se crea que deben publicarse, es importante presentarlas únicamente como opiniones individuales, más o menos probables, pero necesitadas, en todos los casos, de confirmación. Esta confirmación es la que debe esperarse antes de presentar un principio como verdad absoluta, si no se quiere ser acusado de ligereza o de credulidad irreflexiva.

31 Los Espíritus superiores proceden en sus revelaciones con extrema sabiduría; solo abordan las grandes cuestiones de la doctrina gradualmente, a medida que la inteligencia es capaz de comprender verdades de un orden más elevado y que las circunstancias son propicias para la exposición de una idea nueva.

31.2 Por eso no lo dijeron todo desde el comienzo, y aún hoy no lo han dicho todo, sin ceder jamás a la impaciencia de las personas demasiado apresuradas que quieren recoger los frutos antes de que maduren.

31.3 Sería, por tanto, inútil querer adelantarse al tiempo asignado a cada cosa por la Providencia, pues entonces los Espíritus verdaderamente serios niegan rotundamente su colaboración; pero los Espíritus ligeros, preocupándose poco por la verdad, responden a todo; por esta razón, sobre todas las cuestiones prematuras siempre hay respuestas contradictorias.

32 Los principios anteriores no son producto de una teoría personal, sino la consecuencia inevitable de las condiciones en que se manifiestan los Espíritus. Es muy evidente que, si un Espíritu dice una cosa en un lugar, mientras millones de Espíritus dicen lo contrario en otros, la presunción de verdad no puede estar a favor de quien está solo o casi solo en su opinión; ahora bien, pretender tener razón él solo contra todos sería tan ilógico por parte de un Espíritu como por parte de los hombres.

32.2 Los Espíritus verdaderamente sabios, si no se sienten suficientemente instruidos sobre una cuestión, nunca la resuelven de manera absoluta; declaran tratarla únicamente desde su punto de vista y aconsejan ellos mismos esperar su confirmación.

33 Por grande, bella y justa que sea una idea, es imposible que reúna, desde el comienzo, todas las opiniones. Los conflictos que de ello resultan son la consecuencia inevitable del movimiento que se produce; incluso son necesarios para hacer resaltar mejor la verdad, y es útil que tengan lugar al comienzo para que las ideas falsas se desgasten más pronto.

33.2 Por tanto, los espiritistas que conciban algún temor por ello deben estar perfectamente tranquilos. Todas las pretensiones aisladas caerán, por la fuerza de las cosas, ante el gran y poderoso criterio del control universal.

34 No será en torno a la opinión de un hombre como se reunirán todos, sino en torno a la voz unánime de los Espíritus; no será un hombre, ni nosotros ni ningún otro, quien fundará la ortodoxia espiritista; tampoco será un Espíritu que venga a imponerse a quienquiera que sea: será la universalidad de los Espíritus que se comunican en toda la tierra por orden de Dios; ahí está el carácter esencial de la doctrina espiritista; ahí está su fuerza, ahí está su autoridad.

34.2 Dios ha querido que su ley se asiente sobre una base inquebrantable; por eso no la ha hecho descansar sobre la cabeza frágil de uno solo. Ante este poderoso areópago, que no conoce camarillas, ni rivalidades celosas, ni sectas, ni naciones, vendrán a estrellarse todas las oposiciones, todas las ambiciones, todas las pretensiones de supremacía individual; ante él nos estrellaríamos nosotros mismos si quisiéramos sustituir sus decretos soberanos por nuestras propias ideas; solo él resolverá todas las cuestiones controvertidas, acallará las disidencias y dará o quitará la razón a quien corresponda.

34.3 Ante este imponente acuerdo de todas las voces del cielo, ¿qué puede la opinión de un hombre o de un Espíritu? Menos que la gota de agua que se pierde en el océano, menos que la voz del niño ahogada por la tempestad.

35 La opinión universal es, pues, el juez supremo, el que decide en última instancia; se forma de todas las opiniones individuales; si una de ellas es verdadera, solo tiene su peso relativo en la balanza; si es falsa, no puede imponerse a todas las demás. En esta inmensa concurrencia, las individualidades se desvanecen, y esto constituye un nuevo fracaso para el orgullo humano.

36 Este conjunto armonioso ya se perfila; y este siglo no pasará sin que resplandezca con todo su esplendor, de manera que disipe todas las incertidumbres; pues para entonces voces poderosas habrán recibido la misión de hacerse oír para reunir a los hombres bajo una misma bandera, en cuanto el campo esté suficientemente labrado. Mientras tanto, quien vacile entre dos sistemas opuestos puede observar en qué sentido se forma la opinión general: es el indicio seguro del sentido en que se pronuncia la mayoría de los Espíritus en los diversos lugares donde se comunican; es una señal no menos segura de cuál de los dos sistemas prevalecerá.

37 III. Noticias históricas.

38 Para comprender bien ciertos pasajes de los Evangelios, es necesario conocer el valor de varias palabras que se emplean con frecuencia en ellos y que caracterizan el estado de las costumbres y de la sociedad judía de aquella época. Como estas palabras ya no tienen para nosotros el mismo sen-

tido, a menudo se han interpretado mal y, por eso mismo, han dejado cierta incertidumbre. Comprender su significado explica además el verdadero sentido de ciertas máximas que parecen extrañas a primera vista.

39 Samaritanos. Después del cisma de las diez tribus, Samaria se convirtió en la capital del reino disidente de Israel. Destruida y reconstruida varias veces, fue, bajo los romanos, la capital de Samaria, una de las cuatro divisiones de Palestina. Herodes, llamado el Grande, la embelleció con suntuosos monumentos y, para halagar a Augusto, le dio el nombre de Augusta, en griego Sebaste.

40 Los samaritanos estuvieron casi siempre en guerra con los reyes de Judá; una profunda aversión, que databa de la separación, se perpetuó constantemente entre ambos pueblos, que evitaban toda relación entre sí.

40.2 Los samaritanos, para hacer más profunda la escisión y no tener que ir a Jerusalén para celebrar las fiestas religiosas, se construyeron un templo propio y adoptaron ciertas reformas; solo admitían el Pentateuco, que contiene la ley de Moisés, y rechazaban todos los libros que se le añadieron después.

40.3 Sus libros sagrados estaban escritos en caracteres hebreos de la más remota antigüedad. A los ojos de los judíos ortodoxos eran herejes y, por eso mismo, despreciados, anatematizados y perseguidos.

40.4 El antagonismo entre las dos naciones tenía, pues, como único principio la divergencia de las opiniones religiosas, aunque sus creencias tuvieran el mismo origen; eran los protestantes de aquel tiempo.

41 Todavía hoy se encuentran samaritanos en algunas regiones del Levante, particularmente en Naplusa y Jaffa. Observan la ley de Moisés con más rigor que los demás judíos y solo contraen matrimonio entre ellos.

42 Nazareos, nombre dado, en la antigua ley, a los judíos que hacían voto, de por vida o por un tiempo, de conservar una pureza perfecta; se comprometían a la castidad, a abstenerse de bebidas alcohólicas y a conservar su cabellera. Sansón, Samuel y Juan el Bautista eran nazareos.

43 Más tarde, los judíos dieron este nombre a los primeros cristianos, en alusión a Jesús de Nazaret.

44 Fue también el nombre de una secta herética de los primeros siglos de la era cristiana que, al igual que los ebionitas, de quienes adoptaba ciertos principios, mezclaba las prácticas del mosaísmo con los dogmas cristianos. Esta secta desapareció en el siglo cuarto.

45 Publicanos. Así se llamaba, en la antigua Roma, a los caballeros arrendatarios de las tasas públicas, encargados de recaudar los impuestos y los ingresos de toda clase, tanto en la propia Roma como en las demás partes del imperio.

45.2 Eran el equivalente de los arrendatarios generales y contratistas de impuestos del antiguo régimen en Francia, como los que todavía existen en ciertas regiones. Los riesgos que corrían hacían que se cerraran los ojos ante las riquezas que a menudo adquirían y que, en muchos casos, eran producto de exacciones y ganancias escandalosas.

45.3 El nombre de publicano se extendió más tarde a todos los que manejaban los fondos públicos y a los agentes subalternos. Hoy esta palabra se emplea en sentido despectivo para designar a los financieros y agentes de negocios poco escrupulosos; a veces se dice: «Ávido como un publicano; rico como un publicano», para referirse a una fortuna de origen dudoso.

46 De la dominación romana, el impuesto fue lo que los judíos aceptaron con mayor dificultad y lo que más irritación causó entre ellos; de ahí surgieron varias revueltas, y se hizo de ello una cuestión religiosa, porque se lo consideraba contrario a la ley.

46.2 Se formó incluso un partido poderoso, a cuya cabeza estaba un tal Judas, llamado el Gaulonita, que tenía por principio negarse a pagar el impuesto. Los judíos aborrecían, pues, el impuesto y, por consiguiente, a todos los encargados de recaudarlo; de ahí su aversión hacia los publicanos de todos los rangos, entre los cuales podía haber personas muy estimables, pero que, por sus funciones, eran despreciadas, al igual que quienes las frecuentaban, a quienes se incluía en la misma reprobación.

46.3 Los judíos distinguidos habrían creído comprometer su reputación si mantenían con ellos un trato íntimo.

47 Los recaudadores de peajes eran los cobradores de rango inferior, encargados principalmente de recaudar los derechos de entrada a las ciudades. Sus funciones correspondían aproximadamente a las de los aduaneros y los recaudadores de impuestos municipales: compartían la reprobación de los publicanos en general.

47.2 Por esta razón, en el Evangelio se encuentra con frecuencia el nombre de publicano unido al de gente de mala vida; esta calificación no implicaba la de libertinos y gente sin oficio ni reputación; era un término de desprecio, sinónimo de gente de mala compañía, indigna de tratar con personas de bien.

48 Fariseos (del hebreo Parasch, división, separación). La tradición formaba una parte importante de la teología judía; consistía en la recopilación de las sucesivas interpretaciones dadas al sentido de las Escrituras, que habían lle-

gado a convertirse en artículos de dogma.

48.2 Era, entre los doctores, motivo de interminables discusiones, casi siempre sobre simples cuestiones de palabras o de formas, al estilo de las disputas teológicas y de las sutilezas de la escolástica de la Edad Media; de ahí nacieron diferentes sectas, cada una de las cuales pretendía tener el monopolio de la verdad y que, como sucede casi siempre, se detestaban cordialmente unas a otras.

49 Entre estas sectas, la más influyente era la de los fariseos, que tuvo por jefe a Hillel, doctor judío nacido en Babilonia, fundador de una escuela célebre donde se enseñaba que solo debía darse fe a las Escrituras. Su origen se remonta al año 180 o 200 antes de J. C.

49.2 Los fariseos fueron perseguidos en diversas épocas, especialmente bajo Hircano, sumo pontífice y rey de los judíos, Aristóbulo y Alejandro, rey de Siria; sin embargo, como este último les devolvió sus honores y sus bienes, recuperaron su poder, que conservaron hasta la destrucción de Jerusalén, en el año 70 de la era cristiana, época en la que su nombre desapareció a raíz de la dispersión de los judíos.

50 Los fariseos participaban activamente en las controversias religiosas. Observadores serviles de las prácticas exteriores del culto y de las ceremonias, llenos de un ardiente celo proselitista, enemigos de los innovadores, hacían alarde de una gran severidad de principios; pero, bajo las apariencias de una devoción meticulosa, ocultaban costumbres disolutas, mucho orgullo y, sobre todo, un amor excesivo al dominio.

50.2 La religión era para ellos más un medio de medrar que el objeto de una fe sincera. Solo tenían la apariencia y la ostentación de la virtud; pero con ello ejercían una gran influencia sobre el pueblo, a cuyos ojos pasaban

por personajes santos; por eso eran muy poderosos en Jerusalén.

51 Creían, o al menos profesaban creer, en la Providencia, en la inmortalidad del alma, en la eternidad de las penas y en la resurrección de los muertos. (Cap. iv, n.º 4.)

51.2 Jesús, que apreciaba ante todo la sencillez y las cualidades del corazón, que prefería en la ley el espíritu que vivifica a la letra que mata, se dedicó, durante toda su misión, a desenmascarar su hipocresía y, en consecuencia, se ganó en ellos unos enemigos encarnizados; por eso se aliaron con los príncipes de los sacerdotes para amotinar al pueblo contra él y hacerlo morir.

52 Escribas, nombre dado al principio a los secretarios de los reyes de Judá y a ciertos intendentes de los ejércitos judíos; más tarde, esta designación se aplicó especialmente a los doctores que enseñaban la ley de Moisés y la interpretaban para el pueblo. Hacían causa común con los fariseos, cuyos principios y antipatía hacia los innovadores compartían; por eso Jesús los incluye en la misma reprobación.

53 Sinagoga (del griego Sunagoguê, asamblea, congregación). En Judea solo había un templo, el de Salomón, en Jerusalén, donde se celebraban las grandes ceremonias del culto. Los judíos acudían allí todos los años en peregrinación para las principales fiestas, como las de la Pascua, la Dedicación y los Tabernáculos. Fue en estas ocasiones cuando Jesús hizo varios viajes allí.

53.2 Las demás ciudades no tenían templos, sino sinagogas, edificios donde los judíos se reunían los días de sábado para hacer oraciones públicas, bajo la dirección de los ancianos, los escribas o los doctores de la ley;

también se hacían lecturas de los libros sagrados, que se explicaban y comentaban; todos podían participar; por eso Jesús, sin ser sacerdote, enseñaba en las sinagogas los días de sábado.

54 Desde la destrucción de Jerusalén y la dispersión de los judíos, las sinagogas, en las ciudades que habitan, les sirven de templos para la celebración del culto.

55 Saduceos, secta judía que se formó hacia el año 248 antes de Jesucristo: llamada así por Sadoc, su fundador. Los saduceos no creían en la inmortalidad del alma, ni en la resurrección, ni en los ángeles buenos y malos.

55.2 Sin embargo, creían en Dios, pero, como no esperaban nada después de la muerte, solo lo servían con miras a recompensas temporales, a las que, según ellos, se limitaba su providencia; por eso la satisfacción de los sentidos era, a sus ojos, el fin esencial de la vida.

55.3 En cuanto a las Escrituras, se atenían al texto de la antigua ley, sin admitir la tradición ni interpretación alguna; situaban las buenas obras y el cumplimiento puro y simple de la ley por encima de las prácticas exteriores del culto. Eran, como se ve, los materialistas, los deístas y los sensualistas de la época.

55.4 Esta secta era poco numerosa, pero contaba con personajes importantes y se convirtió en un partido político constantemente opuesto a los fariseos.

56 Esenios o eseos, secta judía fundada hacia el año 450 antes de Jesucristo, en tiempos de los Macabeos, cuyos miembros, que habitaban en una especie de monasterios, formaban entre sí una suerte de asociación moral y religiosa.

56.2 Se distinguían por sus costumbres apacibles y sus virtudes austeras, enseñaban el amor a Dios y al prójimo, la inmortalidad del alma, y creían en la resurrección. Vivían en el celibato, condenaban la servidumbre y la guerra, ponían sus bienes en común y se dedicaban a la agricultura.

56.3 Opuestos a los saduceos sensuales, que negaban la inmortalidad, y a los fariseos, rigurosos en las prácticas exteriores y cuya virtud era solo aparente, no participaron en las disputas que dividieron a estas dos sectas.

56.4 Su modo de vida se aproximaba al de los primeros cristianos, y los principios morales que profesaban han hecho pensar a algunas personas que Jesús formó parte de esta secta antes del comienzo de su misión pública. Lo cierto es que debió de conocerla, pero nada prueba que estuviera afiliado a ella, y todo lo que se ha escrito al respecto es hipotético.

57 Terapeutas (del griego thérapeutaï, formado de thérapeueïm, servir, cuidar; es decir, servidores de Dios o sanadores); miembros de una secta judía contemporáneos de Cristo, establecidos principalmente en Alejandría, en Egipto. Tenían una gran relación con los esenios, cuyos principios profesaban; como estos últimos, se dedicaban a la práctica de todas las virtudes. Su alimentación era de una extrema frugalidad; consagrados al celibato, a la contemplación y a la vida solitaria, formaban una verdadera orden religiosa. Filón, filósofo judío platónico de Alejandría, es el primero que habló de los terapeutas; los presenta como una secta del judaísmo. Eusebio, san Jerónimo y otros Padres piensan que eran cristianos. Fuesen judíos o cristianos, es evidente que, al igual que los esenios, forman el vínculo entre el judaísmo y el cristianismo.

(1) La Muerte de Jesús, supuestamente escrita por un hermano esenio, es un libro completamente apócrifo, escrito con el fin de servir a una opinión, y que encierra en sí mismo la prueba de su origen moderno.

58 Del hecho de que Jesús debió de conocer la secta de los esenios, sería un error concluir que tomó de ella su doctrina y que, si hubiera vivido en otro ambiente, habría profesado otros principios.

58.2 Las grandes ideas nunca surgen de repente; las que tienen por base la verdad siempre tienen precursores que les preparan parcialmente el camino; después, cuando llega el momento, Dios envía a un hombre con la misión de resumir, coordinar y completar esos elementos dispersos, y formar con ellos un cuerpo; de esta manera la idea, al no llegar bruscamente, encuentra, al aparecer, espíritus plenamente dispuestos a aceptarla.

58.3 Así ocurrió con la idea cristiana, que fue presentida varios siglos antes de Jesús y de los esenios, y cuyos principales precursores fueron Sócrates y Platón. i Sócrates, al igual que Cristo, no escribió nada, o al menos no dejó ningún escrito; como él, murió con la muerte de los criminales, víctima del fanatismo, por haber atacado las creencias aceptadas y haber puesto la virtud real por encima de la hipocresía y del simulacro de las formas, en una palabra, por haber combatido los prejuicios religiosos.

58.4 Así como Jesús fue acusado por los fariseos de corromper al pueblo con sus enseñanzas, también él fue acusado por los fa- 1 riseos de su tiempo, pues los ha habido en todas las épocas, de corromper a la juventud al proclamar el dogma de la unidad de Dios, de la inmortalidad del alma y de la vida futura.

58.5 Así también, del mismo modo que solo conocemos la doctrina de Jesús por los escritos de sus discípulos, solo conocemos la de Sócrates por los escritos de su discípulo Platón. Creemos útil resumir aquí sus puntos más destacados para mostrar su concordancia con los principios del cristianismo.

59 A quienes considerasen este paralelo como una profanación y pretendiesen que no puede haber paridad entre la doctrina de un pagano y la de Cristo, responderemos que la doctrina de Sócrates no era pagana, puesto que tenía por objeto combatir el paganismo; que la doctrina de Jesús, más completa y más depurada que la de Sócrates, no tiene nada que perder con la comparación; que la grandeza de la misión divina de Cristo no podría verse disminuida por ello; que, además, se trata de historia, que no puede ser silenciada.

59.2 El hombre ha llegado a un punto en que la luz sale por sí misma de debajo del celemín; está maduro para mirarla de frente; tanto peor para quienes no se atreven a abrir los ojos. Ha llegado el momento de considerar las cosas con amplitud y desde lo alto, y ya no desde el punto de vista mezquino y estrecho de los intereses de sectas y castas.

60 Estas citas probarán además que, si Sócrates y Platón presintieron la idea cristiana, también se encuentran en su doctrina los principios fundamentales del espiritismo.

61 Resumen de la doctrina de Sócrates y de Platón.

62 I. El hombre es un alma encarnada. Antes de su encarnación, existía unida a los tipos primordiales, a las ideas de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello; se separa de ellos al encarnarse y, al recordar su pasado, se ve más o

menos atormentada por el deseo de volver a él.

63 No se puede expresar con mayor claridad la distinción y la independencia del principio inteligente y del principio material; es además la doctrina de la preexistencia del alma; de la vaga intuición que conserva de otro mundo al que aspira, de su supervivencia al cuerpo, de su salida del mundo espiritual para encarnarse y de su regreso a ese mismo mundo después de la muerte; es, en fin, el germen de la doctrina de los ángeles caídos.

64 IL El alma se extravía y se turba cuando se sirve del cuerpo para considerar algún objeto; siente vértigos como si estuviera ebria, porque se apega a cosas que, por su naturaleza, están sujetas a cambios; en cambio, cuando contempla su propia esencia, se dirige hacia lo que es puro, eterno, inmortal y, al ser de la misma naturaleza, permanece unida a ello todo el tiempo que puede; entonces cesan sus extravíos, pues está unida a lo que es inmutable, y ese estado del alma es lo que se llama sabiduría.

65 Así, el hombre que considera las cosas desde abajo, a ras de tierra, desde el punto de vista material, se engaña; para apreciarlas con exactitud, hay que verlas desde lo alto, es decir, desde el punto de vista espiritual. El verdadero sabio debe, por tanto, aislar en cierto modo el alma del cuerpo para ver con los ojos del espíritu. Esto es lo que enseña el espiritismo. (Cap. ii, n.º 5.)

66 III. Mientras tengamos nuestro cuerpo y el alma se encuentre sumida en esta corrupción, nunca poseeremos el objeto de nuestros deseos: la verdad. En efecto, el cuerpo nos crea mil obstáculos por la necesidad que tenemos

de cuidarlo; además, nos llena de deseos, de apetitos, de temores, de mil quimeras y de mil necedades, de modo que con él es imposible ser sabio un instante.

66.2 Pero, si es posible conocer algo de manera pura mientras el alma está unida al cuerpo, tiene que ocurrir una de estas dos cosas: o que nunca conozcamos la verdad, o que la conozcamos después de la muerte. Liberados de la locura del cuerpo, conversaremos entonces, cabe esperarlo, con hombres igualmente libres, y conoceremos por nosotros mismos la esencia de las cosas.

66.3 Por eso los verdaderos filósofos se ejercitan en morir, y la muerte no les parece en absoluto temible. (Cielo e Infierno, 1.ª parte, du n; 2.ª parte, cap. i.)

67 Este es el principio de las facultades del alma oscurecidas por la mediación de los órganos corporales, y de la expansión de esas facultades después de la muerte. Pero aquí solo se trata de las almas selectas, ya depuradas; no ocurre lo mismo con las almas impuras.

68 IV. El alma impura, en ese estado, se vuelve pesada y es arrastrada de nuevo hacia el mundo visible por el horror a lo invisible e inmaterial; entonces vaga, se dice, alrededor de los monumentos y de los sepulcros, junto a los cuales se han visto a veces fantasmas tenebrosos, como deben de ser las imágenes de las almas que han abandonado el cuerpo sin ser enteramente puras y que conservan algo de la forma material, lo que hace que el ojo pueda percibirlas.

68.2 No son las almas de los buenos, sino las de los malvados, las que se ven obligadas a vagar por esos lugares, donde sufren la pena de su primera vida y donde continúan vagando hasta que los apetitos inherentes a la

forma material que se han dado las devuelven a un cuerpo; y entonces retoman sin duda las mismas costumbres que, durante su primera vida, eran objeto de sus predilecciones.

69 Aquí no solo se expresa claramente el principio de la reencarnación, sino que se describe el estado de las almas que aún se encuentran bajo el dominio de la materia tal como lo muestra el espiritismo en las evocaciones.

69.2 Es más, se dice que la reencarnación en un cuerpo material es una consecuencia de la impureza del alma, mientras que las almas purificadas están libres de ella.

69.3 El espiritismo no dice otra cosa; solo añade que el alma que ha tomado buenas resoluciones en la erraticidad y que posee conocimientos adquiridos trae, al renacer, menos defectos, más virtudes y más ideas intuitivas de las que tenía en su existencia anterior; y que así cada existencia supone para ella un progreso intelectual y moral. (Cielo e Infierno, 2.ª parte: Ejemplos.)

70 V. Después de nuestra muerte, el genio (daïmon, demonio) que nos había sido asignado durante nuestra vida nos lleva a un lugar donde se reúnen todos los que deben ser conducidos al Hades para ser juzgados allí. Las almas, después de haber permanecido en el Hades el tiempo necesario, son devueltas a esta vida en numerosos y largos períodos.

71 Es la doctrina de los ángeles de la guarda o espíritus protectores, y de las reencarnaciones sucesivas después de intervalos más o menos largos de erraticidad.

72 VI. Los demonios llenan el intervalo que separa el cielo de la tierra; son el vínculo que une el Gran Todo consigo mismo. Como la divinidad nunca entra en comunicación directa con el hombre, es por mediación de los demonios como los dioses I se relacionan y conversan con él, tanto durante la vigilia como durante el sueño.

73 La palabra daïmon, de la que se ha hecho demonio, no se tomaba en mal sentido en la antigüedad como entre los modernos; no se aplicaba exclusivamente a los seres malhechores, sino a todos los espíritus en general, entre los cuales se distinguían los espíritus superiores, llamados dioses, y los espíritus menos elevados, o demonios propiamente dichos, que se comunicaban directamente con los hombres.

73.2 El espiritismo también dice que los espíritus pueblan el espacio; que Dios solo se comunica con los hombres por mediación de los espíritus puros encargados de transmitir su voluntad; que los espíritus se comunican con ellos durante la vigilia y durante el sueño.

73.3 Sustituid la palabra demonio por la palabra espíritu y tendréis la doctrina espírita; poned la palabra ángel y tendréis la doctrina cristiana.

74 VII. La preocupación constante del filósofo (tal como lo entendían Sócrates y Platón) es cuidar el alma con el mayor esmero, menos para esta vida, que solo es un instante, que con miras a la eternidad. Si el alma es inmortal, ¿no es sabio vivir con miras a la eternidad?

75 El cristianismo y el espiritismo enseñan lo mismo.

76 VIII. Si el alma es inmaterial, debe dirigirse, después de esta vida, a un mundo igualmente invisible e inmaterial, del mismo modo que el cuerpo, al descomponerse, vuelve a la materia. Solo que es importante distinguir

bien el alma pura, verdaderamente inmaterial, que se alimenta, como Dios, de ciencia y de pensamientos, del alma más o menos manchada de impurezas materiales que le impiden elevarse hacia lo divino y la retienen en los lugares de su estancia terrenal.

77 Sócrates y Platón, como se ve, comprendían perfectamente los distintos grados de desmaterialización del alma; insisten en la diferencia de situación que resulta para ellas de su mayor o menor pureza. Lo que ellos decían por intuición, el espiritismo lo prueba con los numerosos ejemplos que pone ante nuestros ojos. (Cielo e Infierno, 2.ª parte.)

78 IX. Si la muerte fuera la disolución del hombre entero, sería una gran ganancia para los malvados, después de su muerte, verse liberados al mismo tiempo de su cuerpo, de su alma y de sus vicios. Solo aquel que haya adornado su alma, no con un adorno ajeno, sino con el que le es propio, podrá esperar tranquilamente la hora de su partida hacia el otro mundo.

79 En otras palabras, esto significa que el materialismo, que proclama la nada después de la muerte, sería la anulación de toda responsabilidad moral posterior y, por consiguiente, un estímulo para el mal; que el malvado tiene todo que ganar con la nada; que solo el hombre que se ha despojado de sus vicios y se ha enriquecido con virtudes puede esperar tranquilamente el despertar en la otra vida.

79.2 El espiritismo nos muestra, mediante los ejemplos que pone diariamente ante nuestros ojos, cuán penosos son para el malvado el paso de una vida a otra y la entrada en la vida futura. (El cielo y el infierno, 2.ª parte, cap. i.)

80 X. El cuerpo conserva las huellas bien marcadas de los cuidados que ha recibido o de los accidentes que ha sufrido; lo mismo sucede con el alma; cuando se despoja del cuerpo, lleva las señales evidentes de su carácter, de sus afectos y las huellas que cada uno de los actos de su vida ha dejado en ella.

80.2 Así, la mayor desgracia que puede ocurrirle al hombre es ir al otro mundo con un alma cargada de crímenes. Ya ves, Calicles, que ni tú, ni Polo, ni Gorgias podríais probar que se deba llevar otra vida que nos sea útil cuando estemos allá.

80.3 De tantas opiniones diversas, la única que permanece inquebrantable es que vale más sufrir una injusticia que cometerla, y que, ante todo, debemos esforzarnos por ser personas de bien, en vez de parecerlo. (Conversaciones de Sócrates con sus discípulos en la prisión.)

81 Aquí encontramos este otro punto capital, confirmado hoy por la experiencia: que el alma no purificada conserva las ideas, las tendencias, el carácter y las pasiones que tenía en la tierra. Esta máxima: Vale más sufrir una injusticia que cometerla, ¿no es enteramente cristiana? Es el mismo pensamiento que Jesús expresa con esta imagen: «Si alguien os golpea en una mejilla, ofrecedle también la otra». (Cap. xii, n.os 7, 8.)

82 XL. Una de dos: o la muerte es una destrucción absoluta, o es el paso de un alma a otro lugar. Si todo ha de extinguirse, la muerte será como una de esas raras noches que pasamos sin sueños y sin ninguna conciencia de nosotros mismos.

82.2 Pero si la muerte es solo un cambio de morada, el paso a un lugar donde los muertos deben reunirse, ¡qué felicidad encontrar allí a quienes hemos conocido! Mi mayor placer sería examinar de cerca a los habitantes

de esa morada y distinguir allí, como aquí, a los que son sabios de los que creen serlo y no lo son.

82.3 Pero ha llegado el momento de separarnos: yo para morir, vosotros para vivir. (Sócrates a sus jueces.)

83 Según Sócrates, los hombres que han vivido en la tierra vuelven a encontrarse después de la muerte y se reconocen. El espiritismo nos los muestra continuando las relaciones que han tenido, de tal manera que la muerte no es una interrupción ni un cese de la vida, sino una transformación sin ruptura de la continuidad.

84 Si Sócrates y Platón hubieran conocido las enseñanzas que Cristo dio quinientos años más tarde y las que dan ahora los Espíritus, no habrían hablado de otro modo. Nada de esto debe sorprender si se considera que las grandes verdades son eternas y que los Espíritus avanzados debieron conocerlas antes de venir a la tierra, adonde las trajeron; que Sócrates, Platón y los grandes filósofos de su tiempo pudieron estar, más tarde, entre quienes ayudaron a Cristo en su divina misión, y que fueron elegidos precisamente porque estaban más capacitados que otros para comprender sus sublimes enseñanzas; que, por último, pueden formar parte hoy del conjunto de Espíritus encargados de venir a enseñar a los hombres esas mismas verdades.

85 XII. Nunca hay que devolver injusticia por injusticia ni hacer daño a nadie, por mucho daño que nos hayan hecho. Sin embargo, pocas personas admitirán este principio, y quienes discrepan sobre él no pueden sino despreciarse unos a otros.

86 ¿No es este el principio de la caridad, que nos enseña a no devolver mal por mal y a perdonar a nuestros enemigos?

87 XIII. Por los frutos se reconoce el árbol. Hay que calificar cada acción según lo que produce: llamarla mala cuando de ella resulta el mal, buena cuando de ella nace el bien.

88 Esta máxima: «Por los frutos se reconoce el árbol», se repite textualmente varias veces en el Evangelio.

89 XIV. La riqueza es un gran peligro. Todo hombre que ama la riqueza no se ama a sí mismo ni a lo que le pertenece, sino a una cosa que le es aún más ajena que lo que le pertenece. (Cap. xvi.)

90 XV. Las más bellas oraciones y los más bellos sacrificios agradan menos a la Divinidad que un alma virtuosa que se esfuerza por parecerse a ella. Sería algo grave que los dioses tuvieran más consideración por nuestras ofrendas que por nuestra alma; de ese modo, los más culpables podrían ganarse su favor. Pero no, solo son verdaderamente justos y sabios aquellos que, con sus palabras y sus actos, cumplen lo que deben a los dioses y a los hombres. (Cap. x, n.os 7, 8.)

91 XVI. Llamo hombre vicioso a ese amante vulgar que ama el cuerpo más que el alma. El amor está por todas partes en la naturaleza, que nos invita a ejercer nuestra inteligencia; se encuentra incluso en el movimiento de los astros. El amor adorna la naturaleza con sus ricas alfombras; se engalana y fija su morada allí donde encuentra flores y perfumes. También es el amor el que da la paz a los hombres, la calma al mar, el silencio a los vientos y el sueño al dolor.

92 El amor, que debe unir a los hombres mediante un lazo fraternal, es una consecuencia de esta teoría de Platón sobre el amor universal como ley de la naturaleza. Como Sócrates había dicho que «el amor no es un dios ni un

mortal, sino un gran demonio», es decir, un gran Espíritu que preside el amor universal, fueron sobre todo estas palabras las que se le imputaron como un crimen.

93 XVII. La virtud no puede enseñarse; llega como un don de Dios a quienes la poseen.

94 Esta es, más o menos, la doctrina cristiana sobre la gracia; pero si la virtud es un don de Dios, es un favor, y cabe preguntar por qué no se concede a todo el mundo; por otra parte, si es un don, no tiene mérito para quien la posee.

94.2 El espiritismo es más explícito; dice que quien posee la virtud la ha adquirido mediante sus esfuerzos en sus existencias sucesivas, despojándose poco a poco de sus imperfecciones. La gracia es la fuerza con la que Dios favorece a todo hombre de buena voluntad para despojarse del mal y hacer el bien.

95 XVIII. Hay una disposición natural en cada uno de nosotros: advertir mucho menos nuestros defectos que los ajenos.

96 El Evangelio dice: «Veis la paja en el ojo de vuestro vecino y no veis la viga que hay en el vuestro». (Cap. x, n.os 9, 10.)

97 XIX. Si los médicos fracasan en la mayoría de las enfermedades, es porque tratan el cuerpo sin el alma, y porque, al no estar el todo en buen estado, es imposible que la parte esté bien.

98 El espiritismo da la clave de las relaciones que existen entre el alma y el cuerpo, y demuestra que hay una acción recíproca incesante entre ambos. Abre así un nuevo camino a la ciencia; al mostrarle la verdadera causa de

ciertas dolencias, le da los medios para combatirlas. Cuando tenga en cuenta la acción del elemento espiritual en el organismo, fracasará con menos frecuencia.

99 XX. Todos los hombres, desde la infancia, hacen mucho más mal que bien.

100 Estas palabras de Sócrates abordan la grave cuestión del predominio del mal en la tierra, cuestión insoluble sin el conocimiento de la pluralidad de los mundos y del destino de la tierra, donde solo habita una fracción muy pequeña de la humanidad. Solo el espiritismo da su solución, que se desarrolla más adelante en los capítulos II, III y V.

101 XXI. Hay sabiduría en no creer que sabes lo que no sabes.

102 Esto va dirigido a quienes critican aquello de lo que con frecuencia no saben ni una palabra. Platón completa este pensamiento de Sócrates diciendo: «Intentemos primero, si es posible, hacerlos más honestos en sus palabras; si no, no nos preocupemos por ellos y busquemos solo la verdad. Procuremos instruirnos, pero no nos insultemos».

102.2 Así deben actuar los espiritistas con sus contradictores de buena o de mala fe. Si Platón volviera a vivir hoy, encontraría las cosas más o menos como en su tiempo y podría hablar del mismo modo; Sócrates también encontraría personas que se burlaran de su creencia en los Espíritus y lo trataran de loco, al igual que a su discípulo Platón.

[103] Por haber profesado estos principios, Sócrates fue primero ridiculizado, luego acusado de impiedad y condenado a beber cicuta; tan cierto es que las grandes verdades nuevas, al levantar contra ellas los intereses y los prejuicios que hieren, no pueden establecerse sin lucha y sin hacer mártires.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

I. NO HE VENIDO A DESTRUIR LA LEY

✦

1 No penséis que he venido a destruir la ley o los profetas; no he venido a destruirlos, sino a cumplirlos; — porque en verdad os digo que el cielo y la tierra no pasarán hasta que todo lo que está en la ley se cumpla perfectamente, hasta una sola iota y un solo punto. (San Mateo, cap. v, vv. 17, 18.)

2 Moisés

Hay dos partes distintas en la ley mosaica: la ley de Dios promulgada en el monte Sinaí y la ley civil o disciplinaria establecida por Moisés; una es invariable; la otra, adaptada a las costumbres y al carácter del pueblo, se modifica con el tiempo.

La ley de Dios está formulada en los diez mandamientos siguientes:

I. Yo soy el Señor, vuestro Dios, que os sacó de Egipto, de la casa de servidumbre. — No tendréis otros dioses extranjeros ante mí. — No haréis imagen tallada ni figura alguna de cuanto hay arriba en el cielo y abajo en la tierra, ni de cuanto hay en las aguas bajo la tierra. No las adoraréis ni les rendiréis el culto supremo.

II. No tomaréis en vano el nombre del Señor vuestro Dios.

III. Acordaos de santificar el día del sábado.

IV. Honrad a vuestro padre y a vuestra madre, para que viváis largo tiempo en la tierra que el Señor vuestro Dios os dará.

V. No mataréis.

VI. No cometeréis adulterio.

VII. No robaréis.

VIII. No daréis falso testimonio contra vuestro prójimo.

IX. No desearéis a la mujer de vuestro prójimo.

X. No desearéis la casa de vuestro prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni ninguna de las cosas que le pertenecen.

Esta ley es de todos los tiempos y de todos los países, y por eso mismo tiene un carácter divino. Muy distintas son las leyes establecidas por Moisés, obligado a mantener mediante el temor a un pueblo naturalmente turbulento e indisciplinado, en el que tenía que combatir abusos arraigados y prejuicios adquiridos en la servidumbre de Egipto. Para dar autoridad a sus leyes, tuvo que atribuirles un origen divino, como lo han hecho todos los legisladores de los pueblos primitivos; la autoridad del hombre debía apoyarse en la autoridad de Dios; pero solo la idea de un Dios terrible podía impresionar a hombres ignorantes, en quienes el sentido moral y el sentimiento de una justicia exquisita estaban todavía poco desarrollados. Es evidente que quien había puesto en sus mandamientos: «No matarás; no harás daño a tu prójimo», no podía contradecirse haciendo del exterminio un deber. Las leyes mosaicas propiamente dichas tenían, por tanto, un carácter esencialmente transitorio.

[3] Cristo

Jesús no vino a destruir la ley, es decir, la ley de Dios; vino a cumplirla, es decir, a desarrollarla, darle su verdadero sentido y adaptarla al grado de adelanto de los hombres; por eso se encuentra en esta ley el principio de los deberes hacia Dios y hacia el prójimo, que constituye la base de su doctrina. En cuanto a las leyes de Moisés propiamente dichas, por el contrario, las modificó profundamente, tanto en el fondo como en la forma; combatió constantemente el abuso de las prácticas exteriores y las falsas interpre-

taciones, y no podía someterlas a una reforma más radical que reduciéndolas a estas palabras: «Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo», y diciendo: en esto consisten toda la ley y los profetas.
Con estas palabras: «El cielo y la tierra no pasarán hasta que todo se cumpla, hasta una sola iota», Jesús quiso decir que era preciso que la ley de Dios se cumpliera, es decir, que se practicara en toda la tierra, en toda su pureza, con todos sus desarrollos y todas sus consecuencias; porque ¿de qué serviría haber establecido esta ley si debía seguir siendo el privilegio de algunos hombres o incluso de un solo pueblo? Todos los hombres, por ser hijos de Dios, son, sin distinción, objeto de una misma solicitud.

4 Pero la función de Jesús no fue simplemente la de un legislador moralista, sin otra autoridad que su palabra; vino a cumplir las profecías que habían anunciado su venida; su autoridad procedía de la naturaleza excepcional de su Espíritu y de su misión divina; vino a enseñar a los hombres que la verdadera vida no está en la tierra, sino en el reino de los cielos; a enseñarles el camino que conduce a él, los medios de reconciliarse con Dios y a advertirles sobre la marcha de las cosas venideras para el cumplimiento de los destinos humanos.

4.2 Sin embargo, no lo dijo todo, y en muchos puntos se limitó a sembrar el germen de verdades que él mismo declara que todavía no podían comprenderse; habló de todo, pero en términos más o menos explícitos; para captar el sentido oculto de ciertas palabras, era preciso que nuevas ideas y nuevos conocimientos vinieran a dar su clave, y esas ideas no podían llegar antes de cierto grado de madurez del espíritu humano.

4.3 La ciencia debía contribuir poderosamente al surgimiento y al desarrollo de esas ideas; por tanto, había que dar a la ciencia tiempo para progresar.

5 El espiritismo

El espiritismo es la ciencia nueva que viene a revelar a los hombres, mediante pruebas irrefutables, la existencia y la naturaleza del mundo espiritual y sus relaciones con el mundo corporal; nos lo muestra, ya no como algo sobrenatural, sino, por el contrario, como una de las fuerzas vivas e incesantemente activas de la naturaleza, como la fuente de una multitud de fenómenos incomprendidos hasta entonces y relegados, por esa razón, al dominio de lo fantástico y lo maravilloso. A esas relaciones alude Cristo en muchas circunstancias, y por eso muchas cosas que dijo han permanecido ininteligibles o se han interpretado falsamente. El espiritismo es la clave con cuya ayuda todo se explica con facilidad.

6 La Ley del Antiguo Testamento está personificada en Moisés; la del Nuevo Testamento lo está en Cristo; el Espiritismo es la tercera revelación de la ley de Dios, pero no está personificado en ningún individuo, porque es el producto de la enseñanza dada, no por un hombre, sino por los Espíritus, que son las voces del cielo, en todos los puntos de la tierra y por una multitud innumerable de intermediarios; es, en cierto modo, un ser colectivo que comprende al conjunto de los seres del mundo espiritual, cada uno de los cuales viene a aportar a los hombres el tributo de sus luces para darles a conocer ese mundo y la suerte que allí les espera.

7 Así como Cristo dijo: «No vengo a destruir la ley, sino a cumplirla», el espiritismo dice igualmente: «No vengo a destruir la ley cristiana, sino a cumplirla».

7.2 No enseña nada contrario a lo que enseña Cristo, sino que desarrolla, completa y explica, en términos claros para todos, lo que solo se había dicho bajo la forma alegórica; viene a cumplir, en los tiempos predichos, lo que Cristo anunció y a preparar el cumplimiento de las cosas futuras.

7.3 Es, por tanto, la obra de Cristo, que preside él mismo, tal como también lo anunció, la regeneración que se está realizando y prepara el reino de Dios en la tierra.

8 Alianza de la ciencia y la religión

La ciencia y la religión son las dos palancas de la inteligencia humana; una revela las leyes del mundo material y la otra las leyes del mundo moral; pero unas y otras, al tener el mismo principio, que es Dios, no pueden contradecirse; si son la negación una de otra, necesariamente una está equivocada y la otra tiene razón, porque Dios no puede querer destruir su propia obra. La incompatibilidad que se ha creído ver entre estos dos órdenes de ideas se debe a una falta de observación y a un exceso de exclusivismo por ambas partes; de ahí un conflicto del que nacieron la incredulidad y la intolerancia.

Han llegado los tiempos en que las enseñanzas de Cristo deben recibir su complemento; en que debe levantarse el velo echado deliberadamente sobre algunas partes de esa enseñanza; en que la ciencia, al dejar de ser exclusivamente materialista, debe tener en cuenta el elemento espiritual, y en que la religión debe dejar de desconocer las leyes orgánicas e inmutables de la materia, para que estas dos fuerzas, apoyándose una en otra y marchando de común acuerdo, se presten apoyo mutuo. Entonces la religión, al dejar de ser desmentida por la ciencia, adquirirá una fuerza inquebrantable, porque estará de acuerdo con la razón y no se le podrá oponer la irresistible ló-

gica de los hechos.

La ciencia y la religión no han podido entenderse hasta hoy porque, al considerar cada una las cosas desde su punto de vista exclusivo, se rechazaban mutuamente. Hacía falta algo que llenara el vacío que las separaba, un vínculo que las acercara; ese vínculo está en el conocimiento de las leyes que rigen el mundo espiritual y sus relaciones con el mundo corporal, leyes tan inmutables como las que regulan el movimiento de los astros y la existencia de los seres. Una vez comprobadas esas relaciones por la experiencia, surgió una nueva luz: la fe se dirigió a la razón, la razón no encontró nada ilógico en la fe y el materialismo fue vencido. Pero en esto, como en todas las cosas, hay personas que se quedan atrás, hasta que son arrastradas por el movimiento general, que las aplasta si quieren resistirse a él en lugar de dejarse llevar. Es toda una revolución moral la que se está realizando en este momento y actúa sobre los espíritus; después de haberse elaborado durante más de dieciocho siglos, se acerca a su cumplimiento y va a marcar una nueva era en la humanidad. Las consecuencias de esta revolución son fáciles de prever; debe traer, en las relaciones sociales, modificaciones inevitables a las que nadie tiene el poder de oponerse, porque están en los designios de Dios y se derivan de la ley del progreso, que es una ley de Dios.

[9] Instrucciones de los Espíritus La nueva era

Dios es único, y Moisés es el Espíritu que Dios envió en misión para darlo a conocer, no solo a los hebreos, sino también a los pueblos paganos. El pueblo hebreo fue el instrumento del que Dios se sirvió para hacer su revelación por medio de Moisés y de los profetas, y las vicisitudes de ese pueblo estaban destinadas a llamar la atención y hacer caer el velo que ocultaba a los hombres la divinidad.

Los mandamientos de Dios dados por Moisés llevan el germen de la moral cristiana más amplia; los comentarios de la Biblia restringían su sentido, porque, puesta en práctica en toda su pureza, no habría sido comprendida entonces; pero los diez mandamientos de Dios seguían siendo el frontispicio brillante, el faro que debía alumbrar a la humanidad en el camino que tenía que recorrer.

La moral enseñada por Moisés estaba adaptada al estado de adelanto en que se encontraban los pueblos a los que estaba llamada a regenerar, y esos pueblos, todavía medio salvajes en cuanto al perfeccionamiento de su alma, no habrían comprendido que se pudiera adorar a Dios de otra manera que mediante holocaustos, ni que hubiera que perdonar a un enemigo. Su inteligencia, notable desde el punto de vista de la materia, e incluso desde el de las artes y las ciencias, estaba muy atrasada en moralidad y no se habría convertido bajo el influjo de una religión enteramente espiritual; necesitaban una representación semimaterial, como la que ofrecía entonces la religión hebrea. Así, los holocaustos hablaban a sus sentidos, mientras que la idea de Dios hablaba a su espíritu.

Cristo fue el iniciador de la moral más pura, más sublime; de la moral evangélica cristiana que debe renovar el mundo, acercar a los hombres y hacerlos hermanos; que debe hacer brotar de todos los corazones humanos la caridad y el amor al prójimo, y crear entre todos los hombres una solidaridad común; de una moral, en fin, que debe transformar la tierra y convertirla en una morada para Espíritus superiores a los que hoy la habitan. Es la ley del progreso, a la que la naturaleza está sometida, la que se cumple, y el espiritismo es la palanca de la que Dios se sirve para hacer avanzar a la humanidad.

Han llegado los tiempos en que las ideas morales deben desarrollarse para

realizar los progresos que están en los designios de Dios; deben seguir el mismo camino que recorrieron las ideas de libertad, que fueron sus precursoras. Pero no hay que creer que este desarrollo se hará sin luchas; no, para llegar a la madurez necesitan sacudidas y discusiones, a fin de atraer la atención de las masas; una vez fijada la atención, la belleza y la santidad de la moral impresionarán a los espíritus, y estos se apegarán a una ciencia que les da la clave de la vida futura y les abre las puertas de la felicidad eterna. Moisés abrió el camino; Jesús continuó la obra; el espiritismo la concluirá. (Un Espíritu Israelita. Mulhouse, 1861.)

10 Un día, Dios, en su caridad inagotable, permitió al hombre ver cómo la verdad atravesaba las tinieblas; ese día fue el advenimiento de Cristo. Después de la luz viva, regresaron las tinieblas; el mundo, tras alternancias de verdad y oscuridad, volvía a perderse. Entonces, semejantes a los profetas del Antiguo Testamento, los Espíritus se ponen a hablar y a advertiros; el mundo se estremece en sus cimientos; el trueno retumbará; ¡manteneos firmes!

El espiritismo es de orden divino, puesto que se apoya en las mismas leyes de la naturaleza, y creed que todo lo que es de orden divino tiene un fin grande y útil. Vuestro mundo se perdía; la ciencia, desarrollada a expensas de lo moral, al mismo tiempo que os conducía al bienestar material, redundaba en provecho del espíritu de las tinieblas. Lo sabéis, cristianos, el corazón y el amor deben marchar unidos a la ciencia. El reino de Cristo, ¡ay!, después de dieciocho siglos y a pesar de la sangre de tantos mártires, aún no ha llegado. Cristianos, volved al maestro que quiere salvaros. Todo es fácil para quien cree y ama; el amor lo llena de una alegría inefable. Sí, hijos míos, el mundo se estremece; los buenos Espíritus os lo dicen con insisten-

cia; doblegaos bajo el soplo precursor de la tempestad, para no ser derribados; es decir, preparaos y no os asemejéis a las vírgenes insensatas, que fueron sorprendidas desprevenidas a la llegada del esposo.

La revolución que se prepara es más moral que material; los grandes Espíritus, mensajeros divinos, infunden la fe para que todos vosotros, obreros esclarecidos y ardientes, hagáis oír vuestra humilde voz; porque sois el grano de arena, pero sin granos de arena no habría montañas. Así pues, que estas palabras: «Somos pequeños», dejen de tener sentido para vosotros. A cada uno su misión, a cada uno su trabajo. ¿Acaso la hormiga no construye el edificio de su república, y unos animálculos imperceptibles no levantan continentes? La nueva cruzada ha comenzado; apóstoles de la paz universal y no de una guerra, modernos san Bernardos, mirad y avanzad: la ley de los mundos es la ley del progreso. (Fénelon. Poitiers, 1861.)

[11] San Agustín es uno de los mayores divulgadores del espiritismo; se manifiesta casi en todas partes; encontramos la razón de ello en la vida de este gran filósofo cristiano. Pertenece a aquella vigorosa falange de los Padres de la Iglesia a quienes la cristiandad debe sus cimientos más sólidos. Como muchos, fue arrancado del paganismo, mejor dicho, de la impiedad más profunda, por el resplandor de la verdad. Cuando, en medio de sus excesos, sintió en su alma aquella vibración extraña que lo hizo volver en sí y le hizo comprender que la felicidad estaba en otra parte que en los placeres enervantes y fugaces; cuando, por fin, en su camino de Damasco, oyó también él la voz santa que le gritaba: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?, exclamó: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Perdonadme, creo, soy cristiano! Y desde entonces se convirtió en uno de los más firmes sostenes del Evangelio. En las notables confesiones que nos ha dejado este eminente Espíritu pueden

leerse las palabras características y proféticas a la vez que pronunció después de haber perdido a santa Mónica: «Estoy convencido de que mi madre volverá a visitarme y a darme consejos, revelándome lo que nos espera en la vida futura». ¡Qué enseñanza en esas palabras y qué brillante previsión de la futura doctrina! Por eso hoy, al ver llegada la hora de divulgar la verdad que había presentido en otro tiempo, se ha convertido en su ardiente propagador y se multiplica, por así decirlo, para responder a todos los que lo llaman. (Erasto, discípulo de san Pablo. París, 1863.)

Observación. ¿Viene, pues, san Agustín a derribar lo que levantó? No, ciertamente; pero, como tantos otros, ve con los ojos del espíritu lo que no veía como hombre; su alma liberada vislumbra nuevas luces; comprende lo que antes no comprendía; nuevas ideas le han revelado el verdadero sentido de ciertas palabras; en la tierra juzgaba las cosas según los conocimientos que poseía, pero, cuando una nueva luz surgió para él, pudo juzgarlas con mayor acierto; así tuvo que rectificar su creencia acerca de los Espíritus íncubos y súcubos y el anatema que había lanzado contra la teoría de los antípodas. Ahora que el cristianismo se le presenta en toda su pureza, puede, en ciertos puntos, pensar de otra manera que durante su vida, sin dejar de ser el apóstol cristiano; puede, sin renegar de su fe, convertirse en propagador del espiritismo, porque ve en él el cumplimiento de las cosas predichas. Al proclamarlo hoy, no hace más que devolvernos a una interpretación más sana y más lógica de los textos. Lo mismo ocurre con los demás Espíritus que se encuentran en una situación semejante.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

II. MI REINO NO ES DE ESTE MUNDO

✦

1 Pilato, habiendo vuelto al palacio y habiendo hecho venir a Jesús, le dijo: ¿Es usted el rey de los judíos? — Jesús le respondió: Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, los míos habrían combatido para impedir que yo cayera en manos de los judíos; pero mi reino no está aquí. Pilato le dijo entonces: ¿Así que usted es rey? — Jesús le contestó: Usted lo dice; soy rey; solo he nacido y he venido a este mundo para dar testimonio de la verdad; todo el que pertenece a la verdad escucha mi voz. (San Juan, cap. xviii, v. 33, 36, 37.)

2 La vida futura

Con estas palabras, Jesús señala claramente la vida futura, que presenta en todas las circunstancias como el término al que llega la humanidad y como aquello que debe ser objeto de las principales preocupaciones del ser humano en la tierra; todas sus máximas se refieren a este gran principio. Sin la vida futura, en efecto, la mayoría de sus preceptos morales no tendrían ninguna razón de ser; por eso quienes no creen en la vida futura, al imaginar que solo habla de la vida presente, no los comprenden o los encuentran pueriles.

Este dogma puede considerarse, pues, como el eje de la enseñanza de Cristo; por eso figura entre los primeros al comienzo de esta obra, porque debe ser el punto de mira de todos los seres humanos; solo él puede justificar las anomalías de la vida terrestre y concordar con la justicia de Dios.

[3] Los judíos solo tenían ideas muy inciertas acerca de la vida futura; creían en los ángeles, a quienes consideraban los seres privilegiados de la creación, pero no sabían que los seres humanos pudieran llegar a ser ángeles algún día y compartir su felicidad. Según ellos, la observancia de las leyes de Dios se recompensaba con los bienes de la tierra, la supremacía de su nación y las victorias sobre sus enemigos; las calamidades públicas y las derrotas eran el castigo de su desobediencia. Moisés no podía decir más a un pueblo de pastores ignorante, al que debían conmover ante todo las cosas de este mundo. Más tarde, Jesús vino a revelarles que existe otro mundo donde la justicia de Dios sigue su curso; ese es el mundo que promete a quienes observan los mandamientos de Dios, y donde los buenos encontrarán su recompensa; ese mundo es su reino; allí está en toda su gloria, y allí va a regresar al dejar la tierra.

No obstante, Jesús, adaptando su enseñanza al estado de los seres humanos de su época, no creyó que debiera darles una luz completa que los habría deslumbrado sin iluminarlos, porque no la habrían comprendido; se limitó a establecer, por así decirlo, la vida futura como un principio, como una ley de la naturaleza de la que nadie puede escapar. Todo cristiano cree, pues, necesariamente en la vida futura; pero la idea que muchos se forman de ella es vaga, incompleta y, por eso mismo, falsa en varios puntos; para muchos, no es más que una creencia sin certeza absoluta; de ahí las dudas e incluso la incredulidad.

El espiritismo vino a completar en este punto, como en muchos otros, la enseñanza de Cristo, cuando los seres humanos estuvieron maduros para comprender la verdad. Con el espiritismo, la vida futura ya no es un simple artículo de fe, una hipótesis; es una realidad material demostrada por los hechos, pues son los testigos oculares quienes vienen a describirla en to-

das sus fases y en todas sus peripecias; de tal modo que no solo la duda deja de ser posible, sino que hasta la inteligencia más común puede representársela bajo su verdadero aspecto, como uno se representa un país cuya descripción detallada lee; ahora bien, esta descripción de la vida futura es tan minuciosa, las condiciones de existencia feliz o desdichada de quienes se encuentran allí son tan racionales, que uno se dice, sin poder evitarlo, que no puede ser de otro modo y que esa es, en efecto, la verdadera justicia de Dios.

[4] La realeza de Jesús

El reino de Jesús no es de este mundo, eso es lo que todos comprenden; pero ¿acaso no tiene también una realeza en la tierra? El título de rey no implica siempre el ejercicio del poder temporal; se otorga por consentimiento unánime a aquel a quien su genio coloca en el primer puesto dentro de cualquier orden de ideas, que domina su siglo e influye en el progreso de la humanidad. En este sentido se dice: El rey o el príncipe de los filósofos, de los artistas, de los poetas, de los escritores, etc. Esta realeza, nacida del mérito personal, consagrada por la posteridad, ¿no tiene a menudo una preponderancia mucho mayor que la que lleva la diadema? Es imperecedera, mientras que la otra es juguete de las vicisitudes; siempre recibe las bendiciones de las generaciones futuras, mientras que la otra a veces es maldecida. La realeza terrestre termina con la vida; la realeza moral sigue gobernando, y sobre todo después de la muerte. Por este motivo, ¿no es Jesús un rey más poderoso que muchos potentados? Con razón, pues, decía a Pilato: Soy rey, pero mi reino no es de este mundo. El punto de vista

5 La idea clara y precisa que uno se forma de la vida futura da una fe inquebrantable en el porvenir, y esta fe tiene consecuencias inmensas para el perfeccionamiento moral de los seres humanos, porque cambia por completo el punto de vista desde el que contemplan la vida terrestre. Para quien se sitúa, con el pensamiento, en la vida espiritual, que es indefinida, la vida corporal no es más que un tránsito, una breve estancia en un país ingrato. Las vicisitudes y las tribulaciones de la vida ya no son más que incidentes que acepta con paciencia, porque sabe que solo duran poco tiempo y que deben ir seguidos de un estado más feliz; la muerte ya no tiene nada de espantoso; ya no es la puerta de la nada, sino la de la liberación, que abre al exiliado la entrada a una morada de felicidad y de paz. Sabiendo que se encuentra en un lugar temporal y no definitivo, toma las preocupaciones de la vida con mayor indiferencia, y de ello resulta para él una calma de espíritu que atenúa su amargura.

Por la simple duda sobre la vida futura, el ser humano dirige todos sus pensamientos hacia la vida terrestre; inseguro del porvenir, lo da todo al presente; al no vislumbrar bienes más preciosos que los de la tierra, es como el niño que no ve nada más allá de sus juguetes; no hay nada que no haga para conseguirlos; la pérdida del menor de sus bienes le causa un dolor intenso; un contratiempo, una esperanza frustrada, una ambición insatisfecha, una injusticia de la que es víctima, el orgullo o la vanidad heridos son otros tantos tormentos que convierten su vida en una angustia perpetua, y así se impone voluntariamente una verdadera tortura a cada instante. Al tomar su punto de vista de la vida terrestre, en cuyo centro se encuentra, todo adquiere a su alrededor vastas proporciones: tanto el mal que lo alcanza como el bien que les toca a los demás, todo cobra a sus ojos una gran importancia. Del mismo modo, a quien se encuentra dentro de una ciudad

todo le parece grande: tanto los hombres que están en lo alto de la escala como los monumentos; pero si se traslada a una montaña, los hombres y las cosas le parecerán muy pequeños.

Así ocurre con quien contempla la vida terrestre desde el punto de vista de la vida futura: la humanidad, como las estrellas del firmamento, se pierde en la inmensidad; entonces advierte que grandes y pequeños se confunden como las hormigas sobre un terrón de tierra; que proletarios y potentados tienen la misma talla, y compadece a esos seres efímeros que se dan tantas preocupaciones para conquistar allí un puesto que tan poco los eleva y que tan poco tiempo han de conservar. Así, la importancia que se concede a los bienes terrestres está siempre en razón inversa de la fe en la vida futura.

6 Si todo el mundo pensara así, se dirá, como nadie se ocuparía ya de las cosas de la tierra, todo en ella iría a la ruina. No; el ser humano busca instintivamente su bienestar e, incluso con la certeza de que solo estará poco tiempo en un lugar, quiere estar allí lo mejor o lo menos mal posible; no hay nadie que, al encontrar una espina bajo su mano, no la quite para no pincharse. Ahora bien, la búsqueda del bienestar obliga al ser humano a mejorar todas las cosas, impulsado como está por el instinto del progreso y de la conservación, que forma parte de las leyes de la naturaleza. Trabaja, pues, por necesidad, por gusto y por deber, y con ello cumple los designios de la Providencia, que lo ha colocado en la tierra con ese fin. Solo que quien considera el porvenir concede al presente una importancia relativa y se consuela fácilmente de sus fracasos al pensar en el destino que lo espera.

Dios no condena, pues, los goces terrestres, sino el abuso de esos goces en perjuicio de las cosas del alma; contra ese abuso están prevenidos quienes se aplican estas palabras de Jesús: Mi reino no es de este mundo.

Quien se identifica con la vida futura se parece a un hombre rico que pierde una pequeña suma sin alterarse; quien concentra sus pensamientos en la vida terrestre es como un hombre pobre que pierde todo lo que posee y se desespera.

7 El espiritismo amplía el pensamiento y le abre nuevos horizontes; en lugar de esa visión estrecha y mezquina que lo concentra en la vida presente, que hace del instante que se pasa en la tierra el único y frágil eje del porvenir eterno, muestra que esta vida no es más que un eslabón en el conjunto armonioso y grandioso de la obra del Creador; muestra la solidaridad que une todas las existencias de un mismo ser, todos los seres de un mismo mundo y los seres de todos los mundos; da así una base y una razón de ser a la fraternidad universal, mientras que la doctrina de la creación del alma en el momento del nacimiento de cada cuerpo hace que todos los seres sean extraños unos a otros.

7.2 Esta solidaridad de las partes de un mismo todo explica lo que resulta inexplicable si solo se considera un punto. Ese conjunto es lo que los seres humanos no habrían podido comprender en tiempos de Cristo; por eso reservó su conocimiento para otros tiempos.

8 Instrucciones de los Espíritus Una realeza terrestre

¿Quién mejor que yo puede comprender la verdad de estas palabras de Nuestro Señor: Mi reino no es de este mundo? El orgullo me perdió en la tierra; ¿quién, pues, comprendería la insignificancia de los reinos de este mundo, si yo no la comprendiera? ¿Qué me llevé de mi realeza terrestre? Nada, absolutamente nada; ¡y, como para hacer más terrible la lección, ni siquiera me acompañó hasta la tumba! Reina era entre los hombres, y como reina creía entrar en el reino de los cielos. ¡Qué desengaño! ¡Qué hu-

millación cuando, en lugar de ser recibida allí como soberana, vi por encima de mí, pero muy por encima, a hombres que yo creía muy pequeños y a quienes despreciaba porque no eran de sangre noble! ¡Oh, cómo comprendí entonces la esterilidad de los honores y las grandezas que se buscan con tanta avidez en la tierra!

Para prepararse un lugar en ese reino, hacen falta la abnegación, la humildad, la caridad en toda su celestial práctica y la benevolencia hacia todos; no se les pregunta qué han sido, qué rango han ocupado, sino el bien que han hecho, las lágrimas que han secado.

¡Oh, Jesús, tú lo has dicho, tu reino no está en este mundo, porque hay que sufrir para llegar al cielo, y los peldaños del trono no nos acercan a él; son los senderos más penosos de la vida los que conducen allí; busquen, pues, el camino entre las zarzas y las espinas, y no entre las flores!

Los seres humanos corren tras los bienes terrestres como si debieran conservarlos siempre; pero aquí ya no hay ilusiones; pronto advierten que solo han atrapado una sombra y que han descuidado los únicos bienes sólidos y duraderos, los únicos que les sirven en la morada celestial, los únicos que pueden abrirles el acceso a ella.

Tengan piedad de quienes no han ganado el reino de los cielos; ayúdenlos con sus oraciones, porque la oración acerca al ser humano al Altísimo; es el vínculo entre el cielo y la tierra: no lo olviden. (Una reina de Francia. El Havre, 1863.)

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

III. HAY MUCHAS MORADAS EN LA CASA DE MI PADRE

✦

1 Que no se turbe vuestro corazón. — Creéis en Dios, creed también en mí. — Hay muchas moradas en la casa de mi Padre; si no fuera así, ya os lo habría dicho, pues me voy para preparar el lugar; — y después de haberme ido y de haberos preparado el lugar, volveré y os llevaré conmigo, para que donde yo esté, estéis también vosotros. (San Juan, cap. xiv, vv. 1,2, 3.)

2 Diferentes estados del alma en la erraticidad

La casa del Padre es el universo; las diferentes moradas son los mundos que circulan por el espacio infinito y ofrecen a los Espíritus encarnados estancias apropiadas a su adelanto.

Independientemente de la diversidad de los mundos, estas palabras también pueden entenderse como el estado feliz o desdichado del Espíritu en la erraticidad. Según esté más o menos purificado y libre de los lazos materiales, el medio en que se encuentra, el aspecto de las cosas, las sensaciones que experimenta y las percepciones que posee varían hasta el infinito; mientras unos no pueden alejarse de la esfera donde han vivido, otros se elevan y recorren el espacio y los mundos; mientras ciertos Espíritus culpables vagan en las tinieblas, los felices gozan de una claridad resplandeciente y del sublime espectáculo del infinito; mientras, en fin, el malvado, atormentado por los remordimientos y los pesares, a menudo solo, sin consuelo, separado de los seres que ama, gime bajo la opresión de los sufri-

mientos morales, el justo, reunido con aquellos a quienes ama, saborea las dulzuras de una felicidad indescriptible. Allí también hay, pues, muchas moradas, aunque no estén delimitadas ni localizadas.

[3] Diferentes categorías de mundos habitados

De la enseñanza dada por los Espíritus se desprende que los diversos mundos se encuentran en condiciones muy diferentes entre sí en cuanto al grado de adelanto o de inferioridad de sus habitantes. Entre ellos, hay algunos cuyos habitantes son todavía inferiores a los de la tierra física y moralmente; otros están en el mismo grado, y otros son más o menos superiores a ella en todos los aspectos. En los mundos inferiores, la existencia es enteramente material, las pasiones reinan como soberanas y la vida moral es casi nula. A medida que esta se desarrolla, la influencia de la materia disminuye, de tal modo que, en los mundos más adelantados, la vida es, por así decirlo, completamente espiritual.

[4] En los mundos intermedios hay una mezcla de bien y de mal, con predominio de uno o del otro según el grado de adelanto. Aunque no pueda hacerse una clasificación absoluta de los diversos mundos, se los puede, sin embargo, en razón de su estado y de su destino, y basándose en las diferencias más marcadas, dividir de manera general como sigue, a saber: los mundos primitivos, destinados a las primeras encarnaciones del alma humana; los mundos de expiaciones y de pruebas, donde domina el mal; los mundos regeneradores, donde las almas que aún tienen que expiar cobran nuevas fuerzas mientras descansan de las fatigas de la lucha; los mundos felices, donde el bien prevalece sobre el mal; los mundos celestes o divinos, morada de los Espíritus purificados, donde el bien reina sin oposición.

4.2 La tierra pertenece a la categoría de los mundos de expiaciones y de pruebas; por eso el hombre está expuesto en ella a tantas miserias.

5 Los Espíritus encarnados en un mundo no están ligados a él indefinidamente, ni cumplen allí todas las fases progresivas que deben recorrer para llegar a la perfección. Cuando han alcanzado en un mundo el grado de adelanto que este permite, pasan a otro más adelantado, y así sucesivamente hasta llegar al estado de Espíritus puros.

5.2 Son otras tantas estaciones, en cada una de las cuales encuentran elementos de progreso proporcionados a su adelanto. Para ellos es una recompensa pasar a un mundo de un orden más elevado, así como es un castigo prolongar su estancia en un mundo desdichado, o ser relegados a un mundo todavía más desdichado que aquel que se ven obligados a abandonar, cuando se han obstinado en el mal.

6 Destino de la tierra. Causas de las miserias humanas

Sorprende encontrar en la tierra tanta maldad y tantas malas pasiones, tantas miserias y dolencias de toda clase, y de ello se concluye que la especie humana es algo lamentable. Este juicio procede del punto de vista limitado en que uno se sitúa y que da una idea falsa del conjunto. Hay que considerar que en la tierra no se ve a toda la humanidad, sino a una fracción muy pequeña de ella. En efecto, la especie humana comprende a todos los seres dotados de razón que pueblan los innumerables mundos del universo; ahora bien, ¿qué es la población de la tierra comparada con la población total de esos mundos? Mucho menos que la de una aldea en relación con la de un gran imperio. La situación material y moral de la humanidad terrestre deja de tener nada de sorprendente si se comprende el destino de la tierra y la naturaleza de quienes la habitan.

7 Se tendría una idea muy falsa de los habitantes de una gran ciudad si se los juzgara por la población de los barrios más pobres y sórdidos. En un hospital solo se ven enfermos o personas lisiadas; en un presidio se ven reunidas todas las infamias, todos los vicios; en las regiones insalubres, la mayoría de los habitantes son pálidos, enclenques y enfermizos. Pues bien, imagínese la tierra como un arrabal, un hospital, una penitenciaría, una región malsana, pues es todo eso a la vez, y se comprenderá por qué las aflicciones prevalecen sobre los goces, ya que no se envía al hospital a las personas sanas, ni a las casas de corrección a quienes no han hecho mal alguno; y ni los hospitales ni las casas de corrección son lugares de delicias.

Ahora bien, así como en una ciudad no toda la población está en los hospitales o en las prisiones, tampoco toda la humanidad está en la tierra; como se sale del hospital cuando se está curado y de la prisión cuando se ha cumplido la condena, el hombre deja la tierra por mundos más felices cuando está curado de sus dolencias morales.

8 Instrucciones de los Espíritus I Mundos inferiores y mundos superiores

La calificación de mundos inferiores y de mundos superiores es más relativa que absoluta; un mundo es inferior o superior con respecto a los que están por encima o por debajo de él en la escala del progreso.

Tomando la tierra como punto de comparación, se puede formar una idea del estado de un mundo inferior suponiendo allí al hombre en el grado de las razas salvajes o de las naciones bárbaras que aún se encuentran en su superficie y que son los restos de su estado primitivo. En los más atrasados, los seres que los habitan son, en cierto modo, rudimentarios; tienen forma humana, pero sin belleza alguna; ningún sentimiento de delicadeza o de benevolencia, ni las nociones de lo justo y de lo injusto, moderan allí los

instintos; solo la fuerza bruta impone la ley. Sin industria, sin inventos, los habitantes pasan la vida buscando su alimento. Sin embargo, Dios no abandona a ninguna de sus criaturas; en el fondo de las tinieblas de la inteligencia yace, latente, la vaga intuición de un Ser supremo, más o menos desarrollada. Este instinto basta para hacerlos superiores unos a otros y preparar su despertar a una vida más completa; pues no son seres degradados, sino niños que crecen.

Entre esos grados inferiores y los más elevados hay innumerables peldaños, y en los Espíritus puros, desmaterializados y resplandecientes de gloria, cuesta reconocer a quienes animaron a esos seres primitivos, del mismo modo que en el hombre adulto cuesta reconocer al embrión.

9 En los mundos que han llegado a un grado superior, las condiciones de la vida moral y material son muy distintas de las de la tierra. La forma del cuerpo sigue siendo, como en todas partes, la forma humana, pero embellecida, perfeccionada y, sobre todo, purificada. El cuerpo no tiene nada de la materialidad terrestre y, por consiguiente, no está sujeto a las necesidades, las enfermedades ni los deterioros que engendra el predominio de la materia; los sentidos, más refinados, tienen percepciones que aquí abajo ahoga la tosquedad de los órganos; la ligereza específica de los cuerpos hace que el desplazamiento sea rápido y fácil; en vez de arrastrarse penosamente por el suelo, el cuerpo se desliza, por así decirlo, sobre la superficie, o planea en la atmósfera sin más esfuerzo que el de la voluntad, a la manera en que se representa a los ángeles, o en que los antiguos se figuraban a los manes en los Campos Elíseos. Los hombres conservan a voluntad los rasgos de sus migraciones pasadas y se aparecen a sus amigos tal como estos los conocieron, pero iluminados por una luz divina, transfigurados por las impresiones in-

teriores, que son siempre elevadas. En lugar de rostros apagados, devastados por los sufrimientos y las pasiones, la inteligencia y la vida irradian ese resplandor que los pintores han expresado mediante el nimbo o la aureola de los santos.

La poca resistencia que ofrece la materia a Espíritus ya muy adelantados hace que el desarrollo de los cuerpos sea rápido y la infancia corta o casi nula; la vida, exenta de preocupaciones y de angustias, es proporcionalmente mucho más larga que en la tierra. En principio, la longevidad es proporcional al grado de adelanto de los mundos. La muerte no tiene allí ninguno de los horrores de la descomposición; lejos de ser motivo de espanto, se la considera una transformación feliz, porque allí no existe la duda sobre el porvenir. Durante la vida, el alma, al no estar encerrada en una materia compacta, irradia y goza de una lucidez que la pone en un estado casi permanente de emancipación y permite la libre transmisión del pensamiento.

10 En esos mundos felices, las relaciones de pueblo a pueblo, siempre amistosas, nunca se ven perturbadas por la ambición de someter al vecino ni por la guerra que es su consecuencia. No hay amos, ni esclavos, ni privilegiados por nacimiento; solo la superioridad moral e intelectual establece la diferencia de condiciones y otorga la supremacía.

10.2 La autoridad es siempre respetada, porque solo se concede al mérito y siempre se ejerce con justicia. El hombre no busca elevarse por encima del hombre, sino por encima de sí mismo, perfeccionándose. Su objetivo es llegar al rango de los Espíritus puros, y ese deseo incesante no es un tormento, sino una noble ambición que lo lleva a estudiar con ardor para llegar a igualarlos.

10.3 Todos los sentimientos tiernos y elevados de la naturaleza humana se encuentran allí engrandecidos y purificados; los odios, los celos mezquinos y las bajas codicias de la envidia son desconocidos; un lazo de amor y de fraternidad une a todos los hombres; los más fuertes ayudan a los más débiles.

10.4 Poseen más o menos, según hayan adquirido más o menos por su inteligencia, pero nadie sufre por falta de lo necesario, porque nadie está allí en expiación; en una palabra, el mal no existe allí.

11 En vuestro mundo necesitáis el mal para sentir el bien, la noche para admirar la luz, la enfermedad para apreciar la salud; allí, esos contrastes no son necesarios; la luz eterna, la belleza eterna y la calma eterna del alma proporcionan una alegría eterna que no perturban ni las angustias de la vida material ni el contacto con los malvados, que no tienen acceso a él.

11.2 Esto es lo que al espíritu humano más le cuesta comprender; ha sido ingenioso para pintar los tormentos del infierno, pero nunca ha podido representarse las alegrías del cielo; ¿y por qué?

11.3 Porque, al ser inferior, solo ha soportado penas y miserias y no ha vislumbrado las claridades celestes; solo puede hablar de lo que conoce; pero, a medida que se eleva y se purifica, el horizonte se aclara y comprende el bien que tiene ante sí, como ha comprendido el mal que ha quedado detrás de él.

12 Sin embargo, estos mundos afortunados no son mundos privilegiados, pues Dios no es parcial con ninguno de sus hijos; da a todos los mismos derechos y las mismas facilidades para llegar a ellos; hace que todos partan del mismo punto y no dota a ninguno más que a los demás; los primeros

puestos son accesibles a todos: a ellos les corresponde conquistarlos con su trabajo; a ellos les corresponde alcanzarlos lo antes posible, o languidecer durante siglos de siglos en los bajos fondos de la humanidad.

12.2 (Resumen de las informaciones de todos los Espíritus superiores.) Mundos de expiaciones y de pruebas.

13 ¿Qué os diré de los mundos de expiaciones que no sepáis ya, puesto que os basta con considerar la tierra que habitáis? La superioridad de la inteligencia en un gran número de sus habitantes indica que no es un mundo primitivo destinado a la encarnación de Espíritus apenas salidos de las manos del Creador. Las cualidades innatas que traen consigo son la prueba de que ya han vivido y de que han realizado cierto progreso; pero también los numerosos vicios a los que se inclinan son indicio de una gran imperfección moral; por eso Dios los ha colocado en una tierra ingrata para que expíen allí sus faltas mediante un trabajo penoso y las miserias de la vida, hasta que hayan merecido ir a un mundo más feliz.

\ 4. Sin embargo, no todos los Espíritus encarnados en la tierra son enviados a ella en expiación. Las razas que llamáis salvajes son Espíritus apenas salidos de la infancia, que están allí, por así decirlo, para educarse, y se desarrollan en contacto con Espíritus más avanzados. Vienen después las razas semicivilizadas, formadas por esos mismos Espíritus en progreso. Estas son, en cierto modo, las razas indígenas de la tierra, que han crecido poco a poco a lo largo de extensos períodos de siglos, y algunas de las cuales han podido alcanzar el perfeccionamiento intelectual de los pueblos más ilustrados.

Los Espíritus en expiación son allí, si puede decirse así, exóticos; ya han vivido en otros mundos de los que fueron excluidos por su obstinación en el mal y porque eran allí una causa de perturbación para los buenos; han sido

relegados, durante un tiempo, entre Espíritus más atrasados, a quienes tienen la misión de hacer avanzar, pues han traído consigo su inteligencia desarrollada y el germen de los conocimientos adquiridos; por eso los Espíritus castigados se encuentran entre las razas más inteligentes; estas son también aquellas para las que las miserias de la vida tienen mayor amargura, porque hay en ellas más sensibilidad y les afectan más las contrariedades que a las razas primitivas, cuyo sentido moral es más obtuso.

15 La tierra ofrece, pues, uno de los tipos de los mundos expiatorios, cuyas variedades son infinitas, pero que tienen como característica común servir de lugar de exilio a los Espíritus rebeldes a la ley de Dios.

15.2 Allí estos Espíritus han de luchar a la vez contra la perversidad de los hombres y contra la inclemencia de la naturaleza, doble trabajo penoso que desarrolla al mismo tiempo las cualidades del corazón y las de la inteligencia. Así es como Dios, en su bondad, hace que el castigo mismo contribuya al progreso del Espíritu. (San Agustín. París, 1862.) Mundos regeneradores.

16 Entre esas estrellas que centellean en la bóveda azulada, ¡cuántos mundos hay, como el vuestro, designados por el Señor para la expiación y la prueba! Pero también los hay más miserables y mejores, así como los hay de transición que pueden llamarse regeneradores.

16.2 Cada torbellino planetario, que recorre el espacio alrededor de un centro común, arrastra consigo sus mundos primitivos, de exilio, de prueba, de regeneración y de felicidad.

16.3 Se os ha hablado de esos mundos donde se coloca al alma naciente, cuando, ignorante todavía del bien y del mal, puede caminar hacia Dios, dueña de sí misma, en posesión de su libre albedrío; se os ha dicho de qué

amplias facultades ha sido dotada el alma para hacer el bien; pero, ¡ay!, hay algunas que sucumben, y Dios, al no querer aniquilarlas, les permite ir a esos mundos donde, de encarnación en encarnación, se purifican, se regeneran y volverán dignas de la gloria que les estaba destinada.

17 Los mundos regeneradores sirven de transición entre los mundos de expiación y los mundos felices; el alma que se arrepiente encuentra allí la calma y el reposo mientras termina de purificarse. Sin duda, en esos mundos, el hombre sigue sujeto a las leyes que rigen la materia; la humanidad experimenta vuestras sensaciones y vuestros deseos, pero está libre de las pasiones desordenadas de las que sois esclavos; allí ya no hay orgullo que haga callar al corazón, ni envidia que lo torture, ni odio que lo ahogue; la palabra amor está escrita en todas las frentes; una equidad perfecta rige las relaciones sociales; todos muestran a Dios e intentan llegar a él siguiendo sus leyes.

Allí, no obstante, todavía no se encuentra la felicidad perfecta, pero sí la aurora de la felicidad. El hombre sigue siendo allí carne, y por eso mismo está sujeto a vicisitudes de las que solo están exentos los seres completamente desmaterializados; aún tiene pruebas que sufrir, pero estas no tienen las desgarradoras angustias de la expiación. Comparados con la tierra, esos mundos son muy felices, y muchos de vosotros estaríais satisfechos de deteneros allí, pues es la calma después de la tempestad, la convalecencia después de una cruel enfermedad; pero el hombre, menos absorbido por las cosas materiales, vislumbra el porvenir mejor que vosotros; comprende que hay otras alegrías que el Señor promete a quienes se hacen dignos de ellas, cuando la muerte haya segado de nuevo sus cuerpos para darles la verdadera vida. Entonces el alma liberada se elevará sobre todos los hori-

zontes; ya no habrá sentidos materiales y groseros, sino los sentidos de un periespíritu puro y celestial, que aspira las emanaciones de Dios mismo en los perfumes de amor y de caridad que se difunden de su seno.

18 Pero, ¡ay!, en esos mundos, el hombre sigue siendo falible, y el Espíritu del mal no ha perdido por completo su dominio. No avanzar es retroceder, y si no se mantiene firme en el camino del bien, puede recaer en los mundos de expiación, donde le esperan nuevas y más terribles pruebas.
Contemplad, pues, esa bóveda azulada, por la noche, a la hora del reposo y de la oración, y entre esas esferas innumerables que brillan sobre vuestras cabezas, preguntaos cuáles conducen a Dios, y rogadle que un mundo regenerador os abra su seno después de la expiación de la tierra. (San Agustín. París, 1862.)

Progresión de los mundos

19 El progreso es una de las leyes de la naturaleza; todos los seres de la creación, animados e inanimados, están sujetos a ella por la bondad de Dios, que quiere que todo crezca y prospere. La destrucción misma, que a los hombres les parece el fin de las cosas, no es más que un medio de llegar, mediante la transformación, a un estado más perfecto, pues todo muere para renacer y nada vuelve a la nada. Al mismo tiempo que los seres vivos progresan moralmente, los mundos que habitan progresan materialmente. Quien pudiera seguir un mundo en sus diversas fases desde el instante en que se aglomeraron los primeros átomos que sirvieron para constituirlo, lo vería recorrer una escala de progreso incesante, aunque por grados imperceptibles para cada generación, y ofrecer a sus habitantes una morada más agradable a medida que estos mismos avanzan por el camino del progreso. Así marchan paralelamente el progreso del hombre, el de los animales que

lo ayudan, el de los vegetales y el de su morada, pues nada permanece inmóvil en la naturaleza. ¡Qué grande y digna de la majestad del Creador es esta idea! Y, por el contrario, ¡qué pequeña e indigna de su poder es la que concentra su solicitud y su providencia en el imperceptible grano de arena de la tierra, y limita la humanidad a los pocos hombres que la habitan!

La tierra, siguiendo esta ley, ha estado material y moralmente en un estado inferior al de hoy, y alcanzará en ambos aspectos un grado más avanzado. Ha llegado a uno de sus períodos de transformación, en el que, de mundo expiatorio, va a convertirse en mundo regenerador; entonces los hombres serán felices en ella porque la ley de Dios reinará allí. (San Agustín, París, 1862.)

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

IV. NADIE PUEDE VER EL REINO DE DIOS SI NO NACE DE NUEVO

✦

1 Jesús, habiendo llegado a los alrededores de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos y les dijo: ¿Qué dicen los hombres acerca del Hijo del Hombre? ¿Quién dicen que soy? — Ellos le respondieron: Unos dicen que sois Juan el Bautista; otros, Elías; otros, Jeremías o alguno de los profetas.
— Jesús les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy?
— Simón Pedro, tomando la palabra, le dijo: Sois el Cristo, el Hijo de Dios vivo. — Jesús le respondió: Bienaventurado sois, Simón, hijo de Juan, porque no os lo han revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. (San Mateo, cap. xvi, vv. de 13 a 17; san Marcos, cap. viii, vv. de 27 a 30.)

2 Entretanto, Herodes el tetrarca oyó hablar de todo lo que hacía Jesús, y su ánimo estaba perplejo, — porque unos decían que Juan había resucitado de entre los muertos; otros, que Elías había aparecido, y otros, que uno de los antiguos profetas había resucitado. — Entonces Herodes dijo: Yo hice cortar la cabeza a Juan; pero ¿quién es este de quien oigo decir cosas tan grandes? Y tenía deseos de verlo. (San Marcos, cap. vi, vv. 14, 15; san Lucas, cap. ix, vv. 7, 8, 9.)

3 (Después de la transfiguración.) Sus discípulos le preguntaron entonces y le dijeron: ¿Por qué, pues, dicen los escribas que Elías debe volver antes? — Pero Jesús les respondió: Es verdad que Elías debe volver y restablecer to-

das las cosas; — pero os declaro que Elías ya ha venido, y no lo reconocieron, sino que lo trataron como les pareció.

3.2 Así también harán sufrir al Hijo del Hombre. — Entonces sus discípulos comprendieron que les había hablado de Juan el Bautista. (San Mateo, cap. xvii, vv. de 10 a 13; san Marcos, cap. ix, vv. 10, 11, 12.)

4 Resurrección y reencarnación

La reencarnación formaba parte de los dogmas judíos bajo el nombre de resurrección; solo los saduceos, que pensaban que todo termina con la muerte, no creían en ella. Las ideas de los judíos sobre este punto, como sobre muchos otros, no estaban claramente definidas, porque solo tenían nociones vagas e incompletas sobre el alma y su vínculo con el cuerpo. Creían que un hombre que había vivido podía volver a vivir, sin comprender con precisión de qué manera podía suceder aquello; designaban con la palabra resurrección lo que el espiritismo llama, con mayor acierto, reencarnación. En efecto, la resurrección supone la vuelta a la vida del cuerpo que ha muerto, lo que la ciencia demuestra que es materialmente imposible, sobre todo cuando los elementos de ese cuerpo llevan mucho tiempo dispersos y absorbidos. La reencarnación es el regreso del alma o Espíritu a la vida corporal, pero en otro cuerpo recién formado para él, y que no tiene nada en común con el anterior. La palabra resurrección podía aplicarse así a Lázaro, pero no a Elías ni a los demás profetas. Por tanto, si, según su creencia, Juan el Bautista era Elías, el cuerpo de Juan no podía ser el de Elías, puesto que habían visto a Juan de niño y conocían a su padre y a su madre. Juan podía, pues, ser Elías reencarnado, pero no resucitado.

5 Había un hombre de entre los fariseos, llamado Nicodemo, senador de los judíos, — que fue de noche a ver a Jesús y le dijo: Maestro, sabemos que habéis venido de parte de Dios para instruirnos como un doctor; porque nadie podría hacer los milagros que hacéis si Dios no estuviera con él.
Jesús le respondió: En verdad, en verdad os digo: Nadie puede ver el reino de Dios si no nace de nuevo.
Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede nacer un hombre que ya es viejo? ¿Puede volver a entrar en el seno de su madre para nacer por segunda vez?
Jesús le respondió: En verdad, en verdad os digo: Si un hombre no renace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. — Lo que ha nacido de la carne es carne, y lo que ha nacido del Espíritu es Espíritu. — No os asombréis de que os haya dicho que es necesario que nazcáis de nuevo. — El Espíritu sopla donde quiere, y oís su voz, pero no sabéis de dónde viene ni adónde va; lo mismo sucede con todo hombre que ha nacido del Espíritu.
Nicodemo le respondió: ¿Cómo puede hacerse esto? — Jesús le dijo: ¡Cómo! ¡Sois maestro en Israel e ignoráis estas cosas! — En verdad, en verdad os digo que solo decimos lo que sabemos y que solo damos testimonio de lo que hemos visto; y, sin embargo, no recibiréis nuestro testimonio. — Pero si no me creéis cuando os hablo de las cosas de la tierra, ¿cómo me creeréis cuando os hable de las cosas del cielo? (San Juan, cap. iii, vv. de 1 a 12.)

6 La idea de que Juan el Bautista era Elías y de que los profetas podían volver a vivir en la tierra se encuentra en muchos pasajes de los Evangelios, especialmente en los citados anteriormente (núms. 1, 2, 3).

6.2 Si esta creencia hubiera sido un error, Jesús no habría dejado de combatirla, como combatió tantas otras; lejos de ello, la confirma con toda su autoridad y la establece como principio y como una condición necesaria cuando dice: Nadie puede ver el reino de los cielos si no nace de nuevo; e insiste añadiendo: No os asombréis de que os diga que es necesario que nazcáis de nuevo.

7 Estas palabras: «Si un hombre no renace del agua y del Espíritu», se han interpretado en el sentido de la regeneración por el agua del bautismo; pero el texto primitivo decía simplemente: No renace del agua y del Espíritu, mientras que, en ciertas traducciones, se ha sustituido del Espíritu por: del Espíritu Santo, lo que ya no corresponde al mismo pensamiento. Este punto fundamental se desprende de los primeros comentarios hechos sobre el Evangelio, ¡como algún día se comprobará sin posibilidad de equívoco!

8 Para comprender el verdadero sentido de estas palabras, también es preciso remitirse al significado de la palabra agua, que no se empleaba en su acepción propia.
Los conocimientos de los antiguos sobre las ciencias físicas eran muy imperfectos; creían que la tierra había salido de las aguas, por lo que consideraban el agua como el elemento generador absoluto; así, en el Génesis se dice: «El Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas; flotaba en la superficie de las aguas; — Que se haga el firmamento en medio de las aguas; — Que las aguas que están bajo el cielo se reúnan en un solo lugar y que aparezca el elemento árido; — Que las aguas produzcan animales vivos que naden en el agua, y aves que vuelen sobre la tierra y bajo el firmamento».
Según esta creencia, el agua se había convertido en el símbolo de la natura-

leza material, como el Espíritu lo era de la naturaleza inteligente. Estas palabras: «Si el hombre no renace del agua y del Espíritu, o en agua y en Espíritu», significan, pues: «Si el hombre no renace con su cuerpo y su alma». En este sentido se entendieron al principio.

Esta interpretación se justifica, además, por estas otras palabras: Lo que ha nacido de la carne es carne, y lo que ha nacido del Espíritu es el Espíritu. Jesús hace aquí una distinción clara entre el Espíritu y el cuerpo. Lo que ha nacido de la carne es carne indica claramente que solo el cuerpo procede del cuerpo y que el Espíritu es independiente del cuerpo.

(1) La traducción de Osterwald es conforme al texto primitivo; dice: no renace del agua y del Espíritu; la de Sacy dice: del Espíritu Santo; la de Lamennais: del Espíritu Santo.

9 El Espíritu sopla donde quiere; oís su voz, pero no sabéis de dónde viene ni adónde va puede entenderse del Espíritu de Dios, que da la vida a quien quiere, o del alma del hombre; en esta última acepción, «No sabéis de dónde viene ni adónde va» significa que no se conoce ni lo que ha sido ni lo que será el Espíritu.

9.2 Si el Espíritu, o alma, fuera creado al mismo tiempo que el cuerpo, se sabría de dónde viene, puesto que se conocería su comienzo. En cualquier caso, este pasaje es la consagración del principio de la preexistencia del alma y, por consiguiente, de la pluralidad de las existencias.

10 Desde el tiempo de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos se toma por la violencia, y son los violentos quienes lo conquistan; — porque, hasta Juan, todos los profetas, así como la ley, han profetizado; — y si queréis comprender lo que os digo, él mismo es Elías que debe venir. — El que tenga oídos para oír, que oiga. (San Mateo, cap. xi, vv. de 12 a 15.) 11. Si el

principio de la reencarnación expresado en san Juan pudiera, en rigor, interpretarse en un sentido puramente místico, no podría ocurrir lo mismo en este pasaje de san Mateo, que no admite equívoco alguno: él mismo es Elías que debe venir; aquí no hay figura ni alegoría: es una afirmación clara. — «Desde el tiempo de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos se toma por la violencia». ¿Qué significan estas palabras, puesto que Juan el Bautista aún vivía en aquel momento? Jesús las explica diciendo: «Si queréis comprender lo que digo, él mismo es Elías que debe venir». Ahora bien, como Juan no era otro que Elías, Jesús alude al tiempo en que Juan vivía con el nombre de Elías. «Hasta ahora, el reino de los cielos se toma por la violencia» es otra alusión a la violencia de la ley mosaica, que ordenaba el exterminio de los infieles para ganar la Tierra Prometida, paraíso de los hebreos, mientras que, según la nueva ley, el cielo se gana por la caridad y la dulzura.

Luego añade: El que tenga oídos para oír, que oiga. Estas palabras, tan a menudo repetidas por Jesús, dicen claramente que no todos estaban en condiciones de comprender ciertas verdades.

12 Aquellos de vuestro pueblo a quienes se había dado muerte vivirán de nuevo; los que fueron muertos en medio de mí resucitarán. Despertad de vuestro sueño y cantad las alabanzas de Dios, vosotros que habitáis en el polvo; porque el rocío que cae sobre vosotros es un rocío de luz, y arruinaréis la tierra y el reino de los gigantes. (Isaías, cap. xxvi, v. 19.)

13 Este pasaje de Isaías es igualmente explícito: «Aquellos de vuestro pueblo a quienes se había dado muerte vivirán de nuevo». Si el profeta hubiera querido hablar de la vida espiritual, si hubiera querido decir que

aquellos a quienes se dio muerte no estaban muertos en Espíritu, habría dicho: viven todavía, y no vivirán de nuevo.

13.2 En el sentido espiritual, estas palabras serían un contrasentido, puesto que implicarían una interrupción en la vida del alma. En el sentido de regeneración moral, serían la negación de las penas eternas, puesto que establecen como principio que todos los que han muerto volverán a vivir.

14 Pero cuando el hombre ha muerto una vez y su cuerpo, separado de su espíritu, se ha consumido, ¿qué es de él? — Habiendo muerto el hombre una vez, ¿podría volver a vivir? En esta guerra en la que me encuentro todos los días de mi vida, espero que llegue mi cambio. (Job, cap. xiv, vv. 10, 14. Traducción de Le Maistre de Sacy.)

Cuando el hombre muere, pierde toda su fuerza, expira; luego, ¿dónde está? — Si el hombre muere, ¿volverá a vivir? ¿Esperaré todos los días de mi combate, hasta que me llegue algún cambio? (Íd. Traducción protestante de Osterwald.)

Cuando el hombre ha muerto, sigue viviendo; al terminar los días de mi existencia terrenal, esperaré, porque volveré de nuevo a ella. (Íd. Versión de la Iglesia griega.)

15 El principio de la pluralidad de las existencias está claramente expresado en estas tres versiones. No se puede suponer que Job haya querido hablar de la regeneración por el agua del bautismo, que ciertamente no conocía. «El hombre, una vez muerto, ¿podría volver a vivir?». La idea de morir una vez y volver a vivir implica la de morir y volver a vivir varias veces. La versión de la Iglesia griega es aún más explícita, si cabe. «Al terminar los días de mi existencia terrenal, esperaré, porque volveré a ella»; es decir, volveré a la existencia terrenal. Esto es tan claro como si alguien dijera: «Salgo

de mi casa, pero volveré a ella».
«En esta guerra en la que me encuentro todos los días de mi vida, espero a que llegue mi cambio». Job quiere hablar, evidentemente, de la lucha que sostiene contra las miserias de la vida; espera su cambio, es decir, se resigna. En la versión griega, esperaré parece aplicarse más bien a la nueva existencia: «Cuando mi existencia terrenal haya terminado, esperaré, porque volveré a ella»; Job parece situarse, después de su muerte, en el intervalo que separa una existencia de otra, y decir que allí esperará su regreso.

16 No cabe duda, por tanto, de que, bajo el nombre de resurrección, el principio de la reencarnación era una de las creencias fundamentales de los judíos; de que Jesús y los profetas lo confirman de manera expresa; de donde se deduce que negar la reencarnación es renegar de las palabras de Cristo. Sus palabras tendrán un día autoridad sobre este punto, como sobre muchos otros, cuando se medite en ellas sin prejuicios.

17 Pero a esta autoridad, desde el punto de vista religioso, se añade, desde el punto de vista filosófico, la de las pruebas que resultan de la observación de los hechos; cuando se quiere remontar de los efectos a las causas, la reencarnación aparece como una necesidad absoluta, como una condición inherente a la humanidad, en una palabra, como una ley de la naturaleza; se revela por sus resultados de una manera, por así decirlo, material, como el motor oculto se revela por el movimiento; solo ella puede decir al hombre de dónde viene, adónde va, por qué está en la tierra, y justificar todas las anomalías y todas las injusticias aparentes que presenta la vida 1.
Sin el principio de la preexistencia del alma y de la pluralidad de las existencias, la mayoría de las máximas del Evangelio son ininteligibles; por eso han dado lugar a interpretaciones tan contradictorias; este principio es la

clave que debe devolverles su verdadero sentido.
Los lazos de familia fortalecidos por la reencarnación y rotos por la existencia única.

18 Los lazos de familia no son destruidos por la reencarnación, como piensan algunas personas; por el contrario, se fortalecen y se estrechan: es el principio opuesto el que los destruye.
Los Espíritus forman en el espacio grupos o familias unidos por el afecto, la simpatía y la semejanza de las inclinaciones; estos Espíritus, felices de estar juntos, se buscan; la encarnación solo los separa momentáneamente, pues, después de su regreso a la erraticidad, vuelven a encontrarse como amigos al regresar de un viaje. A menudo incluso se siguen en la encarnación, donde se reúnen en una misma familia o en un mismo círculo, trabajando juntos por su progreso mutuo. Si unos están encarnados y los otros no, no por ello dejan de estar unidos por el pensamiento; los que están libres velan por los que están en cautiverio; los más adelantados procuran hacer progresar a los rezagados. Después de cada existencia han dado un paso en el camino de la perfección; cada vez menos apegados a la materia, su afecto es más vivo precisamente porque es más puro, porque ya no lo perturban el egoísmo ni las nubes de las pasiones. Pueden así recorrer un número ilimitado de existencias corporales sin que su afecto mutuo sufra daño alguno. Se entiende que aquí se trata del afecto real de alma a alma, el único que sobrevive a la destrucción del cuerpo, pues los seres que solo se unen aquí abajo por los sentidos no tienen ningún motivo para buscarse en el mundo de los Espíritus. Solo los afectos espirituales son duraderos; los afectos carnales se extinguen con la causa que los hizo nacer; ahora bien, esa causa ya no existe en el mundo de los Espíritus, mientras que el alma sigue

existiendo. En cuanto a las personas unidas por el único móvil del interés, en realidad no son nada la una para la otra: la muerte las separa en la tierra y en el cielo.

(1) Véanse, para el desarrollo del dogma de la reencarnación, El libro de los Espíritus, caps. iv y v; ¿Qué es el espiritismo?, cap. ii, por Allan Kardec; La pluralidad de las existencias, por Pezzani.

19 La unión y el afecto que existen entre parientes son el indicio de la simpatía anterior que los acercó; por eso se dice, al hablar de una persona cuyo carácter, gustos e inclinaciones no tienen ninguna semejanza con los de sus allegados, que no es de la familia. Al decir esto, se enuncia una verdad mayor de lo que se cree.

19.2 Dios permite, en las familias, estas encarnaciones de Espíritus antipáticos o extraños, con el doble propósito de servir de prueba para unos y de medio de progreso para otros.

19.3 Luego los malos mejoran poco a poco al contacto con los buenos y por los cuidados que reciben de ellos; su carácter se suaviza, sus costumbres se depuran, las antipatías se borran; así se establece la fusión entre las diferentes categorías de Espíritus, como se establece en la tierra entre las razas y los pueblos.

20 El temor al aumento indefinido del parentesco, como consecuencia de la reencarnación, es un temor egoísta, que demuestra que uno no siente un amor lo bastante amplio como para extenderlo a un gran número de personas. ¿Acaso un padre que tiene varios hijos los ama menos que si tuviera uno solo? Pero que los egoístas se tranquilicen: este temor no tiene fundamento.

20.2 De que un hombre haya tenido diez encarnaciones no se deduce que volverá a encontrar en el mundo de los Espíritus diez padres, diez madres, diez esposas y un número proporcional de hijos y de nuevos parientes; siempre encontrará allí a los mismos seres queridos que estuvieron unidos a él en la tierra por diferentes vínculos, y quizá por el mismo vínculo.

21 Veamos ahora las consecuencias de la doctrina de la no reencarnación. Esta doctrina anula necesariamente la preexistencia del alma; como las almas son creadas al mismo tiempo que el cuerpo, no existe entre ellas ningún vínculo anterior; son completamente extrañas las unas a las otras; el padre es un extraño para su hijo; la filiación de las familias queda así reducida a la sola filiación corporal, sin ningún vínculo espiritual.

21.2 No hay, pues, ningún motivo para vanagloriarse de haber tenido por antepasados a tales o cuales personajes ilustres. Con la reencarnación, antepasados y descendientes pueden haberse conocido, haber vivido juntos, haberse amado y encontrarse reunidos más tarde para estrechar sus lazos de simpatía.

22 Esto en cuanto al pasado. En cuanto al porvenir, según uno de los dogmas fundamentales que se derivan de la no reencarnación, la suerte de las almas queda irrevocablemente fijada después de una sola existencia; la fijación definitiva de la suerte implica el cese de todo progreso, pues, si hay algún progreso, ya no hay una suerte definitiva; según hayan vivido bien o mal, van inmediatamente a la morada de los bienaventurados o al infierno eterno; quedan así inmediatamente separadas para siempre y sin esperanza de volver a acercarse jamás, de tal modo que padres, madres e hijos, maridos y esposas, hermanos, hermanas y amigos nunca tienen la certeza de volver a verse: es la ruptura más absoluta de los lazos de familia.

Con la reencarnación y el progreso que es su consecuencia, todos los que se han amado vuelven a encontrarse en la tierra y en el espacio, y gravitan juntos para llegar a Dios. Si algunos flaquean en el camino, retrasan su progreso y su felicidad, pero no se pierde toda esperanza; ayudados, alentados y sostenidos por quienes los aman, saldrán un día del lodazal en el que están metidos. Con la reencarnación, en fin, hay solidaridad perpetua entre los encarnados y los desencarnados; de ahí que se estrechen los lazos de afecto.

23 En resumen, se presentan al hombre cuatro alternativas para su porvenir de ultratumba: 1° la nada, según la doctrina materialista; 2° la absorción en el todo universal, según la doctrina panteísta; 3° la individualidad con fijación definitiva de la suerte, según la doctrina de la Iglesia; 4° la individualidad con progresión indefinida, según la doctrina espírita. Según las dos primeras, los lazos de familia se rompen después de la muerte y no hay ninguna esperanza de volver a encontrarse; con la tercera, hay posibilidad de volver a verse, siempre que se esté en el mismo lugar, y ese lugar puede ser tanto el infierno como el paraíso; con la pluralidad de las existencias, que es inseparable de la progresión gradual, hay certeza de la continuidad de las relaciones entre quienes se han amado, y eso es lo que constituye la verdadera familia.

24 Instrucciones de los Espíritus Límite de la encarnación

¿Cuáles son los límites de la encarnación?

La encarnación no tiene, propiamente hablando, límites claramente trazados, si se entiende por ella la envoltura que constituye el cuerpo del Espíritu, puesto que la materialidad de esta envoltura disminuye a medida que el Espíritu se purifica. En ciertos mundos más adelantados que la tierra, ya

es menos compacta, menos pesada y menos burda, y, por consiguiente, está sujeta a menos vicisitudes; en un grado más elevado, es diáfana y casi fluídica; de grado en grado, se desmaterializa y termina por confundirse con el periespíritu. Según el mundo en el que el Espíritu esté llamado a vivir, este toma la envoltura apropiada a la naturaleza de ese mundo.

El propio periespíritu experimenta transformaciones sucesivas; se eteriza cada vez más hasta la depuración completa que constituye a los Espíritus puros. Si hay mundos especiales destinados, como estaciones, a los Espíritus muy adelantados, estos no están sujetos a ellos como en los mundos inferiores; el estado de desprendimiento en que se encuentran les permite trasladarse a cualquier lugar donde los llamen las misiones que les son confiadas.

Si se considera la encarnación desde el punto de vista material, tal como tiene lugar en la tierra, se puede decir que está limitada a los mundos inferiores; depende del Espíritu, por lo tanto, liberarse de ella con mayor o menor rapidez, trabajando en su depuración.

También debe considerarse que, en el estado errante, es decir, en el intervalo entre las existencias corporales, la situación del Espíritu guarda relación con la naturaleza del mundo al que lo vincula su grado de adelanto; que así, en la erraticidad, es más o menos feliz, libre e ilustrado, según esté más o menos desmaterializado. (San Luis, París, 1859.) Necesidad de la encarnación.

25 ¿Es la encarnación un castigo y solo están sujetos a ella los Espíritus culpables?

El paso de los Espíritus por la vida corporal es necesario para que puedan cumplir, mediante una acción material, los designios cuya ejecución Dios

les confía; es necesario para ellos mismos, porque la actividad que están obligados a desplegar contribuye al desarrollo de la inteligencia. Siendo Dios soberanamente justo, debe dar una parte igual a todos sus hijos; por eso da a todos un mismo punto de partida, la misma aptitud, las mismas obligaciones que cumplir y la misma libertad de actuar; todo privilegio sería una preferencia, y toda preferencia, una injusticia. Pero la encarnación no es para todos los Espíritus más que un estado transitorio; es una tarea que Dios les impone al comienzo de su vida, como primera prueba del uso que harán de su libre albedrío. Quienes cumplen esta tarea con empeño superan rápidamente y con menos sufrimiento estos primeros grados de la iniciación, y disfrutan antes del fruto de sus trabajos. Quienes, por el contrario, hacen mal uso de la libertad que Dios les concede retrasan su avance; así es como, por su obstinación, pueden prolongar indefinidamente la necesidad de reencarnarse, y es entonces cuando la encarnación se convierte en un castigo. (San Luis, París, 1859.)

26 Observación. Una comparación común permitirá comprender mejor esta diferencia. El escolar solo alcanza los grados del saber después de haber recorrido la serie de cursos que conducen a ellos. Estos cursos, cualquiera que sea el trabajo que exijan, son un medio de alcanzar la meta, y no un castigo. El escolar aplicado acorta el camino y encuentra en él menos espinas; ocurre de otro modo con aquel a quien su negligencia y su pereza obligan a repetir ciertos cursos. No es el trabajo del curso lo que constituye un castigo, sino la obligación de volver a hacer el mismo trabajo.

Así ocurre con el hombre en la tierra. Para el Espíritu del salvaje, que está casi al comienzo de la vida espiritual, la encarnación es un medio de desarrollar su inteligencia; pero para el hombre instruido, cuyo sentido moral

está ampliamente desarrollado y que se ve obligado a repetir las etapas de una vida corporal llena de angustias, cuando ya podría haber llegado a la meta, es un castigo por la necesidad en que se encuentra de prolongar su estancia en los mundos inferiores y desdichados. Quien, por el contrario, trabaja activamente por su progreso moral puede no solo acortar la duración de la encarnación material, sino también superar de una sola vez los grados intermedios que lo separan de los mundos superiores.

¿No podrían los Espíritus encarnarse una sola vez en el mismo globo y cumplir sus distintas existencias en esferas diferentes? Esta opinión solo sería admisible si todos los hombres estuvieran, en la tierra, exactamente en el mismo nivel intelectual y moral. Las diferencias que existen entre ellos, desde el salvaje hasta el hombre civilizado, muestran los grados que están llamados a superar. La encarnación, además, debe tener un fin útil; ahora bien, ¿cuál sería el de las encarnaciones efímeras de los niños que mueren a corta edad? Habrían sufrido sin provecho para ellos ni para los demás: Dios, cuyas leyes son todas soberanamente sabias, no hace nada inútil. Mediante la reencarnación en el mismo globo, ha querido que los mismos Espíritus, al encontrarse de nuevo en contacto, tuvieran ocasión de reparar los daños que se hubieran causado mutuamente; por sus relaciones anteriores, ha querido, además, fundar los lazos de familia sobre una base espiritual y apoyar en una ley de la naturaleza los principios de solidaridad, fraternidad e igualdad.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

V. BIENAVENTURADOS LOS AFLIGIDOS

✦

1 Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados. — Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados. — Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. (San Mateo, cap. v, vv. 5, 6, 10.)

2 Bienaventurados vosotros, los pobres, porque vuestro es el reino de los cielos. — Bienaventurados vosotros, los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados. — Dichosos vosotros, los que ahora lloráis, porque reiréis. (San Lucas, cap. vi, vv. 20, 21.)
Pero ¡ay de vosotros, ricos!, porque tenéis vuestro consuelo en el mundo. — ¡Ay de vosotros, los que estáis saciados, porque tendréis hambre! — ¡Ay de vosotros, los que ahora reís, porque quedaréis sumidos en el llanto y las lágrimas! (San Lucas, cap. vi, vv. 24, 25.)

3 Justicia de las aflicciones
Las compensaciones que Jesús promete a los afligidos de la tierra solo pueden tener lugar en la vida futura; sin la certeza del porvenir, estas máximas serían un sinsentido; más aún, serían un engaño. Incluso con esa certeza se comprende difícilmente la utilidad de sufrir para ser feliz. Es, se dice, para tener más mérito; pero entonces uno se pregunta por qué unos sufren más que otros; por qué unos nacen en la miseria y otros en la opulencia, sin haber hecho nada que justifique esa situación; por qué a unos nada les sale bien, mientras que a otros todo parece sonreírles. Pero lo que se comprende

aún menos es ver los bienes y los males repartidos de manera tan desigual entre el vicio y la virtud; ver a los hombres virtuosos sufrir junto a los malvados que prosperan. La fe en el porvenir puede consolar y dar paciencia, pero no explica esas anomalías que parecen desmentir la justicia de Dios.

No obstante, desde el momento en que se admite a Dios, no se lo puede concebir sin la infinitud de las perfecciones; debe ser todo poder, toda justicia, toda bondad; de lo contrario, no sería Dios. Si Dios es soberanamente bueno y justo, no puede actuar por capricho ni con parcialidad. Las vicisitudes de la vida tienen, pues, una causa, y puesto que Dios es justo, esa causa debe ser justa. De esto debe convencerse profundamente cada uno. Dios ha puesto a los hombres en el camino de esa causa mediante las enseñanzas de Jesús, y hoy, al juzgarlos lo bastante maduros para comprenderla, se la revela por entero mediante el espiritismo, es decir, por la voz de los Espíritus.

Causas actuales de las aflicciones

4 Las vicisitudes de la vida son de dos clases o, si se prefiere, tienen dos fuentes muy diferentes que es importante distinguir; unas tienen su causa en la vida presente, y otras fuera de esta vida.

Al remontarse a la fuente de los males terrenales, se reconocerá que muchos son la consecuencia natural del carácter y de la conducta de quienes los padecen.

¡Cuántos hombres caen por su propia culpa! ¡Cuántos son víctimas de su imprevisión, de su orgullo y de su ambición!

¡Cuántas personas arruinadas por falta de orden, de perseverancia, por mala conducta o por no haber sabido limitar sus deseos!

¡Cuántas uniones desdichadas porque son un cálculo de interés o de vani-

dad, y el corazón no tiene nada que ver en ellas! Cuántas discordias, cuántas disputas funestas se habrían podido evitar con más moderación y menos susceptibilidad.

Cuántas enfermedades y dolencias son consecuencia de la intemperancia y de los excesos de toda clase.

¡Cuántos padres sufren por sus hijos porque no combatieron desde el principio sus malas tendencias! Por debilidad o indiferencia, dejaron que se desarrollaran en ellos los gérmenes del orgullo, del egoísmo y de la necia vanidad que secan el corazón; después, más tarde, al cosechar lo que sembraron, se sorprenden y se afligen por su falta de respeto y su ingratitud.

Que todos aquellos a quienes las vicisitudes y las decepciones de la vida hieren en el corazón interroguen con serenidad su conciencia; que se remonten paso a paso a la fuente de los males que los afligen, y verán si, las más de las veces, no pueden decir: Si hubiera hecho, o no hubiera hecho tal cosa, no me encontraría en tal situación.

¿A quién culpar, pues, de todas estas aflicciones, sino a uno mismo? Así, en un gran número de casos, el hombre es el artífice de sus propias desventuras; pero, en vez de reconocerlo, le resulta más sencillo y menos humillante para su vanidad culpar al destino, a la Providencia, a la mala suerte, a su mala estrella, cuando su mala estrella está en su negligencia.

Los males de esta naturaleza constituyen, sin duda, una parte muy considerable de las vicisitudes de la vida; el hombre los evitará cuando trabaje en su mejora moral tanto como en su mejora intelectual.

5 La ley humana alcanza ciertas faltas y las castiga; el condenado puede, pues, decirse que sufre la consecuencia de lo que ha hecho; pero la ley no alcanza ni puede alcanzar todas las faltas; castiga especialmente las que per-

judican a la sociedad, y no las que solo dañan a quienes las cometen. Pero Dios quiere el progreso de todas sus criaturas; por eso no deja impune ninguna desviación del buen camino; no hay una sola falta, por leve que sea, ni una sola infracción de su ley que no tenga consecuencias forzosas e inevitables, más o menos penosas; de ahí se sigue que, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes, el hombre siempre es castigado por aquello en lo que ha pecado. Los sufrimientos que de ello resultan son para él una advertencia de que ha obrado mal; le dan experiencia, le hacen sentir la diferencia entre el bien y el mal, y la necesidad de mejorar para evitar en el porvenir lo que ha sido para él una fuente de penas; sin ello, no tendría ningún motivo para enmendarse; confiado en la impunidad, retrasaría su progreso y, por consiguiente, su felicidad futura.

Pero la experiencia llega a veces un poco tarde; cuando la vida se ha desperdiciado y perturbado, las fuerzas se han agotado y el mal ya no tiene remedio, entonces el hombre empieza a decir: ¡Si al principio de la vida hubiera sabido lo que sé ahora, cuántos pasos en falso habría evitado! Si pudiera volver a empezar, actuaría de un modo muy diferente; ¡pero ya no hay tiempo! Así como el obrero perezoso dice: He perdido mi jornada, también él se dice: He perdido mi vida; pero, del mismo modo que para el obrero el sol sale al día siguiente y comienza una nueva jornada que le permite recuperar el tiempo perdido, también para él, después de la noche de la tumba, brillará el sol de una nueva vida en la que podrá aprovechar la experiencia del pasado y sus buenos propósitos para el porvenir.

6 Causas anteriores de las aflicciones

Pero si hay males cuya primera causa es el hombre en esta vida, hay otros a los que es, al menos en apariencia, completamente ajeno, y que parecen

golpearlo por una especie de fatalidad. Tal es, por ejemplo, la pérdida de seres queridos y de quienes sostienen a la familia; tales son también los accidentes que ninguna previsión podía impedir; los reveses de fortuna que frustran todas las medidas de prudencia; las calamidades naturales; y también las dolencias de nacimiento, sobre todo las que privan a los desdichados de los medios para ganarse la vida con el trabajo: las deformidades, la idiocia, el cretinismo, etc.

Quienes nacen en semejantes condiciones no han hecho, ciertamente, nada en esta vida para merecer una suerte tan triste, sin compensación, que no podían evitar, que son incapaces de cambiar por sí mismos y que los deja a merced de la compasión pública. ¿Por qué, pues, hay seres tan desdichados, mientras que a su lado, bajo el mismo techo, en la misma familia, otros son favorecidos en todos los aspectos?

¿Qué decir, en fin, de esos niños que mueren a temprana edad y solo han conocido de la vida los sufrimientos? Problemas que ninguna filosofía ha podido resolver aún, anomalías que ninguna religión ha podido justificar y que serían la negación de la bondad, de la justicia y de la providencia de Dios, en la hipótesis de que el alma se crea al mismo tiempo que el cuerpo y su suerte queda fijada irrevocablemente tras una estancia de unos instantes en la tierra. ¿Qué han hecho esas almas que acaban de salir de las manos del Creador para padecer tantas miserias aquí abajo y merecer en el porvenir una recompensa o un castigo cualquiera, cuando no han podido hacer ni bien ni mal?

Sin embargo, en virtud del axioma de que todo efecto tiene una causa, estas miserias son efectos que deben tener una causa; y desde el momento en que se admite un Dios justo, esa causa debe ser justa. Ahora bien, como la causa siempre precede al efecto, puesto que no está en la vida actual, debe

ser anterior a esta vida, es decir, pertenecer a una existencia precedente. Por otra parte, como Dios no puede castigar por el bien que se ha hecho ni por el mal que no se ha hecho, si somos castigados es porque hemos hecho el mal; si no hemos hecho el mal en esta vida, lo hemos hecho en otra. Es una alternativa de la que es imposible escapar y en la que la lógica indica de qué lado está la justicia de Dios.

El hombre, pues, no siempre es castigado, o castigado por completo, en su existencia presente, pero nunca escapa a las consecuencias de sus faltas. La prosperidad del malvado es solo momentánea, y si no expía hoy, expiará mañana, mientras que quien sufre está expiando su pasado. La desgracia que, a primera vista, parece inmerecida tiene, pues, su razón de ser, y quien sufre siempre puede decir: «Perdóname, Señor, porque he pecado».

7 Los sufrimientos por causas anteriores son a menudo, como los debidos a las faltas actuales, la consecuencia natural de la falta cometida; es decir, por una rigurosa justicia distributiva, el hombre padece lo que ha hecho padecer a otros; si ha sido duro e inhumano, podrá a su vez ser tratado con dureza e inhumanidad; si ha sido orgulloso, podrá nacer en una condición humillante; si ha sido avaro, egoísta, o si ha hecho mal uso de su fortuna, podrá verse privado de lo necesario; si ha sido mal hijo, podrá sufrir por sus hijos, etc.

Así se explican, por la pluralidad de las existencias y por el destino de la tierra como mundo de expiación, las anomalías que presenta el reparto de la felicidad y de la desgracia entre los buenos y los malvados aquí abajo. Esta anomalía solo existe en apariencia porque se adopta únicamente el punto de vista de la vida presente; pero si uno se eleva con el pensamiento de modo que abarque una serie de existencias, verá que a cada uno se le da la

parte que merece, sin perjuicio de la que se le da en el mundo de los Espíritus, y que la justicia de Dios nunca se interrumpe.
El hombre nunca debe perder de vista que está en un mundo inferior en el que solo permanece por sus imperfecciones. Ante cada vicisitud, debe decirse que, si perteneciera a un mundo más avanzado, eso no ocurriría, y que de él depende no volver más aquí abajo, trabajando en su mejora.

8 Las tribulaciones de la vida pueden imponerse a Espíritus endurecidos, o demasiado ignorantes para elegir con conocimiento de causa, pero son libremente elegidas y aceptadas por Espíritus arrepentidos que quieren reparar el mal que han hecho e intentar obrar mejor.

8.2 Tal es el caso de quien, habiendo hecho mal su tarea, pide volver a empezarla para no perder el beneficio de su trabajo. Estas tribulaciones son, pues, a la vez expiaciones por el pasado que castigan y pruebas para el porvenir que preparan. Demos gracias a Dios, que, en su bondad, concede al hombre la facultad de reparar y no lo condena irrevocablemente por una primera falta.

9 Sin embargo, no debe creerse que todo sufrimiento padecido en este mundo sea necesariamente el indicio de una falta determinada; a menudo son simples pruebas elegidas por el Espíritu para completar su purificación y acelerar su progreso. Así, la expiación siempre sirve de prueba, pero la prueba no siempre es una expiación; pero, sean pruebas o expiaciones, siempre son señales de una inferioridad relativa, pues lo que es perfecto ya no necesita ser puesto a prueba. Un Espíritu puede, por tanto, haber adquirido cierto grado de elevación, pero, deseando avanzar aún más, solicita una misión, una tarea que cumplir, por la que será tanto más recompensado, si sale victorioso, cuanto más penosa haya sido la lucha. Así son, en

particular, esas personas de instintos naturalmente buenos, de alma elevada y nobles sentimientos innatos, que parecen no haber traído nada malo de su existencia anterior y que soportan con una resignación plenamente cristiana los mayores dolores, pidiendo a Dios poder soportarlos sin quejarse. En cambio, pueden considerarse expiaciones las aflicciones que provocan quejas e impulsan al hombre a rebelarse contra Dios.

El sufrimiento que no provoca quejas puede, sin duda, ser una expiación, pero es indicio de que ha sido elegido voluntariamente más que impuesto, y prueba de una firme resolución, lo cual es una señal de progreso.

10 Los Espíritus solo pueden aspirar a la felicidad perfecta cuando son puros: toda mancha les impide la entrada en los mundos felices. Son como los pasajeros de un barco afectado por la peste, a quienes se prohíbe entrar en una ciudad hasta que se hayan purificado. En sus diversas existencias corporales, los Espíritus se desprenden poco a poco de sus imperfecciones.

10.2 Las pruebas de la vida hacen progresar cuando se soportan bien; como expiaciones, borran las faltas y purifican; son el remedio que limpia la herida y cura al enfermo; cuanto más grave es el mal, más enérgico debe ser el remedio.

10.3 Por tanto, quien sufre mucho debe decirse que tenía mucho que expiar y alegrarse de estar pronto curado; de él depende, por su resignación, hacer provechoso ese sufrimiento y no perder su fruto con sus quejas, pues de lo contrario tendría que volver a empezar.

11 Olvido del pasado

En vano se objeta que el olvido es un obstáculo para aprovechar la experiencia de las existencias anteriores. Si Dios ha juzgado oportuno echar un velo sobre el pasado, es porque eso debía ser útil. En efecto, ese recuerdo

tendría inconvenientes muy graves; en ciertos casos, podría humillarnos profundamente, o también exaltar nuestro orgullo y, por ello mismo, obstaculizar nuestro libre albedrío; en todos los casos, habría traído una perturbación inevitable a las relaciones sociales.

El Espíritu renace a menudo en el mismo medio donde ya ha vivido y se encuentra en relación con las mismas personas, a fin de reparar el mal que les ha hecho. Si reconociera en ellas a quienes ha odiado, quizá se despertaría su odio; y, en cualquier caso, se sentiría humillado ante aquellas a quienes hubiera ofendido.

Dios nos ha dado, para mejorarnos, justo lo que nos es necesario y puede bastarnos: la voz de la conciencia y nuestras tendencias instintivas; nos quita lo que podría perjudicarnos.

El hombre trae al nacer lo que ha adquirido; nace siendo lo que ha hecho de sí mismo; cada existencia es para él un nuevo punto de partida; poco le importa saber lo que ha sido: si es castigado, es porque ha hecho el mal; sus malas tendencias actuales son el indicio de lo que queda por corregir en él, y en eso debe concentrar toda su atención, pues de aquello de lo que se ha corregido por completo ya no queda rastro. Las buenas resoluciones que ha tomado son la voz de la conciencia que le advierte de lo que está bien o mal y le da la fuerza para resistir las malas tentaciones.

Por lo demás, este olvido solo tiene lugar durante la vida corporal. Al regresar a la vida espiritual, el Espíritu recupera el recuerdo del pasado: no es, por tanto, más que una interrupción momentánea, como la que tiene lugar en la vida terrestre durante el sueño y que no impide recordar al día siguiente lo que se ha hecho la víspera y los días 1 anteriores.

Ni siquiera es solo después de la muerte cuando el Espíritu recobra el recuerdo de su pasado; puede decirse que nunca lo pierde, pues la experien-

cia demuestra que, durante la encarnación, mientras duerme el cuerpo y disfruta de cierta libertad, el Espíritu tiene conciencia de sus actos anteriores; sabe por qué sufre y que sufre justamente; el recuerdo solo se borra durante la vida exterior de relación. Pero, a falta de un recuerdo preciso que pudiera resultarle penoso y perjudicar sus relaciones sociales, obtiene nuevas fuerzas en esos instantes de emancipación del alma, si ha sabido aprovecharlos.

12 Motivo de resignación

Con estas palabras: Bienaventurados los afligidos, porque serán consolados, Jesús indica a la vez la compensación que espera a quienes sufren y la resignación que hace bendecir el sufrimiento como preludio de la curación.

Estas palabras también pueden traducirse así: Deben considerarse felices de sufrir, porque sus dolores de este mundo son la deuda de sus faltas pasadas, y esos dolores, soportados pacientemente en la tierra, les ahorran siglos de sufrimiento en la vida futura. Por tanto, deben alegrarse de que Dios reduzca su deuda al permitirles saldarla ahora, lo que les asegura tranquilidad para el porvenir.

El hombre que sufre es semejante a un deudor que debe una gran suma y a quien su acreedor dice: «Si hoy mismo me paga la centésima parte, le perdono todo lo demás y quedará libre; si no lo hace, lo perseguiré hasta que haya pagado el último óbolo». ¿No se alegraría el deudor de soportar toda clase de privaciones para liberarse pagando únicamente la centésima parte de lo que debe? En vez de quejarse de su acreedor, ¿no le daría las gracias?

Este es el sentido de estas palabras: «Bienaventurados los afligidos, porque serán consolados»; son felices porque saldan su deuda y, una vez saldada,

serán libres. Pero si, mientras se paga por un lado, se contraen deudas por otro, nunca se alcanzará la liberación. Ahora bien, cada nueva falta aumenta la deuda, porque no hay una sola, sea cual sea, que no lleve consigo su castigo forzoso e inevitable; si no es hoy, será mañana; si no es en esta vida, será en la otra. Entre esas faltas hay que colocar en primer lugar la falta de sumisión a la voluntad de Dios; por tanto, si en las aflicciones uno se queja, si no las acepta con resignación y como algo que ha debido merecer, si acusa a Dios de injusticia, contrae una nueva deuda que le hace perder el beneficio que podía obtener del sufrimiento; por eso tendrá que volver a empezar, exactamente como si hiciera pagos parciales a un acreedor que lo atormenta, mientras que cada vez volviera a pedirle prestado.

Al entrar en el mundo de los Espíritus, el hombre es también como el obrero que se presenta el día de la paga. A unos el patrón les dirá: «Aquí está la paga de sus jornadas de trabajo»; a otros, a los felices de la tierra, a quienes hayan vivido en la ociosidad, a quienes hayan puesto su felicidad en las satisfacciones del amor propio y los placeres mundanos, les dirá: «A ustedes no les corresponde nada, pues han recibido su salario en la tierra. Vayan y vuelvan a empezar su tarea».

13 El hombre puede suavizar o aumentar la amargura de sus pruebas por la manera en que contempla la vida terrestre. Sufre tanto más cuanto más larga le parece la duración del sufrimiento; ahora bien, quien se sitúa en el punto de vista de la vida espiritual abarca de una mirada la vida corporal; la ve como un punto en el infinito, comprende su brevedad y se dice que ese momento penoso pasa muy pronto; la certeza de un porvenir próximo más feliz lo sostiene y lo anima y, en vez de quejarse, agradece al cielo los dolores que lo hacen progresar. En cambio, a quien solo ve la vida corporal,

esta le parece interminable, y el dolor pesa sobre él con todo su peso. El resultado de esta manera de contemplar la vida es disminuir la importancia de las cosas de este mundo, llevar al hombre a moderar sus deseos y a contentarse con su situación sin envidiar la de los demás, atenuar el efecto moral de los reveses y las decepciones que sufre; de ella obtiene una calma y una resignación tan útiles para la salud del cuerpo como para la del alma, mientras que, por la envidia, los celos y la ambición, se somete voluntariamente a la tortura y añade así a las miserias y las angustias de su corta existencia.

El suicidio y la locura.

14 La calma y la resignación que se obtienen de la manera de contemplar la vida terrestre y de la fe en el porvenir dan al espíritu una serenidad que es la mejor protección contra la locura y el suicidio. En efecto, es cierto que la mayoría de los casos de locura se deben a la conmoción producida por las vicisitudes que el hombre no tiene fuerzas para soportar; por tanto, si, gracias a la manera en que el espiritismo le hace contemplar las cosas de este mundo, recibe con indiferencia, incluso con alegría, los reveses y las decepciones que lo habrían desesperado en otras circunstancias, es evidente que esa fuerza, que lo sitúa por encima de los acontecimientos, preserva su razón de las sacudidas que, sin ella, la habrían quebrantado.

15 Lo mismo ocurre con el suicidio; si se exceptúan los que se cometen en la embriaguez y la locura y que pueden llamarse inconscientes, es cierto que, sean cuales sean sus motivos particulares, siempre tiene por causa un descontento; ahora bien, quien tiene la certeza de ser desdichado solo un día y de estar mejor los días siguientes se arma fácilmente de paciencia; solo se desespera si no ve un término a sus sufrimientos. ¿Qué es, pues, la vida

humana en comparación con la eternidad, sino mucho menos que un día? Pero quien no cree en la eternidad, quien cree que todo termina para él con la vida, si se ve abrumado por la pena y el infortunio, solo les ve un término en la muerte; como no espera nada, encuentra completamente natural, incluso muy lógico, abreviar sus miserias mediante el suicidio.

16 La incredulidad, la simple duda sobre el porvenir, las ideas materialistas, en una palabra, son los mayores estímulos para el suicidio: infunden cobardía moral. Y cuando se ve a hombres de ciencia apoyarse en la autoridad de su saber para esforzarse en demostrar a sus oyentes o a sus lectores que no tienen nada que esperar después de la muerte, ¿no es llevarlos a la conclusión de que, si son desdichados, no tienen nada mejor que hacer que matarse? ¿Qué podrían decirles para disuadirlos? ¿Qué compensación pueden ofrecerles? ¿Qué esperanza pueden darles? Nada más que la nada. De ahí debe concluirse que, si la nada es el único remedio heroico, la única perspectiva, más vale caer en ella de inmediato que más tarde y sufrir así durante menos tiempo.

La propagación de las ideas materialistas es, por tanto, el veneno que inocula en un gran número de personas la idea del suicidio, y quienes se convierten en sus apóstoles asumen una terrible responsabilidad. Con el espiritismo, al no haber ya lugar para la duda, cambia el aspecto de la vida; el creyente sabe que la vida se prolonga indefinidamente más allá de la tumba, pero en condiciones enteramente distintas; de ahí la paciencia y la resignación que alejan de manera natural la idea del suicidio; de ahí, en una palabra, el valor moral.

17 El espiritismo tiene además, en este sentido, otro resultado igualmente positivo, y quizá más determinante. Nos muestra a los propios suicidas que vienen a dar cuenta de su desdichada situación y a demostrar que nadie viola impunemente la ley de Dios, que prohíbe al hombre acortar su vida.

17.2 Entre los suicidas, hay algunos cuyo sufrimiento, aunque solo sea temporal en vez de eterno, no deja de ser terrible, y capaz 1 de hacer reflexionar a cualquiera que se sienta tentado a partir de aquí antes de que Dios lo ordene.

17.3 El espírita tiene, pues, varios motivos que sirven de contrapeso a la idea del suicidio: la certeza de una vida futura en la que sabe que será tanto más feliz cuanto más desdichado y más resignado haya sido en la tierra; la certeza de que, al acortar su vida, llega precisamente a un resultado muy distinto del que esperaba; de que se libera de un mal para sufrir otro peor, más largo y más terrible; de que se equivoca si cree que, al matarse, llegará más pronto al cielo; de que el suicidio es un obstáculo para reunirse en el otro mundo con los seres queridos a quienes esperaba encontrar allí; de donde se deduce que el suicidio, al no proporcionarle más que decepciones, va contra sus propios intereses.

17.4 Por eso, el número de suicidios impedidos por el espiritismo es considerable, y puede concluirse que, cuando todos sean espíritas, ya no habrá suicidios conscientes.

17.5 Así pues, al comparar los resultados de las doctrinas materialistas y espíritas desde el solo punto de vista del suicidio, se observa que la lógica de unas conduce a él, mientras que la lógica de las otras lo evita, lo cual queda confirmado por la experiencia.

18 Instrucciones de los Espíritus Sufrir bien y sufrir mal

Cuando Cristo dijo: «Bienaventurados los afligidos, el reino de los cielos les pertenece», no se refería a todos los que sufren en general, pues todos los que están en este mundo sufren, ya estén en el trono o sobre la paja; pero, ¡ay!, pocos sufren bien; pocos comprenden que solo las pruebas bien soportadas pueden conducirlos al reino de Dios. El desaliento es una falta; Dios os niega consuelos porque os falta valor. La oración es un apoyo para el alma, pero no basta: debe estar sustentada por una fe viva en la bondad de Dios. Con frecuencia se os ha dicho que él no pone una carga pesada sobre unos hombros débiles; pero la carga es proporcional a las fuerzas, así como la recompensa será proporcional a la resignación y al valor; la recompensa será más magnífica de lo que la aflicción es penosa; pero esa recompensa hay que merecerla, y por eso la vida está llena de tribulaciones.

El militar al que no se envía al combate no está contento, porque el descanso del campamento no le procura ascensos; sed, pues, como el militar, y no deseéis un descanso en el que vuestro cuerpo se debilite y vuestra alma se entumezca. Estad satisfechos cuando Dios os envíe la lucha. Esta lucha no es el fuego de la batalla, sino las amarguras de la vida, para las que a veces hace falta más valor que en un combate sangriento, pues quien se mantiene firme ante el enemigo puede flaquear bajo el peso de una pena moral. El hombre no recibe recompensa por esta clase de valor, pero Dios le reserva coronas y un lugar glorioso. Cuando os sobrevenga algún motivo de pena o contrariedad, procurad sobreponeros, y cuando hayáis logrado dominar los impulsos de la impaciencia, de la ira o de la desesperación, decíos con justa satisfacción: «He sido el más fuerte».

Bienaventurados los afligidos puede, pues, traducirse así: Bienaventurados quienes tienen la ocasión de demostrar su fe, su firmeza, su perseverancia y

su sumisión a la voluntad de Dios, porque recibirán cien veces la alegría que les falta en la tierra, y después del trabajo vendrá el descanso. (Lacordaire, El Havre, 1863.) El mal y el remedio

19 ¿Es, pues, vuestra tierra un lugar de alegría, un paraíso de delicias? ¿Acaso la voz del profeta ya no resuena en vuestros oídos? ¿No anunció que habría llanto y rechinar de dientes para quienes nacieran en este valle de dolores? Vosotros, que venís a vivir en él, preparaos, pues, para las lágrimas ardientes y las penas amargas, y cuanto más agudos y profundos sean vuestros dolores, mirad al cielo y bendecid al Señor por haber querido poneros a prueba... ¡Oh, hombres! ¡Solo reconoceréis el poder de vuestro señor cuando haya curado las llagas de vuestro cuerpo y coronado vuestros días de dicha y alegría! ¡Solo reconoceréis su amor cuando haya adornado vuestro cuerpo con todas las glorias y le haya devuelto su esplendor y su blancura! Imitad a aquel que os fue dado como ejemplo; llegado al último grado de la humillación y de la miseria, yace sobre un estercolero y dice a Dios: «¡Señor! He conocido todas las alegrías de la opulencia y me has reducido a la miseria más profunda; ¡gracias, gracias, Dios mío, por dignarte poner a prueba a tu siervo!». ¿Hasta cuándo se detendrán vuestras miradas en los horizontes marcados por la muerte? ¿Cuándo querrá vuestra alma elevarse por fin más allá de los límites de una tumba? Pero, aunque tuvierais que llorar y sufrir toda una vida, ¿qué es eso junto a la eternidad de gloria reservada a quien haya soportado la prueba con fe, amor y resignación? Buscad, pues, consuelo para vuestros males en el porvenir que Dios os prepara, y la causa de vuestros males en vuestro pasado; y vosotros, que más sufrís, consideraos los bienaventurados de la tierra.

En estado de desencarnados, cuando flotabais en el espacio, elegisteis vues-

tra prueba porque os creísteis lo bastante fuertes para soportarla; ¿por qué quejaros ahora? Vosotros, que pedisteis la fortuna y la gloria, lo hicisteis para sostener la lucha contra la tentación y vencerla. Vosotros, que pedisteis luchar en espíritu y en cuerpo contra el mal moral y físico, fue porque sabíais que cuanto más dura fuera la prueba, más gloriosa sería la victoria, y que, si salíais triunfantes de ella, aunque vuestra carne fuera arrojada a un estercolero, al morir dejaría escapar un alma resplandeciente de blancura y purificada de nuevo por el bautismo de la expiación y del sufrimiento.

¿Qué remedio prescribir, pues, a quienes padecen obsesiones crueles y males dolorosos? Solo uno es infalible: la fe, la mirada al cielo. Si, en el arrebato de vuestros más crueles sufrimientos, vuestra voz canta al Señor, el ángel que está junto a vuestra cabecera os mostrará con su mano la señal de la salvación y el lugar que habréis de ocupar un día... La fe es el remedio seguro del sufrimiento; muestra siempre los horizontes del infinito, ante los cuales se desvanecen los pocos días sombríos del presente. No nos preguntéis, pues, qué remedio hay que emplear para curar tal úlcera o tal llaga, tal tentación o tal prueba; recordad que quien cree se fortalece con el remedio de la fe, y que quien duda un segundo de su eficacia es castigado de inmediato, porque siente en ese mismo instante las punzantes angustias de la aflicción.

El Señor ha marcado con su sello a todos los que creen en él. Cristo os dijo que con la fe se mueven montañas, y yo os digo que quien sufre y tiene la fe por apoyo quedará bajo su protección y ya no sufrirá; los momentos de los dolores más intensos serán para él las primeras notas de alegría de la eternidad. Su alma se desprenderá tanto de su cuerpo que, mientras este se retuerza entre convulsiones, ella flotará en las regiones celestiales, cantando con los ángeles himnos de gratitud y de gloria al Señor.

¡Felices quienes sufren y lloran! Que sus almas estén alegres, porque Dios las colmará de bienes. (San Agustín, París, 1863.) La felicidad no es de este mundo.

20 ¡No soy feliz! ¡La felicidad no está hecha para mí!, exclama generalmente el hombre en todas las posiciones sociales. Esto, mis queridos hijos, demuestra mejor que todos los razonamientos posibles la verdad de esta máxima del Eclesiastés: «La felicidad no es de este mundo». En efecto, ni la fortuna, ni el poder, ni siquiera una juventud floreciente son las condiciones esenciales de la felicidad; digo más: ni siquiera la reunión de estas tres condiciones tan envidiadas, puesto que se oye sin cesar, entre las clases más privilegiadas, a personas de todas las edades quejarse amargamente de su condición.

Ante semejante resultado, es inconcebible que las clases trabajadoras y luchadoras envidien con tanta codicia la posición de aquellos a quienes la fortuna parece haber favorecido. En este mundo, se haga lo que se haga, cada cual tiene su parte de trabajo y de miseria, su porción de sufrimientos y decepciones. De ahí que sea fácil llegar a la conclusión de que la tierra es un lugar de pruebas y expiaciones.

Así pues, quienes predican que la tierra es la única morada del hombre 5 y que solo en ella, y en una sola existencia, le es posible alcanzar el más alto grado de dicha que su naturaleza permite, se engañan a sí mismos y engañan a quienes los escuchan, pues una experiencia de muchísimos siglos ha demostrado que este globo solo reúne excepcionalmente las condiciones necesarias para la felicidad completa del individuo.

En términos generales, puede afirmarse que la felicidad es una utopía en cuya búsqueda se lanzan sucesivamente las generaciones sin poder alcan-

zarla jamás; pues, si el hombre sabio es una rareza en este mundo, el hombre absolutamente feliz tampoco se encuentra en él.

Aquello en lo que consiste la felicidad en la tierra es algo tan efímero para quien no se guía por la sabiduría que, por un año, un mes, una semana de completa satisfacción, todo el resto transcurre en una sucesión de amarguras y decepciones; y observad, mis queridos hijos, que hablo aquí de los felices de la tierra, de aquellos a quienes las multitudes envidian.

Por consiguiente, si la morada terrestre está destinada a las pruebas y a la expiación, hay que admitir que existen en otros lugares moradas más favorecidas donde el Espíritu del hombre, todavía encerrado en una carne material, posee en su plenitud los goces propios de la vida humana. Por eso Dios ha sembrado en vuestro torbellino esos bellos planetas superiores hacia los cuales vuestros esfuerzos y vuestras inclinaciones os harán gravitar un día, cuando os hayáis purificado y perfeccionado lo suficiente.

Sin embargo, no deduzcáis de mis palabras que la tierra está destinada para siempre a ser un lugar de penitencia; ¡ciertamente que no!, pues de los progresos realizados podéis deducir fácilmente los progresos futuros, y de las mejoras sociales conquistadas, otras nuevas y más fecundas. Tal es la inmensa tarea que debe cumplir la nueva doctrina que los Espíritus os han revelado.

Así pues, mis queridos hijos, que una santa emulación os anime, y que cada uno de vosotros se despoje con energía del hombre viejo. Todos debéis dedicaros a divulgar este espiritismo que ya ha comenzado vuestra propia regeneración. Es un deber hacer partícipes a vuestros hermanos de los rayos de la luz sagrada. ¡Manos a la obra, pues, mis muy queridos hijos! Que en esta reunión solemne todos vuestros corazones aspiren a ese grandioso fin

de preparar para las generaciones futuras un mundo donde la felicidad ya no sea una palabra vana. (François-Nicolas-Madeleine, cardenal Morlot. París, \ 863.)

21 Pérdidas de seres queridos. Muertes prematuras

Cuando la muerte viene a segar en vuestras familias, llevándose sin medida a los jóvenes antes que a los ancianos, decís a menudo: Dios no es justo, pues sacrifica lo que es fuerte y está lleno de porvenir para conservar a quienes han vivido largos años llenos de decepciones; pues se lleva a quienes son útiles y deja a quienes ya no sirven para nada; pues destroza el corazón de una madre al privarla de la inocente criatura que era toda su alegría.

Humanos, es entonces cuando necesitáis elevaros por encima de lo terreno de la vida para comprender que el bien está a menudo donde creéis ver el mal, y la sabia previsión donde creéis ver la ciega fatalidad del destino. ¿Por qué medir la justicia divina según el valor de la vuestra? ¿Podéis pensar que el señor de los mundos quiera, por un simple capricho, infligiros penas crueles? Nada se hace sin un propósito inteligente y, suceda lo que suceda, cada cosa tiene su razón de ser. Si examinarais mejor todos los dolores que os alcanzan, encontraríais siempre en ellos la razón divina, razón regeneradora, y vuestros miserables intereses serían una consideración secundaria que relegaríais al último plano.

Creedme, la muerte es preferible, para el encarnado de veinte años, a esos desórdenes vergonzosos que desolan a las familias honorables, destrozan el corazón de una madre y hacen encanecer antes de tiempo el cabello de los padres. La muerte prematura es a menudo un gran beneficio que Dios concede a quien se va, y que así queda a salvo de las miserias de la vida o de las seducciones que habrían podido llevarlo a su perdición. Quien muere en la

flor de la vida no es víctima de la fatalidad, sino que Dios juzga que le conviene no permanecer más tiempo en la tierra.

Es una desgracia terrible, decís, que una vida tan llena de esperanzas se trunque tan pronto. ¿De qué esperanzas queréis hablar? ¿De las de la tierra, donde quien se va habría podido brillar, abrirse camino y hacer fortuna? Siempre esa visión estrecha que no puede elevarse por encima de la materia. ¿Sabéis cuál habría sido el destino de esa vida tan llena de esperanzas según vosotros? ¿Quién os dice que no habría estado colmada de amarguras? ¿Acaso no contáis para nada las esperanzas de la vida futura, ya que preferís a ellas las de la vida efímera que arrastráis en la tierra? ¿Pensáis, pues, que vale más ocupar un puesto entre los hombres que entre los Espíritus bienaventurados?

Alegraos en lugar de quejaros cuando Dios tenga a bien retirar a uno de sus hijos de este valle de miserias. ¿No hay egoísmo en desear que permaneciera en él para sufrir con vosotros? ¡Ah! Ese dolor se comprende en quien no tiene fe y ve en la muerte una separación eterna; pero vosotros, espiritistas, sabéis que el alma vive mejor libre de su envoltura corporal; madres, sabéis que vuestros hijos queridos están cerca de vosotras; sí, están muy cerca; sus cuerpos fluídicos os rodean, sus pensamientos os protegen, vuestro recuerdo los embriaga de alegría; pero también vuestros dolores desmedidos los afligen, porque denotan falta de fe y son una rebelión contra la voluntad de Dios.

Vosotros, que comprendéis la vida espiritual, escuchad los latidos de vuestro corazón al llamar a esos seres tan queridos, y si oráis a Dios para bendecirlo, sentiréis en vosotros esos consuelos poderosos que secan las lágrimas,

esas aspiraciones maravillosas que os mostrarán el porvenir prometido por el soberano Maestro. (Sanson, antiguo miembro de la Sociedad Espiritista de París, 1863.)

22 Si fuera un hombre de bien, se habría matado

A menudo decís, al hablar de un hombre malo que escapa de un peligro: Si fuera un hombre de bien, se habría matado. Pues bien, al decir eso estáis en lo cierto, porque efectivamente sucede muy con frecuencia que Dios concede a un Espíritu, todavía joven en las vías del progreso, una prueba más larga que a uno bueno, que recibirá, como recompensa por su mérito, el favor de que su prueba sea lo más breve posible. Así pues, cuando os servís de este axioma, no sospecháis que cometéis una blasfemia.

Si muere un hombre de bien y junto a su casa está la de un malvado, os apresuráis a decir: Sería mucho mejor que hubiera sido este. Estáis muy equivocados, porque quien se va ha terminado su tarea, y quien se queda quizá no la haya comenzado. ¿Por qué querríais, pues, que el malvado no tuviera tiempo de terminarla y que el otro permaneciera atado a la tierra? ¿Qué diríais de un prisionero que hubiera cumplido su condena y al que retuvieran en prisión mientras concedieran la libertad a quien no tiene derecho a ella? Sabed, pues, que la verdadera libertad está en liberarse de los lazos del cuerpo, y que mientras estáis en la tierra os encontráis en cautiverio.

Acostumbraos a no censurar lo que no podéis comprender, y creed que Dios es justo en todas las cosas; a menudo lo que os parece un mal es un bien; pero vuestras facultades son tan limitadas que el conjunto del gran todo escapa a vuestros sentidos obtusos. Esforzaos por salir, mediante el pensamiento, de vuestra estrecha esfera, y a medida que os elevéis, la im-

portancia de la vida material disminuirá ante vuestros ojos, porque solo os parecerá un incidente en la duración infinita de vuestra existencia espiritual, la única existencia verdadera. (Fénelon, Sens, 1861.)

Los tormentos voluntarios.

23 El hombre busca sin descanso la felicidad, que se le escapa continuamente, porque la felicidad sin mezcla no existe en la tierra. Sin embargo, a pesar de las vicisitudes que forman el cortejo inevitable de esta vida, podría al menos disfrutar de una felicidad relativa, pero la busca en las cosas perecederas y sujetas a las mismas vicisitudes, es decir, en los goces materiales, en lugar de buscarla en los goces del alma, que son un anticipo de los goces celestiales imperecederos; en lugar de buscar la paz del corazón, única felicidad real en este mundo, está ávido de todo lo que puede agitarlo y perturbarlo; y, cosa singular, parece crearse a propósito tormentos que solo de él dependería evitar.

¿Los hay mayores que los que causan la envidia y los celos? Para el envidioso y el celoso no hay descanso: viven en una fiebre perpetua; lo que no tienen y otros poseen les causa insomnio; los éxitos de sus rivales les producen vértigo; su afán de superación solo se emplea en eclipsar a sus vecinos, y toda su alegría consiste en despertar en los insensatos como ellos la rabia de los celos que los domina. ¡Pobres insensatos, en efecto, que no piensan que mañana quizá tendrán que abandonar todas esas bagatelas cuya codicia envenena su vida! No es a ellos a quienes se aplica esta frase: «Bienaventurados los afligidos, porque serán consolados», pues sus preocupaciones no son de las que tienen su compensación en el cielo.

¡Cuántos tormentos se ahorra, por el contrario, quien sabe contentarse con lo que tiene, quien mira sin envidia lo que no tiene, quien no busca apa-

rentar más de lo que es! Siempre es rico, porque si mira por debajo de él, en lugar de mirar por encima, siempre verá personas que tienen aún menos; está tranquilo, porque no se crea necesidades quiméricas; y la tranquilidad en medio de las tormentas de la vida, ¿no es felicidad? (Fénelon, Lyon, 1860.) La desgracia real.

24 Todo el mundo habla de la desgracia, todo el mundo la ha sentido y cree conocer sus múltiples formas. Yo vengo a deciros que casi todo el mundo se equivoca, y que la desgracia real no es en absoluto lo que los hombres, es decir, los desdichados, suponen. La ven en la miseria, en la chimenea sin fuego, en el acreedor amenazante, en la cuna vacía del ángel que sonreía, en las lágrimas, en el ataúd que se sigue con la frente descubierta y el corazón destrozado, en la angustia de la traición, en la indigencia del orgullo que quisiera envolverse en púrpura y apenas oculta su desnudez bajo los harapos de la vanidad; todo eso, y muchas otras cosas más, se llama desgracia en el lenguaje humano. Sí, es la desgracia para quienes solo ven el presente; pero la verdadera desgracia está en las consecuencias de una cosa más que en la cosa misma. Decidme si el acontecimiento más feliz por el momento, pero que tiene consecuencias funestas, no es en realidad más desgraciado que aquel que causa al principio una viva contrariedad y acaba produciendo un bien. Decidme si la tormenta que destroza vuestros árboles, pero sanea el aire al disipar los miasmas insalubres que habrían causado la muerte, no es más bien una dicha que una desgracia.

Para juzgar una cosa hay que ver, pues, sus consecuencias; así, para apreciar lo que es realmente dichoso o desdichado para el hombre, hay que trasladarse más allá de esta vida, porque es allí donde se hacen sentir sus consecuencias; ahora bien, todo lo que él llama desgracia según su corta visión

cesa con la vida y encuentra su compensación en la vida futura.

Voy a revelaros la desgracia bajo una nueva forma, bajo la forma bella y florida que acogéis y deseáis con todas las fuerzas de vuestras almas engañadas. La desgracia es la alegría, es el placer, es el ruido, es la vana agitación, es la insensata satisfacción de la vanidad que hacen callar la conciencia, que reprimen la acción del pensamiento, que aturden al hombre respecto a su porvenir; la desgracia es el opio del olvido que deseáis con todas vuestras fuerzas.

¡Tened esperanza, vosotros que lloráis! ¡Temblad, vosotros que reís porque vuestro cuerpo está satisfecho! No se engaña a Dios; no se elude el destino; y las pruebas, acreedoras más implacables que la jauría desatada por la miseria, acechan vuestro descanso engañoso para sumiros de pronto en la agonía de la verdadera desgracia, de la que sorprende al alma debilitada por la indiferencia y el egoísmo.

¡Que el espiritismo os ilumine, pues, y muestre bajo su verdadera luz la verdad y el error, tan extrañamente desfigurados por vuestra ceguera! Entonces actuaréis como soldados valientes que, lejos de huir del peligro, prefieren las luchas de los combates arriesgados a la paz que no puede darles ni gloria ni ascenso. ¡Qué le importa al soldado perder en la refriega sus armas, su equipaje y sus ropas, con tal de salir vencedor y con gloria! ¿Qué le importa a quien tiene fe en el porvenir dejar en el campo de batalla de la vida su fortuna y su manto de carne, con tal de que su alma entre radiante en el reino celestial? (Delphine de Girardin, París, 1861.) La melancolía.

25 ¿Sabéis por qué una vaga tristeza se apodera a veces de vuestros corazones y os hace encontrar la vida tan amarga? Es vuestro Espíritu que aspira a la felicidad y a la libertad y que, atado al cuerpo que le sirve de prisión, se

agota en vanos esfuerzos por salir de él. Pero, al ver que son inútiles, cae en el desaliento, y el cuerpo, al sufrir su influencia, hace que la languidez, el abatimiento y una especie de apatía se apoderen de vosotros, y os sentís desdichados.

Creedme, resistid con energía esas impresiones que debilitan vuestra voluntad. Estas aspiraciones a una vida mejor son innatas en el espíritu de todos los hombres, pero no las busquéis aquí abajo; y ahora que Dios os envía a sus Espíritus para instruiros sobre la felicidad que os reserva, esperad pacientemente al ángel de la liberación que debe ayudaros a romper los lazos que mantienen cautivo a vuestro Espíritu. Pensad que, durante vuestra prueba en la tierra, tenéis que cumplir una misión que ni siquiera sospecháis, ya sea dedicándoos a vuestra familia o cumpliendo los diversos deberes que Dios os ha confiado. Y si, en el transcurso de esta prueba y mientras cumplís vuestra tarea, veis que las preocupaciones, las inquietudes y las penas se abaten sobre vosotros, sed fuertes y valientes para soportarlas. Afrontadlas con decisión; son de corta duración y deben conduciros junto a los amigos que lloráis, que se alegran de vuestra llegada entre ellos y os tenderán los brazos para conduciros a un lugar donde no tienen acceso las penas de la tierra. (Francisco de Ginebra. Burdeos.)

26 Pruebas voluntarias. El verdadero cilicio

Preguntáis si está permitido aliviar las propias pruebas; esta pregunta equivale a esta otra: ¿Está permitido que quien se ahoga trate de salvarse? ¿Que quien se ha clavado una espina se la saque? ¿Que quien está enfermo llame al médico? Las pruebas tienen por objeto ejercitar tanto la inteligencia como la paciencia y la resignación; un hombre puede nacer en una situación penosa y difícil, precisamente para obligarlo a buscar los medios de

vencer las dificultades. El mérito consiste en soportar sin quejarse las consecuencias de los males que no se pueden evitar, en perseverar en la lucha, en no desesperarse si no se tiene éxito, pero no en un abandono que sería más pereza que virtud.

Esta pregunta lleva naturalmente a otra: Puesto que Jesús dijo: «Bienaventurados los afligidos», ¿hay mérito en buscar las aflicciones agravando las propias pruebas con sufrimientos voluntarios? A esto responderé con toda claridad: Sí, hay un gran mérito cuando los sufrimientos y las privaciones tienen por objeto el bien del prójimo, pues es caridad mediante el sacrificio; no, cuando solo tienen por objeto a uno mismo, pues es egoísmo por fanatismo.

Aquí hay una gran distinción que hacer; en lo que os concierne personalmente, contentaos con las pruebas que Dios os envía y no aumentéis su carga, a veces ya tan pesada; aceptadlas sin quejaros y con fe, eso es todo lo que os pide. No debilitéis vuestro cuerpo con privaciones inútiles y mortificaciones sin objeto, pues necesitáis todas vuestras fuerzas para cumplir vuestra misión de trabajo en la tierra. Torturar y martirizar voluntariamente vuestro cuerpo es contravenir la ley de Dios, que os da los medios de sostenerlo y fortalecerlo; debilitarlo sin necesidad es un verdadero suicidio. Usad, pero no abuséis: tal es la ley; el abuso de las mejores cosas lleva consigo su castigo por sus consecuencias inevitables.

Otra cosa ocurre con los sufrimientos que uno se impone para aliviar a su prójimo. Si soportáis el frío y el hambre para dar calor y alimento a quien lo necesita, y si vuestro cuerpo sufre por ello, ese es el sacrificio bendecido por Dios. Vosotros que dejáis vuestros perfumados tocadores para ir a llevar consuelo a una buhardilla infecta; vosotros que ensuciáis vuestras manos delicadas curando las llagas; vosotros que os priváis del sueño para velar a

la cabecera de un enfermo que no es más que vuestro hermano en Dios; vosotros, en fin, que desgastáis vuestra salud en la práctica de las buenas obras, ese es vuestro cilicio, verdadero cilicio de bendición, pues los placeres del mundo no han secado vuestro corazón; no os habéis dormido en medio de los deleites enervantes de la fortuna, sino que os habéis convertido en los ángeles consoladores de los pobres desheredados.

Pero vosotros que os retiráis del mundo para evitar sus seducciones y vivir en el aislamiento, ¿de qué utilidad sois en la tierra? ¿Dónde está vuestro valor en las pruebas, ya que huís de la lucha y abandonáis el combate? Si queréis un cilicio, aplicadlo a vuestra alma y no a vuestro cuerpo; mortificad vuestro Espíritu y no vuestra carne; azotad vuestro orgullo; recibid las humillaciones sin quejaros; herid vuestro amor propio; resistid el dolor de la injuria y de la calumnia, más punzante que el dolor corporal. Ese es el verdadero cilicio cuyas heridas se os tendrán en cuenta, porque darán testimonio de vuestro valor y de vuestra sumisión a la voluntad de Dios. (Un ángel de la guarda, París, 1863.)

27 ¿Se debe poner fin a las pruebas del prójimo cuando se puede, o hay que dejarlas seguir su curso por respeto a los designios de Dios?

Os hemos dicho y repetido muchas veces que estáis en esta tierra de expiación para completar vuestras pruebas, y que todo lo que os sucede es una consecuencia de vuestras existencias anteriores, el interés de la deuda que tenéis que pagar. Pero este pensamiento provoca en ciertas personas reflexiones que es necesario detener, pues podrían tener consecuencias funestas. Algunos piensan que, desde el momento en que se está en la tierra para expiar, es preciso que las pruebas sigan su curso. Incluso hay quienes llegan a creer que no solo no hay que hacer nada para atenuarlas, sino que, por el

contrario, hay que contribuir a hacerlas más provechosas haciéndolas más intensas. Es un gran error. Sí, vuestras pruebas deben seguir el curso que Dios les ha trazado, pero ¿conocéis ese curso? ¿Sabéis hasta dónde deben llegar y si vuestro Padre misericordioso no ha dicho al sufrimiento de uno u otro de vuestros hermanos: «No irás más lejos»? ¿Sabéis si su providencia no os ha elegido, no como instrumento de suplicio para agravar los sufrimientos del culpable, sino como el bálsamo de consuelo que debe cicatrizar las llagas que su justicia había abierto? No digáis, pues, cuando veáis a uno de vuestros hermanos golpeado por la desgracia: Es la justicia de Dios, debe seguir su curso; sino decíos, por el contrario: Veamos qué medios ha puesto nuestro Padre misericordioso a mi alcance para aliviar el sufrimiento de mi hermano. Veamos si mi consuelo moral, mi apoyo material y mis consejos pueden ayudarlo a superar esta prueba con más fuerza, paciencia y resignación. Veamos incluso si Dios no ha puesto en mis manos el medio de hacer cesar este sufrimiento; si no se me ha concedido, también como prueba para mí, quizá como expiación, detener el mal y sustituirlo por la paz.

Ayudaos, pues, siempre en vuestras respectivas pruebas, y nunca os consideréis instrumentos de tortura; este pensamiento debe indignar a todo hombre de corazón, sobre todo a todo espírita, pues el espírita, mejor que nadie, debe comprender la extensión infinita de la bondad de Dios. El espírita debe pensar que su vida entera debe ser un acto de amor y de entrega; que, haga lo que haga para contrarrestar las decisiones del Señor, su justicia seguirá su curso. Puede, pues, sin temor, hacer todos los esfuerzos posibles para aliviar la amargura de la expiación, pero solo Dios puede detenerla o prolongarla según lo juzgue oportuno.

¿No sería una enorme muestra de orgullo por parte del hombre creerse con

derecho a revolver, por así decirlo, el arma en la herida? ¿A aumentar la dosis de veneno en el pecho de quien sufre, con el pretexto de que esa es su expiación? ¡Oh! Consideraos siempre un instrumento elegido para hacerla cesar. Resumamos aquí: todos estáis en la tierra para expiar; pero todos, sin excepción, debéis hacer todos los esfuerzos posibles para aliviar la expiación de vuestros hermanos, según la ley de amor y de caridad. (Bernardino, Espíritu protector. Burdeos, 1863.)

28 Un hombre está agonizando, presa de crueles sufrimientos; se sabe que su estado no ofrece esperanza; ¿está permitido ahorrarle unos instantes de angustia apresurando su fin?

¿Quién os daría el derecho de prejuzgar los designios de Dios? ¿No puede llevar a un hombre al borde de la tumba para retirarlo de ella, a fin de hacer que reflexione sobre sí mismo y llevarlo a otros pensamientos? Por extremo que sea el estado de un moribundo, nadie puede decir con certeza que ha llegado su última hora. ¿Acaso la ciencia nunca se ha equivocado en sus previsiones?

Sé bien que hay casos que con razón pueden considerarse desesperados; pero, aunque no haya ninguna esperanza fundada de un retorno definitivo a la vida y a la salud, ¡cuántos ejemplos hay de enfermos que, en el momento de dar el último suspiro, se reaniman y recobran sus facultades durante unos instantes! Pues bien, esa hora de gracia que se le concede puede ser para él de la mayor importancia; pues ignoráis las reflexiones que su Espíritu ha podido hacer en las convulsiones de la agonía y qué tormentos puede ahorrarle un destello de arrepentimiento.

El materialista, que solo ve el cuerpo y no tiene en cuenta el alma, no puede comprender estas cosas; pero el espírita, que sabe lo que sucede más

allá de la tumba, conoce el valor del último pensamiento. Aliviad los últimos sufrimientos tanto como esté en vuestras manos; pero guardaos de acortar la vida, aunque solo sea un minuto, pues ese minuto puede ahorrar muchas lágrimas en el futuro. (San Luis. París, 1860.)

29 Quien está hastiado de la vida, pero no quiere matarse, ¿es culpable de buscar la muerte en un campo de batalla, con la idea de hacer útil su muerte?

Tanto si el hombre se da muerte como si hace que se la den, el propósito es siempre acortar su vida y, por consiguiente, hay suicidio de intención, si no de hecho. La idea de que su muerte servirá para algo es ilusoria; no es más que un pretexto para dar buena apariencia a su acción y excusarla ante sus propios ojos; si tuviera un deseo serio de servir a su país, procuraría vivir mientras lo defiende, y no morir, pues una vez muerto ya no le sirve de nada. La verdadera entrega consiste en no temer a la muerte cuando se trata de ser útil, en afrontar el peligro, en hacer de antemano y sin pesar el sacrificio de la propia vida si es necesario; pero la intención premeditada de buscar la muerte exponiéndose a un peligro, incluso para prestar un servicio, anula el mérito de la acción. (San Luis. París, 4 860.)

30 Un hombre se expone a un peligro inminente para salvar la vida de uno de sus semejantes, sabiendo de antemano que él mismo sucumbirá; ¿puede considerarse esto un suicidio?

Desde el momento en que no existe la intención de buscar la muerte, no hay suicidio, sino entrega y abnegación, aunque se tenga la certeza de perecer. Pero ¿quién puede tener esa certeza? ¿Quién dice que la Providencia no reserva un medio inesperado de salvación en el momento más crítico? ¿No puede salvar incluso a quien esté ante la boca de un cañón? A me-

nudo puede querer llevar la prueba de la resignación hasta su último límite; entonces una circunstancia inesperada desvía el golpe fatal. (Íd.)

31. Quienes aceptan sus sufrimientos con resignación por sumisión a la voluntad de Dios y con miras a su felicidad futura, ¿trabajan solo para sí mismos, y pueden hacer que sus sufrimientos sean provechosos para otros?

Estos sufrimientos pueden ser provechosos para los demás material y moralmente. Materialmente, si, mediante el trabajo, las privaciones y los sacrificios que se imponen, contribuyen al bienestar material de sus allegados; moralmente, por el ejemplo que dan de su sumisión a la voluntad de Dios. Este ejemplo del poder de la fe espírita puede mover a los desdichados a la resignación, salvarlos de la desesperación y de sus funestas consecuencias para el porvenir. (San Luis. París, 1860.)

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

VI. EL CRISTO CONSOLADOR

✦

1 El yugo ligero.— Consolador prometido. — Instrucciones de los Espíritus: Advenimiento del Espíritu de Verdad. El yugo; ligero,
Aferraos a mí, todos vosotros que estáis afligidos y cargados, y yo os aliviaré. — Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis el descanso de vuestras almas; porque mi yugo es suave y mi carga es ligera. (San Mateo, cap. xi, vv. 28, 29, 30.)

2 Todos los sufrimientos: miserias, decepciones, dolores físicos, pérdidas de seres queridos, encuentran su consuelo en la fe en el porvenir, en la confianza en la justicia de Dios, que Cristo vino a enseñar a los hombres. Sobre aquel, por el contrario, que no espera nada después de esta vida, o que simplemente duda, las aflicciones pesan con toda su fuerza, y ninguna esperanza viene a suavizar su amargura. Esto es lo que hace decir a Jesús: Venid a mí, todos vosotros que estáis fatigados, y yo os aliviaré.
Sin embargo, Jesús pone una condición a su ayuda y a la felicidad que promete a los afligidos; esta condición está en la ley que enseña; su yugo es la observancia de esa ley; pero este yugo es ligero y esta ley es suave, pues imponen como deber el amor y la caridad.

3 Consolador prometido
Si me amáis, guardad mis mandamientos; — y rogaré a mi Padre, y él os enviará otro consolador, para que permanezca eternamente con vosotros: — El Espíritu de Verdad que el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce. Pero vosotros lo conoceréis, porque permanecerá con vosotros y es-

tará en vosotros. — Pero el consolador, que es el Espíritu Santo, a quien mi Padre enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas y os hará recordar todo lo que os he dicho. (San Juan, cap. xiv, v. 15, 16, 17 y 26.)

4 Jesús promete otro consolador: es el Espíritu de Verdad, que el mundo todavía no conoce, porque no está preparado para comprenderlo, y que el Padre enviará para enseñar todas las cosas y hacer recordar lo que Cristo dijo. Si, pues, el Espíritu de Verdad debe venir más tarde a enseñar todas las cosas, es porque Cristo no lo dijo todo; si viene a hacer recordar lo que Cristo dijo, es porque se habrá olvidado o comprendido mal.

El espiritismo viene en el tiempo señalado a cumplir la promesa de Cristo: el Espíritu de Verdad preside su establecimiento; recuerda a los hombres la observancia de la ley; enseña todas las cosas haciendo comprender lo que Cristo solo dijo en parábolas. Cristo dijo: «Que oigan los que tienen oídos para oír»; el espiritismo viene a abrir los ojos y los oídos, porque habla sin figuras ni alegorías; levanta el velo dejado a propósito sobre ciertos misterios; viene, en fin, a traer un consuelo supremo a los desheredados de la tierra y a todos los que sufren, dando una causa justa y un fin útil a todos los dolores.

Cristo dijo: «Bienaventurados los afligidos, porque serán consolados»; pero ¿cómo sentirse feliz de sufrir si no se sabe por qué se sufre? El espiritismo muestra su causa en las existencias anteriores y en el destino de la tierra, donde el hombre expía su pasado; muestra su finalidad al señalar que los sufrimientos son como las crisis saludables que conducen a la curación, y que son la purificación que asegura la felicidad en las existencias futuras. El hombre comprende que ha merecido sufrir y encuentra justo el sufrimiento; sabe que ese sufrimiento ayuda a su progreso y lo acepta sin que-

jarse, como el obrero acepta el trabajo que ha de proporcionarle su salario. El espiritismo le da una fe inquebrantable en el porvenir, y la duda angustiosa ya no tiene poder sobre su alma; al hacerle ver las cosas desde lo alto, la importancia de las vicisitudes terrenales se pierde en el vasto y espléndido horizonte que abarca, y la perspectiva de la felicidad que le espera le da la paciencia, la resignación y el valor de llegar hasta el final del camino.
Así, el espiritismo realiza lo que Jesús dijo del consolador prometido: conocimiento de las cosas que permite al hombre saber de dónde viene, adónde va y por qué está en la tierra; recordatorio de los verdaderos principios de la ley de Dios, y consuelo por la fe y la esperanza.

5 Instrucciones de los Espíritus Advenimiento del Espíritu de Verdad
Vengo, como en otro tiempo, entre los hijos extraviados de Israel, a traer la verdad y disipar las tinieblas. Escuchadme. El espiritismo, como en otro tiempo mi palabra, debe recordar a los incrédulos que por encima de ellos reina la verdad inmutable: el Dios bueno, el Dios grande que hace germinar la planta y levanta las olas. He revelado la doctrina divina; como un segador, he atado en gavillas el bien disperso en la humanidad, y he dicho: ¡Venid a mí, todos vosotros que sufrís!
Pero los hombres ingratos se han apartado del camino recto y ancho que conduce al reino de mi Padre, y se han extraviado por los ásperos senderos de la impiedad. Mi Padre no quiere aniquilar a la raza humana; quiere que, ayudándoos unos a otros, muertos y vivos, es decir, muertos según la carne, pues la muerte no existe, os socorráis, y que ya no sea la voz de los profetas y de los apóstoles, sino la voz de quienes ya no están, la que se haga oír para gritaros: ¡Orad y creed! Porque la muerte es la resurrección, y la vida es la prueba elegida durante la cual vuestras virtudes cultivadas deben crecer y

desarrollarse como el cedro. Hombres débiles, que comprendéis las tinieblas de vuestras inteligencias, no apartéis la antorcha que la clemencia divina pone en vuestras manos para iluminar vuestro camino y conduciros de nuevo, hijos perdidos, al seno de vuestro Padre.

Me conmueven demasiado vuestras miserias y vuestra inmensa debilidad como para no tender una mano de ayuda a los desdichados extraviados que, viendo el cielo, caen en el abismo del error. Creed, amad, meditad las cosas que os son reveladas; no mezcléis la cizaña con el buen grano, las utopías con las verdades.

¡Espiritistas! Amaos; esta es la primera enseñanza; instruíos, esta es la segunda. Todas las verdades se encuentran en el cristianismo; los errores que han echado raíces en él son de origen humano; y he aquí que, más allá de la tumba que creíais la nada, unas voces os gritan: ¡Hermanos! Nada perece; Jesucristo es el vencedor del mal, sed los vencedores de la impiedad. (El Espíritu de Verdad. París, 1860.)

6 Vengo a enseñar y consolar a los pobres desheredados; vengo a decirles que eleven su resignación a la altura de sus pruebas; que lloren, pues el dolor fue sagrado en el huerto de los Olivos; pero que tengan esperanza, porque los ángeles consoladores vendrán también a secar sus lágrimas.

Obreros, trazad vuestro surco; comenzad de nuevo al día siguiente la dura jornada de la víspera; el trabajo de vuestras manos proporciona el pan terrenal a vuestros cuerpos, pero vuestras almas no están olvidadas; y yo, el divino jardinero, las cultivo en el silencio de vuestros pensamientos; cuando haya sonado la hora del descanso, cuando la trama se escape de vuestras manos y vuestros ojos se cierren a la luz, sentiréis brotar y germinar en vosotros mi preciosa semilla. Nada se pierde en el reino de nuestro Padre, y

vuestros sudores, vuestras miserias, forman el tesoro que ha de haceros ricos en las esferas superiores, donde la luz sustituye a las tinieblas, y donde el más desprovisto de todos vosotros será quizá el más resplandeciente.
En verdad os digo que quienes llevan sus cargas y ayudan a sus hermanos son mis bienamados; instruíos en la preciosa doctrina que disipa el error de las rebeliones y que os enseña el fin sublime de la prueba humana. Como el viento barre el polvo, que el soplo de los Espíritus disipe vuestra envidia hacia los ricos del mundo, que a menudo son muy desdichados, porque sus pruebas son más peligrosas que las vuestras. Estoy con vosotros, y mi apóstol os enseña. Bebed de la fuente viva del amor y preparaos, cautivos de la vida, para lanzaros un día libres y alegres al seno de Aquel que os creó débiles para haceros capaces de perfeccionaros, y que quiere que moldeéis vosotros mismos vuestra blanda arcilla, a fin de ser los artífices de vuestra inmortalidad. (El Espíritu de Verdad, París, 1861.)

7 Soy el gran médico de las almas y vengo a traeros el remedio que ha de curarlas; los débiles, los que sufren y los enfermos son mis hijos predilectos, y vengo a salvarlos. Venid, pues, a mí, todos vosotros que sufrís y estáis cargados, y seréis aliviados y consolados; no busquéis en otra parte la fuerza y el consuelo, porque el mundo es incapaz de darlos.

7.2 Dios dirige a vuestros corazones un llamado supremo por medio del espiritismo; escuchadlo. Que la impiedad, la mentira, el error y la incredulidad sean extirpados de vuestras almas doloridas; son monstruos que se nutren de vuestra sangre más pura y que os causan heridas casi siempre mortales. Que en adelante, humildes y sumisos al Creador, practiquéis su ley divina.

7.3 Amad y orad; sed dóciles a los Espíritus del Señor; invocadlo desde el fondo del corazón; entonces os enviará a su Hijo bienamado para instruiros y deciros estas buenas palabras: Aquí estoy; vengo a vosotros porque me habéis llamado. (El Espíritu de Verdad. Burdeos, 1861.)

8 Dios consuela a los humildes y da fuerza a los afligidos que se la piden. Su poder cubre la tierra, y en todas partes, junto a una lágrima, ha colocado un bálsamo que consuela. La entrega y la abnegación son una oración continua y encierran una enseñanza profunda; la sabiduría humana reside en estas dos palabras.

8.2 Que todos los Espíritus que sufren puedan comprender esta verdad, en lugar de clamar contra los dolores, los sufrimientos morales que son vuestra suerte en este mundo. Tomad, pues, como lema estas dos palabras: entrega y abnegación, y seréis fuertes, porque resumen todos los deberes que os imponen la caridad y la humildad.

8.3 El sentimiento del deber cumplido os dará el descanso del espíritu y la resignación. El corazón late mejor, el alma se calma y el cuerpo ya no desfallece, pues el cuerpo sufre tanto más cuanto más profundamente afectado está el espíritu. (El Espíritu de Verdad. El Havre, 1863.)

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

VII. BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU

✦

1 Qué debe entenderse por pobres de espíritu.

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. (San Mateo, cap. v, v. 3.)

2 La incredulidad se ha burlado de esta máxima: Bienaventurados los pobres de espíritu, como de muchas otras cosas, sin comprenderla. Por pobres de espíritu, Jesús no entiende a los hombres carentes de inteligencia, sino a los humildes: dice que el reino de los cielos es para ellos, y no para los orgullosos.

Los hombres de ciencia e ingenio, según el mundo, tienen por lo general una opinión tan elevada de sí mismos y de su superioridad, que consideran las cosas divinas indignas de su atención; sus miradas, concentradas en su persona, no pueden elevarse hasta Dios. Esta tendencia a creerse por encima de todo los lleva con demasiada frecuencia a negar lo que, estando por encima de ellos, podría rebajarlos, a negar incluso la Divinidad; o, si consienten en admitirla, le niegan uno de sus más bellos atributos: su acción providencial sobre las cosas de este mundo, convencidos de que ellos solos bastan para gobernarlo bien. Tomando su inteligencia como medida de la inteligencia universal, y juzgándose capaces de comprenderlo todo, no pueden creer en la posibilidad de lo que no comprenden; cuando se han pronunciado, su juicio es para ellos inapelable.

Si se niegan a admitir el mundo invisible y un poder sobrehumano, no es, sin embargo, porque eso esté fuera de su alcance, sino porque su orgullo se

rebela ante la idea de algo por encima de lo cual no pueden situarse y que los haría descender de su pedestal. Por eso solo tienen sonrisas de desdén para todo lo que no pertenece al mundo visible y tangible; se atribuyen demasiado ingenio y ciencia para creer en cosas buenas, según ellos, para la gente sencilla, y consideran pobres de espíritu a quienes las toman en serio. Sin embargo, digan lo que digan, tendrán que entrar, como los demás, en ese mundo invisible del que se burlan; allí se abrirán sus ojos y reconocerán su error. Pero Dios, que es justo, no puede recibir de la misma manera a quien ha desconocido su poder y a quien se ha sometido humildemente a sus leyes, ni darles una parte igual.

Al decir que el reino de los cielos pertenece a los sencillos, Jesús quiere decir que nadie es admitido en él sin la sencillez del corazón y la humildad del espíritu; que el ignorante que posee estas cualidades será preferido al sabio que cree más en sí mismo que en Dios. En toda circunstancia coloca la humildad entre las virtudes que acercan a Dios, y el orgullo entre los vicios que alejan de él; y esto por una razón muy natural: la humildad es un acto de sumisión a Dios, mientras que el orgullo es una rebelión contra él. Más vale, pues, para la felicidad futura del hombre, ser pobre de espíritu \ en el sentido del mundo, y rico en cualidades morales.

[3] Quien se eleva será humillado

En aquel mismo tiempo los discípulos se acercaron a Jesús y le dijeron: ¿Quién es el mayor en el reino de los cielos? — Jesús llamó a un niño pequeño, lo puso en medio de ellos y les dijo: En verdad les digo que, si no se convierten y se hacen como niños pequeños, no entrarán en el reino de los cielos. — Así pues, quien se humille y se haga pequeño como este niño, ese

será el mayor en el reino de los cielos, — y quien recibe en mi nombre a un niño como el que acabo de decir, a mí mismo me recibe. (San Mateo, cap. xviii, v. 4 a 5.)

4 Entonces la madre de los hijos de Zebedeo se acercó a él con sus dos hijos y lo adoró, dándole a entender que quería pedirle algo. — Él le dijo: ¿Qué quieres? Ordena, le dijo ella, que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda.

4.2 — Pero Jesús les respondió: No saben lo que piden; ¿pueden beber el cáliz que voy a beber? Ellos le dijeron: Podemos. — Él les respondió: Es verdad que beberán el cáliz que yo beberé; pero, en cuanto a sentarse a mi derecha o a mi izquierda, no me corresponde a mí concedérselo, sino que será para aquellos a quienes mi Padre se lo ha preparado.

4.3 — Los otros diez apóstoles, al oír esto, se indignaron contra los dos hermanos. — Y Jesús, llamándolos junto a él, les dijo: Saben que los príncipes de las naciones las dominan, y que los grandes las tratan con autoridad absoluta.

4.4 — No debe ser así entre ustedes; sino que quien quiera llegar a ser el mayor sea su servidor; — y quien quiera ser el primero entre ustedes sea su esclavo; — así como el Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir y dar su vida por la redención de muchos. (San Mateo, cap. xx, v. de 20 a 28.)

5 Jesús entró un sábado en casa de uno de los principales fariseos para comer allí, y los que estaban presentes lo observaban. — Entonces, al ver cómo los invitados escogían los primeros puestos, les propuso esta parábola y les dijo: — Cuando los inviten a una boda, no ocupen el primer puesto,

por temor a que entre los invitados haya una persona más distinguida que ustedes, y el que los haya invitado venga a decirles: Cede tu puesto a este, y entonces se vean obligados a ocupar con vergüenza el último lugar.

5.2 — Pero, cuando los hayan invitado, vayan a ocupar el último puesto, para que, cuando llegue el que los ha invitado, les diga: Amigo mío, sube más arriba. Y entonces esto será motivo de honra ante los que estén a la mesa con ustedes; — porque quien se eleva será humillado, y quien se humilla será elevado. (San Lucas, cap. xiv, v. 1 y de 7 a il.)

6 Estas máximas son las consecuencias del principio de humildad que Jesús no deja de establecer como condición esencial de la felicidad prometida a los elegidos del Señor, y que formuló con estas palabras: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos». Toma a un niño como modelo de la sencillez del corazón y dice: Será el mayor en el reino de los cielos quien se humille y se haga pequeño como un niño; es decir, quien no tenga ninguna pretensión de superioridad o de infalibilidad.

El mismo pensamiento fundamental se encuentra en esta otra máxima: «Que quien quiera llegar a ser el mayor sea su servidor», y en esta: «Quien se humilla será elevado, y quien se eleva será humillado».

El espiritismo viene a confirmar la teoría con el ejemplo, mostrándonos grandes en el mundo de los Espíritus a quienes eran pequeños en la tierra, y a menudo muy pequeños a quienes eran los más grandes y poderosos en ella. Es que los primeros se llevaron al morir lo único que constituye la verdadera grandeza en el cielo y no se pierde: las virtudes; mientras que los otros tuvieron que dejar lo que constituía su grandeza en la tierra y no puede llevarse consigo: la fortuna, los títulos, la gloria, el nacimiento; al no tener ninguna otra cosa, llegan al otro mundo desprovistos de todo, como

náufragos que lo han perdido todo, hasta sus ropas; solo han conservado el orgullo, que hace más humillante su nueva posición, pues ven por encima de ellos, y resplandecientes de gloria, a quienes pisotearon en la tierra.

El espiritismo nos muestra otra aplicación de este principio en las encarnaciones sucesivas, en las que quienes han ocupado las posiciones más elevadas en una existencia son rebajados al último puesto en una existencia siguiente, si han sido dominados por el orgullo y la ambición. No busquen, pues, el primer puesto en la tierra, ni ponerse por encima de los demás, si no quieren verse obligados a descender; busquen, por el contrario, el más humilde y modesto, pues Dios sabrá darles uno más elevado en el cielo si lo merecen.

Misterios ocultos a los sabios y a los prudentes

7 Entonces Jesús dijo estas palabras: Te doy gloria, Padre mío, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes, y las has revelado a los sencillos y a los pequeños. (San Mateo, cap. xi, v. 25.)

8 Puede parecer extraño que Jesús dé gracias a Dios por haber revelado estas cosas a los sencillos y a los pequeños, que son los pobres de espíritu, y haberlas ocultado a los sabios y a los prudentes, en apariencia más capaces de comprenderlas. Es que por los primeros debe entenderse a los humildes que se humillan ante Dios y no se creen superiores a todo el mundo; y por los segundos, a los orgullosos, envanecidos de su ciencia mundana, que se creen prudentes porque niegan, tratando a Dios de igual a igual cuando no lo desconocen; pues, en la antigüedad, sabio era sinónimo de erudito; por eso Dios les deja la investigación de los secretos de la tierra y revela los del cielo a los sencillos y a los humildes que se inclinan ante él.

9 Así sucede hoy con las grandes verdades reveladas por el espiritismo. Algunos incrédulos se asombran de que los Espíritus se esfuercen tan poco por convencerlos; es que estos últimos se ocupan de quienes buscan la luz de buena fe y con humildad, con preferencia a quienes creen poseer toda la luz y parecen pensar que Dios debería sentirse sumamente feliz de atraerlos de nuevo hacia él, demostrándoles que existe.

El poder de Dios se manifiesta en las cosas más pequeñas como en las más grandes; no pone la luz debajo del celemín, puesto que la derrama a raudales por todas partes; ciegos son, pues, quienes no la ven. Dios no quiere abrirles los ojos por la fuerza, ya que les complace mantenerlos cerrados. Su turno llegará, pero antes es necesario que sientan las angustias de las tinieblas y reconozcan a Dios, y no al azar, en la mano que golpea su orgullo. Para vencer la incredulidad emplea los medios que le parecen adecuados según los individuos; no corresponde al incrédulo dictarle lo que debe hacer y decirle: Si quieres convencerme, tienes que hacerlo de tal o cual manera, en tal momento antes que en otro, porque ese momento me conviene.

Que los incrédulos no se asombren, pues, si Dios y los Espíritus, que son los agentes de su voluntad, no se someten a sus exigencias. Que se pregunten qué dirían si el último de sus servidores quisiera imponerse a ellos. Dios impone sus condiciones y no se somete a ninguna; escucha con bondad a quienes se dirigen a él con humildad, y no a quienes se creen más que él.

10 Dios, se dirá, ¿no podría impresionarlos personalmente con señales manifiestas ante las cuales el incrédulo más endurecido tuviera que inclinarse? Sin duda podría, pero entonces ¿dónde estaría su mérito y, además,

para qué serviría eso? ¿No vemos todos los días a personas que se niegan a aceptar la evidencia y que incluso dicen: Aunque lo viera, no lo creería, porque sé que es imposible?

10.2 Si se niegan a reconocer la verdad, es porque su espíritu aún no está maduro para comprenderla, ni su corazón para sentirla. El orgullo es la nube que oscurece su vista; ¿de qué sirve presentar la luz a un ciego? Es necesario, pues, curar primero la causa del mal; por eso, como médico hábil, castiga primero el orgullo.

10.3 No abandona, pues, a sus hijos perdidos; sabe que tarde o temprano sus ojos se abrirán, pero quiere que sea por su propia voluntad, y entonces, vencidos por los tormentos de la incredulidad, se arrojarán por sí mismos en sus brazos y, como el hijo pródigo, ¡le pedirán perdón!

11 Instrucciones de los Espíritus El orgullo y la humildad

¡Que la paz del Señor esté con vosotros, mis queridos amigos! Vengo a vosotros para animaros a seguir el buen camino.

A los pobres Espíritus que, en otro tiempo, habitaban la tierra, Dios les encomienda la misión de venir a iluminaros. Bendito sea por la gracia que nos concede de poder ayudar a vuestro perfeccionamiento. ¡Que el Espíritu Santo me ilumine y me ayude a hacer comprensible mi palabra, y que me conceda la gracia de ponerla al alcance de todos! Vosotros, todos los encarnados que sufrís y buscáis la luz, ¡que la voluntad de Dios me ayude a hacerla brillar ante vuestros ojos!

La humildad es una virtud muy olvidada entre vosotros; los grandes ejemplos que de ella se os han dado se siguen muy poco y, sin embargo, sin humildad, ¿podéis ser caritativos con vuestro prójimo? ¡Oh, no!, porque este sentimiento iguala a los hombres; les dice que son hermanos, que deben

ayudarse unos a otros, y los lleva al bien. Sin humildad, os adornáis con virtudes que no tenéis, como si llevarais un vestido para ocultar las deformidades de vuestro cuerpo. Recordad a Aquel que nos salvó; recordad su humildad, que lo hizo tan grande y lo puso por encima de todos los profetas.

El orgullo es el terrible adversario de la humildad. Si Cristo prometía el reino de los cielos a los más pobres, es porque los grandes de la tierra se imaginan que los títulos y las riquezas son recompensas concedidas a sus méritos, y que su esencia es más pura que la del pobre; creen que todo eso les es debido, y por eso, cuando Dios se lo retira, lo acusan de injusticia. ¡Oh, qué absurdo y qué ceguera! ¿Hace Dios alguna distinción entre vosotros por el cuerpo? ¿No es la envoltura del pobre la misma que la del rico? ¿Ha creado el Creador dos especies de hombres? Todo lo que Dios hace es grande y sabio; no le atribuyáis nunca las ideas que engendran vuestros cerebros orgullosos.

0 rico, mientras duermes bajo tus artesonados dorados, al abrigo del frío, ¿no sabes que miles de tus hermanos, que valen tanto como tú, yacen sobre la paja? ¿No es tu igual el desdichado que padece hambre? Ante esta palabra, tu orgullo se rebela, lo sé bien; aceptarás darle limosna, pero estrecharle fraternalmente la mano, ¡jamás! «¡Cómo! —dices—. ¡Yo, de sangre noble, grande de la tierra, sería igual a ese miserable que viste harapos! ¡Vana utopía de los que se llaman filósofos! Si fuéramos iguales, ¿por qué Dios lo habría colocado tan abajo y a mí tan arriba?» Es cierto que vuestras ropas se parecen muy poco; pero, si ambos os despojarais de ellas, ¿qué diferencia habría entre vosotros? La nobleza de la sangre, dirás; pero la química no ha encontrado diferencia alguna entre la sangre del gran señor y la del plebeyo, entre la del amo y la del esclavo. ¿Quién te dice que tú tampoco has sido miserable y desdichado como él? ¿Que no has pedido li-

mosna? ¿Que no se la pedirás algún día a aquel mismo a quien hoy desprecias? ¿Son eternas las riquezas? ¿No terminan con este cuerpo, envoltura perecedera de tu Espíritu? ¡Oh, vuelve la mirada hacia ti mismo con humildad! Mira por fin la realidad de las cosas de este mundo, lo que constituye la grandeza y la bajeza en el otro; piensa que la muerte no te perdonará más que a otro; que tus títulos no te librarán de ella; que puede golpearte mañana, hoy, dentro de una hora; y si te entierras en tu orgullo, ¡oh!, entonces te compadezco, ¡porque serás digno de lástima!

¡Orgullosos! ¿Qué erais antes de ser nobles y poderosos? Quizá estabais por debajo del último de vuestros sirvientes. Inclinad, pues, vuestras frentes altivas, que Dios puede abatir en el momento en que más alto las levantáis. Todos los hombres son iguales en la balanza divina; solo las virtudes los distinguen a los ojos de Dios. Todos los Espíritus son de una misma esencia, y todos los cuerpos están hechos de la misma masa; vuestros títulos y vuestros nombres no cambian nada de ello; quedan en la tumba, y no son ellos los que dan la felicidad prometida a los elegidos; la caridad y la humildad son sus títulos de nobleza.

¡Pobre criatura! Eres madre, tus hijos sufren; tienen frío; tienen hambre; vas, encorvada bajo el peso de tu cruz, a humillarte para conseguirles un pedazo de pan. ¡Oh, me inclino ante ti; cuán noblemente santa y grande eres a mis ojos! Ten esperanza y reza; la felicidad aún no es de este mundo. A los pobres oprimidos que confían en él, Dios les da el reino de los cielos.

Y tú, joven, pobre niña destinada al trabajo y a las privaciones, ¿por qué esos pensamientos tristes? ¿Por qué llorar? Que tu mirada se eleve piadosa y serena hacia Dios: a los pajarillos les da alimento; confía en él y no te abandonará. El bullicio de las fiestas, de los placeres del mundo, hace latir tu corazón; tú también quisieras adornar tu cabeza con flores y mezclarte

con los felices de la tierra; te dices que podrías, como esas mujeres que ves pasar, alocadas y risueñas, ser rica también. ¡Oh, calla, niña! Si supieras cuántas lágrimas y dolores sin nombre se ocultan bajo esos vestidos bordados, cuántos sollozos ahoga el sonido de esa alegre orquesta, preferirías tu humilde retiro y tu pobreza. Permanece pura a los ojos de Dios, si no quieres que tu ángel de la guarda vuelva a subir hacia él, con el rostro oculto bajo sus alas blancas, y te deje con tus remordimientos, sin guía, sin apoyo en este mundo donde estarías perdida, a la espera de ser castigada en el otro.

Y todos vosotros que sufrís las injusticias de los hombres, sed indulgentes con las faltas de vuestros hermanos, diciéndoos que vosotros mismos no estáis libres de reproche: eso es caridad, pero también humildad. Si sufrís por las calumnias, inclinad la frente ante esta prueba. ¿Qué os importan las calumnias del mundo? Si vuestra conducta es pura, ¿no puede Dios compensaros por ellas? Soportar con valor las humillaciones de los hombres es ser humilde y reconocer que solo Dios es grande y poderoso.

¡Oh, Dios mío! ¿Será necesario que Cristo vuelva por segunda vez a esta tierra para enseñar a los hombres tus leyes, que olvidan? ¿Deberá expulsar de nuevo a los vendedores del templo que ensucian tu casa, que es solo un lugar de oración? ¿Y quién sabe, hombres, si Dios os concediera esta gracia, quizá renegaríais de él como en otro tiempo; lo llamaríais blasfemo, porque abatiría el orgullo de los fariseos modernos; quizá le haríais recorrer de nuevo el camino del Gólgota?

Cuando Moisés subió al monte Sinaí para recibir los mandamientos de Dios, el pueblo de Israel, abandonado a sí mismo, dejó al verdadero Dios; hombres y mujeres dieron su oro y sus joyas para hacerse un ídolo al que adoraron. Hombres civilizados, vosotros hacéis como ellos; Cristo os dejó

su doctrina; os dio el ejemplo de todas las virtudes, y vosotros habéis abandonado el ejemplo y los preceptos; aportando cada uno sus pasiones, os habéis hecho un Dios a vuestro gusto: según unos, terrible y sanguinario; según otros, despreocupado de los intereses del mundo; el Dios que os habéis hecho sigue siendo el becerro de oro que cada uno adapta a sus gustos y a sus ideas.

Recapacitad, hermanos míos, amigos míos; que la voz de los Espíritus toque vuestros corazones; sed generosos y caritativos sin ostentación; es decir, haced el bien con humildad; que cada uno derribe poco a poco los altares que habéis levantado al orgullo; en una palabra, sed verdaderos cristianos, y tendréis el reinado de la verdad. No dudéis más de la bondad de Dios, cuando tantas pruebas os da de ella. Venimos a preparar los caminos para el cumplimiento de las profecías. Cuando el Señor os dé una manifestación más espléndida de su clemencia, que el enviado celestial encuentre en vosotros una sola gran familia; que vuestros corazones mansos y humildes sean dignos de oír la palabra divina que vendrá a traeros; que el elegido solo encuentre en su camino las palmas depositadas por vuestro regreso al bien, a la caridad, a la fraternidad, y entonces vuestro mundo se convertirá en el paraíso terrenal. Pero si seguís insensibles a la voz de los Espíritus enviados para purificar y renovar vuestra sociedad civilizada, rica en ciencias y, no obstante, tan pobre en buenos sentimientos, ¡ay!, solo nos quedaría llorar y gemir por vuestra suerte. Pero no, no será así; volved a Dios, vuestro padre, y entonces todos nosotros, que habremos servido al cumplimiento de su voluntad, entonaremos el cántico de acción de gracias para agradecer al Señor su bondad inagotable y glorificarlo por los siglos de los siglos. Así sea. (Lacordaire. Constantina, 1863.)

12 Hombres, ¿por qué os quejáis de las calamidades que vosotros mismos habéis amontonado sobre vuestras cabezas? Habéis desconocido la santa y divina moral de Cristo; no os extrañéis, pues, de que la copa de la iniquidad se haya desbordado por todas partes.

El malestar se vuelve general; ¿a quién culpar, sino a vosotros, que buscáis sin cesar aplastaros unos a otros? No podéis ser felices sin benevolencia mutua, y ¿cómo puede existir la benevolencia con el orgullo? El orgullo es la fuente de todos vuestros males; dedicaos, pues, a destruirlo, si no queréis ver perpetuarse sus funestas consecuencias. Un solo medio se os ofrece para ello, pero ese medio es infalible: tomar como regla invariable de vuestra conducta la ley de Cristo, ley que habéis rechazado o cuya interpretación habéis falseado.

¿Por qué tenéis en tan gran estima lo que brilla y encanta a los ojos, en vez de lo que toca el corazón? ¿Por qué el vicio en la opulencia es objeto de vuestras adulaciones, mientras que solo tenéis una mirada de desdén para el verdadero mérito en la oscuridad? Si un rico libertino, perdido en cuerpo y alma, se presenta en algún lugar, todas las puertas se le abren, todas las atenciones son para él, mientras que apenas se dignan conceder un saludo condescendiente al hombre de bien que vive de su trabajo. Cuando la consideración que se concede a las personas se mide por el peso del oro que poseen o por el nombre que llevan, ¿qué interés pueden tener en corregir sus defectos?

Todo sería muy distinto si la opinión pública fustigara al vicio dorado como al vicio en harapos; pero el orgullo es indulgente con todo lo que lo halaga. Siglo de codicia y de dinero, decís. Sin duda, pero ¿por qué habéis dejado que las necesidades materiales se impongan al buen sentido y a la razón? ¿Por qué quiere cada uno elevarse por encima de su hermano? Hoy

la sociedad sufre las consecuencias.

No lo olvidéis: semejante estado de cosas es siempre una señal de decadencia moral. Cuando el orgullo alcanza los últimos límites, es el indicio de una caída próxima, pues Dios siempre golpea a los soberbios. Si a veces los deja subir, es para darles tiempo de reflexionar y enmendarse bajo los golpes que, de vez en cuando, asesta a su orgullo para advertirles; pero, en vez de humillarse, se rebelan; entonces, cuando la medida se colma, los derriba por completo, y su caída es tanto más terrible cuanto más alto habían subido.

Pobre raza humana, cuyo egoísmo ha corrompido todos los caminos, recobra, no obstante, el ánimo; en su misericordia infinita, Dios te envía un poderoso remedio para tus males, una ayuda inesperada en tu angustia. Abre los ojos a la luz: aquí están las almas de quienes ya no están, que vienen a recordarte tus verdaderos deberes; te dirán, con la autoridad de la experiencia, cuán poca cosa son las vanidades y las grandezas de vuestra existencia pasajera frente a la eternidad; te dirán que el más grande es aquel que ha sido el más humilde entre los pequeños de este mundo; que quien más ha amado a sus hermanos es también quien será más amado en el cielo; que los poderosos de la tierra, si han abusado de su autoridad, se verán reducidos a obedecer a sus servidores; que la caridad y la humildad, en fin, esas dos hermanas que se dan la mano, son los títulos más eficaces para obtener gracia ante el Eterno. (Adolfo, obispo de Argel. Marmande, 1862.)

13 Misión del hombre inteligente en la tierra

No os enorgullezcáis de lo que sabéis, pues ese saber tiene límites muy estrechos en el mundo que habitáis. Pero supongamos que seáis una de las mayores inteligencias de este globo: no tenéis ningún derecho a envanece-

ros por ello. Si Dios, en sus designios, os ha hecho nacer en un medio donde habéis podido desarrollar vuestra inteligencia, es porque quiere que la utilicéis para el bien de todos; pues os da una misión al poner en vuestras manos el instrumento con cuya ayuda podéis, a vuestra vez, desarrollar las inteligencias rezagadas y llevarlas a Dios. ¿No indica la naturaleza del instrumento el uso que debe hacerse de él? La pala que el jardinero pone en manos de su obrero, ¿no le muestra que debe cavar? ¿Y qué diríais si ese obrero, en vez de trabajar, levantara su pala para golpear a su amo? Diríais que es horrible y que merece ser expulsado. Pues bien, ¿no ocurre lo mismo con quien se sirve de su inteligencia para destruir la idea de Dios y de la Providencia entre sus hermanos? ¿No levanta contra su amo la pala que le ha sido dada para roturar el terreno? ¿Tiene derecho al salario prometido y no merece, por el contrario, ser expulsado del jardín?

Lo será, no lo dudéis, y arrastrará existencias miserables y llenas de humillaciones hasta que se haya inclinado ante Aquel a quien se lo debe todo.

La inteligencia es rica en méritos para el porvenir, pero a condición de emplearla bien; si todos los hombres dotados de ella la utilizaran según los designios de Dios, la tarea de los Espíritus para hacer avanzar a la humanidad sería fácil; por desgracia, muchos hacen de ella un instrumento de orgullo y de perdición para sí mismos. El hombre abusa de su inteligencia como de todas sus demás facultades y, sin embargo, no le faltan lecciones que le adviertan de que una mano poderosa puede retirarle lo que le ha dado. (Fernando, Espíritu protector. Burdeos, 1862.)

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

VIII. BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN EL CORAZÓN PURO

✦

1 Dejad que los niños pequeños vengan a mí.
Bienaventurados los que tienen el corazón puro, porque verán a Dios. (San Mateo, cap. v, v. 8.)

2 Entonces le presentaron unos niños pequeños para que los tocara; y como sus discípulos rechazaban con palabras duras a quienes se los presentaban — Jesús, al verlo, se indignó y les dijo: Dejad que los niños pequeños vengan a mí y no se lo impidáis, porque el reino de los cielos es para quienes se les parecen. — En verdad os digo que quien no reciba el reino de Dios como un niño no entrará en él. — Y, después de abrazarlos, los bendijo imponiéndoles las manos. (San Marcos, cap. x, v. del 13 al 16.)

3 La pureza de corazón es inseparable de la sencillez y de la humildad; excluye todo pensamiento de egoísmo y de orgullo; por eso Jesús toma la infancia como emblema de esta pureza, como la tomó también como emblema de la humildad.
Esta comparación podría no parecer justa si se considera que el Espíritu del niño puede ser muy antiguo y que, al renacer a la vida corporal, trae las imperfecciones de las que no se ha despojado en sus existencias anteriores; solo un Espíritu que hubiera alcanzado la perfección podría darnos el modelo de la verdadera pureza. Pero es exacta desde el punto de vista de la vida presente, pues el niño pequeño, al no haber podido manifestar toda-

vía ninguna tendencia perversa, nos ofrece la imagen de la inocencia y del candor; por eso Jesús no dice de manera absoluta que el reino de Dios sea para ellos, sino para quienes se les parecen.

4 Puesto que el Espíritu del niño ya ha vivido, ¿por qué no se muestra, desde su nacimiento, tal como es? Todo es sabio en las obras de Dios. El niño necesita cuidados delicados que solo la ternura materna puede proporcionarle, y esta ternura aumenta con la debilidad y la ingenuidad del niño. Para una madre, su hijo es siempre un ángel, y era necesario que así fuera para despertar su solicitud; no habría podido tratarlo con la misma confianza si, en lugar de la gracia ingenua, hubiera encontrado en él, bajo rasgos infantiles, un carácter varonil y las ideas de un adulto, y menos aún si hubiera conocido su pasado.

Era necesario, además, que la actividad del principio inteligente fuera proporcional a la debilidad del cuerpo, que no habría podido resistir una actividad demasiado grande del Espíritu, como se ve en los individuos demasiado precoces. Por eso, al acercarse la encarnación, el Espíritu, entrando en un estado de turbación, pierde poco a poco la conciencia de sí mismo; durante cierto período se encuentra en una especie de sueño en el que todas sus facultades permanecen en estado latente. Este estado transitorio es necesario para dar al Espíritu un nuevo punto de partida y hacerle olvidar, en su nueva existencia terrestre, las cosas que hubieran podido entorpecerlo. Sin embargo, su pasado influye en él; renace a la vida más grande, más fuerte moral e intelectualmente, sostenido y ayudado por la intuición que conserva de la experiencia adquirida.

A partir del nacimiento, sus ideas recobran gradualmente su impulso a medida que se desarrollan los órganos; de ahí que pueda decirse que, durante

los primeros años, el Espíritu es verdaderamente un niño, porque las ideas que forman el fondo de su carácter están todavía adormecidas. Durante el tiempo en que sus instintos duermen, es más flexible y, por eso mismo, más receptivo a las impresiones que pueden modificar su naturaleza y hacerlo progresar, lo que facilita la tarea impuesta a los padres.

El Espíritu se reviste, pues, por un tiempo con el ropaje de la inocencia, y Jesús está en lo cierto cuando, a pesar de la existencia anterior del alma, toma al niño como emblema de la pureza y de la sencillez.

[5] Pecado de pensamiento. Adulterio

Habéis oído que se dijo a los antiguos: No cometeréis adulterio. — Pero yo os digo que quien haya mirado a una mujer con un mal deseo hacia ella ya ha cometido adulterio con ella en su corazón. (San Mateo, cap. v, vv. 27 y 28.)

[6] La palabra adulterio no debe entenderse aquí exclusivamente en su sentido propio, sino en un sentido más general; Jesús la empleó a menudo por extensión para designar el mal, el pecado y cualquier mal pensamiento, como, por ejemplo, en este pasaje: «Porque si alguien se avergüenza de mí y de mis palabras entre esta raza adúltera y pecadora, el Hijo del hombre también se avergonzará de él cuando venga acompañado de los santos ángeles en la gloria de su Padre». (San Marcos, cap. viii, v. 38.)

La verdadera pureza no está solamente en los actos; también está en el pensamiento, pues quien tiene el corazón puro ni siquiera piensa en el mal; esto es lo que quiso decir Jesús: condena el pecado, incluso de pensamiento, porque es una señal de impureza.

7 Este principio lleva naturalmente a esta pregunta: ¿Se sufren las consecuencias de un mal pensamiento que no se lleva a la práctica?

Aquí hay que hacer una distinción importante. A medida que el alma que sigue el mal camino avanza en la vida espiritual, se ilumina y se despoja poco a poco de sus imperfecciones, según la mayor o menor buena voluntad que ponga en ello en virtud de su libre albedrío. Todo mal pensamiento es, pues, el resultado de la imperfección del alma; pero, según el deseo que haya concebido de purificarse, ese mismo mal pensamiento se convierte para ella en una ocasión de progreso, porque lo rechaza con energía; es el indicio de una mancha que se esfuerza por borrar; no cederá si se presenta la ocasión de satisfacer un mal deseo; y, después de haber resistido, se sentirá más fuerte y feliz por su victoria.

Por el contrario, la que no ha tomado buenas resoluciones busca la ocasión, y si no comete el acto malo, no es por efecto de su voluntad, sino porque le falta la ocasión; es, por tanto, tan culpable como si lo cometiera.

En resumen, en la persona que ni siquiera concibe el pensamiento del mal, el progreso ya se ha realizado; en aquella a quien le viene ese pensamiento, pero lo rechaza, el progreso se está realizando; en aquella, por último, que tiene ese pensamiento y se complace en él, el mal conserva toda su fuerza; en una, el trabajo está hecho; en la otra, está por hacer. Dios, que es justo, tiene en cuenta todos estos matices en la responsabilidad de los actos y de los pensamientos del hombre.

8 Verdadera pureza. Manos sin lavar

Entonces unos escribas y fariseos que habían venido de Jerusalén se acercaron a Jesús y le dijeron: — ¿Por qué vuestros discípulos quebrantan la tradición de los antiguos? Pues no se lavan las manos cuando comen.

Pero Jesús les respondió: ¿Por qué vosotros mismos quebrantáis el mandamiento de Dios para seguir vuestra tradición? Pues Dios dio este mandamiento: — Honrad a vuestro padre y a vuestra madre; y este otro: Que quien diga palabras ofensivas a su padre o a su madre sea castigado con la muerte. — Pero vosotros decís: Quien haya dicho a su padre o a su madre: Todo don que hago a Dios os es útil, cumple con la ley, — aunque después de eso no honre ni ayude a su padre o a su madre; y así habéis dejado sin efecto el mandamiento de Dios por vuestra tradición.

Hipócritas, bien profetizó Isaías acerca de vosotros cuando dijo: — Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí: (— y en vano me honran enseñando máximas y preceptos humanos.

Luego, habiendo llamado al pueblo, les dijo: Escuchad y comprended bien esto: — No es lo que entra en la boca lo que mancha al hombre, sino lo que sale de la boca del hombre lo que lo mancha. — Lo que sale de la boca procede del corazón, y eso es lo que hace impuro al hombre; — porque del corazón proceden los malos pensamientos, los asesinatos, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias y las murmuraciones; — estas son las cosas que hacen impuro al hombre; pero comer sin haberse lavado las manos no es lo que hace impuro a un hombre.

Entonces sus discípulos se acercaron a él y le dijeron: ¿Sabéis que los fariseos, al oír lo que acabáis de decir, se han escandalizado? — Pero él respondió: Toda planta que mi Padre celestial no haya plantado será arrancada. — Dejadlos; son ciegos que guían a ciegos; si un ciego guía a otro, los dos caen en el hoyo. (San Mateo, cap. xv, v. del 1 al 20.)

9 Mientras hablaba, un fariseo le rogó que fuera a comer a su casa; y Jesús fue y se sentó a la mesa. — El fariseo empezó entonces a decirse: ¿Por qué no se ha lavado las manos antes de comer? — Pero el Señor le dijo: Vosotros, los fariseos, cuidáis mucho de limpiar el exterior de la copa y del plato; pero el interior de vuestros corazones está lleno de rapiñas y de iniquidades. ¡Insensatos! Quien hizo el exterior, ¿no hizo también el interior? (San Lucas, cap. xi, iv del 37 al 40.)

10 Los judíos habían descuidado los verdaderos mandamientos de Dios para dedicarse a la práctica de los reglamentos establecidos por los hombres, cuyo cumplimiento sus observadores más rígidos convertían en cuestiones de conciencia; el fondo, muy sencillo, había acabado por desaparecer bajo la complicación de la forma. Como era más fácil observar actos exteriores que reformarse moralmente, lavarse las manos que limpiar el corazón, los hombres se engañaron a sí mismos y creían haber cumplido con Dios porque se ajustaban a esas prácticas, aunque seguían siendo lo que eran; pues se les enseñaba que Dios no pedía nada más. Por eso dice el profeta: En vano este pueblo me honra con los labios, enseñando máximas y preceptos humanos.

Así ha ocurrido con la doctrina moral de Cristo, que ha acabado por quedar en segundo plano, de modo que muchos cristianos, a ejemplo de los antiguos judíos, creen tener más asegurada su salvación por las prácticas exteriores que por las de la moral. A estas adiciones hechas por los hombres a la ley de Dios alude Jesús cuando dice: Toda planta que mi Padre celestial no haya plantado será arrancada.

El fin de la religión es conducir al hombre a Dios; ahora bien, el hombre solo llega a Dios cuando es perfecto; por tanto, toda religión que no hace

mejor al hombre no alcanza su fin; aquella en la que se cree poder apoyar uno para hacer el mal es falsa o está falseada en su principio. Tal es el resultado de todas aquellas en las que la forma prevalece sobre el fondo. La creencia en la eficacia de los signos exteriores es nula si no impide cometer asesinatos, adulterios, despojos, decir calumnias y perjudicar al prójimo de cualquier manera. Hace supersticiosos, hipócritas o fanáticos, pero no hace hombres de bien.

Por tanto, no basta con tener las apariencias de la pureza; ante todo hay que tener la pureza del corazón.

11 Escándalos. Si tu mano es motivo de escándalo, córtala

¡Ay del mundo por los escándalos! Porque es necesario que haya escándalos; pero ¡ay del hombre por quien viene el escándalo!

Si alguien escandaliza a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgaran al cuello una de esas piedras de molino que mueve un asno y lo arrojaran al fondo del mar.

Guardaos bien de despreciar a ninguno de estos pequeños; os declaro que en el cielo sus ángeles ven sin cesar el rostro de mi Padre que está en los cielos; porque el Hijo del hombre ha venido a salvar lo que estaba perdido.

Si vuestra mano o vuestro pie os es motivo de escándalo, cortadlos y arrojadlos lejos de vosotros; mucho más os vale entrar en la vida con un solo pie o una sola mano que tener dos y ser arrojados al fuego eterno. — Y si vuestro ojo os es motivo de escándalo, arrancadlo y arrojadlo lejos de vosotros; más os vale entrar en la vida con un solo ojo que tener dos y ser precipitados en el fuego del infierno. (San Mateo, cap. xviii, v. de 6 a 10. — Cap. v, v. de 27 a 30.)

12 En el sentido común, se llama escándalo a toda acción que ofende de manera ostensible la moral o las buenas costumbres. El escándalo no está en la acción en sí misma, sino en la repercusión que puede tener. La palabra escándalo implica siempre la idea de cierto alboroto. Muchas personas se contentan con evitar el escándalo porque su orgullo sufriría y su consideración entre los hombres disminuiría; con tal de que sus vilezas sean ignoradas, eso les basta, y su conciencia está tranquila. Son, según las palabras de Jesús: «sepulcros blanqueados por fuera, pero llenos de podredumbre por dentro; vasos limpios por fuera, sucios por dentro».

En el sentido evangélico, la acepción de la palabra escándalo, tan frecuentemente empleada, es mucho más general; por eso no se comprende su significado en ciertos casos. Ya no es solamente lo que hiere la conciencia ajena, sino todo lo que resulta de los vicios y las imperfecciones de los hombres, toda reacción mala de un individuo hacia otro, con repercusión o sin ella. El escándalo, en este caso, es el resultado efectivo del mal moral. 13. Es necesario que haya escándalo en el mundo, dijo Jesús, porque los hombres, al ser imperfectos en la tierra, son propensos a hacer el mal, y los árboles malos dan malos frutos. Por estas palabras debe entenderse, pues, que el mal es una consecuencia de la imperfección de los hombres, y no que tengan la obligación de hacerlo.

14 Es necesario que se produzca el escándalo, porque los hombres, al estar en expiación en la tierra, se castigan a sí mismos por el contacto con sus vicios, de los que son las primeras víctimas y cuyos inconvenientes acaban por comprender. Cuando estén cansados de sufrir por el mal, buscarán el remedio en el bien.

14.2 La reacción de estos vicios sirve, pues, a la vez de castigo para unos y de prueba para otros; así es como Dios hace surgir el bien del mal, como los propios hombres aprovechan las cosas malas o desechadas.

15 Si es así, se dirá, el mal es necesario y durará siempre; porque, si llegara a desaparecer, Dios se vería privado de un poderoso medio para castigar a los culpables; por tanto, es inútil tratar de mejorar a los hombres. Pero, si ya no hubiera culpables, tampoco habría necesidad de castigos.

15.2 Supongamos que la humanidad se transformara en hombres de bien: ninguno trataría de hacer daño a su prójimo, y todos serían felices porque serían buenos. Tal es el estado de los mundos avanzados de los que el mal está excluido; tal será el de la tierra cuando haya progresado lo suficiente.

15.3 Pero, mientras ciertos mundos avanzan, otros se forman, poblados de Espíritus primitivos, y sirven además de morada, de exilio y de lugar de expiación para los Espíritus imperfectos, rebeldes, obstinados en el mal, que son rechazados de los mundos que han llegado a ser felices.

16 Pero ¡ay de aquel por quien viene el escándalo! Es decir que, como el mal es siempre el mal, quien ha servido sin saberlo de instrumento para la justicia divina, cuyos malos instintos han sido aprovechados, no por ello ha dejado de hacer el mal y debe ser castigado.

16.2 Así, por ejemplo, un hijo ingrato es un castigo o una prueba para el padre que sufre por ello, porque ese padre quizá haya sido él mismo un mal hijo que hizo sufrir a su padre y está padeciendo la pena del talión; pero el hijo no es por ello más excusable y deberá ser castigado a su vez en sus propios hijos o de otra manera.

17 Si vuestra mano os es causa de escándalo, cortadla; figura enérgica que sería absurdo tomar al pie de la letra y que significa simplemente que hay que destruir en uno mismo toda causa de escándalo, es decir, de mal; arrancar del corazón todo sentimiento impuro y todo principio vicioso; es decir, también, que más le valdría a un hombre que le hubieran cortado la mano que haberla tenido como instrumento de una mala acción; estar privado de la vista que haber recibido de sus ojos malos pensamientos. Jesús no dijo nada absurdo para quien comprende el sentido alegórico y profundo de sus palabras; pero muchas cosas no pueden comprenderse sin la clave que da de ellas el espiritismo.

18 Instrucciones de los Espíritus. Dejad que los niños vengan a mí

Cristo dijo: «Dejad que los niños vengan a mí». Estas palabras, profundas en su sencillez, no encerraban el simple llamamiento a los niños, sino a las almas que gravitan en los círculos inferiores donde la desdicha desconoce la esperanza. Jesús llamaba hacia él a la infancia intelectual de la criatura formada: los débiles, los esclavos, los viciosos; nada podía enseñar a la infancia física, inmersa en la materia, sometida al yugo del instinto y que aún no pertenece al orden superior de la razón y de la voluntad que se ejercen a su alrededor y para ella.

Jesús quería que los hombres acudieran a él con la confianza de esos pequeños seres de pasos vacilantes, cuyo llamamiento le conquistaba el corazón de las mujeres, que son todas madres; así sometía las almas a su tierna y misteriosa autoridad. Fue la antorcha que ilumina las tinieblas, el clarín matutino que toca a despertar; fue el iniciador del espiritismo, que debe a su vez llamar hacia él, no a los niños, sino a los hombres de buena voluntad. La acción viril ha comenzado; ya no se trata de creer instintivamente y

de obedecer maquinalmente; es preciso que el hombre siga la ley inteligente que le revela su universalidad.

Amados míos, ha llegado el tiempo en que los errores explicados serán verdades; os enseñaremos el sentido exacto de las parábolas y os mostraremos la poderosa correlación que une lo que fue y lo que es. En verdad os digo: la manifestación espírita crece en el horizonte; y he aquí a su enviado, que va a resplandecer como el sol sobre la cima de los montes. (Juan el Evangelista. París, 1863.)

19 Dejad que los niños vengan a mí, porque poseo la leche que fortalece a los débiles. Dejad que vengan a mí quienes, temerosos y débiles, necesitan apoyo y consuelo. Dejad que vengan a mí los ignorantes para que los ilumine; dejad que vengan a mí todos los que sufren, la multitud de afligidos y desdichados; les enseñaré el gran remedio para aliviar los males de la vida, ¡les daré el secreto para curar sus heridas! ¿Cuál es, amigos míos, ese bálsamo soberano que posee la virtud por excelencia, ese bálsamo que se aplica sobre todas las llagas del corazón y las cierra? ¡Es el amor, es la caridad! Si tenéis ese fuego divino, ¿qué temeréis? Diréis en cada instante de vuestra vida: Padre mío, que se haga vuestra voluntad y no la mía; si os place ponerme a prueba mediante el dolor y las tribulaciones, bendito seáis, porque sé que es por mi bien que vuestra mano pesa sobre mí. Si os parece bien, Señor, tener piedad de vuestra débil criatura, si dais a su corazón las alegrías permitidas, bendito seáis también; pero haced que el amor divino no se duerma en su alma y que sin cesar eleve a vuestros pies la voz de su gratitud...

Si tenéis amor, tendréis todo lo que se puede desear en vuestra tierra; poseeréis la perla por excelencia, que ni los acontecimientos ni las maldades

de quienes os odian y os persiguen podrán arrebataros. Si tenéis amor, habréis colocado vuestros tesoros donde los gusanos y la herrumbre no pueden alcanzarlos, y veréis borrarse insensiblemente de vuestra alma todo lo que pueda manchar su pureza; sentiréis que el peso de la materia se aligera día tras día y, como el pájaro que planea por los aires y ya no recuerda la tierra, subiréis sin cesar, subiréis siempre, hasta que vuestra alma embriagada pueda beber de su elemento de vida en el seno del Señor. (Un Espíritu protector. Burdeos, 1861.)

20 Bienaventurados los que tienen los ojos cerrados

Mis buenos amigos, me habéis llamado, ¿por qué? ¿Es para que imponga las manos sobre la pobre enferma que está aquí y la cure? ¡Ah, qué sufrimiento, Dios mío! Ha perdido la vista y las tinieblas la envuelven. ¡Pobre hija! Que ore y tenga esperanza; yo no sé hacer milagros sin la voluntad del buen Dios. Todas las curaciones que he podido obtener, y de las que habéis tenido noticia, atribuidlas únicamente a aquel que es nuestro Padre de todos. En vuestras aflicciones, mirad siempre al cielo y decid desde el fondo de vuestro corazón: «Padre mío, curadme, pero haced que mi alma enferma se cure antes que las dolencias de mi cuerpo; que mi carne sea castigada, si es preciso, para que mi alma se eleve hacia vos con la blancura que tenía cuando la creasteis». Después de esta oración, mis buenos amigos, que el buen Dios siempre escuchará, se os darán fuerza y valor, y quizá también esa curación que solo habréis pedido con temor, en recompensa por vuestra abnegación.

Pero puesto que estoy aquí, en una reunión donde se trata ante todo de estudiar, os diré que quienes están privados de la vista deberían considerarse los bienaventurados de la expiación. Recordad que Cristo dijo que debíais

arrancaros el ojo si era malo, y que más valía que fuera arrojado al fuego que ser la causa de vuestra condenación. ¡Ay! ¡Cuántos hay en vuestra tierra que un día maldecirán en las tinieblas el haber visto la luz! ¡Oh, sí, qué felices son aquellos que, en la expiación, sufren en la vista! Su ojo no será motivo de escándalo y de caída; pueden vivir enteramente de la vida de las almas; pueden ver más que vosotros, que veis con claridad... Cuando Dios me permite ir a abrir los párpados de alguno de estos pobres enfermos y devolverle la luz, me digo: Querida alma, ¿por qué no conoces todas las delicias del Espíritu que vive de contemplación y de amor? No pedirías ver imágenes menos puras y menos dulces que las que te es dado entrever en tu ceguera.

¡Oh, sí, bienaventurado el ciego que quiere vivir con Dios! Más feliz que vosotros, que estáis aquí, siente la felicidad, la toca, ve las almas y puede elevarse con ellas a las esferas espíritas que ni siquiera los predestinados de vuestra tierra ven. El ojo abierto está siempre dispuesto a hacer que el alma caiga; el ojo cerrado, por el contrario, está siempre dispuesto a hacerla subir hacia Dios. Creedme, mis buenos y queridos amigos, la ceguera de los ojos es a menudo la verdadera luz del corazón, mientras que la vista es a menudo el ángel tenebroso que conduce a la muerte.

Y ahora unas palabras para ti, mi pobre enferma: ¡ten esperanza y ánimo! Si te dijera: Hija mía, tus ojos van a abrirse, ¡qué alegría sentirías! ¿Y quién sabe si esa alegría no te perdería? ¡Ten confianza en el buen Dios, que ha creado la felicidad y permitido la tristeza! Haré por ti todo lo que se me permita; pero tú, a tu vez, ora y, sobre todo, piensa en todo lo que acabo de decirte.

Antes de alejarme, recibid mi bendición todos los que estáis aquí. (Vianney, cura de Ars. París, 1863.) i I. Observación. Cuando una aflicción no es

consecuencia de los actos de la vida presente, hay que buscar su causa en una vida anterior. Lo que se llama los caprichos del destino no es otra cosa que los efectos de la justicia de Dios. Dios no impone castigos arbitrarios: quiere que entre la falta y la pena haya siempre una relación. Si, en su bondad, ha echado un velo sobre nuestros actos pasados, nos pone, sin embargo, sobre la pista al decir: «Quien ha matado por la espada, perecerá por la espada»; palabras que pueden traducirse así: «Siempre se recibe el castigo por donde se ha pecado». Por tanto, si alguien sufre la pérdida de la vista, es porque la vista ha sido para él una causa de caída. Quizá también haya sido la causa de que otro perdiera la vista; quizá alguien se haya quedado ciego por el exceso de trabajo que le impuso, o a consecuencia de malos tratos, de falta de cuidados, etc., y entonces sufre la pena del talión. Él mismo, en su arrepentimiento, pudo elegir esta expiación, aplicándose estas palabras de Jesús: «Si vuestro ojo os es motivo de escándalo, arrancáoslo».

(1) Esta comunicación se dio a propósito de una persona ciega, para la cual se había evocado al Espíritu de J.-B. Vianney, cura de Ars.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

IX. BIENAVENTURADOS LOS MANSOS Y LOS PACÍFICOS

✦

1 Injurias y violencias.

Bienaventurados los mansos, porque poseerán la tierra. (San Mateo, cap. v, v. 4.)

2 Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios. (Id., v. 9.)

3 Habéis aprendido que se dijo a los antiguos: No mataréis, y quien mate merecerá ser condenado por el tribunal. — Pero yo os digo que quien se enoje con su hermano merecerá ser condenado por el tribunal; que quien diga a su hermano: Raca, merecerá ser condenado por el consejo; y que quien le diga: Estáis loco, merecerá ser condenado al fuego del infierno. (Id., v. 21, 22.)

4 Con estas máximas, Jesús hace de la dulzura, la moderación, la mansedumbre, la afabilidad y la paciencia una ley; condena, por lo tanto, la violencia, la ira e incluso toda expresión descortés hacia sus semejantes. Raca era entre los hebreos un término de desprecio que significaba hombre de nada, y se pronunciaba escupiendo y volviendo la cabeza. Va aún más lejos, pues amenaza con el fuego del infierno a quien diga a su hermano: Estáis loco.

Es evidente que aquí, como en toda circunstancia, la intención agrava o atenúa la falta; pero ¿cómo puede una simple palabra tener suficiente gravedad para merecer una reprobación tan severa? Es que toda palabra ofen-

siva expresa un sentimiento contrario a la ley de amor y caridad que debe regir las relaciones de los hombres y mantener entre ellos la concordia y la unión; es un atentado contra la benevolencia recíproca y la fraternidad; alimenta el odio y la animosidad; en fin, después de la humildad ante Dios, la caridad hacia el prójimo es la primera ley de todo cristiano.

5 Pero ¿qué entiende Jesús por estas palabras: «Bienaventurados los mansos, porque poseerán la tierra», él que dice que renunciemos a los bienes de este mundo y promete los del cielo?

Mientras espera los bienes del cielo, el hombre necesita los de la tierra para vivir; solo le recomienda que no dé a estos últimos más importancia que a los primeros.

Con estas palabras quiere decir que, hasta este día, los bienes de la tierra están acaparados por los violentos en perjuicio de los mansos y los pacíficos; que estos carecen a menudo de lo necesario, mientras que otros tienen lo superfluo; promete que se les hará justicia en la tierra como en el cielo, porque son llamados hijos de Dios. Cuando la ley de amor y caridad sea la ley de la humanidad, ya no habrá egoísmo; el débil y el pacífico ya no serán explotados ni aplastados por el fuerte y el violento. Tal será el estado de la tierra cuando, según la ley del progreso y la promesa de Jesús, se haya convertido en un mundo feliz por la expulsión de los malvados.

6 Instrucciones de los Espíritus La afabilidad y la dulzura

La benevolencia hacia los semejantes, fruto del amor al prójimo, produce la afabilidad y la dulzura, que son su manifestación. Sin embargo, no hay que fiarse siempre de las apariencias; la educación y el trato social pueden dar el barniz de estas cualidades. ¡Cuántos hay cuya fingida bondad no es más que una máscara para el exterior, un traje cuyo corte calculado disimula las

deformidades ocultas! El mundo está lleno de esas personas que tienen la sonrisa en los labios y el veneno en el corazón; que son dulces mientras nada las ofenda, pero que muerden ante la menor contrariedad; cuya lengua dorada, cuando hablan de frente, se convierte en dardo envenenado cuando están a espaldas de los demás.

A esta clase pertenecen también esos hombres de apariencia benigna que, en su casa, como tiranos domésticos, hacen sufrir a su familia y a sus subordinados el peso de su orgullo y de su despotismo; parecen querer compensarse de la contención que se han impuesto en otros lugares; como no se atreven a ejercer su autoridad sobre extraños que los pondrían en su sitio, quieren menos hacerse temer por quienes no pueden resistírseles; su vanidad goza al poder decir: «Aquí mando yo y se me obedece», sin pensar que podrían añadir con más razón: «Y se me detesta».

No basta con que de los labios fluyan la leche y la miel; si el corazón no participa en ello, es hipocresía. Aquel cuya afabilidad y dulzura no son fingidas nunca se desmiente; es el mismo ante el mundo y en la intimidad; sabe, además, que si se engaña a los hombres con las apariencias, no se engaña a Dios. (Lázaro. París, 1861.)

[7] La paciencia

El dolor es una bendición que Dios envía a sus elegidos; no os aflijáis, pues, cuando sufráis, sino bendecid, por el contrario, al Dios todopoderoso que os ha marcado con el dolor aquí en la tierra para la gloria en el cielo.

Sed pacientes; la paciencia también es una caridad, y debéis practicar la ley de caridad enseñada por Cristo, enviado de Dios. La caridad que consiste en la limosna dada a los pobres es la más fácil de las caridades; pero hay otra mucho más penosa y, por consiguiente, mucho más meritoria: perdo-

nar a quienes Dios ha puesto en nuestro camino para que sean los instrumentos de nuestros sufrimientos y pongan a prueba nuestra paciencia.

La vida es difícil, lo sé; se compone de mil pequeñeces que son como pinchazos de alfiler y acaban por herir; pero hay que considerar los deberes que se nos imponen, los consuelos y las compensaciones que tenemos por otro lado, y entonces veremos que las bendiciones son más numerosas que los dolores. La carga parece menos pesada cuando se mira hacia arriba que cuando se inclina la frente hacia la tierra.

Ánimo, amigos, Cristo es vuestro modelo; sufrió más que cualquiera de vosotros y no tenía nada que reprocharse, mientras que vosotros tenéis que expiar vuestro pasado y fortaleceros para el porvenir. Sed, pues, pacientes; sed cristianos, esta palabra lo encierra todo. (Un Espíritu amigo. El Havre, 1862.)

8 Obediencia y resignación

La doctrina de Jesús enseña en todas partes la obediencia y la resignación, dos virtudes compañeras de la dulzura, muy activas, aunque los hombres las confundan erróneamente con la negación del sentimiento y de la voluntad. La obediencia es el consentimiento de la razón; la resignación es el consentimiento del corazón; ambas son fuerzas activas, pues soportan la carga de las pruebas que la rebelión insensata deja caer. El cobarde no puede ser resignado, del mismo modo que el orgulloso y el egoísta no pueden ser obedientes. Jesús fue la encarnación de estas virtudes despreciadas por la antigüedad materialista. Vino en el momento en que la sociedad romana perecía entre los desfallecimientos de la corrupción; vino a hacer brillar, en el seno de la humanidad abatida, los triunfos del sacrificio y de la renuncia carnal.

Cada época lleva así el sello de la virtud o del vicio que ha de salvarla o perderla. La virtud de vuestra generación es la actividad intelectual; su vicio es la indiferencia moral. Digo solamente actividad, porque el genio se eleva de pronto y descubre a uno solo los horizontes que la multitud no verá hasta después de él, mientras que la actividad es la reunión de los esfuerzos de todos para alcanzar un fin menos brillante, pero que demuestra la elevación intelectual de una época. Someteos al impulso que venimos a dar a vuestros espíritus; obedeced a la gran ley del progreso, que es la consigna de vuestra generación. ¡Ay del espíritu perezoso, del que cierra su entendimiento! ¡Ay de él!, porque nosotros, que somos los guías de la humanidad en marcha, lo golpearemos con el látigo y doblegaremos su voluntad rebelde con la doble acción del freno y de la espuela; toda resistencia orgullosa deberá ceder tarde o temprano; pero bienaventurados los mansos, porque escucharán dócilmente las enseñanzas. (Lázaro. París, 1863.)

La ira.

9 El orgullo os lleva a creeros más de lo que sois; a no poder soportar una comparación que pueda rebajaros; a veros, por el contrario, tan por encima de vuestros hermanos, ya sea en inteligencia, en posición social o incluso en ventajas personales, que el menor paralelo os irrita y os ofende; ¿y qué sucede entonces? Que os entregáis a la ira.

Buscad el origen de esos accesos de demencia pasajera que os asemejan a la bestia al haceros perder la serenidad y la razón; buscad, y encontraréis casi siempre como fundamento el orgullo herido. ¿No es el orgullo herido por una contradicción el que os hace rechazar las observaciones justas, el que os hace desechar con ira los consejos más sabios? Incluso las impaciencias que causan contrariedades a menudo pueriles se deben a la importancia que se

da a la propia persona, ante la cual se cree que todo debe doblegarse.

En su frenesí, el hombre iracundo arremete contra todo, contra la naturaleza bruta, contra los objetos inanimados que rompe porque no le obedecen. ¡Ah! ¡Si en esos momentos pudiera verse con serenidad, tendría miedo de sí mismo o se encontraría muy ridículo! Que juzgue por ello la impresión que debe producir en los demás. Aunque solo fuera por respeto a sí mismo, debería esforzarse por vencer una inclinación que lo convierte en objeto de lástima.

Si pensara que la ira no remedia nada, que altera su salud e incluso pone en peligro su vida, vería que él es su primera víctima; pero otra consideración debería, sobre todo, detenerlo: pensar que hace desdichados a todos los que lo rodean; si tiene corazón, ¿no le remuerde la conciencia hacer sufrir a los seres que más ama? ¡Y qué pesar mortal si, en un arrebato, cometiera un acto que tuviera que reprocharse toda su vida!

En suma, la ira no excluye ciertas cualidades del corazón; pero impide hacer mucho bien y puede llevar a hacer mucho mal; esto debe bastar para animar a esforzarse por dominarla. Al espiritista lo mueve, además, otro motivo: que es contraria a la caridad y a la humildad cristianas. (Un Espíritu protector. Burdeos, 1863.)

10 A partir de la idea muy falsa de que no se puede reformar la propia naturaleza, el hombre se cree dispensado de esforzarse por corregir los defectos en los que se complace de buena gana, o cuya corrección exigiría demasiada perseverancia; así, por ejemplo, el hombre propenso a la ira se excusa casi siempre con su temperamento; antes que reconocerse culpable, atribuye la falta a su constitución, acusando así a Dios de sus propias malas acciones. Es otra consecuencia del orgullo que se encuentra mezclado con to-

das sus imperfecciones.

Sin duda, hay temperamentos que se prestan más que otros a los actos violentos, como hay músculos más flexibles que se prestan mejor a las proezas de fuerza; pero no creáis que ahí está la causa primera de la ira, y estad persuadidos de que un Espíritu pacífico, aunque estuviera en un cuerpo bilioso, siempre será pacífico; y de que un Espíritu violento, en un cuerpo linfático, no será por ello más dulce; solo que la violencia tomará otro carácter; al no tener un organismo adecuado para secundar su violencia, la ira quedará contenida, y en el otro caso se manifestará exteriormente.

El cuerpo no da la ira a quien no la tiene, como tampoco da los demás vicios; todas las virtudes y todos los vicios son inherentes al Espíritu; de otro modo, ¿dónde estarían el mérito y la responsabilidad? El hombre que tiene el cuerpo deforme no puede enderezarlo porque el Espíritu no interviene en ello, pero puede modificar lo que pertenece al Espíritu cuando tiene la firme voluntad de hacerlo. ¿No os demuestra la experiencia, espiritistas, hasta dónde puede llegar el poder de la voluntad, por las transformaciones verdaderamente milagrosas que veis producirse? Decíos, pues, que el hombre solo sigue siendo vicioso porque quiere seguir siéndolo; pero que quien quiere corregirse siempre puede hacerlo; de otro modo, la ley del progreso no existiría para el hombre. (Hahnemann. París, 1863.)

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

X. BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS

✦

1 Perdonad para que Dios os perdone.
Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos mismos obtendrán misericordia. (San Mateo, cap. v, v. 7.)

2 Si perdonáis a los hombres las faltas que cometen contra vosotros, vuestro Padre celestial también os perdonará vuestros pecados; — pero si no perdonáis a los hombres cuando os han ofendido, vuestro Padre tampoco os perdonará vuestros pecados. (Íd., cap. vi, v. 14, 15.)

3 Si vuestro hermano ha pecado contra vosotros, id a hacerle ver su falta en privado, entre vosotros y él; si os escucha, habréis ganado a vuestro hermano. — Entonces Pedro se acercó y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano cuando haya pecado contra mí? ¿Hasta siete veces? — Jesús le respondió: No os digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete veces. (Íd., cap. xviii, v. 15, 21, 22.)

4 La misericordia es el complemento de la dulzura; pues quien no es misericordioso no puede ser dulce y pacífico; consiste en el olvido y el perdón de las ofensas. El odio y el rencor denotan un alma sin elevación ni grandeza; el olvido de las ofensas es propio del alma elevada que está por encima de los ataques que puedan dirigirle; una está siempre inquieta, es recelosa y susceptible, y está llena de hiel; la otra está tranquila, llena de mansedumbre y caridad.
¡Desdichado quien dice: Nunca perdonaré!, pues, si no lo condenan los

hombres, ciertamente lo condenará Dios; ¿con qué derecho reclamaría el perdón de sus propias faltas si él mismo no perdona las de los demás? Jesús nos enseña que la misericordia no debe tener límites cuando dice que hay que perdonar al hermano, no siete veces, sino setenta veces siete veces.

Pero hay dos maneras muy distintas de perdonar: una grande, noble, verdaderamente generosa, sin segundas intenciones, que trata con delicadeza el amor propio y la susceptibilidad del adversario, aunque este tenga toda la culpa; la segunda, mediante la cual el ofendido, o quien cree serlo, impone al otro condiciones humillantes y le hace sentir el peso de un perdón que irrita en lugar de calmar; si tiende la mano, no lo hace con benevolencia, sino con ostentación, para poder decir a todo el mundo: ¡Ved lo generoso que soy! En tales circunstancias, es imposible que la reconciliación sea sincera por ambas partes. No, eso no es generosidad, es una manera de satisfacer el orgullo. En toda disputa, quien se muestre más conciliador, quien dé mayores pruebas de desinterés, de caridad y de verdadera grandeza de alma, se ganará siempre la simpatía de las personas imparciales.

5 Ponerse de acuerdo con los adversarios

Poneos de acuerdo cuanto antes con vuestro adversario mientras vais de camino con él, no sea que vuestro adversario os entregue al juez, y el juez os entregue al ministro de justicia, y os metan en prisión. — En verdad os digo que no saldréis de allí hasta que hayáis pagado el último óbolo. (San Mateo, cap. v, v. 25, 26.)

6 En la práctica del perdón, y en la del bien en general, hay algo más que un efecto moral: también hay un efecto material. La muerte, como sabemos, no nos libra de nuestros enemigos; los Espíritus vengativos persiguen

con frecuencia con su odio, más allá de la tumba, a aquellos contra quienes han conservado rencor; por eso el proverbio que dice: «Muerta la bestia, muerto el veneno» es falso cuando se aplica al hombre.

6.2 El Espíritu malo espera a que aquel a quien quiere hacer daño esté encadenado a su cuerpo y sea menos libre, para atormentarlo con mayor facilidad, perjudicar sus intereses o sus afectos más queridos. Hay que ver en este hecho la causa de la mayoría de los casos de obsesión, sobre todo de los que presentan cierta gravedad, como la subyugación y la posesión.

6.3 El obsesado y el poseído son, pues, casi siempre víctimas de una venganza anterior, a la que probablemente han dado lugar con su conducta. Dios lo permite para castigarlos por el mal que ellos mismos han hecho o, si no lo han hecho, por haber faltado a la indulgencia y a la caridad al no perdonar.

6.4 Por lo tanto, para la propia tranquilidad futura, es importante reparar cuanto antes los agravios cometidos contra el prójimo y perdonar a los enemigos, a fin de extinguir, antes de morir, todo motivo de discordia, toda causa fundada de animosidad posterior; de este modo, de un enemigo encarnizado en este mundo puede hacerse un amigo en el otro; al menos se pone la razón de parte de uno, y Dios no deja a quien ha perdonado a merced de la venganza.

6.5 Cuando Jesús recomienda ponerse de acuerdo cuanto antes con el adversario, no lo hace solamente para apaciguar las discordias durante la existencia actual, sino para evitar que se perpetúen en las existencias futuras. No saldréis de allí, dice, hasta que hayáis pagado el último óbolo, es decir, hasta haber satisfecho por completo la justicia de Dios.

7 El sacrificio más agradable a Dios

Por lo tanto, si al presentar vuestra ofrenda en el altar recordáis que vuestro hermano tiene algo contra vosotros, — dejad allí vuestro don al pie del altar e id antes a reconciliaros con vuestro hermano, y después volveréis a ofrecer vuestro don. (San Mateo, cap. v, v. 23, 24.)

8 Cuando Jesús dice: «Id a reconciliaros con vuestro hermano antes de presentar vuestra ofrenda en el altar», enseña que el sacrificio más agradable al Señor es el del propio resentimiento; que antes de presentarse ante él para ser perdonado, es preciso haber perdonado uno mismo, y que, si se ha cometido un agravio contra uno de los hermanos, es preciso haberlo reparado; solo entonces será aceptada la ofrenda, porque procederá de un corazón libre de todo mal pensamiento.

8.2 Da una forma material a este precepto porque los judíos ofrecían sacrificios materiales; debía adaptar sus palabras a sus costumbres. El cristiano no ofrece dones materiales; ha espiritualizado el sacrificio, pero por eso mismo el precepto tiene aún más fuerza; ofrece su alma a Dios, y esa alma debe estar purificada; al entrar en el templo del Señor, debe dejar fuera todo sentimiento de odio y animosidad, todo mal pensamiento contra su hermano; solo entonces los ángeles llevarán su oración a los pies del Eterno.

8.3 Esto es lo que enseña Jesús con estas palabras: Dejad vuestra ofrenda al pie del altar e id primero a reconciliaros con vuestro hermano, si queréis ser agradables al Señor.

9 La paja y la viga en el ojo

¿Por qué veis una paja en el ojo de vuestro hermano, vosotros que no veis una viga en vuestro ojo? — ¿O cómo decís a vuestro hermano: Dejadme sa-

car una paja de vuestro ojo, vosotros que tenéis una viga en el vuestro? — Hipócritas, quitad primero la viga de vuestro ojo, y entonces veréis cómo podéis sacar la paja del ojo de vuestro hermano. (San Mateo, cap. vii, v. 3, 4, 5.)

10 Uno de los defectos de la humanidad es ver el mal ajeno antes de ver el que está en nosotros. Para juzgarse a uno mismo, habría que poder mirarse en un espejo, situarse de algún modo fuera de uno mismo y considerarse como otra persona, preguntándose: ¿Qué pensaría si viera a alguien hacer lo que yo hago? Es indiscutiblemente el orgullo lo que lleva al hombre a ocultarse sus propios defectos, tanto morales como físicos. Este defecto es esencialmente contrario a la caridad, pues la verdadera caridad es modesta, sencilla e indulgente; la caridad orgullosa es un contrasentido, ya que estos dos sentimientos se neutralizan mutuamente. En efecto, ¿cómo puede un hombre lo bastante vanidoso como para creer en la importancia de su persona y en la supremacía de sus cualidades tener, al mismo tiempo, la abnegación suficiente para destacar en los demás el bien que podría eclipsarlo, en lugar del mal que podría realzarlo? Si el orgullo es el padre de muchos vicios, también es la negación de muchas virtudes; se encuentra en el fondo y como móvil de casi todas las acciones. Por eso Jesús se dedicó a combatirlo como el principal obstáculo para el progreso.
No juzguéis para que no seáis juzgados. Que quien esté sin pecado le arroje la primera piedra.

11 No juzguéis para que no seáis juzgados; — pues seréis juzgados según hayáis juzgado a los demás; y se usará con vosotros la misma medida que hayáis usado con ellos. (San Mateo, cap. vii, v. 1, 2.)

12 Entonces los escribas y los fariseos le llevaron una mujer que había sido sorprendida en adulterio y, haciéndola permanecer de pie en medio del pueblo, — dijeron a Jesús: Maestro, esta mujer acaba de ser sorprendida en adulterio; ahora bien, Moisés nos ordena en la ley apedrear a los adúlteros. ¿Cuál es, pues, vuestra opinión al respecto? — Decían esto para ponerlo a prueba, a fin de tener de qué acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, escribió con el dedo en la tierra. — Como seguían interrogándolo, se levantó y les dijo: Que aquel de vosotros que esté sin pecado le arroje la primera piedra. — Luego, inclinándose de nuevo, siguió escribiendo en la tierra. — Pero ellos, al oírlo hablar así, se retiraron uno tras otro, empezando por los ancianos; y así Jesús se quedó solo con la mujer, que estaba en medio de la plaza. Entonces Jesús, incorporándose, le dijo: Mujer, ¿dónde están vuestros acusadores? ¿Nadie os ha condenado? — Ella le dijo: No, Señor. Jesús le respondió: Yo tampoco os condenaré. Id y, en adelante, no pequéis más. (San Juan, cap. viii, v. de 3 a 11.)

13 «Que quien esté sin pecado le arroje la primera piedra», dijo Jesús. Esta máxima hace de la indulgencia un deber para nosotros, porque no hay nadie que no la necesite para sí mismo. Nos enseña que no debemos juzgar a los demás con más severidad de la que empleamos al juzgarnos a nosotros mismos, ni condenar en los demás lo que excusamos en nosotros. Antes de reprochar una falta a alguien, veamos si el mismo reproche no puede recaer sobre nosotros.

La censura de la conducta ajena puede tener dos móviles: reprimir el mal o desacreditar a la persona cuyos actos se critican; este último motivo nunca tiene excusa, pues es maledicencia y maldad. El primero puede ser loable, e incluso se convierte en un deber en ciertos casos, puesto que de él debe re-

sultar un bien y que, sin ello, el mal nunca sería reprimido en la sociedad; además, ¿no debe el hombre ayudar al progreso de su semejante? Por lo tanto, no habría que tomar en sentido absoluto este principio: «No juzguéis si no queréis ser juzgados», pues la letra mata y el espíritu vivifica.

Jesús no podía prohibir que se censurara lo que está mal, puesto que él mismo nos dio el ejemplo y lo hizo en términos enérgicos; pero quiso decir que la autoridad de la censura es proporcional a la autoridad moral de quien la pronuncia; hacerse culpable de lo que se condena en los demás es renunciar a esa autoridad; es, además, privarse del derecho de reprimir. Por lo demás, la conciencia íntima niega todo respeto y toda sumisión voluntaria a quien, estando investido de un poder cualquiera, viola las leyes y los principios que está encargado de aplicar. A los ojos de Dios, solo es legítima la autoridad que se apoya en el ejemplo de bien que da; esto es también lo que se desprende de las palabras de Jesús.

14 Instrucciones de los Espíritus Perdón de las ofensas

¿Cuántas veces he de perdonar a mi hermano? Le perdonaréis no siete veces, sino setenta veces siete. Esta es una de esas palabras de Jesús que más deben impresionar vuestra inteligencia y hablar más alto a vuestro corazón. Comparad estas palabras de misericordia con la oración tan sencilla, tan breve y tan grande en sus aspiraciones que Jesús da a sus discípulos, y encontraréis siempre el mismo pensamiento. Jesús, el justo por excelencia, responde a Pedro: Perdonarás, pero sin límites; perdonarás cada ofensa tantas veces como te sea hecha; enseñarás a tus hermanos ese olvido de uno mismo que hace invulnerable ante los ataques, los malos tratos y las injurias; serás manso y humilde de corazón, sin poner nunca medida a tu mansedumbre; harás, en fin, lo que deseas que el Padre celestial haga por ti;

¿acaso no tiene que perdonarte a menudo, y cuenta el número de veces que su perdón desciende a borrar tus faltas?

Escuchad, pues, esta respuesta de Jesús y, como Pedro, aplicáosla a vosotros mismos; perdonad, sed indulgentes, caritativos, generosos, pródigos incluso en vuestro amor. Dad, porque el Señor os devolverá; perdonad, porque el Señor os perdonará; rebajaos, porque el Señor os elevará; humillaos, porque el Señor os hará sentar a su derecha.

Id, mis bienamados, estudiad y comentad estas palabras que os dirijo de parte de Aquel que, desde lo alto de los esplendores celestiales, mira siempre hacia vosotros y continúa con amor la ingrata tarea que comenzó hace dieciocho siglos. Perdonad, pues, a vuestros hermanos como necesitáis que os perdonen a vosotros mismos. Si sus actos os han perjudicado personalmente, es un motivo más para ser indulgentes, pues el mérito del perdón es proporcional a la gravedad del mal; no habría mérito alguno en pasar por alto las faltas de vuestros hermanos si solo os hubieran causado heridas leves.

Espiritistas, no olvidéis jamás que, tanto en palabras como en acciones, el perdón de las injurias no debe ser una palabra vana. Si os llamáis espiritistas, sedlo, pues; olvidad el mal que os hayan podido hacer y pensad solo en una cosa: el bien que podéis devolver. Quien ha entrado en este camino no debe apartarse de él ni siquiera con el pensamiento, porque sois responsables de vuestros pensamientos, que Dios conoce. Haced, pues, que estén libres de todo sentimiento de rencor; Dios sabe lo que permanece en el fondo del corazón de cada uno. Dichoso, pues, quien cada noche puede dormirse diciendo: No tengo nada contra mi prójimo. (Simeón. Burdeos, 1862.)

15 Perdonar a los enemigos es pedir perdón para uno mismo; perdonar a los amigos es darles una prueba de amistad; perdonar las ofensas es mostrar que uno se vuelve mejor. Perdonad, pues, amigos míos, para que Dios os perdone, porque si sois duros, exigentes, inflexibles, si guardáis rencor incluso por una leve ofensa, ¿cómo queréis que Dios olvide que cada día tenéis la mayor necesidad de indulgencia? ¡Oh! Desdichado quien dice: «Nunca perdonaré», porque pronuncia su propia condena. ¿Quién sabe, además, si al examinar vuestro interior no habéis sido vosotros el agresor? ¿Quién sabe si, en esa lucha que comienza con un alfilerazo y termina en una ruptura, no habéis sido vosotros quienes asestaron el primer golpe? ¿Si no se os ha escapado una palabra hiriente? ¿Si habéis usado toda la moderación necesaria? Sin duda vuestro adversario se equivoca al mostrarse demasiado susceptible, pero es una razón para que seáis indulgentes y no merezcáis el reproche que le dirigís. Admitamos que en una circunstancia hayáis sido realmente el ofendido: ¿quién dice que no habéis envenenado el asunto con represalias y que no habéis hecho degenerar en una disputa seria lo que fácilmente habría podido caer en el olvido? Si de vosotros dependía impedir sus consecuencias y no lo habéis hecho, sois culpables. Admitamos, en fin, que no tengáis absolutamente nada que reprocharos: tanto mayor será vuestro mérito al mostraros clementes.

Pero hay dos maneras muy diferentes de perdonar: el perdón de los labios y el perdón del corazón. Muchas personas dicen de su adversario: «Lo perdono», mientras que interiormente sienten un placer secreto por el mal que le sucede, diciéndose que solo recibe lo que merece. Cuántos dicen: «Perdono», y añaden: «Pero nunca me reconciliaré; no volveré a verlo en mi vida». ¿Es ese el perdón según el Evangelio? No; el verdadero perdón, el perdón cristiano, es el que echa un velo sobre el pasado; es el único que

se os tendrá en cuenta, porque Dios no se contenta con la apariencia: sondea el fondo de los corazones y los pensamientos más secretos; no se le engaña con palabras y vanos simulacros. El olvido completo y absoluto de las ofensas es propio de las grandes almas; el rencor es siempre una señal de bajeza e inferioridad. No olvidéis que el verdadero perdón se reconoce mucho más por los actos que por las palabras. (Pablo, apóstol. Lyon, 1861.)

1/ indulgencia.

16 Espiritistas, queremos hablaros hoy de la indulgencia, ese sentimiento tan dulce, tan fraternal, que todo hombre debe tener hacia sus hermanos, pero que muy pocos practican.

La indulgencia no ve los defectos ajenos o, si los ve, se guarda de hablar de ellos, de divulgarlos; por el contrario, los oculta para que solo ella los conozca, y si la maledicencia los descubre, siempre tiene preparada una excusa para atenuarlos, es decir, una excusa plausible, seria, y ninguna de esas que, aparentando atenuar la falta, la hacen resaltar con pérfida habilidad.

La indulgencia nunca se ocupa de los malos actos ajenos, a menos que sea para prestar un servicio, y aun entonces procura atenuarlos tanto como sea posible. No hace observaciones ofensivas, no tiene reproches en los labios, sino solo consejos, casi siempre velados. Cuando lanzáis una crítica, ¿qué consecuencia debe sacarse de vuestras palabras? Que vosotros, que censuráis, no habríais hecho lo que reprocháis, que valéis más que el culpable. ¡Oh, hombres! ¿Cuándo juzgaréis vuestros propios corazones, vuestros propios pensamientos, vuestros propios actos, sin ocuparos de lo que hacen vuestros hermanos? ¿Cuándo dirigiréis vuestra mirada severa únicamente hacia vosotros mismos?

Sed, pues, severos con vosotros, indulgentes con los demás. Pensad en

aquel que juzga en última instancia, que ve los pensamientos secretos de cada corazón y que, por consiguiente, excusa a menudo las faltas que censuráis o condena lo que excusáis, porque conoce el móvil de todos los actos, y vosotros, que gritáis tan alto: ¡anatema!, quizá habríais cometido faltas más graves.

Sed indulgentes, amigos míos, porque la indulgencia atrae, calma, corrige, mientras que el rigor desalienta, aleja e irrita. (José, Espíritu protector. Burdeos, 1863.)

17 Sed indulgentes con las faltas ajenas, cualesquiera que sean; juzgad con severidad únicamente vuestras propias acciones, y el Señor será indulgente con vosotros, como vosotros lo hayáis sido con los demás.

Sostened a los fuertes: animadlos a perseverar; fortaleced a los débiles mostrándoles la bondad de Dios, que tiene en cuenta el menor arrepentimiento; mostrad a todos al ángel del arrepentimiento extendiendo su ala blanca sobre las faltas de los seres humanos y ocultándolas así a los ojos de aquel que no puede ver lo impuro. Comprended todos la misericordia infinita de vuestro Padre y no olvidéis jamás decirle con vuestro pensamiento y, sobre todo, con vuestros actos: «Perdónanos nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a quienes nos han ofendido». Comprended bien el valor de estas sublimes palabras; no solo es admirable su letra, sino también la enseñanza que encierra.

¿Qué pedís al Señor al pedirle vuestro perdón? ¿Solo el olvido de vuestras ofensas? Un olvido que os deja en la nada, porque si Dios se contenta con olvidar vuestras faltas, no castiga, pero tampoco recompensa. ¿Puede la recompensa ser el premio del bien que no se ha hecho, y menos aún del mal que se ha hecho, aunque ese mal haya sido olvidado? Al pedirle perdón

por vuestras transgresiones, le pedís el favor de sus gracias para no volver a caer en ellas; la fuerza necesaria para entrar en un camino nuevo, un camino de sumisión y amor en el que podréis añadir la reparación al arrepentimiento.

Cuando perdonéis a vuestros hermanos, no os contentéis con extender el velo del olvido sobre sus faltas; ese velo es con frecuencia muy transparente a vuestros ojos; llevadles amor al mismo tiempo que perdón; haced por ellos lo que pediréis a vuestro Padre celestial que haga por vosotros. Sustituid la ira que mancha por el amor que purifica. Predicad con el ejemplo esa caridad activa, infatigable, que Jesús os ha enseñado; predicadla como él mismo lo hizo durante todo el tiempo que vivió en la tierra, visible a los ojos del cuerpo, y como sigue predicándola sin cesar desde que solo es visible a los ojos del espíritu. Seguid ese divino modelo; caminad sobre sus huellas: os conducirán al lugar de refugio donde encontraréis el descanso después de la lucha. Como él, cargaos todos con vuestra cruz y subid penosamente, pero con valor, vuestro calvario: en la cumbre está la glorificación. (Juan, obispo de Burdeos, 1862.)

18 Queridos amigos, sed severos con vosotros mismos, indulgentes con las debilidades de los demás; esta es también una práctica de la santa caridad que muy pocas personas observan. Todos tenéis malas inclinaciones que vencer, defectos que corregir, hábitos que modificar; todos tenéis una carga más o menos pesada que dejar para ascender a la cumbre de la montaña del progreso. ¿Por qué, pues, veis tan claro cuando se trata del prójimo y sois tan ciegos para vosotros mismos? ¿Cuándo dejaréis de percibir en el ojo de vuestro hermano la brizna de paja que lo hiere, sin mirar en el vuestro la viga que os ciega y os hace ir de caída en caída? Creed a vuestros hermanos

los Espíritus: Todo hombre lo bastante orgulloso para creerse superior en virtud y mérito a sus hermanos encarnados es insensato y culpable, y Dios lo castigará en el día de su justicia. El verdadero carácter de la caridad es la modestia y la humildad, que consisten en ver solo superficialmente los defectos ajenos para dedicarse a destacar lo que hay de bueno y virtuoso en los demás; porque si el corazón humano es un abismo de corrupción, siempre existe en algunos de sus rincones más ocultos el germen de algunos buenos sentimientos, chispa viva de la esencia espiritual.

Espiritismo, doctrina consoladora y bendita, ¡dichosos quienes te conocen y aprovechan las saludables enseñanzas de los Espíritus del Señor! Para ellos, el camino está iluminado y a lo largo de toda la ruta pueden leer estas palabras que les indican el medio de llegar a la meta: caridad práctica, caridad de corazón, caridad para el prójimo como para uno mismo; en una palabra, caridad para todos y amor a Dios por encima de todas las cosas, porque el amor a Dios resume todos los deberes y es imposible amar realmente a Dios sin practicar la caridad que él establece como ley para todas sus criaturas (Dufêtre, obispo de Nevers. Burdeos.)

19 Ya que nadie es perfecto, ¿se sigue 41 de ello que nadie tiene derecho a reprender a su prójimo?

Ciertamente no, pues cada uno de ustedes debe trabajar por el progreso de todos, y sobre todo de aquellos cuya tutela les ha sido confiada; pero esa es una razón para hacerlo con moderación, con un fin útil, y no, como se hace la mayoría de las veces, por el placer de denigrar. En este último caso, la censura es una maldad; en el primero, es un deber que la caridad manda

cumplir con todas las consideraciones posibles; y aun la censura que se dirige a los demás debe uno dirigírsela al mismo tiempo a sí mismo y preguntarse si no la merece. (San Luis. París, 4 860.)

20 ¿Es reprensible observar las imperfecciones de los demás cuando de ello no puede resultar ningún provecho para ellos y no se las divulga?
Todo depende de la intención; ciertamente no está prohibido ver el mal cuando el mal existe; incluso habría inconvenientes en no ver en todas partes más que el bien: esa ilusión perjudicaría el progreso. Lo incorrecto es hacer que esa observación vaya en detrimento del prójimo, desacreditándolo sin necesidad ante la opinión pública. También sería reprensible hacerlo solo para complacerse uno mismo, con un sentimiento de malevolencia y de alegría al encontrar faltas en los demás. Muy distinto es cuando, echando un velo sobre el mal ante el público, uno se limita a observarlo para sacar provecho personal de ello, es decir, para esforzarse en evitar lo que censura en los demás. Por otra parte, ¿no es útil esta observación para el moralista? ¿Cómo retrataría los defectos de la humanidad si no estudiara los modelos? (San Luis. París, 1860.)

21 ¿Hay casos en los que sea útil revelar el mal en los demás?
Esta cuestión es muy delicada, y aquí es donde hay que apelar a la caridad bien entendida. Si las imperfecciones de una persona solo la perjudican a ella misma, nunca hay utilidad en darlas a conocer; pero si pueden perjudicar a otros, hay que preferir el interés del mayor número al interés de uno solo. Según las circunstancias, desenmascarar la hipocresía y la mentira

puede ser un deber; pues más vale que caiga un hombre a que varios se conviertan en sus engañados o sus víctimas. En tal caso, hay que sopesar el conjunto de las ventajas y los inconvenientes. (San Luis. París, 1860.)

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XI. AMAR AL PRÓJIMO COMO A UNO MISMO

✦

[1] is que El mayor mandamiento. Hacer por los demás lo que quisiéramos que los demás hicieran por nosotros. Parábola de los acreedores y los deudores. — Dad al César lo que es del César. — Instrucciones de los Espíritus: La ley de amor. — El egoísmo. — La fe y la caridad. — Caridad hacia los criminales. — ¿Debe uno exponer su vida por un malhechor? El mayor mandamiento,

Los fariseos, al enterarse de que había hecho callar a los saduceos, se reunieron; — y uno de ellos, que era doctor de la ley, vino a hacerle esta pregunta para tentarlo: — Maestro, ¿cuál es el mayor mandamiento de la ley? — Jesús les respondió: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu; este es el mayor y el primer mandamiento. Y aquí está el segundo, que es semejante a aquel: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. — Toda la ley y los profetas están contenidos en estos dos mandamientos. (San Mateo, cap. xxii, v. 34 a 40.)

[2] Haced a los hombres todo lo que queráis que os hagan, pues esta es la ley y los profetas. (Íd., cap. vii, v. 12.)

Tratad a todos los hombres de la misma manera que quisierais que os trataran. (San Lucas, cap. vi, v. 31.)

[3] El reino de los cielos se compara con un rey que quiso pedir cuentas a sus siervos; — y, habiendo comenzado a hacerlo, le presentaron a uno que le debía diez mil talentos. — Pero como no tenía medios para devolvérselos,

su señor mandó que lo vendieran a él, a su mujer y a sus hijos, y todo lo que tenía, para saldar aquella deuda. — El siervo, arrojándose a sus pies, le suplicaba, diciéndole: Señor, ten un poco de paciencia y te lo devolveré todo. — Entonces el señor de aquel siervo, movido a compasión, lo dejó marchar y le perdonó la deuda. — Pero apenas había salido aquel siervo, encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios, lo agarró por la garganta y casi lo estrangulaba, diciéndole: Devuélveme lo que me debes. — Y su compañero, arrojándose a sus pies, le suplicaba, diciéndole: Ten un poco de paciencia y te lo devolveré todo. — Pero él no quiso escucharlo; se fue y lo hizo meter en la cárcel, para mantenerlo allí hasta que le devolviera lo que le debía.

Los demás siervos, sus compañeros, al ver lo que sucedía, se afligieron mucho y avisaron a su señor de todo lo que había ocurrido. — Entonces el señor lo mandó llamar y le dijo: Siervo malvado, te había perdonado todo lo que me debías porque me lo habías suplicado; — ¿no debías, pues, tener también piedad de tu compañero, como yo había tenido piedad de ti? Y su señor, lleno de ira, lo entregó en manos de los verdugos hasta que pagara todo lo que debía.

Así os tratará mi Padre que está en el cielo si cada uno de vosotros no perdona de todo corazón a su hermano las faltas que haya cometido contra él. (San Mateo, cap. xviii, vv. de 23 a 35.)

[4] «Amar al prójimo como a uno mismo; hacer por los demás lo que quisiéramos que los demás hicieran por nosotros» es la expresión más completa de la caridad, pues resume todos los deberes hacia el prójimo.

4.2 No se puede tener una guía más segura a este respecto que tomar como medida de lo que se debe hacer a los demás lo que se desea para uno mismo. ¿Con qué derecho se exigiría a los semejantes más buen trato, indulgencia, benevolencia y abnegación de los que uno mismo tiene para con ellos?

4.3 La práctica de estas máximas tiende a destruir el egoísmo; cuando los hombres las tomen como regla de su conducta y como base de sus instituciones, comprenderán la verdadera fraternidad y harán reinar entre ellos la paz y la justicia; ya no habrá odios ni disensiones, sino unión, concordia y benevolencia mutua.

5 Dad al César lo que es del César

Entonces los fariseos se retiraron y acordaron entre ellos sorprenderlo en sus palabras. — Le enviaron, pues, a sus discípulos con los herodianos para decirle: Maestro, sabemos que eres veraz y que enseñas el camino de Dios conforme a la verdad, sin tener miramientos con nadie, porque no haces distinción de personas entre los hombres; — dinos, pues, tu parecer sobre esto: ¿Nos está permitido pagar el tributo al César, o no pagarlo?

Pero Jesús, conociendo su malicia, les dijo: Hipócritas, ¿por qué me tentáis? Mostradme la moneda que se da para el tributo. Y, habiéndole presentado ellos un denario, Jesús les dijo: ¿De quién son esta imagen y esta inscripción? — Del César, le dijeron. Entonces Jesús les respondió: Dad, pues, al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.

Al oírlo hablar de esta manera, admiraron su respuesta y, dejándolo, se retiraron. (San Mateo, cap. xxii, vv. de 15 a 22; San Marcos, cap. xii, vv. de 13 a 17.)

6 La pregunta hecha a Jesús estaba motivada por la circunstancia de que los judíos, que aborrecían el tributo que les imponían los romanos, habían hecho de él una cuestión religiosa; se había formado un partido numeroso para rechazar el impuesto; el pago del tributo era, pues, para ellos una cuestión de actualidad que despertaba irritación; sin eso, la pregunta hecha a Jesús: «¿Nos está permitido pagar o no pagar el tributo al César?» no habría tenido ningún sentido.

6.2 Esta pregunta era una trampa, pues, según su respuesta, esperaban alzar contra él a la autoridad romana o a los judíos disidentes. Pero «Jesús, conociendo su malicia», elude la dificultad dándoles una lección de justicia y diciendo que se dé a cada uno lo que se le debe. (Véase la introducción, artículo: Publicanos.)

7 Esta máxima: «Dad al César lo que es del César» no debe entenderse de una manera restrictiva y absoluta. Como todas las enseñanzas de Jesús, es un principio general resumido en una forma práctica y usual, y deducido de una circunstancia particular. Este principio es consecuencia del que dice que se debe actuar con los demás como quisiéramos que los demás actuaran con nosotros; condena todo perjuicio material y moral causado a otro, toda vulneración de sus intereses; prescribe el respeto de los derechos de cada uno, como cada uno desea que se respeten los suyos; se extiende al cumplimiento de los deberes contraídos con la familia, la sociedad y la autoridad, así como con los individuos.

Instrucciones de los Espíritus La ley de amor

8 El amor resume toda la doctrina de Jesús, pues es el sentimiento por excelencia, y los sentimientos son los instintos elevados a la altura del progreso alcanzado. En su punto de partida, el hombre solo tiene instintos; más

avanzado y corrompido, solo tiene sensaciones; pero instruido y purificado, tiene sentimientos; y lo más exquisito del sentimiento es el amor, no el amor en el sentido vulgar de la palabra, sino ese sol interior que condensa y reúne en su ardiente foco todas las aspiraciones y todas las revelaciones sobrehumanas. La ley de amor sustituye la personalidad por la fusión de los seres; aniquila las miserias sociales. ¡Dichoso aquel que, superando su humanidad, ama con un amor amplio a sus hermanos que sufren! Dichoso el que ama, pues no conoce ni la aflicción del alma ni la del cuerpo; sus pies son ligeros y vive como transportado fuera de sí mismo. Cuando Jesús pronunció esa palabra divina de amor, esa palabra estremeció a los pueblos, y los mártires, ebrios de esperanza, bajaron al circo.

El espiritismo, a su vez, viene a pronunciar una segunda palabra del alfabeto divino; estad atentos, pues esa palabra levanta la piedra de las tumbas vacías, y la reencarnación, triunfando sobre la muerte, revela al hombre deslumbrado su patrimonio intelectual; ya no lo conduce a los suplicios, sino a la conquista de su ser, elevado y transfigurado. La sangre ha redimido al Espíritu, y el Espíritu debe hoy redimir al hombre de la materia.

He dicho que, en sus comienzos, el hombre solo tiene instintos; aquel en quien dominan los instintos está, pues, más cerca del punto de partida que de la meta. Para avanzar hacia la meta, hay que vencer los instintos en beneficio de los sentimientos, es decir, perfeccionar estos sofocando los gérmenes latentes de la materia. Los instintos son la germinación y los embriones del sentimiento; llevan consigo el progreso, como la bellota encierra el roble, y los seres menos avanzados son aquellos que, desprendiéndose solo poco a poco de su crisálida, permanecen sometidos a sus instintos. El Espíritu debe cultivarse como un campo; toda la riqueza futura depende de la labranza presente, y, más que bienes terrenales, os traerá la gloriosa

elevación; será entonces cuando, comprendiendo la ley de amor que une a todos los seres, buscaréis en ella los suaves goces del alma que son el preludio de las alegrías celestiales. (Lázaro, París, 1862.)

9 El amor es de esencia divina, y desde el primero hasta el último, todos poseéis en el fondo del corazón la chispa de ese fuego sagrado. Es un hecho que habéis podido comprobar muchas veces: el hombre más abyecto, más vil, más criminal, siente por un ser o por un objeto cualquiera un afecto vivo y ardiente, a prueba de todo lo que pudiera disminuirlo, y que a menudo alcanza proporciones sublimes.

He dicho por un ser o por un objeto cualquiera, porque existen entre vosotros individuos que prodigan los tesoros de amor que desbordan de su corazón en animales, en plantas e incluso en objetos materiales: una especie de misántropos que se quejan de la humanidad en general y se resisten a la inclinación natural de su alma, que busca a su alrededor afecto y simpatía; rebajan la ley de amor al estado de instinto. Pero, hagan lo que hagan, no pueden ahogar el germen vivaz que Dios depositó en su corazón al crearlos; ese germen se desarrolla y crece con la moralidad y la inteligencia, y, aunque con frecuencia lo reprime el egoísmo, es la fuente de las santas y dulces virtudes que dan lugar a los afectos sinceros y duraderos, y os ayudan a recorrer el camino escarpado y árido de la existencia humana.

Hay algunas personas a quienes les repugna la prueba de la reencarnación, en el sentido de que otros participan de las simpatías afectuosas de las que sienten celos. ¡Pobres hermanos! Es vuestro afecto el que os vuelve egoístas; vuestro amor se limita a un círculo íntimo de familiares o amigos, y todos los demás os son indiferentes. Pues bien, para practicar la ley de amor tal como Dios la entiende, debéis llegar poco a poco a amar a todos vuestros

hermanos sin distinción. La tarea será larga y difícil, pero se cumplirá: Dios lo quiere, y la ley de amor es el primero y más importante precepto de vuestra nueva doctrina, porque es ella la que un día debe acabar con el egoísmo, bajo cualquier forma que se presente; pues, además del egoísmo personal, existen también el egoísmo de familia, de casta y de nacionalidad. Jesús dijo: «Amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos»; ahora bien, ¿cuál es el límite del prójimo? ¿Es la familia, la secta, la nación? No, es la humanidad entera. En los mundos superiores, el amor mutuo es el que armoniza y dirige a los Espíritus adelantados que los habitan, y vuestro planeta destinado a un próximo progreso, transformación social, verá practicar por sus ley, reflejo de la Divinidad, de amor son la mejora moral de la raza humana y la felicidad durante la vida terrestre. Los más rebeldes y los más viciosos deberán reformarse cuando vean los beneficios producidos por esta práctica: No hagáis a los demás lo que no quisierais que os hicieran, sino hacedles, por el contrario, todo el bien que esté en vuestras manos hacerles.

No creáis en la esterilidad y el endurecimiento del corazón humano; cede a su pesar ante el amor verdadero; es un imán al que no puede resistirse, y el contacto de por su transforma habitantes esta sufrido Los efectos de la ley este amor vivifica y fecunda los gérmenes de esa virtud que está en vuestros corazones en estado latente. La tierra, morada de prueba y de exilio, será entonces purificada por ese fuego sagrado, y verá practicar la caridad, la humildad, la paciencia, la entrega, la abnegación, la resignación, el sacrificio, todas ellas virtudes hijas del amor. No os canséis, pues, de escuchar las palabras de Juan el Evangelista; ya sabéis que, cuando la enfermedad y la vejez interrumpieron el curso de sus predicaciones, solo repetía estas dulces palabras: «Hijitos míos, amaos los unos a los otros».

Queridos y amados hermanos, aprovechad estas lecciones; su práctica es difícil, pero el alma obtiene de ella un bien inmenso. Creedme, haced el sublime esfuerzo que os pido: «Amaos», y pronto veréis la tierra transformada y convertida en el Elíseo donde las almas de los justos vendrán a disfrutar del reposo. (Fénelon. Burdeos, 1861.)

10 Mis queridos condiscípulos, los Espíritus aquí presentes os dicen por mi voz: Amad de verdad, para ser amados. Este pensamiento es tan justo que encontraréis en él todo lo que consuela y calma las penas de cada día; o, mejor dicho, al practicar esta sabia máxima, os elevaréis tanto por encima de la materia que os espiritualizaréis antes de despojaros de vuestra envoltura terrestre. Como los estudios espíritas han desarrollado en vosotros la comprensión del porvenir, tenéis una certeza: el avance hacia Dios, con todas las promesas que responden a las aspiraciones de vuestra alma; por eso debéis elevaros lo suficiente para juzgar sin las ataduras de la materia, y no condenar a vuestro prójimo antes de haber dirigido vuestro pensamiento hacia Dios.

Amar, en el sentido profundo de la palabra, es ser leal, honrado, escrupuloso, para hacer a los demás lo que uno desearía para sí mismo; es buscar a nuestro alrededor el sentido íntimo de todos los dolores que abruman a vuestros hermanos para llevarles alivio; es considerar a la gran familia humana como la propia, pues volveréis a encontrar a esa familia en un determinado período, en mundos más adelantados, y los Espíritus que la componen son, como vosotros, hijos de Dios, marcados en la frente para elevarse hacia el infinito. Por eso no podéis negar a vuestros hermanos lo que Dios os ha dado generosamente, porque, por vuestra parte, os alegraría que vuestros hermanos os dieran aquello que necesitarais. Ofreced, pues, ante

todos los sufrimientos una palabra de esperanza y de apoyo, para que seáis todo amor, toda justicia.

Creed que esta sabia palabra: «Amad de verdad para ser amados», se abrirá camino; es revolucionaria y sigue una ruta fija, invariable. Pero vosotros, que me escucháis, ya habéis ganado; sois infinitamente mejores que hace cien años; habéis cambiado tanto para vuestro bien que aceptáis sin discusión multitud de ideas nuevas sobre la libertad y la fraternidad que antes habríais rechazado; pues bien, dentro de cien años aceptaréis con la misma facilidad las que todavía no han podido entrar en vuestro cerebro.

Hoy, cuando el movimiento espírita ha dado un gran paso, ved con qué rapidez las ideas de justicia y de renovación contenidas en los dictados de los Espíritus son aceptadas por la parte media del mundo inteligente; es porque esas ideas responden a todo lo que hay de divino en vosotros; es porque os ha preparado una semilla fecunda: la del siglo pasado, que implantó en la sociedad las grandes ideas de progreso; y como todo se encadena bajo el dedo del Altísimo, todas las lecciones recibidas y aceptadas quedarán contenidas en este intercambio universal del amor al prójimo; por él, los Espíritus encarnados, juzgando mejor, sintiendo mejor, se tenderán la mano desde los confines de vuestro planeta; se reunirán para entenderse y amarse, para destruir todas las injusticias, todas las causas de desavenencia entre los pueblos.

Gran pensamiento de renovación por el espiritismo, tan bien descrito en el Libro de los Espíritus, tú producirás el gran milagro del siglo venidero, el de la unión de todos los intereses materiales y espirituales de los hombres, mediante la aplicación de esta máxima bien comprendida: Amad de ver-

dad, para ser amado. (Sanson, antiguo miembro de la Sociedad Espírita de París, 1863.)

El egoísmo

11 El egoísmo, esa llaga de la humanidad, debe desaparecer de la tierra, cuyo progreso moral detiene; al espiritismo le está reservada la tarea de hacerla ascender en la jerarquía de los mundos. El egoísmo es, pues, el blanco hacia el que todos los verdaderos creyentes deben dirigir sus armas, sus fuerzas, su valor; digo su valor, porque hace falta más para vencerse a uno mismo que para vencer a los demás. Que cada uno ponga, pues, todo su empeño en combatirlo en sí mismo, porque ese monstruo que devora todas las inteligencias, ese hijo del orgullo, es la fuente de todas las miserias de este mundo. Es la negación de la caridad y, por consiguiente, el mayor obstáculo para la felicidad de los hombres.

Jesús os dio el ejemplo de la caridad, y Poncio Pilato el del egoísmo; pues, cuando el Justo va a recorrer las santas estaciones de su martirio, Pilato se lava las manos diciendo: ¡Qué me importa! Dice a los judíos: Este hombre es justo, ¿por qué queréis crucificarlo? Y, sin embargo, deja que lo lleven al suplicio.

A ese antagonismo entre la caridad y el egoísmo, a la invasión de esa lepra del corazón humano, debe el cristianismo el no haber cumplido aún toda su misión. A vosotros, nuevos apóstoles de la fe a quienes iluminan los Espíritus superiores, os corresponden la tarea y el deber de extirpar ese mal para dar al cristianismo toda su fuerza y despejar el camino de las zarzas que estorban su marcha. Expulsad el egoísmo de la tierra para que pueda

ascender en la escala de los mundos, pues ha llegado el momento de que la humanidad vista su ropaje de madurez, y para ello es preciso expulsarlo primero de vuestro corazón. (Emmanuel. París, 1861.)

12 Si los hombres se amaran con un amor común, la caridad se practicaría mejor; pero para ello sería necesario que os esforzarais por despojaros de esa coraza que cubre vuestros corazones, para ser más sensibles hacia quienes sufren. La rigidez mata los buenos sentimientos; Cristo no se dejaba desalentar; quien acudía a él, fuera quien fuese, no era rechazado: la mujer adúltera y el criminal recibían su auxilio; nunca temía que su propia reputación pudiera sufrir por ello. ¿Cuándo lo tomaréis, pues, como modelo de todas vuestras acciones? Si la caridad reinara en la tierra, el malvado ya no tendría dominio; huiría avergonzado; se escondería, porque se sentiría fuera de lugar en todas partes. Entonces desaparecería el mal; convenceos profundamente de ello.

Empezad por dar ejemplo vosotros mismos; sed caritativos con todos sin distinción; esforzaos por dejar de fijaros en quienes os miran con desdén, y dejad a Dios el cuidado de toda justicia, pues cada día, en su reino, separa el buen grano de la cizaña.

El egoísmo es la negación de la caridad; ahora bien, sin caridad no hay reposo en la sociedad; digo más: no hay seguridad; con el egoísmo y el orgullo, que se dan la mano, siempre será una carrera en la que gana el más hábil, una lucha de intereses donde se pisotean los afectos más santos, donde ni siquiera se respetan los vínculos sagrados de la familia. (Pascal. Sens, 1862.)

13 La fe y la caridad

Os dije hace poco, mis queridos hijos, que la caridad sin la fe no bastaba para mantener entre los hombres un orden social capaz de hacerlos felices. Debería haber dicho que la caridad es imposible sin la fe. Podréis encontrar, en verdad, impulsos generosos incluso en la persona privada de religión, pero esa caridad austera que solo se ejerce mediante la abnegación, mediante el sacrificio constante de todo interés egoísta, solo la fe puede inspirarla, pues solo ella nos hace llevar con valor y perseverancia la cruz de esta vida.

Sí, hijos míos, en vano el hombre ávido de placeres querría engañarse sobre su destino en este mundo, sosteniendo que le está permitido ocuparse únicamente de su felicidad. Ciertamente, Dios nos creó para ser felices en la eternidad; sin embargo, la vida terrenal debe servir únicamente para nuestro perfeccionamiento moral, que se adquiere más fácilmente con la ayuda de los órganos y del mundo material. Sin contar las vicisitudes ordinarias de la vida, la diversidad de vuestros gustos, de vuestras inclinaciones, de vuestras necesidades, es también un medio de perfeccionaros ejercitándoos en la caridad. Pues solo a fuerza de concesiones y sacrificios mutuos podéis mantener la armonía entre elementos tan diversos.

Sin embargo, tendréis razón al afirmar que la felicidad está destinada al hombre en este mundo, si la buscáis, no en los placeres materiales, sino en el bien. La historia de la cristiandad habla de mártires que iban al suplicio con alegría; hoy, y en vuestra sociedad, para ser cristiano no se requiere ni el holocausto del martirio ni el sacrificio de la vida, sino única y simplemente el sacrificio de vuestro egoísmo, de vuestro orgullo y de vuestra vanidad. Triunfaréis si la caridad os inspira y si la fe os sostiene. (Espíritu protector. Cracovia, 1861.)

14 Caridad hacia los criminales

La verdadera caridad es una de las enseñanzas más sublimes que Dios haya dado al mundo. Debe existir entre los verdaderos discípulos de su doctrina una fraternidad completa. Debéis amar a los desdichados, a los criminales, como criaturas de Dios, a quienes se concederán el perdón y la misericordia si se arrepienten, como a vosotros mismos, por las faltas que cometéis contra su ley. Pensad que sois más reprensibles, más culpables que aquellos a quienes negáis el perdón y la compasión, pues a menudo no conocen a Dios como vosotros lo conocéis, y se les exigirá menos que a vosotros.

No juzguéis, ¡oh!, no juzguéis, mis queridos amigos, pues el juicio que emitís se os aplicará con mayor severidad aún, y necesitáis indulgencia para los pecados que cometéis sin cesar. ¿No sabéis que hay muchas acciones que son crímenes a los ojos del Dios de pureza, y que el mundo ni siquiera considera faltas leves?

La verdadera caridad no consiste solamente en la limosna que dais, ni siquiera en las palabras de consuelo con que podéis acompañarla; no, eso no es lo único que Dios exige de vosotros. La caridad sublime enseñada por Jesús consiste también en la benevolencia que se concede siempre y en todas las cosas a vuestro prójimo. También podéis ejercer esta sublime virtud con muchos seres que no necesitan limosnas, y a quienes unas palabras de amor, de consuelo, de aliento llevarán al Señor.

Están próximos los tiempos, lo digo de nuevo, en que la gran fraternidad reinará sobre este globo; la ley de Cristo será la que rija a los hombres: solo ella será el freno y la esperanza, y conducirá a las almas a las moradas bienaventuradas. Amaos, pues, como hijos de un mismo padre; no hagáis diferencias entre los demás desdichados, pues es Dios quien quiere que todos sean iguales; no despreciéis, por tanto, a nadie; Dios permite que haya

grandes criminales entre vosotros para que os sirvan de enseñanza. Pronto, cuando los hombres sean conducidos a las verdaderas leyes de Dios, ya no habrá necesidad de esas enseñanzas, y todos los Espíritus impuros y rebeldes serán dispersados por mundos inferiores en armonía con sus inclinaciones.

Debéis a aquellos de quienes hablo el auxilio de vuestras oraciones: esa es la verdadera caridad. No hay que decir de un criminal: «Es un miserable; hay que librar a la tierra de él; la muerte que se le inflige es demasiado dulce para un ser de esa especie». No, no es así como debéis hablar. Mirad a vuestro modelo, Jesús; ¿qué diría si viera a ese desdichado junto a él? Se compadecería de él; lo consideraría un enfermo muy desdichado; le tendería la mano. No podéis hacerlo en la realidad, pero al menos podéis rezar por él, asistir a su Espíritu durante los pocos instantes que aún debe pasar en vuestra tierra. El arrepentimiento puede tocar su corazón si rezáis con fe. Es vuestro prójimo como el mejor de los hombres; su alma extraviada y rebelde ha sido creada, como la vuestra, para perfeccionarse; ayudadlo, pues, a salir del lodazal y rezad por él. (Isabel de Francia. El Havre, 1862.)

15. Un hombre está en peligro de muerte; para salvarlo hay que exponer la propia vida; pero se sabe que ese hombre es un malhechor y que, si sobrevive, podrá cometer nuevos crímenes. ¿Debe uno, a pesar de ello, exponerse para salvarlo?

Esta es una cuestión muy grave y que puede presentarse naturalmente al espíritu. Responderé según mi adelanto moral, puesto que nos encontramos ante la cuestión de saber si se debe exponer la propia vida incluso por un malhechor. La abnegación es ciega: se socorre a un enemigo, por lo tanto, se debe socorrer al enemigo de la sociedad, a un malhechor, en una palabra. ¿Creéis que solo de la muerte se corre a arrancar a ese desdichado?

Tal vez sea de toda su vida pasada. Pues, pensadlo, en esos rápidos instantes que le arrebatan los últimos minutos de vida, el hombre perdido vuelve sobre su vida pasada, o más bien esta se alza ante él. La muerte, tal vez, llega demasiado pronto para él; la reencarnación podrá ser terrible; ¡lanzaos, pues, hombres!, vosotros a quienes la ciencia espírita ha iluminado; lanzaos, arrancadlo de su condenación, y entonces, tal vez, ese hombre que habría muerto maldiciéndoos se arrojará en vuestros brazos. Sin embargo, no debéis preguntaros si lo hará o si no lo hará, sino acudir en su auxilio, pues, al salvarlo, obedecéis a esa voz del corazón que os dice: «Puedes salvarlo, ¡sálvalo!». (Lamennais. París, 1862.)

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XII. AMAD A VUESTROS ENEMIGOS

✦

1 Devolver bien por mal.
Habéis oído que se dijo: Amaréis a vuestro prójimo y odiaréis a vuestros enemigos. Y yo os digo: Amad a vuestros enemigos; haced el bien a quienes os odian, y orad por quienes os persiguen y os calumnian; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos e injustos; — pues si solo amáis a quienes os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? — Y si solo saludáis a vuestros hermanos, ¿qué hacéis con ello de más que los demás? ¿No hacen también lo mismo los paganos? — Os digo que, si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. (San Mateo, cap. v, v. 20 y del 43 al 47.)

2 Si solo amáis a quienes os aman, ¿qué mérito se os reconocerá, puesto que las personas de mala vida también aman a quienes las aman? — Y si solo hacéis el bien a quienes os lo hacen, ¿qué mérito se os reconocerá, puesto que las personas de mala vida hacen lo mismo? — Y si solo prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir el mismo favor, ¿qué mérito se os reconocerá, puesto que las personas de mala vida se prestan entre sí de ese modo, para recibir el mismo beneficio? —
Pero vosotros, amad a vuestros enemigos, haced el bien a todos y prestad sin esperar nada a cambio, y entonces vuestra recompensa será muy

grande, y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los ingratos, e incluso con los malos. — Sed, pues, misericordiosos, como vuestro Dios es misericordioso. (San Lucas, cap. vi, v. del 32 al 36.)

3 Si el amor al prójimo es el principio de la caridad, amar a los enemigos es su aplicación sublime, pues esta virtud es una de las mayores victorias alcanzadas sobre el egoísmo y el orgullo.

Sin embargo, generalmente se interpreta mal el sentido de la palabra amar en esta circunstancia; Jesús no quiso decir con estas palabras que debamos sentir por nuestro enemigo la ternura que sentimos por un hermano o un amigo; la ternura supone confianza; ahora bien, no se puede confiar en aquel de quien sabemos que nos desea el mal; no se pueden compartir con él las confidencias de la amistad, porque sabemos que es capaz de abusar de ellas; entre personas que desconfían unas de otras no puede haber los impulsos de simpatía que existen entre quienes comparten sus pensamientos; en fin, no se puede sentir el mismo placer al encontrarse con un enemigo que con un amigo.

Este mismo sentimiento resulta de una ley física: la de la asimilación y la repulsión de los fluidos; el pensamiento malévolo dirige una corriente fluídica cuya impresión es penosa; el pensamiento benévolo os envuelve en un efluvio agradable; de ahí la diferencia entre las sensaciones que se experimentan ante la proximidad de un amigo o de un enemigo. Amar a los enemigos no puede significar, por tanto, que no se deba hacer ninguna diferencia entre ellos y los amigos; este precepto solo parece difícil, e incluso imposible de practicar, porque se cree erróneamente que prescribe darles el mismo lugar en el corazón. Si la pobreza de las lenguas humanas obliga a emplear una misma palabra para expresar distintos matices de los senti-

mientos, la razón debe distinguirlos según los casos.

Amar a los enemigos no es, pues, sentir por ellos un afecto que no es natural, ya que el contacto con un enemigo hace latir el corazón de una manera muy distinta que el de un amigo; es no tener contra ellos odio, rencor ni deseo de venganza; es perdonarles sin segundas intenciones y sin condiciones el mal que nos hacen; es no poner ningún obstáculo a la reconciliación; es desearles el bien en lugar de desearles el mal; es alegrarse en lugar de afligirse por el bien que les sucede; es tenderles una mano para ayudarlos en caso de necesidad; es abstenerse, en palabras y en actos, de todo lo que pueda perjudicarlos; es, en fin, devolverles en todo bien por mal, sin intención de humillarlos. Quien hace esto cumple las condiciones del mandamiento: Amad a vuestros enemigos.

[4] Amar a los enemigos es un absurdo para el incrédulo; aquel para quien la vida presente lo es todo solo ve en su enemigo a un ser dañino que perturba su tranquilidad, y del que cree que solo la muerte puede librarlo; de ahí el deseo de venganza; no tiene ningún interés en perdonar, salvo para satisfacer su orgullo ante el mundo; incluso perdonar, en ciertos casos, le parece una debilidad indigna de él; si no se venga, no por ello deja de conservar rencor y un secreto deseo de mal.

Para el creyente, pero sobre todo para el espiritista, la manera de ver es muy distinta, porque dirige su mirada al pasado y al porvenir, entre los cuales la vida presente no es más que un punto; sabe que, por el destino mismo de la Tierra, debe esperar encontrar en ella hombres malos y perversos; que las maldades de las que es blanco forman parte de las pruebas que debe soportar, y el elevado punto de vista en el que se sitúa le hace menos amargas las vicisitudes, ya provengan de los hombres o de las cosas; si no se queja de las

pruebas, tampoco debe quejarse de quienes son sus instrumentos; si, en lugar de lamentarse, agradece a Dios que lo ponga a prueba, debe agradecer a la mano que le brinda la ocasión de mostrar su paciencia y su resignación. Este pensamiento lo dispone naturalmente al perdón; siente, además, que cuanto más generoso es, más se engrandece ante sus propios ojos y más se encuentra fuera del alcance de los dardos malévolos de su enemigo.

El hombre que ocupa una posición elevada en el mundo no se considera ofendido por los insultos de aquel a quien ve como su inferior; lo mismo ocurre con quien se eleva en el mundo moral por encima de la humanidad material; comprende que el odio y el rencor lo envilecerían y lo rebajarían; ahora bien, para ser superior a su adversario, debe tener el alma más grande, más noble y más generosa.

5 Los enemigos desencarnados

El espiritista tiene además otros motivos para ser indulgente con sus enemigos. Sabe, ante todo, que la maldad no es el estado permanente de los hombres; que se debe a una imperfección momentánea, y que, así como el niño corrige sus defectos, el hombre malo reconocerá un día sus errores y se volverá bueno.

Sabe también que la muerte solo lo libra de la presencia material de su enemigo, pero que este puede perseguirlo con su odio incluso después de haber dejado la Tierra; que, por tanto, la venganza no alcanza su objetivo; que, por el contrario, tiene por efecto producir una irritación mayor que puede prolongarse de una existencia a otra. Correspondía al espiritismo demostrar, mediante la experiencia y la ley que rige las relaciones del mundo visible con el mundo invisible, que la expresión: Apagar el odio con sangre, es radicalmente falsa, y que lo cierto es que la sangre alimenta el odio in-

cluso más allá de la tumba; dar, por consiguiente, una razón de ser efectiva y una utilidad práctica al perdón y a la sublime máxima de Cristo: Amad a vuestros enemigos. No hay corazón tan perverso que no se conmueva ante el buen trato, aun sin darse cuenta; con el buen trato se elimina, al menos, todo pretexto de represalias; de un enemigo se puede hacer un amigo antes y después de su muerte. Con el mal trato se lo irrita, y entonces él mismo sirve de instrumento a la justicia de Dios para castigar a quien no ha perdonado.

6 Se pueden tener, pues, enemigos entre los encarnados y entre los desencarnados; los enemigos del mundo invisible manifiestan su malevolencia mediante las obsesiones y las subyugaciones de las que tantas personas son blanco, y que constituyen una variedad de las pruebas de la vida; estas pruebas, como las demás, ayudan al progreso y deben aceptarse con resignación y como consecuencia de la naturaleza inferior del globo terrestre; si no hubiera hombres malos en la Tierra, no habría Espíritus malos alrededor de la Tierra. Por tanto, si se debe tener indulgencia y benevolencia con los enemigos encarnados, también se debe tenerlas con los desencarnados.
Antiguamente se sacrificaban víctimas sangrientas para apaciguar a los dioses infernales, que no eran otros que los Espíritus malos. A los dioses infernales les sucedieron los demonios, que son lo mismo. El espiritismo viene a demostrar que estos demonios no son otros que las almas de los hombres perversos que todavía no se han despojado de los instintos materiales; que solo se los apacigua mediante el sacrificio del propio odio, es decir, mediante la caridad; que la caridad no solo tiene por efecto impedirles hacer el mal, sino también devolverlos al camino del bien y contribuir a su salva-

ción. Así, la máxima: Amad a vuestros enemigos, no queda circunscrita al estrecho círculo de la Tierra y de la vida presente, sino que forma parte de la gran ley de la solidaridad y la fraternidad universales.

7 Si alguien os golpea en la mejilla derecha, presentadle también la otra Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. — Y yo os digo que no resistáis al mal que os quieren hacer; pero si alguien os ha golpeado en la mejilla derecha, presentadle también la otra; — y si alguien quiere pleitear contra vosotros para quitaros la túnica, dejadle también vuestro manto; — y si alguien quiere obligaros a dar mil pasos con él, dad otros dos mil. — Dad a quien os pide, y no rechacéis a quien quiere que le prestéis. (San Mateo, cap. v, v. del 38 al 42.)

8 Los prejuicios del mundo sobre lo que se ha convenido en llamar el punto de honor producen esa susceptibilidad recelosa, nacida del orgullo y de la exaltación de la personalidad, que lleva al hombre a devolver injuria por injuria, herida por herida, lo que parece justo a aquel cuyo sentido moral no se eleva por encima de las pasiones terrenales; por eso la ley mosaica decía: ojo por ojo, diente por diente, ley en armonía con el tiempo en que vivía Moisés. Cristo vino y dijo: Devolved bien por mal. Dice además: «No os resistáis al mal que quieran haceros; si os golpean en una mejilla, presentad la otra». Al orgulloso, esta máxima le parece una cobardía, porque no comprende que hay más valor en soportar un insulto que en vengarse, siempre por esa misma causa que hace que su mirada no vaya más allá del presente. Sin embargo, ¿hay que tomar esta máxima al pie de la letra? No, como tampoco aquella que dice que uno debe arrancarse el ojo si es ocasión de escándalo; llevada hasta sus últimas consecuencias, equivaldría a condenar toda represión, incluso la legal, y a dejar el campo libre a

los malvados, quitándoles todo temor; si no se pusiera freno a sus agresiones, pronto todos los buenos serían sus víctimas. El propio instinto de conservación, que es una ley de la naturaleza, dice que no hay que ofrecer voluntariamente el cuello al asesino. Con estas palabras, Jesús no prohibió, pues, la defensa, sino que condenó la venganza. Al decir que se presente una mejilla cuando la otra ha sido golpeada, dice, de otra forma, que no se debe devolver mal por mal; que el hombre debe aceptar con humildad todo lo que tienda a rebajar su orgullo; que es más glorioso para él recibir un golpe que darlo, soportar pacientemente una injusticia que cometerla él mismo; que vale más ser engañado que engañador, ser arruinado que arruinar a los demás. Es al mismo tiempo la condena del duelo, que no es más que una manifestación del orgullo. Solo la fe en la vida futura y en la justicia de Dios, que nunca deja el mal impune, puede dar la fuerza necesaria para soportar pacientemente los ataques contra nuestros intereses y nuestro amor propio; por eso decimos sin cesar: Dirigid vuestra mirada hacia adelante; cuanto más os elevéis con el pensamiento por encima de la vida material, menos os herirán las cosas de la tierra.

Instrucciones de los Espíritus. La venganza

9 La venganza es un último resto dejado por las costumbres bárbaras que tienden a desaparecer de entre los hombres. Es, junto con el duelo, uno de los últimos vestigios de esas costumbres salvajes bajo las cuales se debatía la humanidad al comienzo de la era cristiana. Por eso la venganza es un indicio seguro del estado de atraso de los hombres que se entregan a ella y de los Espíritus que aún pueden inspirarla. Por tanto, amigos míos, este sentimiento nunca debe hacer vibrar el corazón de quien se dice y se declara espírita. Vengarse es, como sabéis, tan contrario a este precepto de Cristo:

«¡Perdonad a vuestros enemigos!», que quien se niega a perdonar no solo no es espírita, sino que ni siquiera es cristiano. La venganza es una inspiración tanto más funesta cuanto que la falsedad y la bajeza son sus compañeras constantes; en efecto, quien se abandona a esta pasión fatal y ciega casi nunca se venga abiertamente. Cuando es el más fuerte, se abalanza como una fiera sobre aquel a quien llama su enemigo, cuando la vista de este viene a encender su pasión, su ira y su odio. Pero la mayoría de las veces adopta una apariencia hipócrita, ocultando en lo más profundo de su corazón los malos sentimientos que lo animan; toma caminos indirectos, sigue en la sombra a su enemigo desprevenido y espera el momento propicio para golpearlo sin peligro; se oculta de él mientras lo espía sin cesar; le tiende trampas odiosas y, cuando se presenta la ocasión, vierte veneno en su copa. Cuando su odio no llega a esos extremos, lo ataca entonces en su honor y en sus afectos; no retrocede ante la calumnia, y sus insinuaciones pérfidas, hábilmente esparcidas a todos los vientos, van creciendo por el camino. Así, cuando aquel a quien persigue se presenta en los ambientes por donde ha pasado su aliento envenenado, se sorprende al encontrar rostros fríos donde antes encontraba rostros amigos y benévolos; queda estupefacto cuando las manos que buscaban la suya ahora se niegan a estrecharla; finalmente, queda abatido cuando sus amigos más queridos y sus allegados se apartan y huyen de él. ¡Ah! El cobarde que así se venga es cien veces más culpable que quien va directamente hacia su enemigo y lo insulta a cara descubierta.

¡Fuera, pues, esas costumbres salvajes! ¡Fuera esas costumbres de otro tiempo! Todo espírita que pretendiera hoy tener todavía derecho a vengarse sería indigno de seguir formando parte de la falange que ha tomado por divisa: ¡Fuera de la caridad no hay salvación! Pero no, no puedo dete-

nerme en la idea de que un miembro de la gran familia espírita pueda alguna vez, en el futuro, ceder al impulso de la venganza de otro modo que para perdonar. (Jules Olivier. París, 1862.).

10 El odio

Amaos los unos a los otros y seréis felices. Esforzaos sobre todo por amar a quienes os inspiran indiferencia, odio y desprecio. Cristo, a quien debéis tomar por modelo, os dio ejemplo de esta abnegación; misionero de amor, amó hasta dar su sangre y su vida. El sacrificio que os obliga a amar a quienes os ultrajan y os persiguen es penoso; pero eso es precisamente lo que os hace superiores a ellos; si los odiáis como ellos os odian, no sois mejores que ellos; es la hostia sin mancha ofrecida a Dios en el altar de vuestros corazones, hostia de olor agradable, cuyos perfumes ascienden hasta él. Aunque la ley de amor quiere que se ame indistintamente a todos los hermanos, no protege el corazón contra los malos tratos; es, por el contrario, la prueba más penosa, lo sé, pues durante mi última existencia terrenal experimenté esta tortura; pero Dios está ahí y castiga, en esta vida y en la otra, a quienes faltan a la ley de amor. No olvidéis, mis queridos hijos, que el amor acerca a Dios y que el odio aleja de él. (Fénelon. Burdeos, 1861.) El duelo.

11 Solo es verdaderamente grande quien, considerando la vida como un viaje que debe conducirlo a una meta, da poca importancia a las asperezas del camino; no se deja apartar ni un instante de la vía recta; con la mirada siempre dirigida hacia el término, poco le importa que las zarzas y las espinas del sendero amenacen con arañarlo; lo rozan sin herirlo, y él prosigue igualmente su marcha. Exponer la vida para vengarse de una injuria es retroceder ante las pruebas de la vida; es siempre un crimen a los ojos de Dios y, si no estuvierais engañados como lo estáis por vuestros prejuicios, sería

una ridícula y suprema locura a los ojos de los hombres.

Hay crimen en el homicidio por duelo; vuestra propia legislación lo reconoce; nadie tiene derecho, en ningún caso, a atentar contra la vida de su semejante; crimen a los ojos de Dios, que os ha trazado vuestra línea de conducta; aquí, más que en ninguna otra parte, sois jueces de vuestra propia causa. Recordad que se os perdonará según hayáis perdonado vosotros mismos; mediante el perdón os acercáis a la Divinidad, pues la clemencia es hermana del poder. Mientras una gota de sangre humana corra sobre la tierra por mano de los hombres, todavía no habrá llegado el verdadero reino de Dios, ese reino de pacificación y de amor que debe desterrar para siempre de vuestro globo la animosidad, la discordia y la guerra. Entonces la palabra duelo solo existirá en vuestra lengua como un recuerdo lejano y vago de un pasado que ya no existe; los hombres no conocerán entre ellos otro antagonismo que la noble rivalidad del bien. (Adolfo, obispo de Argel. Marmande, 1861.)

[12] El duelo puede, sin duda, en ciertos casos, ser una prueba de valor físico, de desprecio por la vida, pero es indiscutiblemente la prueba de una cobardía moral, como en el suicidio. El suicida no tiene valor para afrontar las vicisitudes de la vida; el duelista no lo tiene para afrontar las ofensas. ¿No os dijo Cristo que hay más honor y valor en presentar la mejilla izquierda a quien ha golpeado la derecha que en vengarse de una injuria? ¿No dijo Cristo a Pedro en el huerto de los Olivos: «Vuelve tu espada a su vaina, pues quien mate por la espada perecerá por la espada»? Con estas palabras, ¿no condena Jesús para siempre el duelo? En efecto, hijos míos, ¿qué es ese valor nacido de un temperamento violento, sanguíneo e iracundo, que ruge a la primera ofensa? ¿Dónde está, pues, la grandeza de alma de quien,

ante la menor injuria, quiere lavarla con sangre? ¡Pero que tiemble!, pues siempre, en el fondo de su conciencia, una voz le gritará: ¡Caín! ¡Caín! ¿Qué has hecho de tu hermano? He necesitado sangre para salvar mi honor, dirá a esa voz; pero ella le responderá: ¡Has querido salvarlo ante los hombres por los pocos instantes que te quedaban de vida en la tierra, y no has pensado en salvarlo ante Dios! ¡Pobre loco! ¡Cuánta sangre os pediría entonces Cristo por todos los ultrajes que recibió! No solo lo heristeis con la espina y la lanza, no solo lo clavasteis en un patíbulo infamante, sino que, además, en medio de su agonía pudo oír las burlas que le prodigaban. ¿Qué reparación os pidió después de tantos ultrajes? El último grito del cordero fue una oración por sus verdugos. ¡Oh! Como él, perdonad y orad por quienes os ofenden.

Amigos, recordad este precepto: «Amaos los unos a los otros», y entonces responderéis con una sonrisa al golpe dado por el odio, y con el perdón al ultraje. El mundo sin duda se levantará furioso y os llamará cobardes; alzad la cabeza y mostrad entonces que vuestra frente tampoco temería cargarse de espinas a ejemplo de Cristo, pero que vuestra mano no quiere ser cómplice de un asesinato que autoriza, supuestamente, una falsa apariencia de honor que no es más que orgullo y amor propio. Al crearos, ¿os dio Dios el derecho de vida y muerte a los unos sobre los otros? No, solo dio ese derecho a la naturaleza, para reformarse y reconstruirse; pero a vosotros ni siquiera os ha permitido disponer de vosotros mismos. Como el suicida, el duelista estará marcado de sangre cuando llegue ante Dios, y para uno y otro el Juez Supremo prepara duros y largos castigos. Si amenazó con su justicia a quien llama Raca a su hermano, ¡cuánto más severa será la pena para quien comparezca ante él con las manos enrojecidas por la sangre de su hermano! (San Agustín. París, 1862.)

13 El duelo es, como lo que antiguamente se llamaba el juicio de Dios, una de esas instituciones bárbaras que aún rigen la sociedad. Sin embargo, ¿qué dirían si vieran que se sumerge a los dos antagonistas en agua hirviendo o se los somete al contacto de un hierro candente para resolver su disputa y dar la razón a quien soportara mejor la prueba? Calificarían esas costumbres de insensatas. El duelo es aún peor que todo eso. Para el duelista experto, es un asesinato cometido a sangre fría con toda la premeditación deliberada, pues está seguro del golpe que dará; para el adversario casi seguro de sucumbir por su debilidad y su falta de destreza, es un suicidio cometido con la más fría reflexión. Sé que con frecuencia se busca evitar esta alternativa igualmente criminal dejándolo al azar; pero entonces, ¿no es volver, bajo otra forma, al juicio de Dios de la Edad Media? Y aun en aquella época se era infinitamente menos culpable: el nombre mismo de juicio de Dios indica una fe, ingenua, es cierto, pero al fin una fe en la justicia de Dios, que no podía dejar sucumbir a un inocente, mientras que en el duelo se confía en la fuerza bruta, de tal modo que a menudo es el ofendido quien sucumbe.

0 amor propio estúpido, necia vanidad y loco orgullo, ¿cuándo serán reemplazados por la caridad cristiana, el amor al prójimo y la humildad de los que Cristo dio ejemplo y precepto? Solo entonces desaparecerán esos prejuicios monstruosos que aún gobiernan a los hombres y que las leyes son incapaces de reprimir, porque no basta con prohibir el mal y prescribir el bien: es preciso que el principio del bien y el horror al mal estén en el corazón del hombre. (Un Espíritu protector. Burdeos, 1861.)

14 ¿Qué opinión tendrán de mí, dicen a menudo, si rechazo la reparación que se me exige o si no se la exijo a quien me ha ofendido? Los insensatos como ustedes, los hombres atrasados, los censurarán; pero quienes están iluminados por la antorcha del progreso intelectual y moral dirán que actúan conforme a la verdadera sabiduría. Reflexionen un poco: por una palabra a menudo dicha sin pensar o muy inofensiva por parte de uno de sus hermanos, su orgullo se siente herido, le responden de manera mordaz y de ahí nace un desafío. Antes de llegar al momento decisivo, ¿se preguntan si actúan como cristianos? ¿Qué cuentas deberán rendir a la sociedad si la privan de uno de sus miembros? ¿Piensan en el remordimiento de haberle quitado a una mujer su marido, a una madre su hijo, a unos hijos su padre y su sostén? Ciertamente, quien ha cometido la ofensa debe una reparación; pero ¿no es más honroso para él ofrecerla espontáneamente, reconociendo sus faltas, que exponer la vida de quien tiene derecho a quejarse? En cuanto al ofendido, reconozco que a veces uno puede sentirse gravemente agraviado, ya sea en su persona o en las de sus allegados; ya no está en juego solamente el amor propio: el corazón está herido, sufre; pero, además de que es estúpido jugarse la vida contra un miserable capaz de una infamia, ¿acaso, una vez muerto este, deja de existir la afrenta, cualquiera que sea? ¿La sangre derramada no da mayor notoriedad a un hecho que, si es falso, debe caer por su propio peso y que, si es verdadero, debe ocultarse bajo el silencio? Solo queda, pues, la satisfacción de la venganza consumada; ¡ay!, triste satisfacción que a menudo deja, ya en esta vida, amargos pesares. Y si es el ofendido quien sucumbe, ¿dónde está la reparación?

Cuando la caridad sea la regla de conducta de los hombres, ajustarán sus actos y sus palabras a esta máxima: «No hagan a los demás lo que no que-

rrían que les hicieran»; entonces desaparecerán todas las causas de discordia y, con ellas, las de los duelos y las guerras, que son los duelos de pueblo a pueblo. (Francisco Javier. Burdeos, 1861.)

15 El hombre de mundo, el hombre feliz que, por una palabra hiriente, por un motivo leve, se juega la vida que ha recibido de Dios y juega con la vida de su semejante, que solo pertenece a Dios, es cien veces más culpable que el miserable que, impulsado por la codicia, a veces por la necesidad, se introduce en una vivienda para robar lo que codicia y mata a quienes se oponen a su propósito. Este último es casi siempre un hombre sin educación, que solo tiene nociones imperfectas del bien y del mal, mientras que el duelista pertenece casi siempre a la clase más ilustrada; uno mata brutalmente, el otro con método y cortesía, lo que hace que la sociedad lo disculpe. Añado incluso que el duelista es infinitamente más culpable que el desdichado que, cediendo a un sentimiento de venganza, mata en un momento de exasperación. El duelista no tiene como excusa el impulso de la pasión, pues entre el insulto y la reparación siempre tiene tiempo para reflexionar; actúa, por tanto, fríamente y con un propósito premeditado; todo está calculado y estudiado para matar con mayor seguridad a su adversario. Es cierto que también expone su vida, y eso es lo que rehabilita el duelo a los ojos del mundo, porque se ve en él un acto de valor y un desprecio por la propia vida; pero ¿hay verdadero valor cuando uno está seguro de sí mismo? El duelo, vestigio de los tiempos de barbarie en que el derecho del más fuerte era la ley, desaparecerá con una apreciación más sensata del verdadero sentido del honor y a medida que el hombre tenga una fe más viva en la vida futura. (Agustín. Burdeos, 1861.)

16. Observación. — Los duelos son cada vez más raros y, aunque todavía se

ven de vez en cuando dolorosos ejemplos, su número no es comparable al de otros tiempos. Antaño, un hombre no salía de su casa sin prever un enfrentamiento, por lo que siempre tomaba las precauciones correspondientes. Un signo característico de las costumbres de las épocas y de los pueblos se encuentra en la práctica de llevar habitualmente, de manera visible u oculta, armas ofensivas y defensivas; la abolición de esta práctica da testimonio de la suavización de las costumbres, y resulta curioso seguir su evolución gradual desde la época en que los caballeros solo cabalgaban cubiertos de hierro y armados de una lanza, hasta el uso de una simple espada, convertida más en un adorno y un accesorio del blasón que en un arma de ataque. Otro rasgo de las costumbres es que antiguamente los combates singulares tenían lugar en plena calle, ante la multitud que se apartaba para dejar el campo libre, y que hoy se celebran a escondidas; hoy la muerte de un hombre es un acontecimiento que conmueve; antaño no se le prestaba atención. El Espiritismo eliminará estos últimos vestigios de la barbarie, inculcando a los hombres el espíritu de caridad y fraternidad.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XIII. QUE VUESTRA MANO IZQUIERDA NO SEPA LO QUE DA VUESTRA MANO DERECHA

✦

1 Hacer el bien sin ostentación.

Cuidad de no hacer vuestras buenas obras delante de los hombres para que os vean; de lo contrario, no recibiréis la recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. — Cuando deis limosna, no hagáis sonar la trompeta delante de vosotros, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles para ser honrados por los hombres. En verdad os digo que ya han recibido su recompensa. — Pero cuando deis limosna, que vuestra mano izquierda no sepa lo que hace vuestra mano derecha; — para que la limosna quede en secreto; y vuestro Padre, que ve lo que sucede en secreto, os dará la recompensa. (San Mateo, cap. vî, v. de 1 a 4.)

2 Cuando Jesús bajó de la montaña, una gran multitud lo siguió; — y al mismo tiempo un leproso se acercó a él y lo adoró, diciéndole: Señor, si queréis, podéis curarme. — Jesús extendió la mano, lo tocó y le dijo: Quiero, quedad curado; y al instante quedó curada la lepra. — Entonces Jesús le dijo: Guardaos bien de hablar de esto a nadie; pero id a presentaros a los sacerdotes y ofreced el don prescrito por Moisés, para que les sirva de testimonio. (San Mateo, cap. viii, v. de \ a 4.)

3 Hacer el bien sin ostentación es un gran mérito; ocultar la mano que da es aún más meritorio; es la señal indiscutible de una gran superioridad moral: pues, para ver las cosas desde más alto que el común de la gente, es pre-

ciso hacer abstracción de la vida presente e identificarse con la vida futura; es preciso, en una palabra, situarse por encima de la humanidad para renunciar a la satisfacción que proporciona el reconocimiento de los hombres y esperar la aprobación de Dios. Quien aprecia la aprobación de los hombres más que la de Dios demuestra que tiene más fe en los hombres que en Dios, y que la vida presente es para él más que la vida futura, o incluso que no cree en la vida futura; si dice lo contrario, actúa como si no creyera en lo que dice.

¡Cuántos hay que solo prestan ayuda con la esperanza de que el beneficiado vaya a proclamar el favor a los cuatro vientos; que, a plena luz del día, darán una gran suma, y en la sombra no darían ni una moneda! Por eso Jesús dijo: «Quienes hacen el bien con ostentación ya han recibido su recompensa»; en efecto, quien busca su glorificación en la tierra mediante el bien que hace ya se ha pagado a sí mismo; Dios ya no le debe nada; solo le queda recibir el castigo de su orgullo.

Que la mano izquierda no sepa lo que da la mano derecha es una imagen que caracteriza admirablemente la beneficencia modesta; pero, si existe la modestia real, también existe la modestia fingida, el simulacro de la modestia; hay personas que ocultan la mano que da, procurando dejar asomar una parte y mirando si alguien las ve ocultarla. ¡Indigna parodia de las máximas de Cristo! Si los benefactores orgullosos son menospreciados entre los hombres, ¡qué será ante Dios! También ellos han recibido su recompensa en la tierra. Los han visto; están satisfechos de haber sido vistos: eso es todo lo que tendrán.

¿Cuál será, pues, la recompensa de quien hace pesar sus favores sobre el beneficiado, le impone en cierto modo muestras de gratitud y le hace sentir su posición al encarecer el valor de los sacrificios que se impone por él?

¡Oh! Ese ni siquiera tiene la recompensa terrenal, pues se ve privado de la dulce satisfacción de oír bendecir su nombre, y ese es un primer castigo de su orgullo; las lágrimas que seca en provecho de su vanidad, en lugar de subir al cielo, han vuelto a caer sobre el corazón del afligido y lo han llagado. El bien que hace no le aprovecha, puesto que lo echa en cara, pues todo favor que se echa en cara es una moneda alterada y sin valor.

La ayuda sin ostentación tiene un doble mérito; además de la caridad material, es caridad moral; tiene en cuenta la susceptibilidad del beneficiado; le hace aceptar el favor sin que su amor propio sufra por ello, y salvaguarda su dignidad de hombre, pues hay quien aceptará un servicio y no recibiría una limosna; ahora bien, convertir el servicio en limosna por la manera de prestarlo es humillar a quien lo recibe, y siempre hay orgullo y maldad en humillar a alguien. La verdadera caridad, por el contrario, es delicada e ingeniosa para disimular el favor, para evitar hasta las menores apariencias hirientes, pues toda herida moral se suma al sufrimiento que nace de la necesidad; sabe encontrar palabras dulces y afables que hacen que el beneficiado se sienta a gusto ante el benefactor, mientras que la caridad orgullosa lo abruma. Lo sublime de la verdadera generosidad se da cuando el benefactor, cambiando de papel, encuentra el modo de parecer él mismo el beneficiado ante aquel a quien presta un servicio. Eso es lo que quieren decir estas palabras: Que la mano izquierda no sepa lo que da la mano derecha.

[4] Las desdichas ocultas

En las grandes calamidades, la caridad se conmueve, y se ven impulsos generosos para reparar los desastres; pero, junto a esos desastres generales, hay miles de desastres particulares que pasan inadvertidos, personas que yacen en un camastro sin quejarse. Son esas desdichas discretas y ocultas las que

la verdadera generosidad sabe ir a descubrir sin esperar a que vengan a pedir ayuda.

¿Quién es esa mujer de aire distinguido, de vestir sencillo aunque cuidado, seguida de una muchacha vestida con la misma modestia? Entra en una casa de aspecto sórdido donde sin duda la conocen, pues en la puerta la saludan con respeto. ¿Adónde va? Sube hasta la buhardilla: allí yace una madre de familia rodeada de niños pequeños; a su llegada, la alegría brilla en esos rostros demacrados; es que viene a calmar todos esos dolores; trae lo necesario acompañado de palabras dulces y consoladoras que hacen aceptar el favor sin sonrojo, pues esos desdichados no son mendigos de profesión; el padre está en el hospital, y mientras tanto la madre no puede atender a todas las necesidades. Gracias a ella, esos pobres niños no padecerán ni frío ni hambre; irán a la escuela bien abrigados, y el pecho de la madre no se secará para los más pequeños. Si hay algún enfermo entre ellos, ningún cuidado material le repugnará. De allí se dirige al hospital para llevar al padre algunas cosas que le agraden y tranquilizarlo sobre la suerte de su familia. En la esquina de la calle la espera un carruaje, verdadero almacén de todo lo que lleva a sus protegidos, a quienes visita así sucesivamente; no les pregunta ni por sus creencias ni por sus opiniones, pues para ella todos los hombres son hermanos e hijos de Dios. Terminada su ronda, se dice: He comenzado bien mi día. ¿Cómo se llama? ¿Dónde vive? Nadie lo sabe; para los desdichados, es un nombre que no revela nada; pero es el ángel del consuelo; y, por la noche, un concierto de bendiciones se eleva por ella hacia el Creador: católicos, judíos, protestantes, todos la bendicen.

¿Por qué viste con tanta sencillez? Porque no quiere insultar a la miseria con su lujo. ¿Por qué se hace acompañar por su joven hija? Para enseñarle cómo se debe practicar la beneficencia. Su hija también quiere hacer cari-

dad, pero su madre le dice: «¿Qué puedes dar, hija mía, si no tienes nada tuyo? Si te entrego algo para que lo pases a otros, ¿qué mérito tendrás? En realidad, sería yo quien haría la caridad y tú quien se llevaría el mérito; eso no es justo. Cuando vamos a visitar a los enfermos, me ayudas a cuidarlos; ahora bien, dar cuidados es dar algo. ¿No te parece suficiente? Nada más sencillo; aprende a hacer labores útiles y confeccionarás ropa para esos niños pequeños; de ese modo darás algo que venga de ti». Así es como esta madre verdaderamente cristiana forma a su hija en la práctica de las virtudes enseñadas por Cristo. ¿Es espiritista? ¡Qué importa!

En su hogar es una mujer de sociedad, porque su posición lo exige; pero se ignora lo que hace, porque no quiere otra aprobación que la de Dios y la de su conciencia. Sin embargo, un día una circunstancia imprevista lleva a su casa a una de sus protegidas, que le traía un trabajo terminado; esta la reconoció y quiso bendecir a su benefactora. «¡Silencio! —le dijo—; no se lo digáis a nadie». Así hablaba Jesús.

El óbolo de la viuda.

5 Jesús, sentado frente al arca de las ofrendas, observaba cómo el pueblo echaba dinero en ella, y que varios ricos echaban mucho. — Llegó también una pobre viuda que echó solamente dos pequeñas monedas del valor de un cuarto de sueldo.

5.2 — Entonces Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: En verdad os digo que esta pobre viuda ha dado más que todos los que han echado en el arca; — pues todos los demás han dado de su abundancia, pero ella ha dado de su indigencia, incluso todo lo que tenía y todo lo que le quedaba para vivir. (San Marcos, cap. xii, v. de 41 a 44. — San Lucas, cap. xxi, v. de 1 a 4.)

6 Muchas personas lamentan no poder hacer tanto bien como quisieran, por falta de recursos suficientes, y si desean la fortuna es, según dicen, para hacer buen uso de ella.

6.2 La intención es loable, sin duda, y puede ser muy sincera en algunos; pero ¿es del todo seguro que sea completamente desinteresada en todos? ¿No hay quienes, aun deseando hacer el bien a los demás, estarían muy contentos de empezar por hacérselo a sí mismos, de darse algunos placeres más, de procurarse un poco de lo superfluo que les falta, para luego dar el resto a los pobres?

6.3 Ese pensamiento oculto, que tal vez se disimulan a sí mismos, pero que encontrarían en el fondo de su corazón si quisieran examinarlo, anula el mérito de la intención, pues la verdadera caridad piensa en los demás antes de pensar en sí misma.

6.4 Lo sublime de la caridad, en este caso, sería buscar en el propio trabajo, mediante el empleo de las fuerzas, de la inteligencia y de los talentos, los recursos que faltan para realizar las intenciones generosas; ese sería el sacrificio más agradable al Señor.

6.5 Por desgracia, la mayoría sueña con medios más fáciles de enriquecerse de golpe y sin esfuerzo, persiguiendo quimeras, como el descubrimiento de tesoros, un golpe de azar favorable, el cobro de herencias inesperadas, etc. ¿Qué decir de quienes esperan encontrar, para que los ayuden en búsquedas de esta naturaleza, auxiliares entre los Espíritus?

6.6 Sin duda no conocen ni comprenden el fin sagrado del espiritismo, y menos aún la misión de los Espíritus, a quienes Dios permite comunicarse con los hombres; por eso son castigados con decepciones.

6.7 (Libro de los Médiums, Aquellos cuya intención está libre de toda idea personal deben consolarse de su impotencia para hacer tanto bien como quisieran pensando que el óbolo del pobre, que da privándose de algo, pesa más en la balanza de Dios que el oro del rico que da sin privarse de nada.

6.8 Sin duda sería grande la satisfacción de poder socorrer ampliamente la indigencia; pero, si esa satisfacción es negada, hay que someterse y limitarse a hacer lo que se puede. Además, ¿solo con oro se pueden secar las lágrimas, y hay que permanecer inactivo porque no se posee?

6.9 Quien quiere sinceramente ser útil a sus hermanos encuentra mil ocasiones para ello; que las busque y las encontrará; si no es de una manera, será de otra, pues no hay nadie que, disponiendo libremente de sus facultades, no pueda prestar algún servicio, dar un consuelo, aliviar un sufrimiento físico o moral, hacer una gestión útil; a falta de dinero, ¿no tiene cada uno su esfuerzo, su tiempo, su descanso, de los que puede dar una parte? Ahí también está el óbolo del pobre, el óbolo de la viuda.

7 Invitar a los pobres y a los lisiados

Dijo también al que lo había invitado: Cuando deis una comida o una cena, no invitéis a vuestros amigos, ni a vuestros hermanos, ni a vuestros parientes, ni a vuestros vecinos ricos, por temor a que después os inviten a su vez y así os devuelvan lo que habían recibido de vosotros. — Pero cuando deis un banquete, invitad a los pobres, a los lisiados, a los cojos y a los ciegos; — y seréis dichosos porque no tendrán medios de devolvéroslo; pues os será devuelto en la resurrección de los justos.

Uno de los que estaban a la mesa, al oír estas palabras, le dijo: Dichoso el que coma pan en el reino de Dios. (San Lucas, cap. xiv, vv. de 12 a 15.)

8 «Cuando deis un banquete, dice Jesús, no invitéis a vuestros amigos, sino a los pobres y a los lisiados». Estas palabras, absurdas si se toman al pie de la letra, son sublimes si se busca su espíritu. Jesús no puede haber querido decir que, en lugar de los amigos, haya que reunir a la mesa a los mendigos de la calle; su lenguaje era casi siempre figurado, y a unos hombres incapaces de comprender los delicados matices del pensamiento había que ofrecerles imágenes fuertes, que produjeran el efecto de los colores de vivo contraste. El fondo de su pensamiento se revela en estas palabras: «Seréis dichosos porque no tendrán medios de devolvéroslo»; es decir, que no se debe hacer el bien esperando algo a cambio, sino por el solo placer de hacerlo. Para dar una comparación impactante, dice: Invitad a vuestros banquetes a los pobres, pues sabéis que ellos no podrán devolveros nada; y por banquetes hay que entender, no las comidas propiamente dichas, sino la participación en la abundancia de la que disfrutáis.

Sin embargo, estas palabras también pueden aplicarse en un sentido más literal. ¡Cuántas personas solo invitan a su mesa a quienes pueden, como dicen, honrarlas con su presencia, o invitarlas a su vez! Otras, por el contrario, encuentran satisfacción en recibir a aquellos de sus parientes o amigos que son menos afortunados; ahora bien, ¿quién no tiene alguno entre los suyos? A veces es prestarles un gran servicio sin que lo parezca. Estas personas, sin ir a buscar a los ciegos y a los lisiados, practican la máxima de Jesús si lo hacen por benevolencia, sin ostentación, y si saben disimular el beneficio con una cordialidad sincera.

9 Instrucciones de los Espíritus La caridad material y la caridad moral

«Amémonos los unos a los otros y hagamos a los demás lo que querríamos que se nos hiciera». Toda la religión, toda la moral están contenidas en es-

tos dos preceptos; si se siguieran aquí en la tierra, todos seríais perfectos: no habría más odios ni desacuerdos; diré aún más: no habría más pobreza, pues con lo que sobra de la mesa de cada rico se alimentarían muchos pobres, y ya no veríais, en los barrios sombríos que habité durante mi última encarnación, a pobres mujeres arrastrando tras de sí a desdichados niños que carecen de todo.

¡Ricos! Pensad un poco en ello; ayudad cuanto podáis a los desdichados; dad, para que Dios os devuelva un día el bien que hayáis hecho, para que encontréis, al salir de vuestra envoltura terrestre, un cortejo de Espíritus agradecidos que os recibirán en el umbral de un mundo más feliz.

¡Si pudierais saber la alegría que sentí al encontrar allá arriba a quienes había podido ayudar en mi última vida!...

Amad, pues, a vuestro prójimo; amadlo como a vosotros mismos, porque ahora lo sabéis: ese desdichado al que rechazáis es quizá un hermano, un padre, un amigo al que alejáis de vosotros; y entonces, ¡cuál será vuestra desesperación al reconocerlo en el mundo de los Espíritus!

Deseo que comprendáis bien lo que puede ser la caridad moral, la que todos pueden practicar; la que no cuesta nada material y, sin embargo, es la más difícil de poner en práctica.

La caridad moral consiste en soportarse unos a otros, y eso es lo que menos hacéis en este mundo en el que estáis encarnados por el momento. Hay un gran mérito, creedme, en saber callar para dejar hablar a alguien más necio que uno mismo; y también esa es una forma de caridad. Saber hacerse el sordo cuando una palabra burlona escapa de una boca acostumbrada a mofarse; no ver la sonrisa desdeñosa que acoge vuestra entrada en casa de personas que, a menudo sin razón, se creen por encima de vosotros, mientras que en la vida espírita, la única real, a veces están muy lejos de ello; ese es

un mérito, no de humildad, sino de caridad; pues no reparar en las faltas ajenas es caridad moral.

Sin embargo, esta caridad no debe impedir la otra; pero pensad, sobre todo, en no despreciar a vuestro semejante; recordad todo lo que ya os he dicho: Hay que recordar sin cesar que, al rechazar al pobre, quizá rechazáis a un Espíritu que os fue querido y que se encuentra momentáneamente en una posición inferior a la vuestra. He vuelto a ver a uno de los pobres de vuestra tierra al que, por fortuna, había podido ayudar algunas veces, y a quien ahora me sucede que imploro a mi vez.

Recordad que Jesús dijo que somos hermanos, y pensad siempre en ello antes de rechazar al leproso o al mendigo. Adiós; pensad en los que sufren y orad. (Hermana Rosalía. París, 1860.)

10 Amigos míos, he oído a varios de vosotros decirse: ¿Cómo puedo hacer caridad? ¡A menudo ni siquiera tengo lo necesario!

La caridad, amigos míos, se hace de muchas maneras; podéis hacer caridad con el pensamiento, con las palabras y con las acciones. Con el pensamiento: orando por los pobres abandonados que murieron sin haber podido ver la luz; una oración del corazón los alivia. Con las palabras: dando algunos buenos consejos a vuestros compañeros de todos los días; decid a los hombres amargados por la desesperación y las privaciones, y que blasfeman contra el nombre del Altísimo: «Yo era como vosotros; sufría, era desdichado, pero creí en el Espiritismo y, ya veis, ahora soy feliz». A los ancianos que os digan: «Es inútil; estoy al final de mi camino; moriré como he vivido». Decidles: «Dios tiene para todos nosotros una justicia igual; recordad a los obreros de la décima hora». A los niños pequeños que, ya corrompidos por su entorno, van vagando por los caminos, dispuestos a su-

cumbir a las malas tentaciones, decidles: «Dios os ve, queridos pequeños», y no temáis repetirles a menudo estas dulces palabras; acabarán por germinar en su joven inteligencia y, en lugar de pequeños vagabundos, habréis formado hombres. También eso es caridad.

Varios de vosotros también dicen: «¡Bah! Somos tantos en la tierra que Dios no puede vernos a todos». Escuchad bien esto, amigos míos: Cuando estáis en la cima de una montaña, ¿acaso vuestra mirada no abarca los miles de millones de granos de arena que cubren esa montaña? ¡Pues bien! Dios os ve de la misma manera; os deja vuestro libre albedrío, como vosotros dejáis que esos granos de arena vayan a merced del viento que los dispersa; solo que Dios, en su misericordia infinita, ha puesto en el fondo de vuestro corazón un centinela vigilante al que se llama conciencia. Escuchadla; solo os dará buenos consejos. A veces la adormecéis oponiéndole el espíritu del mal; entonces calla; pero tened la certeza de que la pobre abandonada se hará oír en cuanto le hayáis dejado entrever la sombra del remordimiento. Escuchadla, consultadla, y a menudo encontraréis consuelo en el consejo que hayáis recibido de ella.

Amigos míos, a cada regimiento nuevo el general le entrega una bandera; yo os doy esta máxima de Cristo: «Amaos los unos a los otros». Practicad esta máxima; reuníos todos alrededor de este estandarte, y de él recibiréis felicidad y consuelo. (Un Espíritu protector. Lyon, 1860.) La beneficencia.

11. La beneficencia, amigos míos, os dará en este mundo los goces más puros y más dulces, las alegrías del corazón que no se ven turbadas ni por el remordimiento ni por la indiferencia. ¡Oh! ¡Ojalá pudierais comprender todo lo grande y dulce que encierra la generosidad de las almas hermosas, ese sentimiento que hace que uno mire a los demás con los mismos ojos con que se mira a sí mismo, que se despoje con alegría para cubrir a su her-

mano! ¡Ojalá, amigos míos, no tuvierais ocupación más dulce que la de hacer felices a los demás! ¿Qué fiestas del mundo podríais comparar con esas fiestas alegres, cuando, como representantes de la Divinidad, devolvéis la alegría a esas pobres familias que solo conocen de la vida las vicisitudes y las amarguras; cuando de pronto veis esos rostros marchitos resplandecer de esperanza, pues no tenían pan, esos desdichados, y sus pequeños hijos, sin saber que vivir es sufrir, gritaban, lloraban y repetían estas palabras que se hundían como una espada afilada en el corazón materno: ¡Tengo hambre!... ¡Oh! ¡Comprended qué deliciosas son las impresiones de quien ve renacer la alegría allí donde, un instante antes, solo veía desesperación! ¡Comprended cuáles son vuestras obligaciones para con vuestros hermanos! Id, id al encuentro del infortunio; acudid sobre todo en ayuda de las miserias ocultas, pues son las más dolorosas. Id, mis bienamados, y recordad estas palabras del Salvador: «Cuando vistáis a uno de estos pequeños, pensad que a mí me lo hacéis».

¡Caridad! Palabra sublime que resume todas las virtudes, tú eres quien debe conducir a los pueblos a la felicidad; al practicarte, se crearán goces infinitos para el porvenir, y durante su destierro en la tierra, serás su consuelo, el anticipo de las alegrías que disfrutarán más tarde cuando todos se abracen en el seno del Dios de amor. Tú, virtud divina, me has procurado los únicos momentos de felicidad que he disfrutado en la tierra. Ojalá mis hermanos encarnados crean en la voz del amigo que les habla y les dice: En la caridad debéis buscar la paz del corazón, la satisfacción del alma, el remedio contra las aflicciones de la vida. ¡Oh! Cuando estéis a punto de acusar a Dios, dirigid una mirada por debajo de vosotros; ved cuántas miserias hay que aliviar; cuántos pobres niños sin familia; ¡cuántos ancianos que no tienen una mano amiga que los socorra y les cierre los ojos cuando la

muerte los reclame! ¡Cuánto bien hay por hacer! ¡Oh! No os quejéis; por el contrario, dad gracias a Dios y prodigad a manos llenas vuestra simpatía, vuestro amor y vuestro dinero a todos aquellos que, desheredados de los bienes de este mundo, languidecen en el sufrimiento y en el aislamiento. Recogeréis aquí en la tierra alegrías muy dulces, y más tarde... ¡Solo Dios lo sabe!... (Adolfo, obispo de Argel. Burdeos, 1861.)

12 Sed buenos y caritativos; tenéis en vuestras manos la llave de los cielos; toda la felicidad eterna está encerrada en esta máxima: Amaos los unos a los otros. El alma solo puede elevarse a las regiones espirituales mediante la abnegación hacia el prójimo; solo encuentra felicidad y consuelo en los impulsos de la caridad; sed buenos, sostened a vuestros hermanos, dejad de lado la terrible llaga del egoísmo; el cumplimiento de este deber debe abriros el camino de la felicidad eterna. Por lo demás, ¿quién de vosotros no ha sentido saltar su corazón y ensancharse su alegría interior al escuchar el relato de un hermoso acto de abnegación, de una obra verdaderamente caritativa? Si solo buscarais el placer que proporciona una buena acción, permaneceríais siempre en el camino del progreso espiritual. No os faltan ejemplos; lo que escasea es la buena voluntad. Ved la multitud de hombres de bien cuyo piadoso recuerdo os trae vuestra historia.

¿No os ha dicho Cristo todo lo que concierne a estas virtudes de caridad y amor? ¿Por qué se dejan de lado sus divinas enseñanzas? ¿Por qué se cierran los oídos a sus divinas palabras y el corazón a todas sus dulces máximas? Quisiera que se pusiera más interés y más fe en las lecturas evangélicas; se abandona este libro, se lo convierte en una palabra vacía, en letra incomprendida; se deja en el olvido este código admirable: vuestros males solo provienen del abandono voluntario que hacéis de este resumen de las leyes

divinas. Leed, pues, estas páginas que arden enteramente con la abnegación de Jesús, y meditadlas.

Hombres fuertes, ceñíos; hombres débiles, haced de vuestra dulzura y de vuestra fe vuestras armas; tened más persuasión y más constancia en la propagación de vuestra nueva doctrina; solo hemos venido a daros ánimo, y solo para estimular vuestro celo y vuestras virtudes permite Dios que nos manifestemos a vosotros; pero, si se quisiera, solo se necesitaría la ayuda de Dios y la propia voluntad: las manifestaciones espíritas solo están hechas para los ojos cerrados y los corazones indóciles.

La caridad es la virtud fundamental que debe sostener todo el edificio de las virtudes terrenales: sin ella, las demás no existen. Sin caridad no hay esperanza de una suerte mejor, ni interés moral que nos guíe; sin caridad no hay fe, pues la fe es solo un rayo puro que hace brillar un alma caritativa.

La caridad es el ancla eterna de la salvación en todos los mundos: es la emanación más pura del propio Creador; es su propia virtud, que él da a la criatura. ¿Cómo se podría desconocer esta suprema bondad? ¿Qué corazón sería, con este pensamiento, lo bastante perverso para rechazar y expulsar este sentimiento enteramente divino? ¿Qué hijo sería lo bastante malo para rebelarse contra esta dulce caricia: la caridad?

No me atrevo a hablar de lo que he hecho, pues los Espíritus también sienten pudor por sus obras; pero creo que la que he comenzado es una de las que más deben contribuir al alivio de vuestros semejantes. A menudo veo a los Espíritus pedir como misión continuar mi tarea; las veo, mis dulces y queridas hermanas, en su piadoso y divino ministerio; las veo practicar la virtud que os recomiendo, con toda la alegría que proporciona esa existencia de abnegación y sacrificios; es una gran felicidad para mí ver cuánto se honra su carácter, cuánto se ama y se protege con dulzura su misión. Hom-

bres de bien, de buena y firme voluntad, uníos para continuar a gran escala la obra de propagación de la caridad; encontraréis la recompensa de esta virtud en su propio ejercicio; no hay alegría espiritual que no dé ya desde la vida presente. Permaneced unidos; amaos los unos a los otros según los preceptos de Cristo. Así sea. (San Vicente de Paúl. París, 1858.)

13 Me llamo caridad, soy el camino principal que conduce a Dios; seguidme, pues soy la meta a la que todos debéis aspirar.

Esta mañana he hecho mi recorrido habitual y, con el corazón afligido, vengo a deciros: ¡Oh, amigos míos, cuántas miserias, cuántas lágrimas, y cuánto tenéis que hacer para secarlas todas! He intentado en vano consolar a unas pobres madres; les decía al oído: ¡Ánimo! Hay buenos corazones que velan por vosotras; no os abandonarán; ¡paciencia! Dios está aquí; sois sus amadas, sois sus elegidas. Parecían oírme y volvían hacia mí sus grandes ojos extraviados; leía en sus pobres rostros que su cuerpo, ese tirano del Espíritu, tenía hambre, y que, si mis palabras serenaban un poco su corazón, no llenaban su estómago. Yo seguía repitiendo: ¡Ánimo! ¡Ánimo! Entonces una pobre madre, muy joven, que amamantaba a un niño pequeño, lo tomó en sus brazos y lo tendió hacia el espacio vacío, como para rogarme que protegiera a aquel pobre ser pequeño que solo recibía de un pecho estéril un alimento insuficiente. En otro lugar, amigos míos, he visto a pobres ancianos sin trabajo y pronto sin refugio, expuestos a todos los sufrimientos de la necesidad y que, avergonzados de su miseria, no se atrevían, ellos que nunca habían mendigado, a ir a implorar la piedad de los transeúntes. Con el corazón conmovido de compasión, yo, que nada tengo, me he hecho mendiga por ellos, y voy por todas partes a estimular la beneficencia, a inspirar buenos pensamientos a los corazones generosos y compasivos. Por

eso vengo a vosotros, amigos míos, y os digo: Allá hay desdichados cuya artesa está sin pan, cuyo hogar está sin fuego y cuya cama está sin manta. No os digo lo que debéis hacer; dejo la iniciativa a vuestros buenos corazones; si os dictara vuestra línea de conducta, ya no tendríais el mérito de vuestra buena acción; solo os digo: Soy la caridad, y os tiendo la mano por vuestros hermanos que sufren.

Pero, si pido, también doy, y doy mucho; os invito a un gran banquete y os proporciono el árbol del que todos os saciaréis. ¡Ved qué hermoso es, qué cargado está de flores y frutos! Id, id, recoged, tomad todos los frutos de este hermoso árbol que se llama beneficencia. En el lugar de las ramas que hayáis tomado, colgaré todas las buenas acciones que hagáis, y llevaré de nuevo este árbol a Dios para que vuelva a cargarlo, pues la beneficencia es inagotable. Seguidme, pues, amigos míos, para que os cuente entre quienes se alistan bajo mi bandera; no temáis; os conduciré por el camino de la salvación, pues soy la Caridad. (Carita, martirizada en Roma. Lyon, 1861.)

14 Hay varias maneras de practicar la caridad, que muchos de vosotros confundís con la limosna; no obstante, hay una gran diferencia. La limosna, amigos míos, es a veces útil, pues alivia a los pobres; pero casi siempre es humillante tanto para quien la da como para quien la recibe. La caridad, por el contrario, une al benefactor con el beneficiado, ¡y además se disfraza de tantas maneras! Se puede ser caritativo incluso con los familiares y los amigos, siendo indulgentes unos con otros, perdonándose sus debilidades, procurando no herir el amor propio de nadie; en vuestro caso, espíritas, en vuestra manera de actuar con quienes no piensan como vosotros; llevando a creer a los menos clarividentes, y haciéndolo sin herirlos, sin enfrentarse abiertamente a sus convicciones, sino llevándolos con mucha dulzura a

nuestras reuniones, donde podrán oírnos y donde sabremos encontrar la brecha del corazón por la que deberemos penetrar. Esto en cuanto a un aspecto de la caridad.

Escuchad ahora lo referente a la caridad hacia los pobres, esos desheredados de este mundo, pero recompensados por Dios si saben aceptar sus miserias sin murmurar, y eso depende de vosotros. Voy a hacerme entender mediante un ejemplo.

Veo varias veces por semana una reunión de señoras: las hay de todas las edades; para nosotros, ya lo sabéis, todas son hermanas. ¿Qué hacen, pues? Trabajan deprisa, deprisa; sus dedos son ágiles; ¡ved también qué radiantes están sus rostros y cómo laten sus corazones al unísono! Pero ¿cuál es su propósito? Ven acercarse el invierno, que será duro para los hogares pobres; las hormigas no han podido acumular durante el verano el grano necesario para sus provisiones, y la mayor parte de las pertenencias están empeñadas; las pobres madres se inquietan y lloran al pensar en los niños pequeños que este invierno tendrán frío y hambre. Pero ¡paciencia, pobres mujeres! Dios ha inspirado a otras más afortunadas que vosotras; se han reunido y os confeccionan pequeñas prendas; luego, uno de estos días, cuando la nieve haya cubierto la tierra y murmuréis diciendo: «Dios no es justo», pues esas son las palabras habituales de quienes sufrís, entonces veréis aparecer a uno de los hijos de esas buenas trabajadoras que se han convertido en las obreras de los pobres; sí, era para vosotras para quienes trabajaban así, y vuestra murmuración se convertirá en bendición, pues en el corazón de los desdichados el amor sigue muy de cerca al odio.

Como todas estas trabajadoras necesitan ánimo, veo que las comunicaciones de los buenos Espíritus les llegan de todas partes; los hombres que forman parte de esta sociedad también prestan su ayuda haciendo una de esas

lecturas que tanto agradan; y nosotros, para recompensar el celo de todos y de cada uno en particular, prometemos a estas laboriosas obreras una buena clientela que les pagará, al contado, en bendiciones, única moneda que circula en el cielo, asegurándoles además, y sin temor a prometer demasiado, que no les faltará. (Carita. Lyon, 1861.)

15 Mis queridos amigos, cada día oigo a algunos de vosotros decir: «Soy pobre, no puedo practicar la caridad»; y cada día os veo faltar a la indulgencia con vuestros semejantes; no les perdonáis nada y os erigís en jueces a menudo severos, sin preguntaros si estaríais satisfechos de que hicieran lo mismo con vosotros. ¿Acaso la indulgencia no es también caridad? Vosotros, que solo podéis practicar la caridad indulgente, practicadla al menos, pero hacedlo con grandeza. En cuanto a la caridad material, quiero contaros una historia del otro mundo.

Dos hombres acababan de morir; Dios había dicho: Mientras estos dos hombres vivan, se pondrá en un saco cada una de sus buenas acciones y, a su muerte, se pesarán esos sacos. Cuando estos dos hombres llegaron a su última hora, Dios hizo que le trajeran los dos sacos; uno era voluminoso, grande, bien lleno, y resonaba el metal que lo llenaba; el otro era muy pequeño y tan delgado que se podían ver a través de él las escasas monedas que contenía; y cada uno de estos hombres reconoció su saco: Este es el mío, dijo el primero; lo reconozco; he sido rico y he dado mucho. Ese es el mío, dijo el otro; siempre he sido pobre, ¡ay!, casi no tenía nada que compartir. Pero ¡oh, sorpresa! Puestos los dos sacos en la balanza, el más grande se volvió ligero y el pequeño se hizo pesado, tanto que superó con mucho el peso del otro lado de la balanza. Entonces Dios dijo al rico: Has dado mucho, es verdad, pero has dado por ostentación y para ver tu nombre fi-

gurar en todos los templos del orgullo; además, al dar no te has privado de nada; ve a la izquierda y date por satisfecho de que la limosna todavía se te cuente por alguna pequeña cosa. Después dijo al pobre: Tú has dado muy poco, amigo mío; pero cada una de las monedas que hay en esta balanza representa una privación para ti; si no has dado limosna, has practicado la caridad y, lo que es mejor, has practicado la caridad de manera natural, sin pensar que se te tendría en cuenta; has sido indulgente; no has juzgado a tu semejante, sino que, por el contrario, lo has disculpado en todas sus acciones: pasa a la derecha y ve a recibir tu recompensa. (Un Espíritu protector. Lyon, 1861.)

16 La mujer rica, feliz, que no necesita emplear su tiempo en las tareas de su hogar, ¿no puede dedicar algunas horas a trabajos útiles para sus semejantes? Que con lo que le sobra de sus placeres compre con qué cubrir al desdichado que tiembla de frío; que haga, con sus manos delicadas, prendas toscas pero abrigadas; que ayude a la madre a vestir al niño que va a nacer; si su propio hijo tiene algunos encajes menos, el del pobre estará más abrigado. Trabajar para los pobres es trabajar en la viña del Señor.

Y tú, pobre obrera, que no tienes nada de sobra, pero que quieres, por amor a tus hermanos, dar también de lo poco que posees, da algunas horas de tu jornada, de tu tiempo, tu único tesoro; haz esas labores elegantes que tientan a los afortunados; vende el trabajo de tus desvelos y también podrás aportar tu parte de alivio a tus hermanos; quizá tengas algunas cintas menos, pero darás zapatos a quien tiene los pies descalzos.

Y vosotras, mujeres consagradas a Dios, trabajad también en su obra, pero que vuestras labores delicadas y costosas no se hagan solamente para adornar vuestras capillas, para atraer la atención sobre vuestra destreza y vues-

tra paciencia; trabajad, hijas mías, y que el precio de vuestras labores se dedique al alivio de vuestros hermanos en Dios; los pobres son sus hijos predilectos; trabajar para ellos es glorificarlo. Sed para ellos la Providencia que dice: A las aves del cielo Dios les da el alimento. Que el oro y la plata que se tejen bajo vuestros dedos se conviertan en ropa y alimento para quienes carecen de ellos. Haced esto y vuestro trabajo será bendecido.

Y todos vosotros que podéis producir, dad; dad vuestro ingenio, dad vuestras inspiraciones, dad vuestro corazón, que Dios bendecirá. Poetas, escritores, a quienes solo leen las gentes de sociedad, entretened sus horas de ocio, pero que el producto de algunas de vuestras obras se dedique al alivio de los desdichados; pintores, escultores, artistas de toda clase, que vuestra inteligencia acuda también en ayuda de vuestros hermanos, no tendréis por ello menos gloria y habrá algunos sufrimientos menos.

Todos podéis dar; sea cual sea vuestra clase, tenéis algo que podéis compartir; sea lo que sea lo que Dios os haya dado, debéis una parte a quien carece de lo necesario, porque en su lugar os alegraría que otro compartiera con vosotros. Vuestros tesoros de la tierra serán un poco menores, pero vuestros tesoros en el cielo serán más abundantes; allí recogeréis multiplicado por cien lo que hayáis sembrado en buenas obras aquí abajo. (Juan. Burdeos, 1861.) La piedad.

17 La piedad es la virtud que más os acerca a los ángeles; es la hermana de la caridad que os conduce hacia Dios. ¡Ah! Dejad que vuestro corazón se enternezca ante las miserias y los sufrimientos de vuestros semejantes; vuestras lágrimas son un bálsamo que vertéis sobre sus heridas, y cuando, mediante una dulce simpatía, lográis devolverles la esperanza y la resignación, ¡qué deleite sentís! Este deleite, es cierto, tiene cierta amargura, pues nace

junto a la desgracia; pero si no tiene la aspereza de los placeres mundanos, tampoco tiene las dolorosas decepciones del vacío que estos dejan tras de sí; tiene una suavidad penetrante que alegra el alma. La piedad, una piedad profundamente sentida, es amor; el amor es entrega; la entrega es olvido de uno mismo; y ese olvido, esa abnegación en favor de los desdichados, es la virtud por excelencia, la que practicó toda su vida el divino Mesías y que enseñó en su doctrina tan santa y tan sublime. Cuando esta doctrina recupere su pureza primitiva y sea admitida por todos los pueblos, dará la felicidad a la tierra haciendo reinar por fin en ella la concordia, la paz y el amor.

El sentimiento más adecuado para haceros progresar dominando vuestro egoísmo y vuestro orgullo, el que dispone vuestra alma a la humildad, a la beneficencia y al amor al prójimo, ¡es la piedad! Esa piedad que os conmueve hasta las entrañas ante los sufrimientos de vuestros hermanos, que os hace tenderles una mano de socorro y os arranca lágrimas de simpatía. No ahoguéis, pues, nunca en vuestros corazones esta emoción celestial, no hagáis como esos egoístas endurecidos que se alejan de los afligidos porque la vista de su miseria perturbaría por un instante su alegre existencia; temed permanecer indiferentes cuando podéis ser útiles. La tranquilidad comprada al precio de una indiferencia culpable es la tranquilidad del mar Muerto, que oculta en el fondo de sus aguas el lodo fétido y la corrupción.

¡Qué lejos está, sin embargo, la piedad de causar la turbación y el tedio que tanto espantan al egoísta! Sin duda, al entrar en contacto con la desgracia ajena y reflexionar sobre sí misma, el alma experimenta una conmoción natural y profunda que hace vibrar todo vuestro ser y os afecta dolorosamente; pero la compensación es grande cuando lográis devolver el valor y la esperanza a un hermano desdichado a quien enternece el apretón de una

mano amiga, y cuya mirada, húmeda a la vez de emoción y de gratitud, se vuelve dulcemente hacia vosotros antes de fijarse en el cielo para agradecerle que le haya enviado un consolador, un apoyo. La piedad es la melancólica pero celestial precursora de la caridad, esa primera de las virtudes de la que es hermana y cuyos beneficios prepara y ennoblece. (Miguel. Burdeos, 1862.)

18 Los huérfanos

Hermanos míos, amad a los huérfanos; ¡si supierais qué triste es estar solo y abandonado, sobre todo en la infancia! Dios permite que haya huérfanos para impulsarnos a servirles de padres. ¡Qué divina caridad es ayudar a una pobre criaturita desamparada, impedir que sufra hambre y frío, guiar su alma para que no se extravíe en el vicio! Quien tiende la mano al niño abandonado es agradable a Dios, pues comprende y practica su ley. Pensad también que a menudo el niño al que socorréis os fue querido en otra encarnación; y si pudierais recordarlo, ya no sería caridad, sino un deber. Así pues, amigos míos, todo ser que sufre es vuestro hermano y tiene derecho a vuestra caridad, no a esa caridad que hiere el corazón, no a esa limosna que quema la mano en la que cae, ¡pues vuestras dádivas son a menudo muy amargas! ¡Cuántas veces serían rechazadas si, en la buhardilla, no las esperaran la enfermedad y la indigencia! Dad con delicadeza, añadid al beneficio lo más precioso de todo: una buena palabra, una caricia, una sonrisa de amigo; evitad ese tono protector que retuerce el hierro en un corazón que sangra, y pensad que, al hacer el bien, trabajáis para vosotros y los vuestros. (Un Espíritu familiar. París, 1860.)

19 ¿Qué debe pensarse de las personas que, al haber recibido ingratitud como pago de sus buenas obras, ya no hacen el bien por miedo a encontrarse con ingratos?

Esas personas tienen más egoísmo que caridad; pues hacer el bien solo para recibir muestras de gratitud no es hacerlo con desinterés, y el beneficio desinteresado es el único que agrada a Dios. Es también orgullo, pues se complacen en la humildad del beneficiado que viene a poner su gratitud a sus pies. Quien busca en la tierra la recompensa del bien que hace no la recibirá en el cielo; pero Dios se lo tendrá en cuenta a quien no la busca en la tierra.

Siempre hay que ayudar a los débiles, aun sabiendo de antemano que aquellos a quienes se hace el bien no lo agradecerán. Sabed que, si aquel a quien prestáis un servicio olvida el beneficio, Dios os lo tendrá más en cuenta que si ya hubierais sido recompensados con la gratitud de vuestro beneficiado. Dios permite que a veces se os pague con ingratitud para poner a prueba vuestra perseverancia en hacer el bien.

Además, ¿cómo sabéis si ese beneficio, olvidado por el momento, no dará más tarde buenos frutos? Estad seguros, por el contrario, de que es una semilla que germinará con el tiempo. Por desgracia, siempre veis solo el presente; trabajáis para vosotros y no pensando en los demás. Los beneficios acaban por ablandar los corazones más endurecidos; pueden no ser reconocidos aquí abajo, pero cuando el Espíritu se haya librado de su velo carnal, recordará, y ese recuerdo será su castigo; entonces lamentará su ingratitud; querrá reparar su falta, pagar su deuda en otra existencia, a menudo incluso aceptando una vida de entrega a su benefactor. Así, sin sospecharlo, habréis contribuido a su progreso moral, y más tarde reconoceréis toda la verdad de esta máxima: Un beneficio nunca se pierde. Pero también habréis

trabajado para vosotros, pues tendréis el mérito de haber hecho el bien con desinterés y sin haberos dejado desalentar por las decepciones.
¡Ah, amigos míos! Si conocierais todos los lazos que, en la vida presente, os unen a vuestras existencias anteriores; si pudierais abarcar la multitud de relaciones que acercan a los seres unos a otros para su progreso mutuo, admiraríais aún mucho más la sabiduría y la bondad del Creador, que os permite a todos volver a vivir para llegar a él. (Guía protector. Sens, 1862.)

20 ¿Se entiende bien la beneficencia cuando se limita exclusivamente a las personas de una misma opinión, de una misma creencia o de un mismo partido?
No, es sobre todo el espíritu de secta y de partido lo que hay que abolir, pues todos los hombres son hermanos. El verdadero cristiano solo ve hermanos en sus semejantes, y antes de socorrer a quien está necesitado, no indaga ni su creencia ni su opinión sobre cosa alguna. ¿Seguiría el precepto de Jesucristo, que dice que hay que amar incluso a los enemigos, si rechazara a un desdichado porque este tuviera una fe distinta de la suya? Que lo socorra, pues, sin pedirle cuenta alguna de su conciencia, porque, si es un enemigo de la religión, ese es el medio de hacer que la ame; al rechazarlo, se le haría odiarla. (San Luis. París, 1860.)

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XIV. HONRAD A VUESTRO PADRE Y A VUESTRA MADRE

✦

1 Conocéis los mandamientos: no cometeréis adulterio; no mataréis; no robaréis; no daréis falso testimonio; no perjudicaréis a nadie; honrad a vuestro padre y a vuestra madre. (San Marcos, cap. x, v. 19; san Lucas, cap. xviii, v. 20; san Mateo, cap. xix, v. 18, 19.)

2 Honrad a vuestro padre y a vuestra madre, para que viváis mucho tiempo en la tierra que el Señor vuestro Dios os dará. (Decálogo; Éxodo, cap. xx, v. 12.)

3 Piedad filial

El mandamiento: «Honrad a vuestro padre y a vuestra madre» es una consecuencia de la ley general de caridad y de amor al prójimo, porque no se puede amar al prójimo sin amar al padre y a la madre; pero la palabra honrad encierra un deber más hacia ellos, el de la piedad filial. Dios ha querido mostrar con ello que al amor hay que añadir el respeto, las atenciones, la sumisión y la condescendencia, lo que implica la obligación de cumplir con ellos, de una manera aún más rigurosa, todo lo que la caridad manda hacia el prójimo. Este deber se extiende naturalmente a las personas que hacen las veces de padre y madre, y que tienen tanto más mérito cuanto menos obligatoria es su abnegación. Dios castiga siempre de manera rigurosa toda infracción de este mandamiento.

Honrar al padre y a la madre no es solo respetarlos, sino también ayudarlos cuando lo necesitan; es procurarles descanso en su vejez; es rodearlos de

cuidados como ellos lo hicieron por nosotros en nuestra infancia.

Es sobre todo hacia los padres sin recursos como se manifiesta la verdadera piedad filial. ¿Cumplen este mandamiento quienes creen hacer un gran esfuerzo al darles apenas lo suficiente para no morir de hambre, mientras ellos mismos no se privan de nada? ¿Al relegarlos a los rincones más miserables de la casa, para no dejarlos en la calle, mientras se reservan lo mejor y más cómodo? ¡Dichosos todavía si no lo hacen de mala gana y no les hacen pagar el tiempo que les queda de vida descargando sobre ellos las fatigas del hogar! ¿Acaso les corresponde a los padres ancianos y débiles ser los sirvientes de los hijos jóvenes y fuertes? ¿Les escatimó su madre la leche cuando estaban en la cuna? ¿Contó sus noches en vela cuando estaban enfermos, sus pasos para procurarles lo que necesitaban? No, los hijos no deben a sus padres pobres únicamente lo estrictamente necesario, sino también, en la medida de sus posibilidades, las pequeñas comodidades de lo superfluo, las atenciones y los cuidados delicados, que no son más que los intereses de lo que han recibido, el pago de una deuda sagrada. Solo ahí está la piedad filial aceptada por Dios.

Desdichado, pues, quien olvida lo que debe a quienes lo sostuvieron en su debilidad, quienes junto con la vida material le dieron la vida moral, quienes a menudo se impusieron duras privaciones para asegurar su bienestar; desdichado el ingrato, porque será castigado con la ingratitud y el abandono; será herido en sus afectos más queridos, a veces desde la vida presente, pero con certeza en otra existencia, donde sufrirá lo que haya hecho sufrir a los demás.

Algunos padres, es cierto, desatienden sus deberes y no son para sus hijos lo que deberían ser; pero corresponde a Dios castigarlos, y no a sus hijos; no les corresponde a estos reprochárselo, porque quizá ellos mismos hayan

merecido que así fuera. Si la caridad establece como ley devolver bien por mal, ser indulgente con las imperfecciones ajenas, no hablar mal del prójimo, olvidar y perdonar las ofensas, amar incluso a los enemigos, ¡cuánto mayor es esta obligación hacia los padres! Los hijos deben, pues, tomar como regla de su conducta hacia ellos todos los preceptos de Jesús relativos al prójimo, y decirse que toda conducta censurable hacia los extraños lo es aún más hacia los allegados, y que lo que puede ser solo una falta en el primer caso puede convertirse en un crimen en el segundo, porque entonces a la falta de caridad se une la ingratitud.

[4] Dios ha dicho: «Honrad a vuestro padre y a vuestra madre, para que viváis mucho tiempo en la tierra que el Señor vuestro Dios os dará»; ¿por qué promete entonces como recompensa la vida en la tierra y no la vida celestial? La explicación está en estas palabras: «Que Dios os dará», suprimidas en la fórmula moderna del decálogo, lo que desvirtúa su sentido. Para comprender estas palabras, hay que remontarse a la situación y a las ideas de los hebreos en la época en que fueron pronunciadas; aún no comprendían la vida futura; su mirada no se extendía más allá de la vida corporal; por tanto, debía conmoverlos más lo que veían que lo que no veían; por eso Dios les habla en un lenguaje a su alcance y, como a niños, les ofrece la perspectiva de lo que puede satisfacerlos. Estaban entonces en el desierto; la tierra que Dios les dará era la Tierra Prometida, meta de sus aspiraciones: no deseaban nada más, y Dios les dice que vivirán allí mucho tiempo, es decir, que la poseerán mucho tiempo si observan sus mandamientos.

Pero con la llegada de Jesús, sus ideas estaban más desarrolladas; como había llegado el momento de darles un alimento menos tosco, los inicia en la vida espiritual diciéndoles: «Mi reino no es de este mundo; es allí, y no en

la tierra, donde recibiréis la recompensa de vuestras buenas obras». Con estas palabras, la Tierra Prometida material se transforma en una patria celestial; por eso, cuando les recuerda que deben observar el mandamiento: «Honrad a vuestro padre y a vuestra madre», ya no les promete la tierra, sino el cielo. (Caps. ii y iii.)

5 ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?
Y habiendo entrado en la casa, se reunió allí una multitud tan grande que ni siquiera podían comer. — Al enterarse sus allegados, fueron a apoderarse de él, pues decían que había perdido el juicio.
Entretanto llegaron su madre y sus hermanos y, quedándose fuera, mandaron llamarlo. — La gente estaba sentada a su alrededor, y le dijeron: Tu madre y tus hermanos están ahí fuera y preguntan por ti. — Pero él les respondió: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? — Y mirando a quienes estaban sentados a su alrededor, dijo: Aquí están mi madre y mis hermanos; — porque quien hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre. (San Marcos, cap. iii, vv. 20, 21 y del 31 al 35; san Mateo, cap. xii, vv. del 46 al 50.)

6 Ciertas palabras parecen extrañas en boca de Jesús y contrastan con su bondad y su inalterable benevolencia hacia todos. Los incrédulos no han dejado de hacer de ellas un arma, diciendo que se contradecía a sí mismo.

6.2 Un hecho indiscutible es que su doctrina tiene como base esencial, como piedra angular, la ley de amor y de caridad; por tanto, no podía destruir por un lado lo que establecía por el otro; de ahí hay que sacar esta consecuencia rigurosa: si ciertas máximas contradicen el principio, es porque las palabras que se le atribuyen han sido mal transmitidas, mal comprendidas, o porque no son suyas.

7 Con razón causa asombro ver, en esta circunstancia, a Jesús mostrar tanta indiferencia hacia sus allegados y, en cierto modo, renegar de su madre.

En cuanto a sus hermanos, se sabe que nunca habían sentido simpatía por él; Espíritus poco adelantados, no habían comprendido su misión; su conducta, a sus ojos, era extraña, y sus enseñanzas no los habían conmovido, puesto que no tuvo ningún discípulo entre ellos; incluso parece que compartían hasta cierto punto los prejuicios de sus enemigos; por lo demás, es cierto que lo recibían más como a un extraño que como a un hermano cuando se presentaba en la familia, y san Juan dice expresamente (cap. vii, v. 5) «que no creían en él».

En cuanto a su madre, nadie podría poner en duda su ternura por su hijo; pero también hay que reconocer que no parece haberse formado una idea muy precisa de su misión, pues nunca se la vio seguir sus enseñanzas ni dar testimonio de él, como lo hizo Juan el Bautista; la solicitud maternal era en ella el sentimiento dominante. En cuanto a Jesús, suponer que renegó de su madre sería desconocer su carácter; semejante pensamiento no podía animar a quien dijo: Honrad a vuestro padre y a vuestra madre. Hay que buscar, pues, otro sentido a sus palabras, casi siempre veladas bajo la forma alegórica.

Jesús no desaprovechaba ninguna ocasión de dar una enseñanza; aprovechó, pues, la que le ofrecía la llegada de su familia para establecer la diferencia que existe entre el parentesco corporal y el parentesco espiritual.

El parentesco corporal y el parentesco espiritual

8 Los lazos de sangre no establecen necesariamente los lazos entre los Espíritus. El cuerpo procede del cuerpo, pero el Espíritu no procede del Espíritu, porque el Espíritu existía antes de la formación del cuerpo; no es el pa-

dre quien crea el Espíritu de su hijo, solo le proporciona una envoltura corporal, pero debe ayudar a su desarrollo intelectual y moral para hacerlo progresar.

Los Espíritus que encarnan en una misma familia, sobre todo entre parientes cercanos, son la mayoría de las veces Espíritus afines, unidos por relaciones anteriores que se manifiestan en su afecto durante la vida terrenal; pero también puede suceder que esos Espíritus sean completamente extraños unos a otros, divididos por antipatías igualmente anteriores, que se manifiestan del mismo modo en su antagonismo en la tierra para servirles de prueba. Los verdaderos lazos de familia no son, pues, los de la consanguinidad, sino los de la simpatía y la comunión de pensamientos que unen a los Espíritus antes, durante y después de su encarnación. De ello se deduce que dos seres nacidos de padres diferentes pueden ser más hermanos por el Espíritu que si lo fueran por la sangre; pueden atraerse, buscarse y sentirse a gusto juntos, mientras que dos hermanos consanguíneos pueden rechazarse, como se ve todos los días; problema moral que solo el espiritismo podía resolver mediante la pluralidad de las existencias. (Cap. iv, n.º 13.)

Hay, pues, dos clases de familias: las familias por los lazos espirituales y las familias por los lazos corporales; las primeras, duraderas, se fortalecen con la purificación y se perpetúan en el mundo de los Espíritus a través de las diversas migraciones del alma; las segundas, frágiles como la materia, se extinguen con el tiempo y a menudo se disuelven moralmente ya en la vida actual. Esto es lo que quiso dar a entender Jesús al decir de sus discípulos: Aquí están mi madre y mis hermanos, es decir, mi familia por los lazos del Espíritu, porque quien hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos es mi hermano, mi hermana y mi madre.

La hostilidad de sus hermanos está claramente expresada en el relato de san

Marcos, puesto que, según dice, se proponían apoderarse de él con el pretexto de que había perdido el juicio. Al anunciarle su llegada, conociendo los sentimientos de ellos hacia él, era natural que dijera, hablando de sus discípulos desde el punto de vista espiritual: «Aquí están mis verdaderos hermanos»; como su madre se encontraba con ellos, generaliza la enseñanza, lo que de ningún modo implica que pretendiera que su madre según el cuerpo no significaba nada para él como Espíritu y que solo sentía indiferencia por ella; su conducta, en otras circunstancias, ha demostrado suficientemente lo contrario.

9 Instrucciones de los Espíritus La ingratitud de los hijos y los lazos de familia

La ingratitud es uno de los frutos más inmediatos del egoísmo; siempre indigna a los corazones honrados; pero la de los hijos hacia sus padres tiene un carácter aún más odioso; desde este punto de vista, especialmente, vamos a considerarla para analizar sus causas y sus efectos. Aquí, como en todas partes, el espiritismo viene a arrojar luz sobre uno de los problemas del corazón humano.

Cuando el Espíritu deja la tierra, lleva consigo las pasiones o las virtudes inherentes a su naturaleza, y va al espacio, donde se perfecciona o permanece estancado hasta que quiera ver la luz. Algunos, pues, han partido llevando consigo odios profundos y deseos de venganza insatisfechos; pero a algunos de ellos, más adelantados que los demás, se les permite entrever una parte de la verdad; reconocen los funestos efectos de sus pasiones, y entonces toman buenas resoluciones; comprenden que para ir a Dios solo hay una contraseña: caridad; ahora bien, no hay caridad sin olvido de los ultrajes y las injurias; no hay caridad con odios en el corazón y sin perdón.

Entonces, mediante un esfuerzo inaudito, miran a quienes detestaron en la tierra; pero al verlos se despierta su animosidad; se rebelan ante la idea de perdonar, aún más que ante la de renunciar a sí mismos, y sobre todo ante la de amar a quienes quizá destruyeron su fortuna, su honor, su familia. Sin embargo, el corazón de estos desdichados se conmueve; vacilan, oscilan, agitados por estos sentimientos contrarios; si la buena resolución prevalece, ruegan a Dios, imploran a los buenos Espíritus que les den fuerzas en el momento más decisivo de la prueba.

Finalmente, después de algunos años de meditaciones y oraciones, el Espíritu aprovecha un cuerpo que se está preparando en la familia de aquel a quien detestó, y pide a los Espíritus encargados de transmitir las órdenes supremas ir a cumplir en la tierra los destinos de ese cuerpo que acaba de formarse. ¿Cuál será, pues, su conducta en esa familia? Dependerá de la mayor o menor persistencia de sus buenas resoluciones. El contacto incesante con los seres a quienes odió es una prueba terrible bajo la cual sucumbe a veces, si su voluntad no es lo bastante fuerte. Así, según prevalezca la buena o la mala resolución, será amigo o enemigo de aquellos entre quienes está llamado a vivir. Así se explican esos odios, esas repulsiones instintivas que se observan en ciertos niños y que ningún acto anterior parece justificar; nada, en efecto, en esta existencia, ha podido provocar esa antipatía; para comprenderla, hay que dirigir la mirada al pasado. ¡Oh, espiritistas! Comprended hoy el gran papel de la humanidad; comprended que, cuando engendráis un cuerpo, el alma que en él se encarna viene del espacio para progresar; conoced vuestros deberes y poned todo vuestro amor en acercar esa alma a Dios: esa es la misión que se os confía, y por la que recibiréis la recompensa si la cumplís fielmente. Vuestros cuidados, la educación que le deis, ayudarán a su perfeccionamiento y a su bienestar futuro.

Pensad que a cada padre y a cada madre Dios les preguntará: ¿Qué habéis hecho del niño confiado a vuestro cuidado? Si ha quedado rezagado por vuestra culpa, vuestro castigo será verlo entre los Espíritus que sufren, cuando de vosotros dependía que fuera feliz. Entonces vosotros mismos, atormentados por los remordimientos, pediréis reparar vuestra falta; solicitaréis una nueva encarnación para vosotros y para él, en la cual lo rodearéis de cuidados más acertados, y él, lleno de gratitud, os rodeará de su amor.

No rechacéis, pues, al niño que desde la cuna rechaza a su madre, ni al que os paga con ingratitud; no es el azar lo que lo ha hecho así y os lo ha dado. Se revela una intuición imperfecta del pasado, y de ello deducid que uno u otro ya ha odiado mucho o ha sido profundamente ofendido; que uno u otro ha venido para perdonar o para expiar. ¡Madres! Abrazad, pues, al niño que os causa pesar, y decíos: Uno de nosotros dos ha sido culpable. Mereced los goces divinos que Dios vincula a la maternidad, enseñando a ese niño que está en la tierra para perfeccionarse, amar y bendecir. Pero, ¡ay!, muchas de vosotras, en vez de expulsar mediante la educación los malos principios innatos de las existencias anteriores, mantenéis y desarrolláis esos mismos principios por una debilidad culpable o por despreocupación, y, más tarde, vuestro corazón, herido por la ingratitud de vuestros hijos, será para vosotras, ya desde esta vida, el comienzo de vuestra expiación.

La tarea no es tan difícil como podríais creer; no exige el saber del mundo; tanto el ignorante como el sabio pueden cumplirla, y el espiritismo viene a facilitarla dando a conocer la causa de las imperfecciones del corazón humano.

Desde la cuna, el niño manifiesta los instintos buenos o malos que trae de su existencia anterior; hay que aplicarse a estudiarlos; todos los males tienen su origen en el egoísmo y el orgullo; observad, pues, las menores seña-

les que revelen el germen de estos vicios, y dedicaos a combatirlos sin esperar a que hayan echado raíces profundas; haced como el buen jardinero, que arranca los malos brotes a medida que los ve despuntar en el árbol. Si dejáis que se desarrollen el egoísmo y el orgullo, no os sorprendáis de que más tarde os paguen con ingratitud. Cuando los padres han hecho todo lo que deben para el adelanto moral de sus hijos, si no lo consiguen, nada tienen que reprocharse, y su conciencia puede estar tranquila; pero, ante el pesar tan natural que sienten por el fracaso de sus esfuerzos, Dios les reserva un gran, un inmenso consuelo, mediante la certeza de que solo se trata de un retraso, y de que les será dado terminar en otra existencia la obra comenzada en esta, y de que un día el hijo ingrato los recompensará con su amor. (Cap. xiii, n.º 19.)

Dios no ha dispuesto la prueba por encima de las fuerzas de quien la pide; solo permite aquellas que se pueden superar; si no se logra, no es, pues, la posibilidad lo que falta, sino la voluntad, porque ¡cuántos hay que, en vez de resistir a los malos impulsos, se complacen en ellos! A esos les están reservados el llanto y los gemidos en sus existencias posteriores; pero admirad la bondad de Dios, que nunca cierra la puerta del arrepentimiento. Llega un día en que el culpable está cansado de sufrir, en que su orgullo queda por fin dominado, y entonces Dios abre sus brazos paternales al hijo pródigo que se arroja a sus pies. Las pruebas duras, entendedme bien, son casi siempre indicio de un fin del sufrimiento y de un perfeccionamiento del Espíritu, cuando se aceptan con la mirada puesta en Dios. Es un momento supremo, y sobre todo entonces importa no desfallecer murmurando, si no se quiere perder su fruto y tener que empezar de nuevo. En vez de quejaros, dad gracias a Dios, que os ofrece la ocasión de vencer para daros el premio de la victoria. Entonces, cuando, al salir del torbellino del

mundo terrestre, entréis en el mundo de los Espíritus, seréis aclamados como el soldado que sale victorioso de la contienda.

De todas las pruebas, las más penosas son las que afectan al corazón; hay quien soporta con valor la miseria y las privaciones materiales, pero sucumbe bajo el peso de las penas familiares, herido por la ingratitud de los suyos. ¡Oh, qué angustia tan desgarradora es esa! Pero ¿qué puede, en tales circunstancias, reanimar mejor el valor moral que el conocimiento de las causas del mal y la certeza de que, si hay largos desgarramientos, no hay desesperaciones eternas, pues Dios no puede querer que su criatura sufra siempre? ¿Qué hay más consolador, más alentador que pensar que depende de uno mismo, de sus propios esfuerzos, abreviar el sufrimiento destruyendo en sí las causas del mal? Pero para ello no hay que detener la mirada en la tierra y ver una sola existencia; hay que elevarse, situarse en el infinito del pasado y del porvenir; entonces la gran justicia de Dios se revela ante vuestros ojos, y esperáis con paciencia, porque os explicáis lo que os parecía monstruoso en la tierra; las heridas que allí recibís ya solo os parecen rasguños. En esta mirada al conjunto, los lazos de familia aparecen bajo su verdadera luz; ya no son los frágiles lazos de la materia los que reúnen a sus miembros, sino los lazos duraderos del Espíritu, que se perpetúan y se consolidan al purificarse, en vez de romperse por la reencarnación.

Los Espíritus a quienes la semejanza de gustos, la igualdad de progreso moral y el afecto llevan a reunirse forman familias; esos mismos Espíritus, en sus migraciones terrestres, se buscan para agruparse como lo hacen en el espacio; de ahí nacen las familias unidas y homogéneas; y si, en sus peregrinaciones, se separan momentáneamente, se encuentran de nuevo más tarde, felices por sus nuevos progresos. Pero como no deben trabajar solo para sí mismos, Dios permite que Espíritus menos adelantados vengan a encar-

narse entre ellos para encontrar consejos y buenos ejemplos que favorezcan su adelanto; a veces causan perturbaciones, pero ahí está la prueba, ahí está la tarea. Acogedlos, pues, como hermanos; ayudadlos, y más tarde, en el mundo de los Espíritus, la familia se alegrará de haber salvado a náufragos que, a su vez, podrán salvar a otros. (San Agustín. París, 1862.)

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XV. FUERA DE LA CARIDAD NO HAY SALVACIÓN

✦

[1] Lo que se necesita para salvarse. Parábola del buen samaritano.

Cuando el Hijo del hombre venga en su majestad, acompañado de todos los ángeles, se sentará en el trono de su gloria; — y, reunidas ante él todas las naciones, separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de los machos cabríos, — y pondrá las ovejas a su derecha y los machos cabríos a su izquierda.

Entonces el Rey dirá a los que estén a su derecha: Vengan, ustedes que han sido bendecidos por mi Padre, posean el reino que les ha sido preparado desde el comienzo del mundo; — porque tuve hambre y me dieron de comer; tuve sed y me dieron de beber; necesité alojamiento y me alojaron; — estuve desnudo y me vistieron; estuve enfermo y me visitaron; estuve en la cárcel y vinieron a verme.

Entonces los justos le responderán: Señor, ¿cuándo lo vimos con hambre y le dimos de comer, o con sed y le dimos de beber? — ¿Cuándo lo vimos sin alojamiento y lo alojamos, o sin ropa y lo vestimos? — ¿Y cuándo lo vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a visitarlo? — Y el Rey les responderá: En verdad les digo que cuantas veces lo hicieron con uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí mismo me lo hicieron.

Después dirá a los que estén a su izquierda: Apártense de mí, malditos; vayan al fuego eterno, que ha sido preparado para el diablo y sus ángeles; — porque tuve hambre y no me dieron de comer; tuve sed y no me dieron de beber; — necesité alojamiento y no me alojaron; estuve sin ropa y no me

vistieron; estuve enfermo y en la cárcel y no me visitaron.
Entonces ellos también le responderán: Señor, ¿cuándo lo vimos con hambre, con sed, sin alojamiento, sin ropa, enfermo o en la cárcel y dejamos de asistirlo? — Pero él les responderá: En verdad les digo que cuantas veces dejaron de prestar esta asistencia a uno de estos más pequeños, dejaron de prestármela a mí mismo.
Y entonces estos irán al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna. (San Mateo, cap. xxv, vv. de 31 a 46.)

2 Entonces un doctor de la ley se levantó y le dijo para ponerlo a prueba: Maestro, ¿qué debo hacer para poseer la vida eterna? — Jesús le respondió: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lee usted en ella? — Él le respondió: Amará al Señor su Dios con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas y con toda su mente, y a su prójimo como a sí mismo. — Jesús le dijo: Ha respondido muy bien; haga eso y vivirá. Pero aquel hombre, queriendo mostrarse justo, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? — Y Jesús, tomando la palabra, le dijo:
Un hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó cayó en manos de unos ladrones que lo despojaron, lo cubrieron de heridas y se marcharon, dejándolo medio muerto. — Sucedió después que un sacerdote bajaba por el mismo camino y, al verlo, pasó de largo. — Un levita, que también llegó al mismo lugar, lo miró y pasó igualmente de largo. — Pero un samaritano que iba de viaje llegó al lugar donde estaba aquel hombre y, al verlo, sintió compasión por él. — Se acercó, pues, a él, vertió aceite y vino en sus heridas y las vendó; y, después de montarlo en su caballo, lo llevó a una posada y cuidó de él. — Al día siguiente sacó dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: Cuide bien de este hombre, y todo lo que gaste de más se lo devolveré a mi

regreso.

¿Cuál de estos tres le parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones? — El doctor le respondió: El que tuvo misericordia de él. — Vaya, pues, le dijo Jesús, y haga lo mismo. (San Lucas, cap. x, vv. de 25 a 37.)

3 Toda la moral de Jesús se resume en la caridad y la humildad, es decir, en las dos virtudes contrarias al egoísmo y al orgullo. En todas sus enseñanzas presenta estas virtudes como el camino de la felicidad eterna: Bienaventurados, dice, los pobres de espíritu, es decir, los humildes, porque de ellos es el reino de los cielos; bienaventurados los de corazón puro; bienaventurados los mansos y pacíficos; bienaventurados los misericordiosos; amen a su prójimo como a ustedes mismos; hagan a los demás lo que querrían que les hicieran; amen a sus enemigos; perdonen las ofensas si quieren ser perdonados; hagan el bien sin ostentación; júzguense a ustedes mismos antes de juzgar a los demás. Humildad y caridad, eso es lo que no deja de recomendar y de lo que él mismo da ejemplo; orgullo y egoísmo, eso es lo que no deja de combatir; pero hace más que recomendar la caridad: la establece claramente y en términos explícitos como la condición absoluta de la felicidad futura.

En el cuadro que Jesús presenta del juicio final, es preciso, como en muchas otras cosas, distinguir lo que corresponde a la figura y a la alegoría. A hombres como aquellos a quienes hablaba, todavía incapaces de comprender las cosas puramente espirituales, debía presentarles imágenes materiales, impactantes y capaces de impresionarlos; para ser mejor aceptado, incluso debía no apartarse demasiado de las ideas admitidas en cuanto a la forma, reservando siempre para el futuro la verdadera interpretación de sus palabras y de los puntos sobre los que no podía explicarse claramente. Pero

junto a la parte accesoria y figurada del cuadro hay una idea dominante: la de la felicidad que espera al justo y la desdicha reservada al malvado.
En este juicio supremo, ¿cuáles son los fundamentos de la sentencia? ¿Sobre qué versa la indagación? ¿Pregunta el juez si se ha cumplido tal o cual formalidad, si se ha observado más o menos tal o cual práctica exterior? No; solo indaga una cosa: la práctica de la caridad, y pronuncia su sentencia diciendo: Ustedes que han asistido a sus hermanos, pasen a la derecha; ustedes que han sido duros con ellos, pasen a la izquierda. ¿Se informa de la ortodoxia de la fe? ¿Hace alguna distinción entre quien cree de una manera y quien cree de otra? No; porque Jesús sitúa al samaritano, considerado hereje, pero que tiene amor al prójimo, por encima del ortodoxo que carece de caridad. Jesús, por tanto, no hace de la caridad solamente una de las condiciones de la salvación, sino la única condición; si hubiera otras que cumplir, las habría expresado. Si coloca la caridad en el primer lugar entre las virtudes, es porque contiene implícitamente todas las demás: la humildad, la mansedumbre, la benevolencia, la indulgencia, la justicia, etc.; y porque es la negación absoluta del orgullo y del egoísmo.
El mayor mandamiento.

4 Pero los fariseos, al enterarse de que había hecho callar a los saduceos, se reunieron; — y uno de ellos, que era doctor de la ley, vino a hacerle esta pregunta para ponerlo a prueba: — Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley?

4.2 — Jesús le respondió: Amará al Señor su Dios con todo su corazón, con toda su alma y con toda su mente. — Este es el mayor y el primer mandamiento. — Y este es el segundo, que es semejante a aquel: Amará a su prójimo como a sí mismo.

4.3 — Toda la ley y los profetas están contenidos en estos dos mandamientos. (San Mateo, cap. xxii, vv. de 34 a 40.)

5 Caridad y humildad: ese es, pues, el único camino de la salvación; egoísmo y orgullo: ese es el de la perdición. Este principio está formulado en términos precisos en estas palabras: «Amará a Dios con toda su alma y a su prójimo como a sí mismo; toda la ley y los profetas están contenidos en estos dos mandamientos». Y, para que no haya equívocos en la interpretación del amor a Dios y al prójimo, añade: «Y este es el segundo mandamiento, que es semejante al primero»; es decir, que no se puede amar verdaderamente a Dios sin amar al prójimo, ni amar al prójimo sin amar a Dios; por tanto, todo lo que se hace contra el prójimo se hace contra Dios. Como no se puede amar a Dios sin practicar la caridad con el prójimo, todos los deberes del hombre se encuentran resumidos en esta máxima:
Fuera de la caridad no hay salvación.

6 Necesidad de la caridad según san Pablo
Aunque hablara todas las lenguas de los hombres, e incluso la lengua de los ángeles, si no tengo caridad, solo soy como un bronce que suena y un címbalo que resuena; — y aunque tuviera el don de profecía, penetrara todos los misterios y tuviera un conocimiento perfecto de todas las cosas; aunque tuviera además toda la fe posible, hasta trasladar las montañas, si no tengo caridad, no soy nada. — Y aunque hubiera distribuido mis bienes para alimentar a los pobres y hubiera entregado mi cuerpo para ser quemado, si no tengo caridad, todo eso no me sirve de nada.
La caridad es paciente; es dulce y bienhechora; la caridad no es envidiosa; no es temeraria ni precipitada; no se hincha de orgullo; — no es desdeñosa; no busca sus propios intereses; no se ofende ni se irrita por nada; no tiene

malas sospechas; no se alegra de la injusticia, sino que se alegra de la verdad; todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre.
Ahora permanecen estas tres virtudes: la fe, la esperanza y la caridad; pero la más excelente de ellas es la caridad. (San Pablo, 1.ª Epístola a los Corintios, cap. xiii, vv. de 1 a 7 y 13.)

7 San Pablo comprendió tan bien esta gran verdad que dice: «Aunque tuviera el lenguaje de los ángeles; aunque tuviera el don de profecía y penetrara todos los misterios; aunque tuviera toda la fe posible hasta trasladar las montañas, si no tengo caridad, no soy nada. Entre estas tres virtudes: la fe, la esperanza y la caridad, la más excelente es la caridad». Así sitúa, sin equívocos, la caridad incluso por encima de la fe; porque la caridad está al alcance de todos, del ignorante y del sabio, del rico y del pobre, y porque es independiente de toda creencia particular.
Hace más: define la verdadera caridad; la muestra no solo en la beneficencia, sino en la reunión de todas las cualidades del corazón, en la bondad y la benevolencia hacia el prójimo.

8 Fuera de la Iglesia no hay salvación. Fuera de la verdad no hay salvación
Mientras que la máxima: Fuera de la caridad no hay salvación, se apoya en un principio universal y abre a todos los hijos de Dios el acceso a la felicidad suprema, el dogma: Fuera de la Iglesia no hay salvación, se apoya en la fe especial en dogmas particulares, y no en la fe fundamental en Dios y en la inmortalidad del alma, fe común a todas las religiones; es exclusivo y absoluto; en lugar de unir a los hijos de Dios, los divide; en lugar de animarlos a amar a sus hermanos, mantiene y sanciona la irritación entre los seguidores de los diferentes cultos, que se consideran mutuamente malditos por toda la eternidad, aunque sean parientes o amigos en este mundo; descono-

ciendo la gran ley de igualdad ante la tumba, los separa incluso en el campo del reposo. La máxima: Fuera de la caridad no hay salvación, es la consagración del principio de igualdad ante Dios y de libertad de conciencia; con esta máxima por regla, todos los hombres son hermanos y, cualquiera que sea su manera de adorar al Creador, se tienden la mano y rezan unos por otros. Con el dogma: Fuera de la Iglesia no hay salvación, se lanzan anatemas, se persiguen y viven como enemigos; el padre no reza por el hijo, ni el hijo por el padre, ni el amigo por el amigo, si se creen mutuamente condenados sin remedio. Este dogma es, pues, esencialmente contrario a las enseñanzas de Cristo y a la ley evangélica.

9 Fuera de la verdad no hay salvación sería el equivalente de: Fuera de la Iglesia no hay salvación, e igual de exclusivo, pues no hay una sola secta que no pretenda tener el privilegio de la verdad. ¿Qué hombre puede jactarse de poseerla por entero, cuando el círculo de los conocimientos crece sin cesar y las ideas se rectifican cada día? La verdad absoluta solo pertenece a los Espíritus del orden más elevado, y la humanidad terrestre no puede aspirar a ella, porque no le es dado saberlo todo; solo puede aspirar a una verdad relativa y proporcionada a su adelanto. Si Dios hubiera hecho de la posesión de la verdad absoluta la condición expresa de la felicidad futura, sería una sentencia de proscripción general; mientras que la caridad, incluso en su acepción más amplia, puede ser practicada por todos. El espiritismo, de acuerdo con el Evangelio, al admitir que uno puede salvarse cualquiera que sea su creencia, siempre que observe la ley de Dios, no dice: Fuera del espiritismo no hay salvación; y, como no pretende enseñar todavía toda la verdad, tampoco dice: Fuera de la verdad no hay salvación, máxima que dividiría en lugar de unir y perpetuaría el antagonismo.

Instrucciones de los Espíritus. Fuera de la caridad no hay salvación.

10. Hijos míos, en la máxima: Fuera de la caridad no hay salvación, están contenidos los destinos de los hombres en la tierra y en el cielo; en la tierra, porque a la sombra de este estandarte vivirán en paz; en el cielo, porque quienes la hayan practicado hallarán gracia ante el Señor. Esta divisa es la antorcha celestial, la columna luminosa que guía al hombre en el desierto de la vida para conducirlo a la Tierra Prometida; brilla en el cielo como una aureola santa en la frente de los elegidos, y en la tierra está grabada en el corazón de aquellos a quienes Jesús dirá: Vayan a la derecha, ustedes, los benditos de mi Padre. Los reconocen por el perfume de caridad que esparcen a su alrededor. Nada expresa mejor el pensamiento de Jesús, nada resume mejor los deberes del hombre que esta máxima de orden divino; el espiritismo no podía probar mejor su origen que dándola por regla, pues es el reflejo del cristianismo más puro; con semejante guía, el hombre nunca se extraviará. Aplíquense, pues, amigos míos, a comprender su sentido profundo y sus consecuencias, a buscar para ustedes mismos todas sus aplicaciones. Sometan todas sus acciones al control de la caridad, y su conciencia les responderá; no solo les evitará hacer el mal, sino que les hará hacer el bien: porque no basta con una virtud negativa, hace falta una virtud activa; para hacer el bien siempre se necesita la acción de la voluntad; para no hacer el mal, con frecuencia bastan la inercia y la despreocupación.

Amigos míos, den gracias a Dios, que les ha permitido disfrutar de la luz del espiritismo; no porque solo quienes la poseen puedan salvarse, sino porque, al ayudarlos a comprender mejor las enseñanzas de Cristo, hace de ustedes mejores cristianos; hagan, pues, que al verlos se pueda decir que

verdadero espírita y verdadero cristiano son una sola y misma cosa, pues todos los que practican la caridad son discípulos de Jesús, cualquiera que sea el culto al que pertenezcan. (Pablo, apóstol. París, 1860.)

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XVI. NO SE PUEDE SERVIR A DIOS Y A MAMÓN

✦

[1] Salvación de los ricos.

Nadie puede servir a dos señores; porque o bien odiará a uno y amará al otro, o bien se apegará a uno y despreciará al otro. No podéis servir al mismo tiempo a Dios y a Mamón. (San Lucas, cap. xvi, v. 13.)

[2] Entonces un joven se acercó a él y le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien debo hacer para alcanzar la vida eterna? — Jesús le respondió: ¿Por qué me llamáis bueno? Solo Dios es bueno. Si queréis entrar en la vida, guardad los mandamientos. — ¿Qué mandamientos?, le dijo. Jesús le dijo: No mataréis; no cometeréis adulterio; no robaréis; no daréis falso testimonio. — Honrad a vuestro padre y a vuestra madre, y amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos.

El joven le respondió: He guardado todos estos mandamientos desde mi juventud; ¿qué me falta todavía? — Jesús le dijo: Si queréis ser perfecto, id, vended lo que tenéis y dadlo a los pobres, y tendréis un tesoro en el cielo; después venid y seguidme.

Al oír estas palabras, el joven se marchó muy triste, porque tenía muchos bienes. — Y Jesús dijo a sus discípulos: En verdad os digo que es muy difícil que un rico entre en el reino de los cielos. — Os lo digo una vez más: Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos (1). (San Mateo, cap. xix, v. de 16 a 24. — San Lucas, cap. xviii, v. de 18 a 25. — San Marcos, cap. x, v. de 17 a 25.)

(1) Esta figura audaz puede parecer un poco forzada, pues no se ve la rela-

ción que existe entre un camello y una aguja. Esto se debe a que en hebreo se empleaba la misma palabra para una maroma y para un camello. En la traducción se le dio esta última acepción; es probable que la primera fuera la que Jesús tenía en mente; al menos es más natural.

3 Guardarse de la avaricia

Entonces un hombre le dijo desde en medio de la multitud: Maestro, decid a mi hermano que comparta conmigo la herencia que nos ha correspondido. — Pero Jesús le dijo: ¡0 hombre! ¿Quién me ha puesto para juzgaros o para repartir vuestros bienes? — Después les dijo: Cuidad de guardaros de toda avaricia; porque, por mucha abundancia que tenga un hombre, su vida no depende de los bienes que posee.

Después les contó esta parábola: Había un hombre rico cuyas tierras habían producido una cosecha extraordinaria; — y pensaba para sí: ¿Qué haré? Porque no tengo dónde guardar todo lo que he de recoger. — Esto es, dijo, lo que haré: Derribaré mis graneros y construiré otros más grandes, y pondré en ellos toda mi cosecha y todos mis bienes; — y diré a mi alma: Alma mía, tienes muchos bienes guardados para varios años; descansa, come, bebe, disfruta de buenos manjares. — Pero Dios dijo entonces a aquel hombre: ¡Insensato! Esta misma noche te quitarán el alma; ¿y para quién será lo que has acumulado?

Esto es lo que le sucede a quien acumula tesoros para sí mismo y no es rico ante Dios. (San Lucas, cap. xii, vv. 16 a 21.)

Jesús en casa de Zaqueo.

4 Jesús, habiendo entrado en Jericó, pasaba por la ciudad; — y había un hombre llamado Zaqueo, jefe de los publicanos y muy rico, — que deseaba ver a Jesús para conocerlo, pero no podía a causa de la multitud, porque era

muy bajo de estatura; — por eso corrió hacia delante y se subió a un sicómoro para verlo, porque debía pasar por allí. — Cuando Jesús llegó a aquel lugar, levantó los ojos y, al verlo, le dijo: Zaqueo, daos prisa en bajar, porque hoy debo alojarme en vuestra casa. — Zaqueo bajó enseguida y lo recibió con alegría. — Todos, al ver aquello, murmuraban, diciendo: Ha ido a alojarse en casa de un hombre de mala vida. (Véase la Introducción; art. Publicanos.)

Sin embargo, Zaqueo, presentándose ante el Señor, le dijo: Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres; y si he perjudicado a alguien en algo, le devuelvo cuatro veces más. — Entonces Jesús le dijo: Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque este también es hijo de Abraham; — pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido. (San Lucas, cap. xix, v. de 4 a 10.)

5 Parábola del rico malvado

Había un hombre rico que vestía de púrpura y lino, y que se regalaba espléndidamente todos los días. — Había también un pobre llamado Lázaro, tendido a su puerta, todo cubierto de úlceras, — que habría querido saciarse con las migajas que caían de la mesa del rico; pero nadie se las daba, y los perros venían a lamerle las llagas. — Sucedió que aquel pobre murió y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. El rico murió también y tuvo el infierno por sepultura. — Y, estando entre tormentos, levantó los ojos y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno; — y exclamó: Padre Abraham, tened piedad de mí y enviadme a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y me refresque la lengua, porque sufro terribles tormentos en esta llama.

Pero Abraham le respondió: Hijo mío, recordad que recibisteis vuestros

bienes durante vuestra vida y que Lázaro solo tuvo males en la suya; por eso ahora él recibe consuelo y vos sufrís tormentos.

Además, hay para siempre un gran abismo entre nosotros y vosotros; de modo que quienes quisieran pasar de aquí hacia vosotros no pueden hacerlo, como tampoco se puede pasar aquí desde el lugar donde estáis.

El rico le dijo: Os suplico, pues, padre Abraham, que lo enviéis a casa de mi padre, — donde tengo cinco hermanos, para que les dé testimonio de estas cosas, a fin de que no vengan también ellos a este lugar de tormentos. — Abraham le contestó: Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen. — No, dijo él, padre Abraham; pero si alguno de los muertos va a verlos, harán penitencia. — Abraham le respondió: Si no escuchan a Moisés ni a los profetas, tampoco creerán aunque alguno de los muertos resucite. (San Lucas, cap. xvi, v. de 1 9 a 31.)

6 Parábola de los talentos

El Señor actúa como un hombre que, antes de emprender un largo viaje fuera de su país, llamó a sus siervos y puso sus bienes en sus manos. — Y, habiendo dado cinco talentos a uno, dos a otro y uno a otro, según la distinta capacidad de cada cual, partió enseguida. — El que había recibido cinco talentos se fue, negoció con aquel dinero y ganó otros cinco. — El que había recibido dos ganó igualmente otros dos. Pero el que solo había recibido uno fue a cavar en la tierra y escondió allí el dinero de su señor. — Mucho tiempo después, el señor de aquellos siervos regresó y les pidió cuentas. — Y el que había recibido cinco talentos vino a presentarle otros cinco, diciéndole: Señor, pusisteis cinco talentos en mis manos; aquí tenéis, además de aquellos, otros cinco que he ganado. — Su señor le respondió: 0 siervo bueno y fiel, puesto que habéis sido fiel en pocas cosas, os pondré al

frente de muchas otras; entrad en la alegría de vuestro Señor. — El que había recibido dos talentos vino enseguida a presentarse ante él y le dijo: Señor, pusisteis dos talentos en mis manos; aquí tenéis, además de aquellos, otros dos que he ganado. — Su señor le respondió: 0 siervo bueno y fiel, ya que habéis sido fiel en pocas cosas, os pondré al frente de muchas otras; entrad en la alegría de vuestro Señor. — Después vino el que solo había recibido un talento y le dijo: Señor, sé que sois un hombre duro, que cosecháis donde no habéis sembrado y recogéis donde no habéis puesto nada; — por eso, como os temía, fui a esconder vuestro talento en la tierra; aquí lo tenéis, os devuelvo lo que es vuestro. — Pero su señor le respondió: Siervo malvado y perezoso, sabíais que cosecho donde no he sembrado y recojo donde no he puesto nada; — debíais, pues, haber puesto mi dinero en manos de los banqueros, para que a mi regreso recuperara con intereses lo que es mío. — Quitadle, pues, el talento que tiene y dádselo al que tiene diez talentos; — porque se dará a todos los que ya tienen, y serán colmados de bienes; pero al que no tiene se le quitará incluso lo que parece tener; y arrojad a ese siervo inútil a las tinieblas de fuera; allí habrá llanto y crujir de dientes. (San Mateo, cap. xxv, v. de 14 a 30.)

7 Utilidad providencial de la fortuna

Si la riqueza debiera ser un obstáculo absoluto para la salvación de quienes la poseen, como podría inferirse de ciertas palabras de Jesús interpretadas según la letra y no según el espíritu, Dios, que la dispensa, habría puesto en manos de algunos un instrumento de perdición sin remedio, idea que repugna a la razón. La riqueza es, sin duda, una prueba muy resbaladiza, más peligrosa que la miseria por los impulsos a los que arrastra, las tentaciones que ofrece y la fascinación que ejerce; es el mayor estímulo del orgullo, del

egoísmo y de la vida sensual; es el vínculo más poderoso que ata al hombre a la tierra y aparta sus pensamientos del cielo; produce tal vértigo que a menudo se ve a quien pasa de la miseria a la fortuna olvidar pronto su condición anterior, a quienes la compartieron, a quienes lo ayudaron, y volverse insensible, egoísta y vanidoso.

Pero del hecho de que haga difícil el camino no se sigue que lo haga imposible ni que no pueda convertirse en un medio de salvación en manos de quien sabe servirse de ella, como ciertos venenos pueden devolver la salud si se emplean oportunamente y con discernimiento.

Cuando Jesús dijo al joven que le preguntaba por los medios de alcanzar la vida eterna: «Despréndete de todos tus bienes y sígueme», no pretendía establecer como principio absoluto que cada uno deba despojarse de lo que posee y que la salvación solo se alcance a ese precio, sino mostrar que el apego a los bienes terrenales es un obstáculo para la salvación. Aquel joven, en efecto, creía haber cumplido porque había observado ciertos mandamientos y, sin embargo, retrocede ante la idea de abandonar sus bienes; su deseo de obtener la vida eterna no llega hasta ese sacrificio.

La propuesta que le hace Jesús era una prueba decisiva para sacar a la luz el fondo de su pensamiento; podía, sin duda, ser un hombre perfectamente honrado según el mundo, no hacer daño a nadie, no hablar mal de su prójimo, no ser vanidoso ni orgulloso, honrar a su padre y a su madre; pero no tenía la verdadera caridad, pues su virtud no llegaba hasta la abnegación. Eso es lo que Jesús quiso demostrar; era una aplicación del principio: Fuera de la caridad no hay salvación.

La consecuencia de estas palabras tomadas en su acepción rigurosa sería la abolición de la fortuna como perjudicial para la felicidad futura y como fuente de multitud de males en la tierra; sería, además, la condena del tra-

bajo que puede proporcionarla; consecuencia absurda que devolvería al hombre a la vida salvaje y que, por eso mismo, estaría en contradicción con la ley del progreso, que es una ley de Dios.

Si la riqueza es fuente de muchos males, si despierta tantas malas pasiones, si provoca incluso tantos crímenes, hay que culpar de ello, no a la cosa, sino al hombre que abusa de ella, como abusa de todos los dones de Dios; mediante el abuso, vuelve pernicioso lo que podría serle más útil; es la consecuencia del estado de inferioridad del mundo terrestre. Si la riqueza solo debiera producir mal, Dios no la habría puesto en la tierra; corresponde al hombre hacer que de ella salga el bien. Si no es un elemento directo del progreso moral, es, sin duda, un poderoso elemento de progreso intelectual.

En efecto, el hombre tiene por misión trabajar en la mejora material del globo; debe roturarlo, sanearlo y acondicionarlo para recibir un día a toda la población que su extensión permita; para alimentar a esta población que crece sin cesar, es preciso aumentar la producción; si la producción de una región es insuficiente, hay que ir a buscarla lejos. Por eso mismo, las relaciones entre los pueblos se convierten en una necesidad; para facilitarlas, hay que destruir los obstáculos materiales que los separan y hacer más rápidas las comunicaciones. Para realizar trabajos que son obra de siglos, el hombre ha tenido que extraer materiales hasta de las entrañas de la tierra; ha buscado en la ciencia los medios de ejecutarlos con mayor seguridad y rapidez; pero, para llevarlos a cabo, necesita recursos: la necesidad lo ha llevado a crear la riqueza, como lo ha llevado a descubrir la ciencia. La actividad que esos mismos trabajos exigen acrecienta y desarrolla su inteligencia; esa inteligencia, que al principio concentra en la satisfacción de las necesidades materiales, lo ayudará más tarde a comprender las grandes verdades mora-

les. Siendo la riqueza el primer medio de ejecución, sin ella ya no habría grandes trabajos, ni actividad, ni estímulo, ni investigaciones; por tanto, con razón se la considera un elemento del progreso.

Desigualdad de las riquezas

8 La desigualdad de las riquezas es uno de esos problemas que se intenta resolver en vano si solo se considera la vida actual. La primera pregunta que se presenta es esta: ¿Por qué no son todos los hombres igualmente ricos? No lo son por una razón muy sencilla: porque no son igualmente inteligentes, activos y laboriosos para adquirir, ni sobrios y previsores para conservar. Por otra parte, está matemáticamente demostrado que la fortuna repartida por igual daría a cada uno una parte mínima e insuficiente; que, suponiendo realizado ese reparto, el equilibrio se rompería en poco tiempo por la diversidad de los caracteres y las aptitudes; que, suponiéndolo posible y duradero, al tener cada uno apenas de qué vivir, supondría la desaparición de todos los grandes trabajos que contribuyen al progreso y al bienestar de la humanidad; que, suponiendo que diera a cada uno lo necesario, ya no existiría el acicate que impulsa a los grandes descubrimientos y a las empresas útiles. Si Dios la concentra en ciertos puntos, es para que desde allí se distribuya en cantidad suficiente, según las necesidades.

Admitido esto, cabe preguntarse por qué Dios la da a personas incapaces de hacerla fructificar para el bien de todos. También en esto hay una prueba de la sabiduría y la bondad de Dios. Al dar al hombre el libre albedrío, quiso que llegara, por su propia experiencia, a distinguir el bien del mal, y que la práctica del bien fuera el resultado de sus esfuerzos y de su propia voluntad. No debe ser conducido inevitablemente ni al bien ni al mal, pues de lo contrario solo sería un instrumento pasivo e irresponsable,

como los animales. La fortuna es un medio de ponerlo a prueba moralmente; pero como, al mismo tiempo, es un poderoso medio de acción para el progreso, Dios no quiere que permanezca mucho tiempo improductiva, y por eso la hace cambiar de manos sin cesar. Cada uno debe poseerla para aprender a servirse de ella y demostrar el uso que sabe darle; pero como es materialmente imposible que todos la tengan al mismo tiempo y, además, si todo el mundo la poseyera, nadie trabajaría y la mejora del globo se vería perjudicada, cada uno la posee a su turno: quien no la tiene hoy ya la ha tenido o la tendrá en otra existencia, y quien la tiene ahora podrá dejar de tenerla mañana. Hay ricos y pobres porque, siendo Dios justo, cada uno debe trabajar a su turno; la pobreza es para unos la prueba de la paciencia y la resignación; la riqueza es para otros la prueba de la caridad y la abnegación.

Con razón nos lamentamos al ver el uso deplorable que ciertas personas hacen de su fortuna, las pasiones innobles que provoca la codicia, y nos preguntamos si Dios es justo al dar la riqueza a tales personas. Es cierto que, si el hombre solo tuviera una existencia, nada justificaría semejante reparto de los bienes de la tierra; pero si, en lugar de limitar la mirada a la vida presente, se considera el conjunto de las existencias, se ve que todo se equilibra con justicia. El pobre ya no tiene, por tanto, motivo para acusar a la Providencia ni para envidiar a los ricos, y los ricos tampoco lo tienen para enorgullecerse de lo que poseen. Si abusan de ello, no será con decretos ni con leyes suntuarias como se remediará el mal; las leyes pueden cambiar momentáneamente el exterior, pero no pueden cambiar el corazón; por eso solo tienen una duración temporal y siempre van seguidas de una reacción más desenfrenada. La fuente del mal está en el egoísmo y el orgullo; los abusos de toda clase cesarán por sí solos cuando los hombres se rijan por la ley de caridad.

[9] Instrucciones de los Espíritus La verdadera propiedad

El hombre solo posee como propio lo que puede llevarse de este mundo. Lo que encuentra al llegar y lo que deja al partir, lo disfruta durante su estancia; pero, ya que se ve obligado a abandonarlo, solo tiene su disfrute y no su posesión real. ¿Qué posee, entonces? Nada de lo que sirve al cuerpo, todo lo que sirve al alma: la inteligencia, los conocimientos, las cualidades morales; eso es lo que trae y lo que se lleva, lo que nadie tiene el poder de quitarle, lo que le servirá aún más en el otro mundo que en este; de él depende ser más rico al partir que al llegar, pues de lo que haya adquirido en bien depende su posición futura. Cuando un hombre va a un país lejano, prepara su equipaje con objetos que tienen valor en ese país; pero no se carga con los que le serían inútiles. Hagan, pues, lo mismo para la vida futura y abastézcanse de todo lo que pueda servirles allí.

Al viajero que llega a una posada se le da un hermoso alojamiento si puede pagarlo; a quien tiene poco se le da uno menos agradable; en cuanto al que no tiene nada, duerme sobre la paja. Así sucede con el hombre al llegar al mundo de los Espíritus: su lugar allí depende de lo que posee; pero no es con oro como lo paga. No se le preguntará: ¿Cuánto tenía usted en la tierra? ¿Qué rango ocupaba allí? ¿Era príncipe o artesano? Sino que se le preguntará: ¿Qué trae de allí? No se calculará el valor de sus bienes ni de sus títulos, sino la suma de sus virtudes; y, según esta cuenta, el artesano puede ser más rico que el príncipe. En vano alegará que antes de partir pagó su entrada con oro; se le responderá: Los lugares no se compran aquí, se ganan por el bien que se ha hecho; con la moneda terrestre ha podido comprar campos, casas y palacios; aquí todo se paga con las cualidades del corazón.

¿Es usted rico en esas cualidades? Sea bienvenido y vaya al primer lugar, donde lo esperan todas las dichas; ¿es usted pobre? Vaya al último, donde será tratado según lo que posee. (Pascal. Ginebra, 1860.)

10 Los bienes de la tierra pertenecen a Dios, que los distribuye a su voluntad, y el hombre no es más que su usufructuario, su administrador más o menos íntegro e inteligente. Son tan poco propiedad individual del hombre que Dios frustra a menudo todas las previsiones; que la fortuna se le escapa a quien cree poseerla con los mejores títulos.

Tal vez diréis que esto se comprende en el caso de la fortuna heredada, pero que no ocurre lo mismo con la que se adquiere mediante el trabajo. Sin duda alguna, si hay una fortuna legítima, es esa, cuando se adquiere honradamente, pues una propiedad solo se adquiere legítimamente cuando, para poseerla, no se ha perjudicado a nadie. Se pedirán cuentas de un denario mal adquirido en perjuicio ajeno. Pero porque un hombre se deba su fortuna a sí mismo, ¿se lleva más de ella al morir? ¿No son a menudo superfluos los cuidados que pone en transmitirla a sus descendientes? Pues si Dios no quiere que recaiga en ellos, nada podrá prevalecer contra su voluntad. ¿Puede usar de ella y abusar impunemente durante su vida sin tener que rendir cuentas? No; al permitirle adquirirla, Dios pudo haber querido recompensar en él, durante esta vida, sus esfuerzos, su valor, su perseverancia; pero si solo la emplea para satisfacer sus sentidos o su orgullo; si se convierte en sus manos en una causa de caída, más le habría valido no poseerla; pierde por un lado lo que ha ganado por otro al anular el mérito de su trabajo, y cuando deje la tierra, Dios le dirá que ya ha recibido su recompensa. (M. Espíritu protector, Bruselas, 1861.)

Empleo de la fortuna.

11. No podéis servir a Dios y a Mammón; recordadlo bien, vosotros a quienes domina el amor al oro, vosotros que venderíais vuestra alma por poseer tesoros, porque pueden elevaros por encima de los demás hombres y proporcionaros los placeres de las pasiones; no, ¡no podéis servir a Dios y a Mammón! Si sentís, pues, que vuestra alma está dominada por los deseos de la carne, apresuraos a sacudir el yugo que os abruma, porque Dios, justo y severo, os dirá: ¿Qué has hecho, administrador infiel, con los bienes que te había confiado? Ese poderoso impulso para las buenas obras solo lo has empleado para tu satisfacción personal.

¿Cuál es, pues, el mejor empleo de la fortuna? Buscad en estas palabras: «Amaos los unos a los otros», la solución de este problema; ahí está el secreto de emplear bien las riquezas. Quien está animado por el amor al prójimo tiene su conducta enteramente trazada; el empleo que agrada a Dios es la caridad; no esa caridad fría y egoísta que consiste en repartir a su alrededor lo superfluo de una existencia dorada, sino esa caridad llena de amor que busca la desgracia, que levanta al desdichado sin humillarlo. Rico, da de lo que te sobra; haz algo mejor: da un poco de lo que necesitas, porque lo que necesitas sigue siendo superfluo, pero da con sabiduría. No rechaces la queja por temor a ser engañado, sino ve a la fuente del mal; alivia primero, infórmate después, y mira si el trabajo, los consejos, incluso el afecto, no serán más eficaces que tu limosna. Difunde a tu alrededor, junto con el bienestar, el amor a Dios, el amor al trabajo, el amor al prójimo. Invierte tus riquezas en un fondo que nunca te fallará y te rendirá grandes intereses: las buenas obras. La riqueza de la inteligencia debe servirte como la del oro; reparte a tu alrededor los tesoros de la instrucción; derrama sobre tus hermanos los tesoros de tu amor, y fructificarán. (Cheverus. Burdeos, 1861.)

12 Cuando considero la brevedad de la vida, me duele la incesante preocupación que os causa el bienestar material, mientras dais tan poca importancia y dedicáis poco o ningún tiempo a vuestro perfeccionamiento moral, que ha de contar para vosotros por toda la eternidad.

12.2 Al ver la actividad que desplegáis, se creería que de ella depende una cuestión del mayor interés para la humanidad, cuando casi siempre solo se trata de poneros en condiciones de satisfacer necesidades exageradas, la vanidad, o de entregaros a excesos. ¡Cuántas penas, preocupaciones y tormentos os causáis, cuántas noches sin dormir, para aumentar una fortuna a menudo más que suficiente!

12.3 Para colmo de ceguera, no es raro ver a quienes un amor desmedido a la fortuna y a los placeres que proporciona somete a un trabajo penoso, presumir de una existencia que llaman de sacrificio y mérito, como si trabajaran para los demás y no para sí mismos. ¡Insensatos! ¿Creéis, pues, realmente que se os tendrán en cuenta los cuidados y los esfuerzos cuyo móvil es el egoísmo, la codicia o el orgullo, mientras descuidáis vuestro porvenir, así como los deberes que la solidaridad fraterna impone a todos los que disfrutan de las ventajas de la vida social?

12.4 Solo habéis pensado en vuestro cuerpo; su bienestar, sus placeres eran el único objeto de vuestra solicitud egoísta; por él, que muere, habéis descuidado vuestro Espíritu, que vivirá siempre. Así, ese amo tan mimado y acariciado se ha convertido en vuestro tirano; manda sobre vuestro Espíritu, que se ha hecho su esclavo. ¿Era ese el fin de la existencia que Dios os había dado? (Un Espíritu protector. Cracovia, 1861.)

13 Siendo el hombre el depositario, el administrador de los bienes que Dios pone en sus manos, se le pedirán cuentas rigurosas del empleo que haya hecho de ellos en virtud de su libre albedrío.

13.2 El mal empleo consiste en destinarlos únicamente a su satisfacción personal; por el contrario, el empleo es bueno siempre que de él resulte algún bien para los demás; el mérito es proporcional al sacrificio que uno se impone.

13.3 La beneficencia es solo una forma de emplear la fortuna; alivia la miseria presente; calma el hambre, protege del frío y da un refugio a quien no lo tiene; pero un deber igualmente imperioso, igualmente meritorio, consiste en prevenir la miseria; esa es, sobre todo, la misión de las grandes fortunas mediante los trabajos de toda clase que pueden hacer ejecutar; y aunque obtuvieran de ellos un provecho legítimo, el bien no dejaría de existir, porque el trabajo desarrolla la inteligencia y eleva la dignidad del hombre, siempre orgulloso de poder decir que se ha ganado el pan que come, mientras que la limosna humilla y degrada.

13.4 La fortuna concentrada en una mano debe ser como una fuente de agua viva que esparce la fecundidad y el bienestar a su alrededor. Oh, vosotros, ricos, que la emplearéis según los designios del Señor, vuestro corazón será el primero en saciar su sed en esa fuente benéfica; tendréis en esta vida los inefables gozos del alma en lugar de los placeres materiales del egoísta, que dejan vacío el corazón.

13.5 Vuestro nombre será bendecido en la tierra, y cuando la dejéis, el soberano señor os dirigirá las palabras de la parábola de los talentos: «0 buen y fiel servidor, entrad en el gozo de vuestro Señor». En esta parábola, el servidor que entierra el dinero que se le ha confiado, ¿no es la imagen de los avaros en cuyas manos la fortuna es improductiva?

13.6 Sin embargo, si Jesús habla principalmente de las limosnas, es porque en aquel tiempo y en el país donde vivía no se conocían los trabajos que las artes y la industria han creado desde entonces, y en los que la fortuna puede emplearse útilmente para el bien general.

13.7 A todos los que pueden dar, poco o mucho, les diré, pues: Dad limosna cuando sea necesario, pero, en la medida de lo posible, convertidla en salario, para que quien la reciba no se avergüence de ella. (Fénelon. Argel, 1860.)

14 Desapego de los bienes terrenales

Vengo, hermanos míos, amigos míos, a aportar mi óbolo para ayudaros a caminar con firmeza por la senda de mejora en la que habéis entrado. Nos debemos los unos a los otros; solo mediante una unión sincera y fraternal entre espíritus y encarnados es posible la regeneración.

Vuestro amor por los bienes terrenales es uno de los mayores obstáculos para vuestro progreso moral y espiritual; con ese apego a las posesiones, quebrantáis vuestra capacidad de amar al volcarla por entero en las cosas materiales. Sed sinceros: ¿da la fortuna una felicidad sin amarguras? Cuando vuestras arcas están llenas, ¿no hay siempre un vacío en el corazón? En el fondo de esa cesta de flores, ¿no hay siempre un reptil escondido? Comprendo que el hombre que, mediante un trabajo constante y honrado, ha ganado su fortuna sienta una satisfacción, por lo demás muy justa; pero de esa satisfacción, muy natural y que Dios aprueba, a un apego que absorbe cualquier otro sentimiento y paraliza los impulsos del corazón, hay una gran distancia; tanta como de la avaricia sórdida a la prodigalidad exagerada, dos vicios entre los cuales Dios ha situado la caridad, santa y saludable virtud que enseña al rico a dar sin ostentación, para que el po-

bre reciba sin bajeza.

Ya os venga la fortuna de vuestra familia o la hayáis ganado con vuestro trabajo, hay algo que nunca debéis olvidar: todo viene de Dios, todo vuelve a Dios. Nada os pertenece en la tierra, ni siquiera vuestro pobre cuerpo: la muerte os despoja de él, como de todos los bienes materiales; sois depositarios y no propietarios, no os engañéis; Dios os ha prestado, debéis devolver, y os presta con la condición de que lo superfluo, al menos, vaya a quienes carecen de lo necesario.

Uno de vuestros amigos os presta una suma; por poco honrados que seáis, os hacéis un deber de devolvérsela y le guardáis gratitud por ello. Pues bien, esa es la situación de todo hombre rico; Dios es el amigo celestial que le ha prestado la riqueza; solo pide para sí amor y gratitud, pero exige que, a su vez, el rico dé a los pobres, que son sus hijos con el mismo derecho que él.

Los bienes que Dios os ha confiado despiertan en vuestros corazones una codicia ardiente y desatinada; cuando os apegáis desmedidamente a una fortuna perecedera y pasajera como vosotros, ¿habéis pensado que llegará un día en que deberéis rendir cuentas al Señor de lo que viene de él? ¿Olvidáis que, por la riqueza, estáis revestidos del carácter sagrado de ministros de la caridad en la tierra, para ser sus administradores inteligentes? ¿Qué sois, pues, cuando utilizáis en vuestro exclusivo provecho lo que os ha sido confiado, sino depositarios infieles? ¿Qué resulta de ese olvido voluntario de vuestros deberes? La muerte inflexible, inexorable, viene a rasgar el velo bajo el cual os escondíais y os obliga a rendir cuentas al mismo amigo que os había favorecido y que, en ese momento, se reviste para vosotros de la toga de juez.

En vano buscáis engañaros en la tierra, dando el nombre de virtud a lo que

a menudo solo es egoísmo; llamáis economía y previsión a lo que solo es codicia y avaricia, o generosidad a lo que solo es prodigalidad en vuestro provecho. Un padre de familia, por ejemplo, se abstendrá de hacer caridad, ahorrará, amontonará oro sobre oro, y todo ello, dice, para dejar a sus hijos la mayor cantidad de bienes posible y evitar que caigan en la miseria; es muy justo y paternal, lo reconozco, y no se le puede reprochar; pero ¿es siempre ese el único motivo que lo guía? ¿No es a menudo un arreglo con su conciencia para justificar, ante sus propios ojos y ante los del mundo, su apego personal a los bienes terrenales? Admito, sin embargo, que el amor paternal sea su único motivo; ¿es esa una razón para olvidar a sus hermanos ante Dios? Cuando él mismo ya tiene lo superfluo, ¿dejará a sus hijos en la miseria porque tengan un poco menos de ese sobrante? ¿No es darles una lección de egoísmo y endurecer su corazón? ¿No es ahogar en ellos el amor al prójimo? Padres y madres, estáis muy equivocados si creéis que así aumentáis el afecto de vuestros hijos hacia vosotros; al enseñarles a ser egoístas con los demás, les enseñáis a serlo con vosotros mismos.

Cuando un hombre ha trabajado bien y, con el sudor de su frente, ha acumulado bienes, a menudo lo oiréis decir que, cuando el dinero se ha ganado, se conoce mejor su valor: nada es más cierto. Pues bien, que ese hombre que reconoce conocer todo el valor del dinero haga caridad según sus medios, y tendrá más mérito que aquel que, nacido en la abundancia, ignora las duras fatigas del trabajo. Pero si, por el contrario, ese mismo hombre que recuerda sus penas y sus trabajos es egoísta y duro con los pobres, es mucho más culpable que los demás; pues cuanto más se conocen por experiencia propia los dolores ocultos de la miseria, más inclinado se debe estar a aliviarlos en los demás.

Por desgracia, en el hombre que posee bienes hay siempre un sentimiento

tan fuerte como el apego a la fortuna: el orgullo. No es raro ver al nuevo rico aturdir al desdichado que implora su ayuda con el relato de sus trabajos y de su habilidad, en lugar de socorrerlo, y acabar diciéndole: «Haced lo que yo he hecho». Según él, la bondad de Dios no ha intervenido en nada en su fortuna; todo el mérito le corresponde solo a él; su orgullo le venda los ojos y le tapa los oídos; no comprende que, con toda su inteligencia y su destreza, Dios puede derribarlo con una sola palabra.

Despilfarrar la fortuna no es desapego de los bienes terrenales, es despreocupación e indiferencia; el hombre, depositario de esos bienes, no tiene más derecho a dilapidarlos que a acapararlos en su provecho; la prodigalidad no es generosidad, es con frecuencia una forma de egoísmo; quien arroja el oro a manos llenas para satisfacer un capricho no daría una moneda para prestar un servicio. El desapego de los bienes terrenales consiste en apreciar la fortuna en su justo valor, en saber utilizarla para los demás y no solo para uno mismo, en no sacrificarle los intereses de la vida futura, en perderla sin murmurar si Dios tiene a bien retirársela. Si, por reveses imprevistos, os convertís en otro Job, decid como él: «Señor, vos me la habíais dado, vos me la habéis quitado; hágase vuestra voluntad». Ese es el verdadero desapego. Sed sumisos ante todo; tened fe en aquel que, después de haberos dado y quitado, puede devolveros; resistid con valor al abatimiento y a la desesperación que paralizan vuestras fuerzas; nunca olvidéis, cuando Dios os golpee, que junto a la mayor prueba siempre pone un consuelo. Pero pensad, sobre todo, que hay bienes infinitamente más preciosos que los de la tierra, y ese pensamiento os ayudará a desprenderos de estos últimos. El poco valor que se atribuye a una cosa hace que se sienta menos su pérdida. El hombre que se apega a los bienes de la tierra es como el niño que solo ve el momento presente; el que no se aferra a ellos es como el

adulto que ve cosas más importantes, porque comprende estas palabras proféticas del Salvador: Mi reino no es de este mundo.

El Señor no ordena despojarse de lo que se posee para reducirse a una mendicidad voluntaria, pues entonces uno se convierte en una carga para la sociedad; actuar así sería comprender mal el desapego de los bienes terrenales; es un egoísmo de otro género, pues supone librarse de la responsabilidad que la fortuna hace recaer sobre quien la posee. Dios la da a quien le parece para que la administre en provecho de todos; el rico tiene, por tanto, una misión, una misión que puede hacer hermosa y provechosa para sí; rechazar la fortuna cuando Dios os la da es renunciar al beneficio del bien que se puede hacer administrándola con sabiduría. Saber prescindir de ella cuando no se tiene, saber emplearla de manera útil cuando se tiene, saber sacrificarla cuando es necesario, es actuar conforme a los designios del Señor. Que aquel a quien le llegue lo que en el mundo se llama una buena fortuna exclame: Dios mío, me enviáis una nueva carga, dadme la fuerza para cumplirla según vuestra santa voluntad.

Esto, amigos míos, es lo que quería enseñaros acerca del desapego de los bienes terrenales; lo resumo diciendo: Sabed contentaros con poco. Si sois pobres, no envidiéis a los ricos, pues la fortuna no es necesaria para la felicidad; si sois ricos, no olvidéis que esos bienes os han sido confiados y que deberéis justificar su empleo como en una rendición de cuentas de tutela. No seáis depositarios infieles, empleándolos para satisfacer vuestro orgullo y vuestra sensualidad; no os creáis con derecho a disponer solo para vosotros de lo que es un préstamo y no un don. Si no sabéis devolver, ya no tenéis derecho a pedir, y recordad que quien da a los pobres salda la deuda que ha contraído con Dios. (Lacordaire. Constantina, 1863.)

15 El principio según el cual el hombre solo es el depositario de la fortuna que Dios le permite disfrutar durante su vida, ¿le quita el derecho a transmitirla a sus descendientes?

El hombre puede perfectamente transmitir después de su muerte aquello de lo que ha disfrutado durante su vida, porque el efecto de ese derecho está siempre subordinado a la voluntad de Dios, que puede, cuando quiere, impedir que sus descendientes lo disfruten; así se ven derrumbarse las fortunas que parecen más sólidamente asentadas. La voluntad del hombre de mantener su fortuna en su linaje es, por tanto, impotente, lo cual no le quita el derecho a transmitir el préstamo que ha recibido, puesto que Dios lo retirará cuando lo juzgue oportuno. (San Luis, París, 1860.)

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XVII. SED PERFECTOS

✦

1 Características de la perfección.

Amad a vuestros enemigos; haced el bien a quienes os odian, y orad por quienes os persiguen y os calumnian; — porque si solo amáis a quienes os aman, ¿qué recompensa tendréis por ello? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? — Y si solo saludáis a vuestros hermanos, ¿qué hacéis con ello de más que los demás? ¿No hacen también lo mismo los paganos? — Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto. (San Mateo, cap. v, vv. 44, 46, 47, 48.)

2 Puesto que Dios posee la perfección infinita en todas las cosas, esta máxima: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto», tomada al pie de la letra, presupondría la posibilidad de alcanzar la perfección absoluta. Si a la criatura le fuera dado ser tan perfecta como el Creador, llegaría a ser igual a él, lo cual es inadmisible. Pero los hombres a quienes se dirigía Jesús no habrían comprendido este matiz; él se limita a presentarles un modelo y les dice que se esfuercen por alcanzarlo.

Por estas palabras debe entenderse, pues, la perfección relativa, aquella de la que es capaz la humanidad y que más la acerca a la Divinidad. ¿En qué consiste esta perfección? Jesús lo dice: «Amar a los enemigos, hacer el bien a quienes nos odian, orar por quienes nos persiguen». Con ello muestra que la esencia de la perfección es la caridad en su acepción más amplia, porque implica la práctica de todas las demás virtudes.

En efecto, si se observan los resultados de todos los vicios, e incluso de los simples defectos, se reconocerá que no hay ninguno que no altere más o

menos el sentimiento de la caridad, porque todos tienen su origen en el egoísmo y el orgullo, que son su negación; pues todo lo que exalta el sentimiento de la propia personalidad destruye, o por lo menos debilita, los elementos de la verdadera caridad, que son: la benevolencia, la indulgencia, la abnegación y la entrega. El amor al prójimo, llevado hasta el amor a los enemigos, al no poder unirse a ningún defecto contrario a la caridad, es, por eso mismo, siempre indicio de una superioridad moral más o menos grande; de ello resulta que el grado de perfección está en proporción con la extensión de ese amor; por eso Jesús, después de haber dado a sus discípulos las reglas de la caridad en lo que tiene de más sublime, les dice: «Sed, pues, perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto».

3 El hombre de bien

El verdadero hombre de bien es aquel que practica la ley de justicia, amor y caridad en su mayor pureza. Si interroga a su conciencia sobre sus propios actos, se pregunta si no ha infringido esa ley; si no ha hecho mal; si ha hecho todo el bien que ha podido; si ha descuidado voluntariamente alguna ocasión de ser útil; si alguien tiene motivos para quejarse de él; en fin, si ha hecho a los demás todo lo que habría querido que hicieran por él.

Tiene fe en Dios, en su bondad, en su justicia y en su sabiduría; sabe que nada sucede sin su permiso, y se somete en todas las cosas a su voluntad.

Tiene fe en el porvenir; por eso sitúa los bienes espirituales por encima de los bienes temporales.

Sabe que todas las vicisitudes de la vida, todos los dolores, todas las decepciones, son pruebas o expiaciones, y las acepta sin quejas.

El hombre impregnado del sentimiento de caridad y de amor al prójimo hace el bien por el bien, sin esperar nada a cambio, devuelve bien por mal,

defiende al débil frente al fuerte y sacrifica siempre su interés a la justicia.

Encuentra su satisfacción en los beneficios que prodiga, en los servicios que presta, en las personas a quienes hace felices, en las lágrimas que seca, en los consuelos que da a los afligidos. Su primer impulso es pensar en los demás antes de pensar en sí mismo, buscar el interés de los demás antes que el suyo propio. El egoísta, 1 por el contrario, calcula las ganancias y las pérdidas de toda acción generosa.

Es bueno, humano y benevolente con todo el mundo, sin distinción de razas ni de creencias, porque ve hermanos en todos los hombres.

Respeta en los demás todas las convicciones sinceras, y no lanza anatemas contra quienes no piensan como él.

En todas las circunstancias la caridad es su guía; se dice que quien perjudica a los demás con palabras malintencionadas, quien hiere la susceptibilidad de alguien con su orgullo y su desdén, quien no retrocede ante la idea de causar una pena, una contrariedad, aunque sea leve, cuando puede evitarla, falta al deber del amor al prójimo y no merece la clemencia del Señor.

No tiene odio, ni rencor, ni deseo de venganza; a ejemplo de Jesús, perdona y olvida las ofensas, y solo recuerda los beneficios; porque sabe que se le perdonará como él mismo haya perdonado.

Es indulgente con las debilidades de los demás, porque sabe que él mismo necesita indulgencia, y recuerda estas palabras de Cristo: Que quien esté sin pecado le tire la primera piedra.

No se complace en buscar los defectos de los demás ni en ponerlos de manifiesto. Si la necesidad lo obliga a ello, busca siempre el bien que pueda atenuar el mal.

Estudia sus propias imperfecciones y trabaja sin cesar para combatirlas. Todos sus esfuerzos tienden a poder decirse al día siguiente que hay en él algo

mejor que la víspera.

No busca hacer valer su inteligencia ni sus talentos a costa de los demás; aprovecha, por el contrario, todas las ocasiones de destacar lo que favorece a los otros.

No se envanece de su fortuna ni de sus ventajas personales, porque sabe que todo lo que se le ha dado puede serle retirado.

Usa, pero no abusa, de los bienes que se le conceden, porque sabe que son un depósito del que deberá rendir cuentas, y que el uso más perjudicial que puede hacer de ellos para sí mismo es emplearlos para satisfacer sus pasiones.

Si el orden social ha puesto a otros hombres bajo su dependencia, los trata con bondad y benevolencia, porque son sus iguales ante Dios; usa su autoridad para elevar su moral, y no para aplastarlos con su orgullo; evita todo lo que pudiera hacer más penosa su posición subordinada.

El subordinado, por su parte, comprende los deberes de su posición, y pone especial cuidado en cumplirlos a conciencia. (Cap. xvii, n.º 9.)

El hombre de bien, en fin, respeta en sus semejantes todos los derechos que otorgan las leyes de la naturaleza, como quisiera que se respetaran los suyos.

Esta no es la enumeración de todas las cualidades que distinguen al hombre de bien, pero quien se esfuerza por poseer estas se encuentra en el camino que conduce a todas las demás.

[4] Los buenos espíritas

El espiritismo bien comprendido, pero sobre todo bien sentido, conduce necesariamente a los resultados anteriores, que caracterizan al verdadero espírita como al verdadero cristiano, pues ambos son uno solo. El espiritismo

no crea ninguna moral nueva; facilita a los hombres la comprensión y la práctica de la de Cristo, dando una fe sólida e ilustrada a quienes dudan o vacilan.

Pero muchos de los que creen en los hechos de las manifestaciones no comprenden sus consecuencias ni su alcance moral, o, si los comprenden, no se los aplican a sí mismos. ¿A qué se debe esto? ¿A una falta de precisión de la doctrina? No, porque no contiene alegorías ni figuras que puedan dar lugar a falsas interpretaciones; su esencia misma es la claridad, y eso es lo que constituye su fuerza, porque se dirige directamente a la inteligencia. No tiene nada de misterioso, y sus iniciados no poseen ningún secreto oculto al común de las personas.

¿Hace falta, pues, para comprenderla, una inteligencia excepcional? No, porque se ven hombres de capacidad reconocida que no la comprenden, mientras que inteligencias comunes, e incluso jóvenes que apenas han salido de la adolescencia, captan con admirable precisión sus matices más delicados. Esto se debe a que la parte en cierto modo material de la ciencia solo requiere ojos para observar, mientras que la parte esencial exige cierto grado de sensibilidad que puede llamarse la madurez del sentido moral, madurez independiente de la edad y del grado de instrucción, porque es inherente al desarrollo, en un sentido especial, del Espíritu encarnado.

En algunos, los lazos de la materia son todavía demasiado tenaces para permitir al Espíritu desprenderse de las cosas de la tierra; la niebla que los rodea les oculta la visión del infinito; por eso no rompen fácilmente con sus gustos ni con sus hábitos, pues no conciben nada mejor que lo que tienen; la creencia en los Espíritus es para ellos un simple hecho, pero modifica poco o nada sus tendencias instintivas; en una palabra, solo ven un rayo de luz, insuficiente para guiarlos y darles una aspiración poderosa, capaz de

vencer sus inclinaciones. Se apegan a los fenómenos más que a la moral, que les parece banal y monótona; piden a los Espíritus que los inicien sin cesar en nuevos misterios, sin preguntarse si se han hecho dignos de conocer los secretos del Creador. Son los espíritas imperfectos, algunos de los cuales se quedan en el camino o se alejan de sus hermanos de creencia, porque retroceden ante la obligación de reformarse a sí mismos, o bien reservan sus simpatías para quienes comparten sus debilidades o sus prejuicios. Sin embargo, la aceptación del principio de la doctrina es un primer paso que les hará más fácil el segundo en otra existencia.

Aquel a quien se puede, con razón, calificar de verdadero y sincero espírita se encuentra en un grado superior de adelanto moral; el Espíritu que domina más completamente la materia le da una percepción más clara del porvenir; los principios de la doctrina hacen vibrar en él fibras que permanecen mudas en los primeros; en una palabra, le llegan al corazón; por eso su fe es inquebrantable. Uno es como el músico que se emociona con ciertos acordes, mientras que otro solo oye sonidos. Se reconoce al verdadero espírita por su transformación moral y por los esfuerzos que hace para dominar sus malas inclinaciones; mientras uno se complace en su horizonte limitado, el otro, que comprende algo mejor, se esfuerza por desprenderse de él, y siempre lo consigue cuando tiene la firme voluntad de hacerlo.

5 Parábola de la semilla

Ese mismo día, Jesús salió de la casa y se sentó junto al mar; — y se reunió a su alrededor una gran multitud de personas; por eso subió a una barca, donde se sentó, mientras todo el pueblo permanecía en la orilla; — y les dijo muchas cosas en parábolas, hablándoles de esta manera:

El sembrador salió a sembrar; — y mientras sembraba, una parte de la se-

milla cayó junto al camino, y vinieron las aves del cielo y se la comieron.
Otra cayó en lugares pedregosos, donde no tenía mucha tierra; y brotó enseguida, porque la tierra donde estaba no tenía profundidad. — Pero después salió el sol y la quemó; y como no tenía raíz, se secó.
Otra cayó entre espinos, y los espinos crecieron y la ahogaron.
Otra, por último, cayó en buena tierra y dio fruto: algunos granos rindieron ciento por uno, otros sesenta y otros treinta.
El que tenga oídos para oír, que oiga. (San Mateo, cap. xiii, v. del 1 al 9.)
Escuchen, pues, ustedes la parábola del sembrador.
A todo el que escucha la palabra del reino y no le presta atención, viene el espíritu maligno y le arrebata lo que se había sembrado en su corazón; ese es el que recibió la semilla junto al camino.
El que recibe la semilla entre las piedras es el que escucha la palabra y la recibe al momento con alegría; — pero no tiene raíz en sí mismo y solo dura un tiempo; y cuando sobrevienen dificultades y persecuciones a causa de la palabra, encuentra enseguida en ellas motivo de escándalo y de caída.
El que recibe la semilla entre los espinos es el que oye la palabra; pero luego las preocupaciones de este mundo y la ilusión de las riquezas ahogan en él esa palabra y la vuelven infructuosa.
Pero el que recibe la semilla en buena tierra es el que escucha la palabra, le presta atención y da fruto, y rinde ciento, o sesenta, o treinta por uno. (San Mateo, cap. xvi, v. del 18 al 23.

6 La parábola de la semilla representa perfectamente los matices que existen en la manera de aprovechar las enseñanzas del Evangelio. ¡Cuántas personas hay, en efecto, para quienes este es solo letra muerta que, como la semilla caída sobre la roca, no produce ningún fruto!

Encuentra una aplicación no menos acertada en las diferentes categorías de espíritas. ¿No es el emblema de quienes solo se interesan por los fenómenos materiales y no extraen de ellos ninguna consecuencia, porque solo ven en ellos un objeto de curiosidad? ¿De quienes solo buscan lo brillante en las comunicaciones de los Espíritus y solo se interesan por ellas en la medida en que satisfacen su imaginación, pero que, después de haberlas oído, siguen tan fríos e indiferentes como antes? ¿De quienes encuentran muy buenos los consejos y los admiran, pero los aplican a los demás y no a sí mismos? ¿De aquellos, por último, para quienes estas instrucciones son como la semilla caída en buena tierra y producen frutos?

7 Instrucciones de los Espíritus El deber

El deber es la obligación moral, primero para con uno mismo y después para con los demás. El deber es la ley de la vida; se encuentra tanto en los detalles más pequeños como en los actos elevados. Aquí solo quiero hablar del deber moral, y no del que imponen las profesiones.

En el orden de los sentimientos, el deber es muy difícil de cumplir, porque se opone a las seducciones del interés y del corazón; sus victorias no tienen testigos y sus derrotas no reciben sanción. El deber íntimo del hombre queda a su libre albedrío; el aguijón de la conciencia, esa guardiana de la rectitud interior, lo advierte y lo sostiene, pero a menudo permanece impotente ante los sofismas de la pasión. El deber del corazón, fielmente observado, eleva al hombre; pero ¿cómo precisar ese deber? ¿Dónde comienza? ¿Dónde termina? El deber empieza precisamente en el punto en que amenazan la felicidad o la tranquilidad de su prójimo; termina en el límite que ustedes no querrían ver traspasado respecto de sí mismos.

Dios ha creado a todos los hombres iguales ante el dolor; pequeños o gran-

des, ignorantes o instruidos, sufren por las mismas causas, para que cada uno juzgue con sensatez el mal que puede hacer. No existe el mismo criterio para el bien, infinitamente más variado en sus expresiones. La igualdad ante el dolor es una sublime previsión de Dios, que quiere que sus hijos, instruidos por la experiencia común, no cometan el mal alegando ignorancia de sus efectos.

El deber es el resumen práctico de todas las reflexiones morales; es una valentía del alma que afronta las angustias de la lucha; es austero y flexible; pronto a adaptarse a las diversas complicaciones, permanece inflexible ante sus tentaciones. El hombre que cumple su deber ama a Dios más que a las criaturas, y a las criaturas más que a sí mismo; es a la vez juez y esclavo en su propia causa.

El deber es la más bella joya de la razón; depende de ella como el hijo depende de su madre. El hombre debe amar el deber, no porque lo preserve de los males de la vida, a los que la humanidad no puede sustraerse, sino porque da al alma el vigor necesario para su desarrollo.

El deber crece y resplandece bajo una forma más elevada en cada una de las etapas superiores de la humanidad; la obligación moral de la criatura para con Dios nunca cesa; debe reflejar las virtudes del Eterno, que no acepta un esbozo imperfecto, porque quiere que la belleza de su obra resplandezca ante él. (Lázaro. París, 4 863.)

8 La virtud

La virtud, en su grado más alto, comprende el conjunto de todas las cualidades esenciales que constituyen al hombre de bien. Ser bueno, caritativo, trabajador, sobrio, modesto: estas cualidades son las del hombre virtuoso. Por desgracia, a menudo van acompañadas de pequeñas debilidades mora-

les que las afean y las atenúan. Quien hace alarde de su virtud no es virtuoso, puesto que le falta la cualidad principal: la modestia, y tiene el vicio más contrario a ella: el orgullo. La virtud verdaderamente digna de ese nombre no gusta de exhibirse; se la adivina, pero se oculta en la oscuridad y huye de la admiración de las multitudes. San Vicente de Paúl era virtuoso; el digno cura de Ars era virtuoso, y muchos otros poco conocidos por el mundo, pero conocidos por Dios. Todos esos hombres de bien ignoraban ellos mismos que fueran virtuosos; se dejaban llevar por la corriente de sus santas inspiraciones y practicaban el bien con un desinterés completo y un entero olvido de sí mismos.

A la virtud así entendida y practicada los invito, hijos míos; a esa virtud verdaderamente cristiana y verdaderamente espírita los animo a consagrarse; pero alejen de sus corazones el pensamiento del orgullo, de la vanidad, del amor propio, que siempre afean las más bellas cualidades. No imiten a ese hombre que se presenta como un modelo y pregona sus propias cualidades ante todos los oídos complacientes. Esa virtud de ostentación oculta a menudo una multitud de pequeñas bajezas y de odiosas cobardías. En principio, el hombre que se ensalza a sí mismo, que levanta una estatua a su propia virtud, anula por ese solo hecho todo el mérito efectivo que pueda tener. Pero ¿qué diré de aquel cuyo único valor consiste en parecer lo que no es? Admito de buen grado que el hombre que hace el bien sienta en el fondo del corazón una satisfacción íntima, pero en cuanto esa satisfacción se manifiesta exteriormente para recoger elogios, degenera en amor propio.

0 ustedes todos a quienes la fe espírita ha calentado con sus rayos, y que saben cuán lejos está el hombre de la perfección, no caigan jamás en semejante defecto. La virtud es una gracia que deseo a todos los espíritas since-

ros, pero les diré: Más vale tener menos virtudes con modestia que muchas con orgullo. Por el orgullo se han perdido las humanidades sucesivas; por la humildad deberán redimirse un día. (Francisco, Nicolás, Magdalena. París, 1863.)

[9] Los superiores y los inferiores

La autoridad, al igual que la fortuna, es una delegación de la que se pedirá cuenta a quien está investido de ella; no crean que se le da para procurarle el vano placer de mandar, ni, como cree erróneamente la mayoría de los poderosos de la tierra, como un derecho, una propiedad. Sin embargo, Dios les demuestra suficientemente que no es ni lo uno ni lo otro, puesto que se la retira cuando le place. Si fuera un privilegio ligado a su persona, sería inalienable. Nadie puede, por tanto, decir que una cosa le pertenece cuando puede serle quitada sin su consentimiento. Dios da la autoridad como misión o prueba cuando le conviene, y la retira de igual manera. Quienquiera que sea depositario de la autoridad, cualquiera que sea su alcance, desde el amo sobre su servidor hasta el soberano sobre su pueblo, no debe ocultarse que tiene almas a su cargo; responderá de la buena o mala dirección que haya dado a sus subordinados, y las faltas que estos puedan cometer, los vicios a los que sean arrastrados como consecuencia de esa dirección o de los malos ejemplos, recaerán sobre él, mientras que recogerá los frutos de su solicitud para conducirlos al bien. Todo hombre tiene en la tierra una misión pequeña o grande; cualquiera que sea, siempre se le da para el bien; desvirtuarla en su principio es, por tanto, faltar a ella.

Si Dios pregunta al rico: ¿Qué has hecho de la fortuna que debía ser entre tus manos una fuente que esparciera la fecundidad a su alrededor?, preguntará a quien posea una autoridad cualquiera: ¿Qué uso has hecho de

esa autoridad? ¿Qué mal has detenido? ¿Qué progreso has impulsado? Si te di subordinados, no fue para convertirlos en esclavos de tu voluntad ni en instrumentos dóciles de tus caprichos o de tu codicia; te hice fuerte y te confié a los débiles para sostenerlos y ayudarlos a subir hacia mí.

El superior que está compenetrado de las palabras de Cristo no desprecia a ninguno de quienes están por debajo de él, porque sabe que las distinciones sociales no establecen diferencias ante Dios. El espiritismo le enseña que, si hoy lo obedecen, han podido mandarlo, o podrán mandarlo más adelante, y que entonces será tratado como él mismo los haya tratado.

Si el superior tiene deberes que cumplir, el inferior tiene por su parte otros que no son menos sagrados. Si este último es espírita, su conciencia le dirá aún mejor que no está exento de ellos, aun cuando su jefe no cumpla los suyos, porque sabe que no se debe devolver mal por mal y que las faltas de unos no autorizan las de otros. Si sufre por su posición, se dice que sin duda la ha merecido, porque él mismo quizá haya abusado en otro tiempo de su autoridad y debe sentir a su vez los inconvenientes de lo que hizo sufrir a los demás. Si se ve obligado a soportar esa posición por no encontrar otra mejor, el espiritismo le enseña a resignarse a ella como a una prueba para su humildad, necesaria para su progreso. Su creencia lo guía en su conducta; actúa como quisiera que sus subordinados actuaran con él si fuera jefe. Por eso mismo es más escrupuloso en el cumplimiento de sus obligaciones, pues comprende que toda negligencia en el trabajo que se le confía es un perjuicio para quien lo remunera y a quien debe su tiempo y sus cuidados; en una palabra, lo mueve el sentimiento del deber que le da su fe y la certeza de que todo desvío del buen camino es una deuda que habrá que pagar tarde o temprano. (Francisco, Nicolás, Magdalena, card. Morlot, París, 1863.) El hombre en el mundo.

10 Un sentimiento de piedad debe animar siempre el corazón de quienes se reúnen ante los ojos del Señor e imploran la asistencia de los buenos Espíritus. Purificad, pues, vuestros corazones; no dejéis que permanezca en ellos ningún pensamiento mundano o fútil; elevad vuestro espíritu hacia aquellos a quienes llamáis, para que, al encontrar en vosotros las disposiciones necesarias, puedan esparcir en abundancia la semilla que debe germinar en vuestros corazones y dar en ellos frutos de caridad y de justicia.

No creáis, sin embargo, que al exhortaros sin cesar a la oración y a la evocación mental os invitamos a llevar una vida mística que os mantenga al margen de las leyes de la sociedad en la que estáis condenados a vivir. No, vivid con los hombres de vuestra época, como deben vivir los hombres; atendeos a las necesidades e incluso a las frivolidades del día, pero hacedlo con un sentimiento de pureza que pueda santificarlas.

Estáis llamados a entrar en contacto con espíritus de distinta naturaleza, con caracteres opuestos: no ofendáis a ninguno de aquellos con quienes os encontréis. Sed alegres, sed felices, pero con la alegría que da una buena conciencia, con la felicidad del heredero del cielo que cuenta los días que lo acercan a su herencia.

La virtud no consiste en adoptar un aspecto severo y lúgubre, en rechazar los placeres que vuestra condición humana permite; basta con referir todos los actos de la vida al Creador que ha dado esa vida; basta, cuando se comienza o se termina una obra, con elevar el pensamiento hacia ese Creador y pedirle, en un impulso del alma, su protección para lograr el éxito o su bendición para la obra terminada. Hagáis lo que hagáis, remontaos a la fuente de todas las cosas; nunca hagáis nada sin que el recuerdo de Dios venga a purificar y santificar vuestros actos.

La perfección reside por entero, como dijo Cristo, en la práctica de la cari-

dad absoluta; pero los deberes de la caridad se extienden a todas las posiciones sociales, desde la más pequeña hasta la más grande. El hombre que viviera solo no tendría caridad que ejercer; solo en el contacto con sus semejantes, en las luchas más penosas, encuentra la ocasión de hacerlo. Quien se aísla, pues, se priva voluntariamente del medio más poderoso de perfección; al no tener que pensar más que en sí mismo, su vida es la de un egoísta. (Cap. v, No imaginéis, pues, que para vivir en comunicación constante con nosotros, para vivir bajo la mirada del Señor, sea necesario vestir el cilicio y cubrirse de cenizas; no, no, una vez más; sed felices según las necesidades de la humanidad, pero que en vuestra felicidad nunca entre un pensamiento ni un acto que pueda ofenderlo o hacer que se cubran el rostro quienes os aman y os guían. Dios es amor y bendice a quienes aman santamente. (Un Espíritu Protector. Burdeos, 1863.)

Cuidar el cuerpo y el espíritu.

41. ¿Consiste la perfección moral en la mortificación del cuerpo? Para resolver esta cuestión, me apoyo en los principios elementales y comienzo por demostrar la necesidad de cuidar el cuerpo, que, según las alternancias de salud y enfermedad, influye de manera muy importante en el alma, a la que hay que considerar cautiva en la carne. Para que esta prisionera viva, se desenvuelva e incluso se haga ilusiones de libertad, el cuerpo debe estar sano, ágil y vigoroso. Sigamos la comparación: ahí están, pues, ambos en perfecto estado; ¿qué deben hacer para mantener el equilibrio entre sus aptitudes y sus necesidades tan diferentes? Aquí se enfrentan dos sistemas: el de los ascetas, que quieren abatir el cuerpo, y el de los materialistas, que quieren rebajar el alma: dos violencias que son casi tan insensatas la una como la otra. Junto a estos grandes grupos pulula la numerosa tribu de los indiferentes, que, sin convicción y sin pasión, aman con tibieza y disfrutan

con mesura. ¿Dónde está, pues, la sabiduría? ¿Dónde está la ciencia de vivir? En ninguna parte; y este gran problema seguiría enteramente por resolver si el espiritismo no viniera en ayuda de quienes buscan, demostrándoles las relaciones que existen entre el cuerpo y el alma, y diciendo que, puesto que se necesitan mutuamente, hay que cuidar de ambos. Amad, pues, vuestra alma, pero cuidad también el cuerpo, instrumento del alma; desconocer las necesidades que indica la propia naturaleza es desconocer la ley de Dios. No lo castiguéis por las faltas que vuestro libre albedrío le ha hecho cometer y de las que es tan poco responsable como el caballo mal dirigido lo es de los accidentes que causa. ¿Seréis, pues, más perfectos si, aun martirizando el cuerpo, seguís siendo egoístas, orgullosos y poco caritativos con vuestro prójimo? No, la perfección no está ahí; reside por entero en las reformas a las que sometáis vuestro Espíritu; doblegadlo, sometedlo, humilladlo, mortificadlo: ese es el medio de hacerlo dócil a la voluntad de Dios y el único que conduce a la perfección. (Jorge, Espíritu protector. París, 1863.)

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XVIII. MUCHOS LLAMADOS Y POCOS ELEGIDOS

✦

1 Parábola del banquete de bodas.

Jesús, hablando de nuevo en parábolas, les dijo:

El reino de los cielos es semejante a un rey que, queriendo celebrar las bodas de su hijo, — envió a sus siervos a llamar a los que estaban invitados a las bodas; pero se negaron a venir. — Envió de nuevo a otros siervos con orden de decir de su parte a los invitados: He preparado mi comida; he mandado matar mis bueyes y todos los animales que había hecho engordar; todo está listo, venid a las bodas. — Pero ellos, sin hacer caso, se fueron, uno a su casa de campo y otro a sus negocios. — Los demás se apoderaron de sus siervos y los mataron después de haberles hecho muchas afrentas. — Al enterarse, el rey se llenó de ira y, enviando sus ejércitos, exterminó a aquellos asesinos y quemó su ciudad.

Entonces dijo a sus siervos: El banquete de bodas está listo; pero los que habían sido llamados no han sido dignos de él. Id, pues, a los cruces de caminos y llamad a las bodas a todos los que encontréis. — Sus siervos salieron entonces por las calles y reunieron a todos los que encontraron, buenos y malos; y la sala de bodas se llenó de personas que se sentaron a la mesa.

El rey entró después para ver a los que estaban a la mesa y, al advertir allí a un hombre que no llevaba el traje de bodas, — le dijo: Amigo mío, ¿cómo habéis entrado aquí sin llevar el traje de bodas? Y aquel hombre se quedó mudo. — Entonces el rey dijo a sus servidores: Atadle las manos y los pies,

y arrojadlo a las tinieblas de afuera: allí habrá llanto y rechinar de dientes; — porque hay muchos llamados y pocos elegidos. (San Mateo, cap. xxii, vv. de 1 a 14.)

2 El incrédulo sonríe ante esta parábola, que le parece de una ingenuidad pueril, pues no comprende que se puedan poner tantas dificultades para asistir a un banquete, y menos aún que unos invitados lleven su resistencia hasta el punto de asesinar a los enviados del dueño de la casa. «Las parábolas —dice— son, sin duda, figuras, pero aun así no deben salirse de los límites de lo verosímil».

Lo mismo puede decirse de todas las alegorías, de las fábulas más ingeniosas, si no se las despoja de su envoltura para buscar su sentido oculto. Jesús tomaba las suyas de los usos más comunes de la vida y las adaptaba a las costumbres y al carácter del pueblo al que hablaba; la mayoría tienen por objeto hacer penetrar en las masas la idea de la vida espiritual; su sentido a menudo parece ininteligible solo porque no se parte de este punto de vista.

En esta parábola, Jesús compara el reino de los cielos, donde todo es alegría y felicidad, con un banquete. Con los primeros invitados alude a los hebreos, a quienes Dios había llamado primero al conocimiento de su ley. Los enviados del dueño son los profetas que venían a exhortarlos a seguir el camino de la verdadera felicidad; pero sus palabras eran poco escuchadas; sus advertencias eran despreciadas; varios incluso fueron asesinados, como los siervos de la parábola. Los invitados que se excusan por los cuidados que deben dar a sus campos y a sus negocios son el emblema de las personas mundanas que, absorbidas por las cosas terrenales, son indiferentes a las cosas celestiales.

Entre los judíos de entonces existía la creencia de que su nación debía al-

canzar la supremacía sobre todas las demás. ¿No había prometido Dios, en efecto, a Abraham que su descendencia cubriría toda la tierra? Pero, tomando siempre la forma por el fondo, creían en una dominación efectiva y material.

Antes de la venida de Cristo, a excepción de los hebreos, todos los pueblos eran idólatras y politeístas. Si algunos hombres superiores al común concibieron la idea de la unidad divina, esta idea quedó como un sistema personal, pero en ninguna parte fue aceptada como verdad fundamental, salvo por algunos iniciados que ocultaban sus conocimientos bajo un velo misterioso, impenetrable para las masas. Los hebreos fueron los primeros que practicaron públicamente el monoteísmo; a ellos transmitió Dios su ley, primero por medio de Moisés y después por medio de Jesús; de este pequeño foco partió la luz que debía extenderse por el mundo entero, triunfar sobre el paganismo y dar a Abraham una descendencia espiritual «tan numerosa como las estrellas del firmamento». Pero los judíos, aun rechazando la idolatría, habían descuidado la ley moral para aferrarse a la práctica más fácil de las formas exteriores. El mal había llegado a su colmo; la nación sometida estaba desgarrada por las facciones y dividida por las sectas; la incredulidad misma había penetrado hasta en el santuario. Fue entonces cuando apareció Jesús, enviado para hacerlos volver a la observancia de la ley y abrirles los nuevos horizontes de la vida futura; invitados entre los primeros al gran banquete de la fe universal, rechazaron la palabra del Mesías celestial y lo hicieron morir; así perdieron el fruto que habrían recogido de su iniciativa.

Sin embargo, sería injusto acusar al pueblo entero de este estado de cosas; la responsabilidad recae principalmente en los fariseos y los saduceos, que llevaron a la nación a la perdición, por el orgullo y el fanatismo de unos y por

la incredulidad de otros. A ellos, sobre todo, compara Jesús con los invitados que se niegan a acudir al banquete de bodas. Luego añade: «El Señor, viendo esto, hizo invitar a todos los que se encontraron en los cruces de caminos, buenos y malos»; con ello quería decir que la palabra iba a ser predicada a todos los demás pueblos, paganos e idólatras, y que estos, al aceptarla, serían admitidos al banquete en lugar de los primeros invitados.

Pero no basta con ser invitado; no basta con llevar el nombre de cristiano ni con sentarse a la mesa para participar en el banquete celestial; es preciso, ante todo y como condición expresa, llevar el traje de bodas, es decir, tener pureza de corazón y practicar la ley según el espíritu; ahora bien, esta ley está contenida por entero en estas palabras: Fuera de la caridad no hay salvación. Pero, entre todos los que oyen la palabra divina, ¡qué pocos la guardan y la aprovechan! ¡Qué pocos se hacen dignos de entrar en el reino de los cielos! Por eso dice Jesús: Habrá muchos llamados y pocos elegidos.

[3] La puerta estrecha

Entrad por la puerta estrecha, porque la puerta de la perdición es ancha y el camino que lleva a ella es espacioso, y son muchos los que entran por ella. — ¡Qué pequeña es la puerta de la vida! ¡Qué estrecho es el camino que lleva a ella! ¡Y qué pocos son los que la encuentran! (San Mateo, cap. vii, vv. 13, 14.)

[4] Alguien le hizo esta pregunta: Señor, ¿serán pocos los que se salven? Él les respondió: — Esforzaos por entrar por la puerta estrecha, porque os aseguro que muchos intentarán entrar y no podrán. — Y cuando el padre de familia haya entrado y haya cerrado la puerta, y vosotros, estando fuera, comencéis a llamar, diciendo: Señor, abridnos; él os responderá: No sé de dónde sois. — Entonces comenzaréis a decir: Hemos comido y bebido en

vuestra presencia, y habéis enseñado en nuestras plazas públicas. — Y él os responderá: No sé de dónde sois; apartaos de mí todos los que cometéis iniquidad.

Entonces habrá llanto y rechinar de dientes, cuando veáis que Abraham, Isaac, Jacob y todos los profetas estarán en el reino de Dios, y que vosotros seréis arrojados fuera. — Vendrán de Oriente y de Occidente, del Norte y del Sur, y tendrán lugar en el banquete en el reino de Dios. — Entonces los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos. (San Lucas, cap. xiii, vv. de 23 a 30.)

5 La puerta de la perdición es ancha porque las malas pasiones son numerosas y el camino del mal es recorrido por la mayoría. La de la salvación es estrecha porque el hombre que quiere cruzarla debe hacer grandes esfuerzos sobre sí mismo para vencer sus malas tendencias, y pocos se resignan a ello; es el complemento de la máxima: Hay muchos llamados y pocos elegidos.

Tal es el estado actual de la humanidad terrestre, porque, al ser la tierra un mundo de expiación, el mal domina en ella; cuando sea transformada, el camino del bien será el más transitado. Estas palabras deben entenderse, pues, en sentido relativo y no en sentido absoluto. Si tal debiera ser el estado normal de la humanidad, Dios habría condenado voluntariamente a la perdición a la inmensa mayoría de sus criaturas; suposición inadmisible desde el momento en que se reconoce que Dios es todo justicia y todo bondad.

Pero ¿de qué malas acciones habría podido hacerse culpable esta humanidad para merecer una suerte tan triste, en su presente y en su porvenir, si toda ella estuviera relegada a la tierra y si el alma no hubiera tenido otras

existencias? ¿Por qué tantos obstáculos sembrados en su camino? ¿Por qué esa puerta tan estrecha que solo a una minoría le es dado cruzar, si la suerte del alma queda fijada para siempre después de la muerte? Así es como, con la existencia única, se está incesantemente en contradicción consigo mismo y con la justicia de Dios. Con la anterioridad del alma y la pluralidad de los mundos, el horizonte se ensancha; se hace la luz sobre los puntos más oscuros de la fe; el presente y el porvenir están ligados al pasado; solo entonces se puede comprender toda la profundidad, toda la verdad y toda la sabiduría de las máximas de Cristo.

6 Los que dicen: ¡Señor! ¡Señor!
No todos los que me dicen: ¡Señor! ¡Señor!, entrarán en el reino de los cielos; solo entrará aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. — Muchos me dirán aquel día: ¡Señor! ¡Señor!, ¿no hemos profetizado en vuestro nombre? ¿No hemos expulsado a los demonios en vuestro nombre, y no hemos hecho muchos milagros en vuestro nombre? — Y entonces les diré en voz alta: Apartaos de mí, vosotros que hacéis obras de iniquidad. (San Mateo, cap. vii, vv. 21, 22,23.)

7 Todo aquel, pues, que oye estas palabras que digo y las practica será comparado con un hombre sabio que edificó su casa sobre la piedra; — y cuando cayó la lluvia, los ríos se desbordaron y los vientos soplaron y se abatieron sobre aquella casa, esta no cayó, porque estaba cimentada sobre la piedra.

7.2 — Pero todo aquel que oye estas palabras que digo y no las practica será semejante a un hombre insensato que edificó su casa sobre la arena; y cuando cayó la lluvia, los ríos se desbordaron y los vientos soplaron y se

abatieron sobre aquella casa, esta fue derribada, y grande fue su ruina. (San Mateo, cap. vii, vv. de 24 a 27. — San Lucas, cap. vi, vv. de 46 a 49.)

8 Por tanto, quien quebrante uno de estos mandamientos más pequeños y enseñe a los hombres a quebrantarlos será considerado el último en el reino de los cielos; pero quien los cumpla y los enseñe será grande en el reino de los cielos. (San Mateo, cap. v, v. 19.)

9 Todos los que reconocen la misión de Jesús dicen: ¡Señor! ¡Señor! Pero ¿de qué sirve llamarlo Maestro o Señor si no se siguen sus preceptos? ¿Son cristianos quienes lo honran con actos exteriores de devoción y al mismo tiempo rinden culto al orgullo, al egoísmo, a la codicia y a todas sus pasiones? ¿Son sus discípulos quienes pasan días enteros en oración y no por ello son mejores, ni más caritativos, ni más indulgentes con sus semejantes? No, pues, como los fariseos, tienen la oración en los labios y no en el corazón. Con las formas pueden impresionar a los hombres, pero no a Dios. En vano dirán a Jesús: «Señor, hemos profetizado, es decir, enseñado en vuestro nombre; hemos expulsado a los demonios en vuestro nombre; hemos bebido y comido con vos»; él les responderá: «No sé quiénes sois; apartaos de mí, vosotros que cometéis iniquidades, vosotros que desmentís vuestras palabras con vuestras acciones, que calumniáis a vuestro prójimo, que despojáis a las viudas y cometéis adulterio; apartaos de mí, vosotros cuyo corazón destila odio y hiel, vosotros que derramáis la sangre de vuestros hermanos en mi nombre, que hacéis correr lágrimas en lugar de secarlas. Para vosotros habrá llanto y crujir de dientes, porque el reino de Dios es para quienes son mansos, humildes y caritativos. No esperéis doblegar la justicia del Señor con la multitud de vuestras palabras y genuflexiones; el único camino que tenéis abierto para hallar gracia ante él es la práctica sincera de la

ley de amor y caridad».

Las palabras de Jesús son eternas porque son la verdad. No solo son la salvaguarda de la vida celestial, sino también la garantía de la paz, de la tranquilidad y de la estabilidad en las cosas de la vida terrenal: por eso todas las instituciones humanas, políticas, sociales y religiosas que se apoyen en esas palabras serán estables como la casa construida sobre la roca; los hombres las conservarán porque encontrarán en ellas su felicidad; pero las que las vulneren serán como la casa construida sobre la arena: el viento de las revoluciones y el río del progreso se las llevarán.

10 Se pedirá mucho a quien mucho ha recibido.

El siervo que haya conocido la voluntad de su amo y que, sin embargo, no se haya preparado ni haya hecho lo que este deseaba de él, será golpeado duramente; —pero quien no haya conocido su voluntad y haya hecho cosas dignas de castigo recibirá menos golpes. Se pedirá mucho a quien mucho se haya dado, y se exigirá una cuenta mayor a quien se hayan confiado más cosas. (San Lucas, cap. xii, v. 47, 48.)

11 He venido a este mundo para ejercer un juicio, para que quienes no ven vean y quienes ven se vuelvan ciegos. —Algunos fariseos que estaban con él oyeron estas palabras y le dijeron: ¿Acaso nosotros también somos ciegos? —Jesús les respondió: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero ahora decís que veis, y por eso vuestro pecado permanece en vosotros. (San Juan, cap. ix, v. 39, 40, 41.)

12 Estas máximas se aplican sobre todo a la enseñanza de los Espíritus. Quien conoce los preceptos de Cristo es sin duda culpable de no practicarlos; pero, además de que el Evangelio que los contiene solo está difundido entre las sectas cristianas, ¡cuántas personas hay entre ellas que no lo leen, y

cuántas, entre quienes lo leen, que no lo comprenden! De ello resulta que las propias palabras de Jesús se pierden para la mayoría.

La enseñanza de los Espíritus, que reproduce estas máximas bajo diferentes formas, que las desarrolla y las comienza para ponerlas al alcance de todos, tiene de particular que no está circunscrita y que cualquiera, instruido o analfabeto, creyente o incrédulo, cristiano o no, puede recibirla, puesto que los Espíritus se comunican en todas partes; ninguno de quienes la reciben, directamente o por intermediación, puede alegar ignorancia; no puede excusarse ni en su falta de instrucción ni en la oscuridad del sentido alegórico. Por tanto, quien no las aprovecha para mejorar, quien las admira como cosas interesantes y curiosas sin que su corazón se conmueva, quien no es por ello menos vanidoso, ni menos orgulloso, ni menos egoísta, ni menos apegado a los bienes materiales, ni mejor con su prójimo, es tanto más culpable cuanto más medios tiene para conocer la verdad.

Los médiums que obtienen buenas comunicaciones son aún más reprensibles por persistir en el mal, porque a menudo escriben su propia condena y, si no estuvieran cegados por el orgullo, reconocerían que es a ellos a quienes los Espíritus se dirigen. Pero, en lugar de tomar para sí las lecciones que escriben o que ven escribir, su único pensamiento es aplicarlas a los demás, cumpliendo así estas palabras de Jesús: «Veis una paja en el ojo de vuestro vecino y no veis la viga que está en el vuestro». Cap. x, n.º 9.)

Con estas otras palabras: «Si fuerais ciegos, no tendríais pecado», Jesús da a entender que la culpabilidad está en proporción con las luces que se poseen; ahora bien, los fariseos, que pretendían ser, y que eran, en efecto, la parte más ilustrada de la nación, eran más reprensibles a los ojos de Dios que el pueblo ignorante. Lo mismo sucede hoy.

A los espíritas, por tanto, se les pedirá mucho, porque mucho han recibido, pero también se dará mucho a quienes lo hayan aprovechado.
El primer pensamiento de todo espírita sincero debe ser buscar, en los consejos dados por los Espíritus, si hay algo que pueda concernirle.
El espiritismo viene a multiplicar el número de los llamados; por la fe que da, multiplicará también el número de los elegidos.
Instrucciones de los Espíritus Se dará a quien tiene

13 Sus discípulos se acercaron y le dijeron: ¿Por qué les habláis en parábolas? —Y él les respondió: Porque a vosotros se os ha concedido conocer los misterios del reino de los cielos, pero a ellos no se les ha concedido.

13.2 —Pues a quien ya tiene se le dará aún más y tendrá en abundancia; pero a quien no tiene se le quitará incluso lo que tiene. —Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven y escuchando no oyen ni comprenden.

13.3 —Y en ellos se cumple la profecía de Isaías, cuando dice: Escucharéis con vuestros oídos y no oiréis; miraréis con vuestros ojos y no veréis. (San Mateo, cap. xiii, v. 10

14 Prestad mucha atención a lo que oís, pues se usará con vosotros la misma medida que hayáis usado con los demás, y se os dará aún más; —porque se dará a quien ya tiene y, a quien no tiene, se le quitará incluso lo que tiene. (San Marcos, cap. iv, 15. «Se da a quien ya tiene y se quita a quien no tiene»; meditad estas grandes enseñanzas que a menudo os han parecido paradójicas. Quien ha recibido es quien comprende el sentido de la palabra divina; solo ha recibido porque ha intentado hacerse digno de ella y porque el Señor, en su amor misericordioso, alienta los esfuerzos que tienden al bien. Estos esfuerzos sostenidos, perseverantes, atraen las gracias del Señor; son un imán que atrae hacia sí la mejora progresiva, las gracias abun-

dantes que os dan fuerzas para subir la montaña santa, en cuya cima está el descanso después del trabajo.

«Se quita a quien no tiene nada o tiene poco»; tomad esto como una oposición figurada. Dios no retirará a sus criaturas el bien que se ha dignado hacerles. ¡Hombres ciegos y sordos! Abrid vuestras inteligencias y vuestros corazones; ved con vuestro espíritu; oíd con vuestra alma y no interpretéis de una manera tan burdamente injusta las palabras de quien ha hecho resplandecer ante vuestros ojos la justicia del Señor. No es Dios quien quita a quien había recibido poco, es el propio Espíritu quien, pródigo y despreocupado, no sabe conservar lo que tiene ni aumentar, haciéndolo fructificar, el óbolo caído en su corazón.

Quien no cultiva el campo que el trabajo de su padre le ha ganado y que recibe en herencia ve cómo ese campo se cubre de hierbas parásitas. ¿Es su padre quien le quita las cosechas que no ha querido preparar? Si ha dejado que las semillas destinadas a producir en ese campo se enmohezcan por falta de cuidado, ¿debe acusar a su padre si no producen nada? No, no; en lugar de acusar a quien lo había preparado todo para él de retirar sus dones, que acuse al verdadero autor de sus miserias y que entonces, arrepentido y activo, se ponga manos a la obra con valor; que rompa el suelo ingrato con el esfuerzo de su voluntad; que lo labre hasta lo más profundo con ayuda del arrepentimiento y de la esperanza; que arroje en él con confianza la semilla buena que haya escogido entre las malas, que la riegue con su amor y su caridad, y Dios, el Dios de amor y caridad, dará a quien ya ha recibido. Entonces verá sus esfuerzos coronados de éxito, y un grano producirá cien, y otro mil. Ánimo, labradores; tomad vuestras gradas y vuestros arados; la-

brad vuestros corazones; arrancad de ellos la cizaña; sembrad en ellos el buen grano que el Señor os confía, y el rocío de amor le hará dar frutos de caridad. (Un Espíritu amigo. Burdeos, 1862.) »

16 Se reconoce al cristiano por sus obras

«No todos los que me dicen: Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos, sino solo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos».

Escuchad esta palabra del maestro, todos vosotros que rechazáis la doctrina espírita como una obra del demonio.

Abrid vuestros oídos, ha llegado el momento de escuchar. ¿Basta con llevar la librea del Señor para ser un servidor fiel? ¿Basta con decir: «Soy cristiano», para seguir a Cristo? Buscad a los verdaderos cristianos y los reconoceréis por sus obras. «Un árbol bueno no puede dar frutos malos, ni un árbol malo dar frutos buenos». — «Todo árbol que no da buenos frutos es cortado y arrojado al fuego». Estas son las palabras del maestro; discípulos de Cristo, comprendedlas bien. ¿Cuáles son los frutos que debe dar el árbol del cristianismo, árbol poderoso cuyas frondosas ramas cubren con su sombra una parte del mundo, pero aún no han cobijado a todos los que deben reunirse a su alrededor? Los frutos del árbol de la vida son frutos de vida, de esperanza y de fe. El cristianismo, tal como se lo ha hecho desde hace muchos siglos, predica siempre estas virtudes divinas; procura repartir sus frutos, ¡pero qué pocos los recogen! El árbol sigue siendo bueno, pero los jardineros son malos. Han querido darle forma a su gusto; han querido moldearlo según sus necesidades; lo han podado, empequeñecido, mutilado; sus ramas estériles no dan frutos malos, pero ya no dan ninguno. El viajero sediento que se detiene bajo su sombra para buscar el fruto de es-

peranza que debe devolverle la fuerza y el valor solo ve ramas secas que hacen presentir la tempestad. En vano pide el fruto de la vida al árbol de la vida: las hojas caen resecas; ¡la mano del hombre las ha manoseado tanto que las ha quemado!

¡Abrid, pues, vuestros oídos y vuestros corazones, mis bienamados! Cultivad este árbol de la vida cuyos frutos dan la vida eterna. Quien lo plantó os invita a cuidarlo con amor, y lo veréis dar de nuevo sus frutos divinos en abundancia. Dejadlo tal como Cristo os lo dio: no lo mutiléis; su inmensa sombra quiere extenderse sobre el universo: no acortéis sus ramas. Sus frutos benéficos caen en abundancia para sostener al viajero sediento que quiere alcanzar la meta; no recojáis esos frutos para encerrarlos y dejarlos pudrir a fin de que no sirvan a nadie. «Hay muchos llamados y pocos elegidos»; es porque hay acaparadores del pan de la vida, como los hay a menudo del pan material. No os contéis entre ellos; el árbol que da buenos frutos debe repartirlos para todos. Id, pues, a buscar a los sedientos; llevadlos bajo las ramas del árbol y compartid con ellos el refugio que os ofrece. — «No se recogen uvas de los espinos». Hermanos míos, alejaos, pues, de quienes os llaman para ofreceros las zarzas del camino, y seguid a quienes os conducen a la sombra del árbol de la vida.

El divino Salvador, el justo por excelencia, lo dijo, y sus palabras no pasarán: «No todos los que me dicen: Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos, sino solo aquellos que hacen la voluntad de mi Padre que está en los cielos».

¡Que el Señor de bendición os bendiga; que el Dios de luz os ilumine; que el árbol de la vida derrame sobre vosotros sus frutos en abundancia! Creed y orad. (Simeón, Burdeos, 1863.)

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XIX. LA FE TRANSPORTA LAS MONTAÑAS

✦

1 Poder de la fe.

Cuando llegó junto al pueblo, se le acercó un hombre que se arrodilló a sus pies y le dijo: Señor, ten piedad de mi hijo, que es lunático y sufre mucho, pues cae a menudo en el fuego y a menudo en el agua. Lo he presentado a tus discípulos, pero no han podido curarlo. — Y Jesús respondió diciendo: Oh, generación incrédula y depravada, ¿hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os soportaré? Traedme aquí a ese niño. — Y Jesús, habiendo amenazado al demonio, hizo que saliera del niño, quien quedó curado en ese mismo instante. — Entonces los discípulos fueron a buscar a Jesús en privado y le dijeron: ¿Por qué nosotros no hemos podido expulsar a ese demonio? — Jesús les respondió: Por vuestra incredulidad. Porque en verdad os digo que, si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a esta montaña: Trasládate de aquí allá, y se trasladaría, y nada os sería imposible. (San Mateo, cap. xvii, v. del 14 al 19.)

2 En sentido propio, es cierto que la confianza en las propias fuerzas permite realizar cosas materiales que no se pueden hacer cuando uno duda de sí mismo; pero aquí estas palabras deben entenderse únicamente en sentido moral.

2.2 Las montañas que la fe levanta son las dificultades, las resistencias, la mala voluntad, en una palabra, que se encuentran entre los hombres, aun cuando se trata de las mejores cosas; los prejuicios de la rutina, el interés

material, el egoísmo, la ceguera del fanatismo y las pasiones orgullosas son otras tantas montañas que cierran el paso a quien trabaja por el progreso de la humanidad.

2.3 La fe firme da la perseverancia, la energía y los recursos que permiten vencer los obstáculos, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes; la que es vacilante da lugar a la incertidumbre y la indecisión, de las que se aprovechan aquellos a quienes se quiere combatir; no busca los medios de vencer porque no cree poder vencer.

3 En otra acepción, la fe se refiere a la confianza que se tiene en el cumplimiento de una cosa, a la certeza de alcanzar una meta; da una especie de lucidez que permite ver, en el pensamiento, el fin al que se tiende y los medios para llegar a él, de modo que quien la posee camina, por así decirlo, sobre seguro. En ambos casos puede hacer que se realicen grandes cosas.
La fe sincera y verdadera siempre es serena; da la paciencia que sabe esperar, porque, al apoyarse en la inteligencia y la comprensión de las cosas, tiene la certeza de llegar; la fe dudosa siente su propia debilidad; cuando la estimula el interés, se vuelve furibunda y cree suplir la fuerza con la violencia. La calma en la lucha siempre es señal de fuerza y confianza; la violencia, por el contrario, es una prueba de debilidad y de duda de sí mismo.

4 Hay que cuidarse de confundir la fe con la presunción. La verdadera fe se une a la humildad; quien la posee pone su confianza en Dios más que en sí mismo, porque sabe que, siendo un simple instrumento de la voluntad de Dios, nada puede sin él; por eso los buenos Espíritus acuden en su ayuda. La presunción es más orgullo que fe, y el orgullo siempre es castigado tarde o temprano por la decepción y los fracasos que se le infligen.

5 El poder de la fe tiene una aplicación directa y especial en la acción magnética; por ella el hombre actúa sobre el fluido, agente universal; modifica sus cualidades y le da un impulso, por así decirlo, irresistible.

5.2 Por eso quien une una fe ardiente a un gran poder fluídico normal puede, mediante la sola voluntad dirigida hacia el bien, producir esos fenómenos extraños de curaciones y otros que antiguamente pasaban por prodigios y que, sin embargo, solo son las consecuencias de una ley natural.

5.3 Este es el motivo por el que Jesús dice a sus apóstoles: Si no habéis curado, es porque no teníais fe.

6 La fe religiosa. Condición de la fe inquebrantable

Desde el punto de vista religioso, la fe es la creencia en los dogmas particulares que constituyen las diferentes religiones; todas las religiones tienen sus artículos de fe. En este sentido, la fe puede ser razonada o ciega. La fe ciega, al no examinar nada, acepta sin comprobación tanto lo falso como lo verdadero, y tropieza a cada paso con la evidencia y la razón; llevada al exceso, produce el fanatismo. Cuando la fe se apoya en el error, se derrumba tarde o temprano; solo la que tiene por base la verdad tiene asegurado el porvenir, porque nada tiene que temer del progreso del conocimiento, ya que lo que es verdadero en la sombra lo es también a plena luz del día. Cada religión pretende poseer la verdad de manera exclusiva; recomendar la fe ciega sobre un punto de creencia es confesar la propia incapacidad para demostrar que se tiene razón.

7 Se dice comúnmente que la fe no se puede ordenar; de ahí que muchas personas digan que no es culpa suya si no tienen fe. Sin duda, la fe no se puede ordenar, y lo que es aún más cierto: la fe no se impone. No, no se puede ordenar, pero se adquiere, y no hay nadie a quien se le niegue po-

seerla, ni siquiera entre los más reacios. Hablamos de las verdades espirituales fundamentales, y no de tal o cual creencia particular. No es la fe la que debe ir hacia ellos, sino ellos quienes deben salir al encuentro de la fe, y si la buscan con sinceridad, la encontrarán. Tened, pues, por cierto que quienes dicen: «Nada desearíamos más que creer, pero no podemos», lo dicen con los labios y no con el corazón, pues al decir eso se tapan los oídos. Sin embargo, las pruebas abundan a su alrededor; ¿por qué, entonces, se niegan a verlas? En unos es despreocupación; en otros, el temor de verse obligados a cambiar sus hábitos; en la mayoría es el orgullo, que se niega a reconocer un poder superior porque tendrían que inclinarse ante él.

En ciertas personas, la fe parece en cierto modo innata; basta una chispa para desarrollarla.

Esta facilidad para asimilar las verdades espirituales es una señal evidente de progreso anterior; en otras, por el contrario, estas solo penetran con dificultad, señal no menos evidente de una naturaleza atrasada. Las primeras ya han creído y comprendido; al renacer traen la intuición de lo que han sabido: su educación ya está hecha; las segundas tienen todo por aprender: su educación está por hacer; se hará, y si no termina en esta existencia, terminará en otra.

Hay que reconocer que la resistencia del incrédulo se debe con frecuencia menos a él mismo que a la manera en que se le presentan las cosas. La fe necesita una base, y esa base es la comprensión perfecta de lo que se debe creer; para creer no basta con ver, es preciso, sobre todo, comprender. La fe ciega ya no es de este siglo; ahora bien, es precisamente el dogma de la fe ciega el que produce hoy el mayor número de incrédulos, porque quiere imponerse y exige la renuncia a una de las más preciadas prerrogativas del hombre: el razonamiento y el libre albedrío. Es sobre todo contra esta fe

contra la que se resiste el incrédulo, y de la que es cierto decir que no se puede ordenar; al no admitir pruebas, deja en el espíritu una vaguedad de la que nace la duda. La fe razonada, la que se apoya en los hechos y la lógica, no deja tras de sí ninguna oscuridad; se cree porque se tiene certeza, y solo se tiene certeza cuando se ha comprendido; por eso no flaquea, pues solo es inquebrantable la fe que puede mirar a la razón cara a cara en todas las épocas de la humanidad.

A este resultado conduce el espiritismo; por eso triunfa sobre la incredulidad siempre que no encuentra una oposición sistemática e interesada.

[8] Parábola de la higuera seca

Cuando salían de Betania, tuvo hambre; — y al ver de lejos una higuera, fue a ver si podía encontrar algo en ella, y al acercarse solo encontró hojas, porque no era tiempo de higos. — Entonces Jesús dijo a la higuera: Que nadie coma de ti fruto alguno; lo que oyeron sus discípulos. — Al día siguiente, al pasar, vieron la higuera que se había secado hasta la raíz. — Y Pedro, recordando las palabras de Jesús, le dijo: Maestro, mira cómo se ha secado la higuera que maldijiste. — Jesús, tomando la palabra, les dijo: Tened fe en Dios. — En verdad os digo que quien diga a esta montaña: Quítate de ahí y arrójate al mar, y lo haga sin vacilar en su corazón, creyendo firmemente que todo lo que haya dicho sucederá, lo verá suceder en efecto. (San Marcos, cap. xi, v. 12, 13, 14, y del 20 al 23.)

[9] La higuera seca es el símbolo de las personas que solo tienen las apariencias del bien, pero que en realidad no producen nada bueno; de los oradores que tienen más brillo que solidez; sus palabras tienen un barniz superficial; agradan a los oídos, pero cuando se las examina, no se encuentra en ellas nada sustancial para el corazón; después de haberlas oído, uno se pre-

gunta qué provecho ha sacado de ellas.

Es también el emblema de todas las personas que tienen los medios para ser útiles y no lo son; de todas las utopías, de todos los sistemas vacíos, de todas las doctrinas sin base sólida. Lo que falta, la mayoría de las veces, es la verdadera fe, la fe fecunda, la fe que conmueve las fibras del corazón, en una palabra, la fe que transporta las montañas. Son árboles que tienen hojas, pero no frutos; por eso Jesús los condena a la esterilidad, pues llegará un día en que se secarán hasta la raíz; es decir, que todos los sistemas, todas las doctrinas que no hayan producido ningún bien para la humanidad caerán en la nada; que todos los hombres voluntariamente inútiles, por no haber puesto en práctica los recursos que había en ellos, serán tratados como la higuera seca.

10 Los médiums son los intérpretes de los Espíritus; suplen los órganos materiales que les faltan a estos para transmitirnos sus instrucciones; por eso están dotados de facultades para ese fin.

10.2 En estos tiempos de renovación social, tienen una misión particular; son árboles que deben dar alimento espiritual a sus hermanos; se han multiplicado para que el alimento sea abundante; se los encuentra por todas partes, en todas las regiones, en todas las clases de la sociedad, entre los ricos y entre los pobres, entre los grandes y entre los pequeños, para que no haya desheredados y para demostrar a los hombres que todos están llamados.

10.3 Pero si desvían de su fin providencial la preciosa facultad que se les concede, si la emplean en cosas fútiles o perjudiciales, si la ponen al servicio de los intereses mundanos, si en lugar de frutos saludables los dan dañinos, si se niegan a hacerla provechosa para los demás, si no sacan provecho de

ella para sí mismos mejorándose, son como la higuera estéril; Dios les retirará un don que se vuelve inútil en sus manos: la semilla que no saben hacer fructificar, y dejará que se conviertan en presa de los malos Espíritus.

11 Instrucciones de los Espíritus. La fe, madre de la esperanza y de la caridad

La fe, para ser provechosa, debe ser activa; no debe adormecerse. Madre de todas las virtudes que conducen a Dios, debe velar atentamente por el desarrollo de las hijas que engendra.

La esperanza y la caridad son una consecuencia de la fe; estas tres virtudes son una trinidad inseparable. ¿Acaso no es la fe la que da la esperanza de ver cumplidas las promesas del Señor? Porque si no tenéis fe, ¿qué esperaréis? ¿Acaso no es la fe la que da el amor? Porque si no tenéis fe, ¿qué gratitud tendréis y, por lo tanto, qué amor?

La fe, divina inspiración de Dios, despierta todos los nobles instintos que conducen al hombre al bien; es la base de la regeneración. Es preciso, pues, que esta base sea fuerte y duradera, porque si la menor duda viene a sacudirla, ¿qué será del edificio que construís sobre ella? Levantad, pues, ese edificio sobre cimientos inquebrantables; que vuestra fe sea más fuerte que los sofismas y las burlas de los incrédulos, porque la fe que no desafía el ridículo de los hombres no es la verdadera fe.

La fe sincera es estimulante y contagiosa; se comunica a quienes no la tenían o incluso no querrían tenerla; encuentra palabras persuasivas que llegan al alma, mientras que la fe aparente solo tiene palabras sonoras que dejan frío e indiferente. Predicad con el ejemplo de vuestra fe para infundirla en los hombres; predicad con el ejemplo de vuestras obras para mostrarles el mérito de la fe; predicad con vuestra esperanza inquebrantable para

mostrarles la confianza que fortalece y permite afrontar todas las vicisitudes de la vida.

Tened, pues, fe en todo lo que tiene de bello y de bueno, en su pureza, en su razonamiento. No admitáis la fe sin examen, hija ciega de la ceguera. Amad a Dios, pero sabed por qué lo amáis; creed en sus promesas, pero sabed por qué creéis en ellas; seguid nuestros consejos, pero comprended la meta que os mostramos y los medios que os ofrecemos para alcanzarla. Creed y esperad sin flaquear jamás: los milagros son obra de la fe. (José. Espíritu protector. Burdeos, 1862.) La fe divina y la fe humana.

12 La fe es el sentimiento innato en el hombre de sus destinos futuros; es la conciencia que tiene de las inmensas facultades cuyo germen ha sido depositado en él, al principio en estado latente, y que debe hacer brotar y crecer mediante su voluntad activa.

Hasta ahora, la fe solo se ha comprendido desde el punto de vista religioso, porque Cristo la recomendó como una poderosa palanca y porque solo se ha visto en él al jefe de una religión. Pero Cristo, que realizó milagros materiales, mostró, mediante esos mismos milagros, lo que puede el hombre cuando tiene fe, es decir, la voluntad de querer y la certeza de que esa voluntad puede cumplirse. ¿No hicieron también milagros los apóstoles siguiendo su ejemplo? Ahora bien, ¿qué eran esos milagros sino efectos naturales cuya causa era desconocida para los hombres de entonces, pero que hoy se explican en gran parte y que se comprenderán por completo mediante el estudio del espiritismo y del magnetismo?

La fe es humana o divina, según aplique el hombre sus facultades a las necesidades terrenales o a sus aspiraciones celestiales y futuras. El hombre de genio que busca realizar alguna gran empresa triunfa si tiene fe, porque

siente en sí mismo que puede y debe llegar a su meta, y esa certeza le da una fuerza inmensa. El hombre de bien que, creyendo en su porvenir celestial, quiere llenar su vida de acciones nobles y bellas, encuentra en su fe, en la certeza de la felicidad que lo espera, la fuerza necesaria, y también ahí se realizan milagros de caridad, de entrega y de abnegación. En fin, con la fe no hay malas inclinaciones que no se logren vencer.

El magnetismo es una de las mayores pruebas del poder de la fe puesta en acción; por la fe cura y produce esos fenómenos extraños que antiguamente se calificaban de milagros.

Lo repito, la fe es humana y divina; si todos los encarnados estuvieran bien convencidos de la fuerza que tienen en sí mismos y quisieran poner su voluntad al servicio de esa fuerza, serían capaces de realizar lo que hasta ahora se ha llamado prodigios y que es, sencillamente, un desarrollo de las facultades humanas. (Un Espíritu protector. París, 1863.)

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XX. LOS OBREROS DE LA ÚLTIMA HORA

✦

1 El reino de los cielos es semejante a un padre de familia que salió muy de mañana para contratar obreros que trabajaran en su viña; — habiendo convenido con los obreros en que recibirían un denario por su jornada, los envió a la viña. — Salió de nuevo hacia la tercera hora del día y, al ver a otros que estaban en la plaza sin hacer nada, — les dijo: Id también vosotros a mi viña y os daré lo que sea razonable; — y ellos fueron. Salió de nuevo hacia la sexta y la novena hora del día e hizo lo mismo. — Y habiendo salido hacia la undécima hora, encontró a otros que estaban allí sin hacer nada, a quienes dijo: ¿Por qué permanecéis aquí todo el día sin trabajar? — Porque nadie nos ha contratado, le dijeron; y él les dijo: Id también vosotros a mi viña.

Al llegar la tarde, el dueño de la viña dijo al encargado de sus asuntos: Llama a los obreros y págales, empezando por los últimos hasta los primeros. — Así pues, los que habían llegado a la viña hacia la undécima hora se acercaron y recibieron un denario cada uno. — Cuando llegó el turno de los que habían sido contratados primero, creyeron que les darían más, pero tampoco recibieron más que un denario cada uno; — y al recibirlo murmuraban contra el padre de familia, — diciendo: Estos últimos solo han trabajado una hora y los igualas a nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor.

Pero él respondió a uno de ellos: Amigo mío, no te hago ninguna injusticia; ¿no conviniste conmigo en un denario por tu jornada? Toma lo que te per-

tenece y vete; por mi parte, quiero dar a este último tanto como a ti. — ¿Acaso no me está permitido hacer lo que quiero? ¿Y es malo tu ojo porque yo soy bueno?

Así, los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos, porque muchos son los llamados y pocos los elegidos. (San Mateo, cap. xx, vv. del 1 al 16. Véase también: Parábola del banquete de bodas, cap. xviii, n.º 1.)

[2] Instrucciones de los Espíritus Los últimos serán los primeros

El obrero de la última hora tiene derecho al salario, pero es necesario que su buena voluntad lo haya mantenido a disposición del señor que debía emplearlo y que ese retraso no sea fruto de su pereza o de su mala voluntad. Tiene derecho al salario porque, desde el alba, esperaba con impaciencia a quien, por fin, lo llamaría a trabajar; era laborioso y solo le faltaba el trabajo.

Pero si hubiera rechazado el trabajo a cada hora del día; si hubiera dicho: Tengamos paciencia, el descanso me resulta grato; cuando suene la última hora, será tiempo de pensar en el salario de la jornada. ¡Qué necesidad tengo de molestarme por un señor al que no conozco, al que no amo! Cuanto más tarde, mejor. Ese, amigos míos, no habría encontrado el salario del obrero, sino el de la pereza.

¿Qué será, pues, de quien, en lugar de permanecer simplemente inactivo, haya empleado las horas destinadas al trabajo del día en cometer actos culpables; de quien haya blasfemado contra Dios, derramado la sangre de sus hermanos, sembrado la discordia en las familias, arruinado a hombres confiados, abusado de la inocencia y, en fin, se haya revolcado en todas las ignominias de la humanidad; qué será, pues, de ese? ¿Le bastará decir a última hora: Señor, he empleado mal mi tiempo; acógeme hasta el final del

día, para que haga un poco, muy poco de mi tarea, y dame el salario del obrero de buena voluntad? No, no; el señor le dirá: Por ahora no tengo trabajo para ti; has malgastado tu tiempo; has olvidado lo que habías aprendido, ya no sabes trabajar en mi viña. Vuelve, pues, a aprender y, cuando estés mejor dispuesto, vendrás a mí, te abriré mi vasto campo y podrás trabajar en él a cualquier hora del día.

Buenos espiritistas, mis bienamados, todos sois obreros de la última hora. Muy orgulloso sería quien dijera: He comenzado la obra al amanecer y solo la terminaré al declinar el día. Todos habéis venido cuando habéis sido llamados, un poco antes, un poco después, para la encarnación cuya cadena lleváis; ¡pero durante cuántos siglos acumulados os ha llamado el señor a su viña sin que hayáis querido entrar en ella! Ahora estáis a punto de recibir el salario; emplead bien esta hora que os queda y no olvidéis nunca que vuestra existencia, por larga que os parezca, no es más que un momento muy fugaz en la inmensidad de los tiempos que forman para vosotros la eternidad. (Constantino, Espíritu protector. Burdeos, 1863.)

[3] Jesús amaba la sencillez de los símbolos y, en su lenguaje vigoroso, los obreros llegados a la primera hora son los profetas, Moisés y todos los iniciadores que marcaron las etapas del progreso, continuadas a través de los siglos por los apóstoles, los mártires, los Padres de la Iglesia, los sabios, los filósofos y, por último, los espiritistas. Estos, que llegaron los últimos, fueron anunciados y predichos desde los albores del Mesías y recibirán la misma recompensa; ¿qué digo? Una recompensa más elevada. Llegados los últimos, los espiritistas aprovechan las labores intelectuales de sus predecesores, porque el hombre debe heredar del hombre y porque sus trabajos y sus resultados son colectivos: Dios bendice la solidaridad. Muchos de ellos,

por lo demás, vuelven a vivir hoy o volverán a vivir mañana para acabar la obra que comenzaron en otro tiempo; más de un patriarca, más de un profeta, más de un discípulo de Cristo, más de un propagador de la fe cristiana se encuentran entre ellos, pero más esclarecidos, más adelantados, trabajando ya en la culminación del edificio; su salario será, pues, proporcional al mérito de la obra.

La reencarnación, ese hermoso dogma, eterniza y precisa la filiación espiritual. El Espíritu, llamado a rendir cuentas de su misión terrenal, comprende la continuidad de la tarea interrumpida, pero siempre reanudada; ve, siente que ha captado al vuelo el pensamiento de sus predecesores; vuelve a la lucha, madurado por la experiencia, para seguir avanzando; y todos, obreros de la primera y de la última hora, con los ojos abiertos a la profunda justicia de Dios, dejan de murmurar y adoran.

Tal es uno de los verdaderos sentidos de esta parábola que encierra, como todas las que Jesús dirigió al pueblo, el germen del porvenir y también, bajo todas las formas, bajo todas las imágenes, la revelación de esa magnífica unidad que armoniza todas las cosas en el universo, de esa solidaridad que vincula a todos los seres presentes con el pasado y con el porvenir. (Heinrich Heine. París, misión de los espiritistas.

[4] ¿No oís ya agitarse la tempestad que debe arrastrar al viejo mundo y hundir en la nada la suma de las iniquidades terrenales? ¡Ah! Bendecid al Señor, vosotros que habéis puesto vuestra fe en su soberana justicia y que, nuevos apóstoles de la creencia revelada por las voces proféticas superiores, vais a predicar el nuevo dogma de la reencarnación y de la elevación de los Espíritus, según hayan cumplido bien o mal sus misiones y soportado sus pruebas terrenales.

¡No tembléis más! Las lenguas de fuego están sobre vuestras cabezas. ¡Oh, verdaderos adeptos del Espiritismo, sois los elegidos de Dios! Id y predicad la palabra divina. Ha llegado la hora en que debéis sacrificar a su propagación vuestras costumbres, vuestros trabajos, vuestras ocupaciones fútiles. Id y predicad: los Espíritus de lo alto están con vosotros. Ciertamente hablaréis a personas que no querrán escuchar la voz de Dios, porque esa voz las llama sin cesar a la abnegación; predicaréis el desinterés a los avaros, la abstinencia a los libertinos, la mansedumbre a los tiranos del hogar como a los déspotas: palabras perdidas, lo sé; ¡pero qué importa! Debéis regar con vuestro sudor el terreno que habéis de sembrar, pues solo dará fruto y producirá con los esfuerzos reiterados de la azada y del arado evangélicos. ¡Id y predicad!

Sí, todos vosotros, hombres de buena fe, que creéis en vuestra inferioridad al contemplar los mundos esparcidos en el infinito, emprended una cruzada contra la injusticia y la iniquidad. Id y derribad ese culto al becerro de oro, cada día más invasor. ¡Id, Dios os conduce! Hombres sencillos e ignorantes, vuestras lenguas se soltarán y hablaréis como ningún orador habla. Id y predicad, y las poblaciones atentas recogerán con alegría vuestras palabras de consuelo, de fraternidad, de esperanza y de paz.

¡Qué importan las emboscadas que se tenderán en vuestro camino! Solo los lobos caerán en las trampas para lobos, pues el pastor sabrá defender a sus ovejas de los carniceros sacrificadores.

Id, hombres grandes ante Dios, que, más dichosos que santo Tomás, creéis sin pedir ver y aceptáis los hechos de la mediumnidad aun cuando nunca hayáis logrado obtenerlos vosotros mismos; id, el Espíritu de Dios os conduce.

¡Marcha, pues, adelante, falange imponente por tu fe! Y los grandes bata-

llones de los incrédulos se desvanecerán ante ti como las nieblas de la mañana a los primeros rayos del sol naciente.

La fe es la virtud que levantará las montañas, os ha dicho Jesús; pero más pesadas que las montañas más pesadas yacen en el corazón de los hombres la impureza y todos los vicios de la impureza. Partid, pues, con valor para levantar esa montaña de iniquidades que las generaciones futuras solo deben conocer como una leyenda, así como vosotros mismos solo conocéis muy imperfectamente el período de los tiempos anteriores a la civilización pagana.

Sí, las conmociones morales y filosóficas van a estallar en todos los puntos del globo; se acerca la hora en que la luz divina aparecerá sobre los dos mundos.

5 Los obreros del Señor

Os acercáis al tiempo del cumplimiento de las cosas anunciadas para la transformación de la humanidad; ¡dichosos serán quienes hayan trabajado en el campo del Señor con desinterés y sin otro móvil que la caridad! Sus jornadas de trabajo se pagarán al céntuplo de lo que hayan esperado. Dichosos serán quienes hayan dicho a sus hermanos: «Hermanos, trabajemos juntos y unamos nuestros esfuerzos para que el señor encuentre el trabajo terminado a su llegada», pues el señor les dirá: «¡Venid a mí, vosotros que sois buenos servidores, vosotros que habéis acallado vuestros celos y vuestras discordias para no dejar el trabajo pendiente!». Pero ¡ay de quienes, con sus disensiones, hayan retrasado la hora de la cosecha, pues vendrá la tormenta y serán arrastrados por el torbellino! Gritarán: «¡Piedad, piedad!». Pero el Señor les dirá: «¿Por qué pedís piedad, vosotros que no habéis tenido compasión de vuestros hermanos y os habéis negado a tender-

les la mano, vosotros que habéis aplastado al débil en vez de sostenerlo? ¿Por qué pedís piedad, vosotros que habéis buscado vuestra recompensa en los goces de la tierra y en la satisfacción de vuestro orgullo? Ya habéis recibido vuestra recompensa, tal como la habéis querido; no pidáis más: las recompensas celestiales son para quienes no hayan pedido las recompensas de la tierra».

Dios hace en este momento el recuento de sus servidores fieles y ha señalado con su dedo a quienes solo tienen la apariencia de la entrega, para que no usurpen el salario de los servidores valerosos, pues es a quienes no retrocedan ante su tarea a quienes va a confiar los puestos más difíciles en la gran obra de la regeneración por el espiritismo, y se cumplirá esta palabra: «¡Los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros en el reino de los cielos!». (El Espíritu de verdad. París, 1862.)

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XXI. HABRÁ FALSOS CRISTOS Y FALSOS PROFETAS

✦

1 Se conoce el árbol por su fruto.
El árbol que produce malos frutos no es bueno, y el árbol que produce buenos frutos no es malo; — porque cada árbol se conoce por su propio fruto. No se recogen higos de los espinos, ni se cortan racimos de uvas de las zarzas. — El hombre de bien saca cosas buenas del buen tesoro de su corazón, y el malvado saca cosas malas del mal tesoro de su corazón; porque la boca habla de la plenitud del corazón. (San Lucas, cap. vi, v. 43, 44, 45.)

2 Guardaos de los falsos profetas que vienen a vosotros cubiertos con pieles de oveja, y que por dentro son lobos rapaces. — Los conoceréis por sus frutos. ¿Se pueden recoger uvas de los espinos o higos de las zarzas?

2.2 — Así, todo árbol bueno produce buenos frutos, y todo árbol malo produce malos frutos. — Un árbol bueno no puede producir malos frutos, y un árbol malo no puede producirlos buenos.

2.3 — Todo árbol que no produce buenos frutos será cortado y arrojado al fuego. — Por sus frutos, pues, los conoceréis. (San Mateo, cap. vii, v. 15 a 20.)

3 Cuidad de que nadie os engañe; — porque muchos vendrán en mi nombre, diciendo: «Yo soy el Cristo», y engañarán a muchos.
Surgirán muchos falsos profetas que engañarán a muchas personas; — y porque abundará la iniquidad, la caridad de muchos se enfriará. — Pero se salvará aquel que persevere hasta el fin.

Entonces, si alguien os dice: El Cristo está aquí, o está allí, no lo creáis; — porque surgirán falsos cristos y falsos profetas que harán grandes prodigios y cosas asombrosas, hasta engañar, si fuera posible, incluso a los elegidos. (San Mateo, cap. xxiv, v. 4, 5, 11, 12, 13, 23, 24. — San Marcos, cap. xiii, v. 5, 6, 21, 22.)

Misión de los profetas.

4 Se atribuye comúnmente a los profetas el don de revelar el porvenir, de modo que las palabras profecías y predicciones se han vuelto sinónimas. En el sentido evangélico, la palabra profeta tiene un significado más amplio; se aplica a todo enviado de Dios con la misión de instruir a los hombres y revelarles las cosas ocultas y los misterios de la vida espiritual.

4.2 Un hombre puede, por tanto, ser profeta sin hacer predicciones; esta era la idea de los judíos en tiempos de Jesús; por eso, cuando fue llevado ante el sumo sacerdote Caifás, los escribas y los ancianos, que estaban reunidos, le escupieron en el rostro, le dieron puñetazos y bofetadas, diciendo: «Cristo, profetízanos y di quién te ha golpeado».

4.3 Sin embargo, ha ocurrido que algunos profetas han tenido conocimiento anticipado del porvenir, ya por intuición, ya por revelación providencial, para dar advertencias a los hombres; al haberse cumplido estos acontecimientos, el don de predecir el porvenir se ha considerado uno de los atributos de la condición de profeta.

5 Prodigios de los falsos profetas

«Surgirán falsos cristos y falsos profetas que harán grandes prodigios y cosas asombrosas hasta engañar incluso a los elegidos». Estas palabras dan el verdadero sentido de la palabra prodigio. En la acepción teológica, los prodigios y los milagros son fenómenos excepcionales, ajenos a las leyes de la

naturaleza. Como las leyes de la naturaleza son obra de Dios únicamente, sin duda puede suspenderlas si le place, pero el simple sentido común dice que no puede haber dado a seres inferiores y perversos un poder igual al suyo, y menos aún el derecho de deshacer lo que él ha hecho. Jesús no puede haber consagrado semejante principio. Por tanto, si, según el sentido que se atribuye a estas palabras, el Espíritu del mal tiene el poder de hacer prodigios tales que incluso los elegidos sean engañados por ellos, resultaría que, al poder hacer lo que Dios hace, los prodigios y los milagros no son privilegio exclusivo de los enviados de Dios, y no prueban nada, puesto que nada distingue los milagros de los santos de los milagros del demonio. Hay que buscar, pues, un sentido más racional a estas palabras.

A los ojos del vulgo ignorante, todo fenómeno cuya causa se desconoce pasa por sobrenatural, maravilloso y milagroso; una vez conocida la causa, se reconoce que el fenómeno, por extraordinario que parezca, no es otra cosa que la aplicación de una ley de la naturaleza. Así, el círculo de los hechos sobrenaturales se estrecha a medida que se amplía el de la ciencia. En todos los tiempos, algunos hombres han explotado, en provecho de su ambición, de su interés y de su dominio, ciertos conocimientos que poseían, para darse el prestigio de un poder supuestamente sobrehumano o de una pretendida misión divina. Esos son falsos cristos y falsos profetas; la difusión del conocimiento acaba con su crédito, y por eso su número disminuye a medida que los hombres se ilustran. El hecho de realizar lo que, a los ojos de ciertas personas, pasa por prodigios no es, pues, señal de una misión divina, ya que puede resultar de conocimientos que cualquiera puede adquirir, o de facultades orgánicas especiales que el más indigno puede poseer tanto como el más digno. El verdadero profeta se reconoce por rasgos más serios y exclusivamente morales.

6 No creáis a todos los Espíritus

Amados míos, no creáis a todo Espíritu, sino examinad si los Espíritus son de Dios, porque muchos falsos profetas han surgido en el mundo. (San Juan, epístola 1.ª, cap. iv, v. 1.)

7 Los fenómenos espíritas, lejos de dar crédito a los falsos cristos y a los falsos profetas, como algunos pretenden afirmar, vienen, por el contrario, a darles un último golpe. No pidáis al espiritismo milagros ni prodigios, porque declara formalmente que no los produce; así como la física, la química, la astronomía y la geología han venido a revelar las leyes del mundo material, él viene a revelar otras leyes desconocidas, las que rigen las relaciones entre el mundo corporal y el mundo espiritual, y que, al igual que sus predecesoras en la ciencia, no dejan de ser leyes de la naturaleza; al dar la explicación de cierto orden de fenómenos incomprendidos hasta hoy, destruye lo que aún quedaba en el dominio de lo maravilloso. Quienes se sintieran tentados a explotar estos fenómenos en su provecho, haciéndose pasar por mesías de Dios, no podrían abusar por mucho tiempo de la credulidad y pronto serían desenmascarados. Además, como se ha dicho, estos fenómenos por sí solos no prueban nada: la misión se prueba por efectos morales que no está al alcance de cualquiera producir. Este es uno de los resultados del desarrollo de la ciencia espírita; al investigar la causa de ciertos fenómenos, levanta el velo de muchos misterios. Solo quienes prefieren la oscuridad a la luz tienen interés en combatirla; pero la verdad es como el sol: disipa las nieblas más espesas.

El espiritismo viene a revelar otra categoría mucho más peligrosa de falsos cristos y falsos profetas, que se encuentran, no entre los hombres, sino entre los desencarnados: es la de los Espíritus engañadores, hipócritas, orgu-

llosos y falsos sabios que han pasado de la tierra a la erraticidad y se adornan con nombres venerados para intentar, amparados por la máscara con que se cubren, dar crédito a ideas a menudo de las más extrañas y absurdas. Antes de que se conocieran las relaciones mediúmnicas, ejercían su acción de una manera menos manifiesta, por la inspiración y la mediumnidad inconsciente, auditiva o parlante. Es considerable el número de quienes, en diversas épocas, pero sobre todo en estos últimos tiempos, se han hecho pasar por algunos de los antiguos profetas, por el Cristo, por María, madre del Cristo, e incluso por Dios. San Juan previene contra ellos cuando dice: «Amados míos, no creáis a todo Espíritu, sino examinad si los Espíritus son de Dios; porque muchos falsos profetas han surgido en el mundo». El espiritismo da los medios para examinarlos indicando los rasgos por los que se reconoce a los buenos Espíritus, rasgos siempre morales y nunca materiales. Estas palabras de Jesús pueden aplicarse sobre todo al discernimiento de los buenos y los malos Espíritus: «Se reconoce la calidad del árbol por su fruto; un árbol bueno no puede producir malos frutos, y un árbol malo no puede producirlos buenos». Se juzga a los Espíritus por la calidad de sus obras, como a un árbol por la calidad de sus frutos.

8 Instrucciones de los Espíritus Los falsos profetas

Si os dicen: «Cristo está aquí», no vayáis, sino, por el contrario, manteneos alerta, porque los falsos profetas serán numerosos. Pero ¿no veis las hojas de la higuera que empiezan a blanquear? ¿No veis sus numerosos brotes esperando la época de la floración, y no os ha dicho Cristo: Se reconoce un árbol por su fruto? Por tanto, si los frutos son amargos, juzgáis que el árbol es malo; pero si son dulces y saludables, decís: Nada puro puede salir de un tronco malo.

Así, hermanos míos, debéis juzgar; son las obras lo que debéis examinar. Si quienes se dicen revestidos del poder divino van acompañados de todas las señales de semejante misión, es decir, si poseen en el más alto grado las virtudes cristianas y eternas: la caridad, el amor, la indulgencia, la bondad que une todos los corazones; si, en apoyo de sus palabras, añaden los actos, entonces podréis decir: Estos son realmente los enviados de Dios.

Pero desconfiad de las palabras melosas, desconfiad de los escribas y de los fariseos que oran en las plazas públicas, vestidos con largas túnicas. ¡Desconfiad de quienes pretenden tener el único y exclusivo monopolio de la verdad!

No, no, Cristo no está allí, porque aquellos a quienes envía a propagar su santa doctrina y a regenerar a su pueblo serán, a ejemplo del Maestro, mansos y humildes de corazón por encima de todas las cosas; quienes deben, con sus ejemplos y sus consejos, salvar a la humanidad que corre hacia su perdición y vaga por caminos tortuosos serán, ante todo, modestos y humildes. Huid de todo lo que revele un átomo de orgullo, como de una lepra contagiosa que corrompe todo lo que toca. Recordad que cada criatura lleva en su frente, pero sobre todo en sus actos, el sello de su grandeza o de su decadencia.

Id, pues, mis hijos amados, caminad sin vacilaciones, sin segundas intenciones, por la bendita senda que habéis emprendido. Id, id siempre sin temor; apartad con valor todo lo que pueda entorpecer vuestra marcha hacia la meta eterna. Viajeros, permaneceréis muy poco tiempo más en las tinieblas y los dolores de la prueba si dejáis que vuestros corazones se entreguen a esta dulce doctrina que viene a revelaros las leyes eternas y a satisfacer todas las aspiraciones de vuestra alma hacia lo desconocido. Desde ahora, todos podéis dar cuerpo a esos ligeros silfos que veíais pasar en vuestros sue-

ños y que, efímeros, solo podían encantar vuestro espíritu, pero nada decían a vuestro corazón. Ahora, amados míos, ¡la muerte ha desaparecido para dejar lugar al ángel radiante que conocéis, el ángel del reencuentro y de la reunión! Ahora, vosotros que habéis cumplido bien la tarea impuesta por el Creador, ya no tenéis nada que temer de su justicia, porque es padre y perdona siempre a sus hijos extraviados que claman misericordia. Continuad, pues, avanzad sin cesar; que vuestro lema sea el del progreso, del progreso continuo en todas las cosas, hasta que lleguéis por fin a esa meta feliz donde os esperan todos los que os han precedido. (Luis. Burdeos, 1861.)

(1) Véase, para la distinción de los Espíritus, El libro de los médiums, cap. 24 y siguientes.

9 Características del verdadero profeta

Desconfiad de los falsos profetas. Esta recomendación es útil en todos los tiempos, pero sobre todo en los momentos de transición en los que, como en este, se está gestando una transformación de la humanidad, pues entonces una multitud de ambiciosos e intrigantes se presentan como reformadores y mesías. Contra estos impostores hay que ponerse en guardia, y es deber de toda persona honrada desenmascararlos. Sin duda os preguntaréis cómo se los puede reconocer; estas son sus señas:

Solo se confía el mando de un ejército a un general hábil y capaz de dirigirlo; ¿creéis, pues, que Dios es menos prudente que los hombres? Tened la certeza de que solo confía las misiones importantes a quienes sabe capaces de cumplirlas, pues las grandes misiones son cargas pesadas que aplastarían al hombre demasiado débil para llevarlas. Como en todas las cosas, el maestro debe saber más que el alumno; para hacer avanzar a la humanidad moral e intelectualmente, ¡hacen falta hombres superiores en inteligencia y

moralidad! Por eso son siempre Espíritus ya muy avanzados, que han dado pruebas de su capacidad en otras existencias, los que se encarnan con este fin; pues, si no son superiores al medio en el que deben actuar, su acción será nula.

Establecido esto, concluid que el verdadero misionero de Dios debe justificar su misión por su superioridad, por sus virtudes, por la grandeza, por el resultado y la influencia moralizadora de sus obras. Sacad también esta consecuencia: si, por su carácter, por sus virtudes o por su inteligencia, está por debajo del papel que se atribuye o del personaje bajo cuyo nombre se ampara, no es más que un histrión de baja categoría que ni siquiera sabe copiar a su modelo.

Otra consideración es que la mayoría de los verdaderos misioneros de Dios desconocen su propia condición; cumplen aquello a lo que están llamados por la fuerza de su genio, apoyado por el poder oculto que los inspira y dirige sin que lo sepan, pero sin un propósito premeditado. En una palabra, los verdaderos profetas se revelan por sus actos: se los reconoce; mientras que los falsos profetas se presentan a sí mismos como enviados de Dios; el primero es humilde y modesto; el segundo es orgulloso y está lleno de sí mismo; habla con altivez y, como todos los mentirosos, parece temer siempre que no le crean.

Se ha visto a algunos de estos impostores hacerse pasar por los apóstoles de Cristo, y a otros por el propio Cristo; y lo que constituye una vergüenza para la humanidad es que hayan encontrado personas bastante crédulas para dar fe a semejantes infamias. No obstante, una consideración muy sencilla debería abrir los ojos del más ciego: si Cristo se reencarnara en la tierra, vendría con todo su poder y todas sus virtudes, a menos que se admitiera, lo cual sería absurdo, que hubiera degenerado; ahora bien, del

mismo modo que, si quitáis a Dios uno solo de sus atributos, ya no tendréis a Dios, si quitáis una sola de las virtudes de Cristo, ya no tenéis a Cristo. ¿Poseen todas sus virtudes quienes se hacen pasar por Cristo? Esa es la cuestión; observad; examinad sus pensamientos y sus actos, y reconoceréis que les faltan, sobre todo, las cualidades distintivas de Cristo: la humildad y la caridad, mientras que poseen lo que él no tenía: la codicia y el orgullo. Observad, además, que en este momento hay, en distintos países, varios supuestos Cristos, como hay varios supuestos Elías, san Juan o san Pedro, y que necesariamente no pueden ser todos verdaderos. Tened por seguro que son personas que explotan la credulidad y encuentran cómodo vivir a costa de quienes las escuchan.

Desconfiad, pues, de los falsos profetas, sobre todo en un tiempo de renovación, porque muchos impostores se dirán enviados de Dios; se procuran una satisfacción vanidosa en la tierra, pero una justicia terrible los espera, podéis tener la certeza de ello. (Erasto. París, 1862.)

10 Los falsos profetas de la erraticidad

Los falsos profetas no se encuentran solamente entre los encarnados; también los hay, y en número mucho mayor, entre los Espíritus orgullosos que, bajo falsas apariencias de amor y caridad, siembran la desunión y retrasan la obra emancipadora de la humanidad, poniendo obstáculos con sus sistemas absurdos, que hacen aceptar a sus médiums; y para fascinar mejor a quienes quieren engañar, para dar más peso a sus teorías, se adornan sin escrúpulos con nombres que los hombres solo pronuncian con respeto.

Son ellos quienes siembran las semillas del antagonismo entre los grupos, quienes los impulsan a aislarse unos de otros y a mirarse con malos ojos. Eso solo bastaría para desenmascararlos, pues, al actuar así, ellos mismos

desmienten de la manera más rotunda lo que pretenden ser. Ciegos son, pues, los hombres que se dejan atrapar en una trampa tan burda.

Pero hay muchos otros medios de reconocerlos. Los Espíritus del orden al que dicen pertenecer deben ser no solo muy buenos, sino también sumamente racionales. Pues bien, pasad sus sistemas por el tamiz de la razón y del buen sentido, y veréis lo que queda de ellos. Convenid, pues, conmigo en que, cada vez que un Espíritu indica, como remedio para los males de la humanidad o como medios de lograr su transformación, cosas utópicas e impracticables, medidas pueriles y ridículas; cuando formula un sistema contradicho por las nociones más elementales de la ciencia, no puede ser más que un Espíritu ignorante y mentiroso.

Por otra parte, tened por seguro que, si la verdad no siempre es apreciada por los individuos, siempre lo es por el buen sentido de las masas, y ese es también un criterio. Si dos principios se contradicen, tendréis la medida de su valor intrínseco buscando cuál encuentra más eco y simpatía; sería ilógico, en efecto, admitir que una doctrina que viera disminuir el número de sus partidarios fuera más verdadera que aquella que ve aumentar el suyo. Dios, que quiere que la verdad llegue a todos, no la encierra en un círculo reducido: la hace surgir en distintos puntos, para que en todas partes la luz esté junto a las tinieblas.

Rechazad sin piedad a todos esos Espíritus que se presentan como consejeros exclusivos, predicando la división y el aislamiento. Son casi siempre Espíritus vanidosos y mediocres, que tratan de imponerse a los hombres débiles y crédulos prodigándoles elogios exagerados, para fascinarlos y mantenerlos bajo su dominio. Son generalmente Espíritus ávidos de poder que, habiendo sido déspotas en la vida pública o privada, quieren seguir teniendo víctimas a las que tiranizar después de su muerte. En general, des-

confiad de las comunicaciones que tengan un carácter de misticismo y extrañeza, o que prescriban ceremonias y actos extraños; en esos casos siempre hay un motivo legítimo de sospecha.

Por otra parte, tened por seguro que, cuando una verdad debe ser revelada a la humanidad, se comunica, por así decirlo, instantáneamente a todos los grupos serios que poseen médiums serios, y no a unos u otros con exclusión de los demás. Nadie es un médium perfecto si está obsesado, y hay una obsesión manifiesta cuando un médium solo es apto para recibir las comunicaciones de un Espíritu particular, por muy alto que este trate de situarse a sí mismo. En consecuencia, todo médium, todo grupo que se crea privilegiado por comunicaciones que solo ellos pueden recibir y que, por otra parte, esté sometido a prácticas que rozan la superstición, se encuentra indudablemente bajo una obsesión de las más características, sobre todo cuando el Espíritu dominador se jacta de un nombre que todos, Espíritus y encarnados, debemos honrar y respetar, y no permitir que se comprometa a cada paso.

Es indiscutible que, sometiendo al crisol de la razón y de la lógica todos los datos y todas las comunicaciones de los Espíritus, será fácil rechazar el absurdo y el error. Un médium puede estar fascinado, un grupo puede ser engañado; pero el control riguroso de los otros grupos, el saber adquirido y la elevada autoridad moral de los jefes de grupo, así como las comunicaciones de los principales médiums, que reciben un sello de lógica y autenticidad de nuestros mejores Espíritus, pondrán rápidamente al descubierto esos dictados mentirosos y astutos procedentes de una turba de Espíritus engañadores o malvados. (Erasto, discípulo de san Pablo. París, 4 862.)

(Véase en la Introducción el párrafo: II. Control universal de la enseñanza de los Espíritus. — Libro de los médiums, cap. xxiii, De la obsesión.)

11 Jeremías y los falsos profetas

Esto es lo que dice el Señor de los ejércitos: No escuchéis las palabras de los profetas que os profetizan y os engañan. Proclaman las visiones de su corazón, y no lo que han aprendido de la boca del Señor. — Dicen a quienes blasfeman contra mí: El Señor lo ha dicho, tendréis paz; y a todos los que caminan en la corrupción de su corazón: No os sucederá ningún mal. — Pero ¿quién de ellos ha asistido al consejo de Dios; quién lo ha visto y quién ha oído lo que ha dicho? — Yo no enviaba a esos profetas, y ellos corrían por su cuenta; yo no les hablaba, y ellos profetizaban por su propia imaginación. — He oído lo que han dicho esos profetas que profetizan la mentira en mi nombre, diciendo: He soñado, he soñado. — ¿Hasta cuándo estará esta imaginación en el corazón de los profetas que profetizan la mentira y cuyas profecías no son más que los engaños de su corazón? Si, pues, este pueblo, o un profeta, o un sacerdote os pregunta y os dice: ¿Cuál es la carga del Señor? Le diréis: Vosotros mismos sois la carga, y os arrojaré muy lejos de mí, dice el Señor. (Jeremías, cap. xxiii, v. 16, 17, 18, 21, 25, 26, 33.)

Sobre este pasaje del profeta Jeremías voy a hablaros, amigos míos. Dios, hablando por su boca, dice: «Es la visión de su corazón lo que los hace hablar». Estas palabras indican claramente que ya en aquella época los charlatanes y los exaltados abusaban del don de profecía y lo explotaban. Abusaban, por consiguiente, de la fe sencilla y casi ciega del pueblo, prediciendo por dinero cosas buenas y agradables. Esta clase de engaño estaba bastante extendida entre la nación judía, y es fácil comprender que el pobre pueblo, en su ignorancia, no podía distinguir a los buenos de los malos, y siempre era, en mayor o menor medida, víctima de esos supuestos profetas, que no eran más que impostores o fanáticos. ¿Hay algo más significativo que estas palabras: «Yo no he enviado a esos profetas, y ellos han co-

rrido por su cuenta; yo no les he hablado, y ellos han profetizado»? Más adelante dice: «He oído a esos profetas que profetizan la mentira en mi nombre, diciendo: He soñado, he soñado»; indicaba así uno de los medios empleados para explotar la confianza que se tenía en ellos. La multitud, siempre crédula, no pensaba en cuestionar la veracidad de sus sueños o de sus visiones; lo encontraba del todo natural e invitaba siempre a esos profetas a hablar.

Después de las palabras del profeta, escuchad los sabios consejos del apóstol san Juan, cuando dice: «No creáis a todo Espíritu, sino comprobad si los Espíritus son de Dios»; pues entre los invisibles también los hay que se complacen en engañar cuando encuentran la ocasión. Estas víctimas del engaño son, por supuesto, los médiums que no toman suficientes precauciones. Ahí se encuentra, sin duda, uno de los mayores escollos, contra el que muchos vienen a estrellarse, sobre todo cuando son principiantes en el espiritismo. Es para ellos una prueba que solo pueden superar con una gran prudencia. Aprended, pues, ante todo, a distinguir a los buenos y a los malos Espíritus, para no convertiros vosotros mismos en falsos profetas. (Luoz, Esp. protector. Karlsruhe, 1861.)

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XXII. NO SEPARÉIS LO QUE DIOS HA UNIDO

✦

1 Indisolubilidad del matrimonio. — Divorcio.

Indisolubilidad del matrimonio.

Los fariseos también se acercaron a él para tentarlo, y le dijeron: ¿Está permitido a un hombre repudiar a su mujer por cualquier causa? — Él les respondió: ¿No habéis leído que quien creó al hombre desde el principio los creó varón y mujer, y que se dice: — Por esta razón, el hombre dejará a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne? — Así pues, ya no serán dos, sino una sola carne. Que el hombre, por tanto, no separe lo que Dios ha unido.

Pero entonces, le dijeron, ¿por qué ordenó Moisés que se diera a la mujer un escrito de separación y que se la repudiara? — Él les respondió: Por la dureza de vuestro corazón, Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; pero esto no fue así desde el principio. — Por eso os declaro que quien repudia a su mujer, salvo en caso de adulterio, y se casa con otra, comete adulterio; y que quien se casa con la que otro ha repudiado también comete adulterio. (San Mateo, cap. xix, v. del 3 al 9.)

2 Solo es inmutable lo que viene de Dios; todo lo que es obra de los hombres está sujeto a cambios. Las leyes de la naturaleza son las mismas en todos los tiempos y en todos los países; las leyes humanas cambian según los tiempos, los lugares y el progreso de la inteligencia.

2.2 En el matrimonio, lo que es de orden divino es la unión de los sexos para renovar los seres que mueren; pero las condiciones que regulan esta unión son de un orden tan humano que no hay en el mundo entero, ni siquiera en la cristiandad, dos países donde sean absolutamente iguales, ni hay uno solo donde no hayan sufrido cambios con el tiempo; de ello resulta que, ante la ley civil, lo que es legítimo en un país y en una época es adulterio en otro país y en otro tiempo; y esto se debe a que la ley civil tiene por objeto regular los intereses de las familias, y esos intereses varían según las costumbres y las necesidades locales; así, por ejemplo, en ciertos países solo el matrimonio religioso es legítimo, en otros hace falta además el matrimonio civil, y en otros, por último, basta con el matrimonio civil.

3 Pero en la unión de los sexos, junto a la ley divina material, común a todos los seres vivos, hay otra ley divina, inmutable como todas las leyes de Dios y exclusivamente moral: la ley de amor. Dios ha querido que los seres estuvieran unidos, no solo por los lazos de la carne, sino también por los del alma, para que el afecto mutuo de los esposos se extendiera a sus hijos, y para que fueran dos, en lugar de uno, quienes los amaran, los cuidaran y los hicieran progresar. En las condiciones habituales del matrimonio, ¿se tiene en cuenta esta ley de amor? En absoluto; lo que se toma en consideración no es el afecto de dos seres a quienes un sentimiento mutuo atrae el uno hacia el otro, ya que la mayoría de las veces se rompe ese afecto; lo que se busca no es la satisfacción del corazón, sino la del orgullo, la vanidad, la codicia, en una palabra, la de todos los intereses materiales; cuando todo va de la mejor manera según esos intereses, se dice que el matrimonio es conveniente, y cuando las fortunas están bien emparejadas, se dice que los esposos también lo están y que deben de ser muy felices.

Pero ni la ley civil ni los compromisos que hace contraer pueden suplir la ley de amor si esta ley no preside la unión; de ello resulta que a menudo lo que se ha unido por la fuerza se separa por sí solo; que el juramento pronunciado al pie del altar se convierte en un perjurio si se dice como una fórmula trivial; de ahí las uniones desdichadas que acaban por volverse criminales; doble desgracia que se evitaría si, entre las condiciones del matrimonio, no se prescindiera de la única que lo sanciona ante Dios: la ley de amor. Cuando Dios dijo: «Seréis una sola carne»; y cuando Jesús dijo: «No separaréis lo que Dios ha unido», esto debe entenderse de la unión según la ley inmutable de Dios, y no según la ley cambiante de los hombres.

4 ¿Es entonces superflua la ley civil, y hay que volver a los matrimonios según la naturaleza? Ciertamente no; la ley civil tiene por objeto regular las relaciones sociales y los intereses de las familias según las exigencias de la civilización; por eso es útil, necesaria, pero variable; debe ser previsora, porque el hombre civilizado no puede vivir como el salvaje; pero nada, absolutamente nada, se opone a que sea el corolario de la ley de Dios; los obstáculos al cumplimiento de la ley divina provienen de los prejuicios y no de la ley civil.

4.2 Estos prejuicios, aunque todavía arraigados, ya han perdido parte de su dominio entre los pueblos ilustrados; desaparecerán con el progreso moral, que acabará por abrir los ojos a los males innumerables, las faltas e incluso los crímenes que resultan de las uniones contraídas teniendo en cuenta únicamente los intereses materiales; y un día se preguntará si es más humano, más caritativo y más moral encadenar el uno al otro a seres que

no pueden vivir juntos que devolverles la libertad; si la perspectiva de una cadena indisoluble no aumenta el número de uniones irregulares. El divorcio

5 El divorcio es una ley humana que tiene por objeto separar legalmente lo que está separado de hecho; no es contrario a la ley de Dios, puesto que solo reforma lo que los hombres han hecho, y solo es aplicable en los casos en que no se ha tenido en cuenta la ley divina; si fuera contrario a esta ley, la propia Iglesia se vería obligada a considerar prevaricadores a aquellos de sus jefes que, por su propia autoridad y en nombre de la religión, han impuesto el divorcio en más de una ocasión; doble prevaricación entonces, puesto que se hacía en atención únicamente a intereses temporales y no para satisfacer la ley de amor.

Pero el propio Jesús no consagra la indisolubilidad absoluta del matrimonio. ¿Acaso no dice: «Por la dureza de vuestro corazón, Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres»? Esto significa que, ya en tiempos de Moisés, al no ser el afecto mutuo el único fin del matrimonio, la separación podía llegar a ser necesaria. Pero, añade, «esto no fue así desde el principio»; es decir, que en el origen de la humanidad, cuando los hombres todavía no estaban pervertidos por el egoísmo y el orgullo, y vivían según la ley de Dios, las uniones fundadas en la simpatía y no en la vanidad o la ambición no daban lugar al repudio.

Va más lejos: especifica el caso en que puede tener lugar el repudio, que es el adulterio; ahora bien, el adulterio no existe donde reina un afecto recíproco sincero. Es cierto que prohíbe a todo hombre casarse con la mujer repudiada, pero hay que tener en cuenta las costumbres y el carácter de los hombres de su tiempo. La ley mosaica, en ese caso, prescribía la lapidación;

al querer abolir una costumbre bárbara, hacía falta, no obstante, una pena, y la encuentra en la deshonra que debía causar la prohibición de un segundo matrimonio. Era, en cierto modo, una ley civil que sustituía a otra ley civil, pero que, como todas las leyes de esta naturaleza, debía someterse a la prueba del tiempo.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XXIII. MORAL EXTRAÑA

✦

1 Quien no odia a su padre y a su madre.

Una gran multitud caminaba con Jesús, y él se volvió hacia ellos y les dijo: — Si alguien viene a mí y no odia a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, e incluso su propia vida, no puede ser mi discípulo. — Y quien no lleva su cruz y no me sigue no puede ser mi discípulo. — Así pues, cualquiera de vosotros que no renuncie a todo lo que tiene no puede ser mi discípulo. (San Lucas, cap. xiv, v. 25, 26, 27, 33.)

2 Quien ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí; quien ama a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí. (San Mateo, cap. x, v. 37.)

3 Ciertas palabras, por lo demás muy escasas, resultan tan extrañas en boca de Cristo que instintivamente se rechaza su sentido literal, y la sublimidad de su doctrina no ha sufrido por ello menoscabo alguno. Escritas después de su muerte, ya que ningún Evangelio se escribió durante su vida, cabe creer que, en este caso, el fondo de su pensamiento no se expresó bien, o, lo que no es menos probable, que el sentido primitivo pudo sufrir alguna alteración al pasar de una lengua a otra. Bastó con que se cometiera un error una primera vez para que lo repitieran quienes lo reprodujeron, como se ve tan a menudo en los hechos históricos.

La palabra odia, en esta frase de san Lucas: Si alguien viene a mí y no odia a su padre y a su madre, se encuentra en este caso; a nadie se le ha ocurrido atribuírsela a Jesús; por tanto, sería superfluo discutirla, y aún más intentar

justificarla. Primero habría que saber si la pronunció y, en caso afirmativo, saber si, en la lengua en que se expresaba, esa palabra tenía el mismo valor que en la nuestra. En este pasaje de san Juan: «Quien odia su vida en este mundo la conserva para la vida eterna», es seguro que no expresa la idea que nosotros le atribuimos.

La lengua hebrea no era rica y tenía muchas palabras con varios significados. Así ocurre, por ejemplo, con la que, en el Génesis, designa las fases de la creación y servía a la vez para expresar un período de tiempo cualquiera y la revolución diurna; de ahí, más tarde, su traducción por la palabra día y la creencia de que el mundo fue obra de seis veces veinticuatro horas. Así ocurre también con la palabra que se empleaba para un camello y para un cable, porque los cables se hacían de pelo de camello, y que se tradujo por camello en la alegoría del ojo de la aguja (cap. xvi, n.º 2).

1. Non odit en latín, Kaï ou miseï en griego, no quiere decir odiar, sino amar menos. Lo que expresa el verbo griego miseïn, el verbo hebreo que debió de emplear Jesús lo dice aún mejor; no significa solamente odiar, sino amar menos, no amar tanto como a otro, en igual medida. En el dialecto siríaco, del que se dice que Jesús se servía con mayor frecuencia, este significado es aún más marcado. En este sentido se dice en el Génesis (cap. xxix, v. 30, 31):

También hay que tener en cuenta las costumbres y el carácter de los pueblos, que influyen en la índole particular de sus lenguas; sin este conocimiento se escapa el verdadero sentido de ciertas palabras; de una lengua a otra, la misma palabra tiene mayor o menor fuerza; puede ser una injuria o una blasfemia en una e insignificante en otra, según la idea que se le atribuya; en una misma lengua, ciertas palabras pierden su valor al cabo de algunos siglos; por eso una traducción rigurosamente literal no siempre ex-

presa perfectamente el pensamiento y, para ser exacta, a veces es necesario emplear, no las palabras correspondientes, sino palabras equivalentes o perífrasis.

Estas observaciones tienen una aplicación especial en la interpretación de las santas Escrituras y de los Evangelios en particular. Si no se tiene en cuenta el medio en el que vivía Jesús, se corre el riesgo de equivocarse sobre el valor de ciertas expresiones y de ciertos hechos, a causa de la costumbre de asimilar a los demás a uno mismo. En cualquier caso, hay que descartar de la palabra odiar su acepción moderna, por ser contraria al espíritu de la enseñanza de Jesús (véase también cap. xiv, n.os 5 y siguientes).

[4] Dejar a su padre, a su madre y a sus hijos

Quien haya dejado por mi nombre su casa, o sus «Y Jacob amó también a Raquel más que a Lía, y Jehová, viendo que Lía era odiada...» Es evidente que el verdadero sentido es menos amada: así es como debe traducirse. En varios otros pasajes hebreos, y sobre todo siríacos, el mismo verbo se emplea en el sentido de no amar tanto como a otro, y se cometería un contrasentido al traducirlo por odiar, que tiene otra acepción bien definida. El texto de san Mateo, por lo demás, elimina toda dificultad.

(Nota del Sr. Pezzani.) hermanos, o sus hermanas, o su padre, o su madre, o su mujer, o sus hijos, o sus tierras, recibirá cien veces más y tendrá por herencia la vida eterna. (San Mateo, cap. xix, v. 29.)

[5] Entonces Pedro le dijo: En cuanto a nosotros, veis que lo hemos dejado todo y que os hemos seguido. — Jesús les dijo: En verdad os digo que nadie dejará por el reino de Dios su casa, o su padre y su madre, o sus hermanos, o su mujer, o sus hijos, — sin recibir ya en este mundo mucho más, y en el siglo venidero la vida eterna. (San Lucas, cap. xviii, v. 28, 29, 30.)

6 Otro le dijo: Señor, os seguiré; pero permitidme disponer antes de lo que tengo en mi casa. — Jesús le respondió: Quien, teniendo la mano en el arado, mira hacia atrás, no es apto para el reino de Dios. (San Lucas, cap. ix, v. 61, 62.)

Sin discutir las palabras, aquí hay que buscar el pensamiento, que evidentemente era este: «Los intereses de la vida futura prevalecen sobre todos los intereses y todas las consideraciones humanas», porque concuerda con el fondo de la doctrina de Jesús, mientras que la idea de renunciar a la familia sería su negación.

¿Acaso no tenemos ante nuestros ojos la aplicación de estas máximas en el sacrificio de los intereses y los afectos familiares por la patria? ¿Se censura a un hijo por dejar a su padre, a su madre, a sus hermanos, a su mujer, a sus hijos, para salir en defensa de su país? ¿No se le reconoce, por el contrario, el mérito de apartarse de las dulzuras del hogar, de los abrazos de la amistad, para cumplir un deber? Hay, pues, deberes que prevalecen sobre otros deberes. ¿No impone la ley a la hija la obligación de dejar a sus padres para seguir a su esposo? El mundo está lleno de casos en los que las separaciones más dolorosas son necesarias; pero los afectos no se rompen por ello; la distancia no disminuye ni el respeto ni la solicitud que se debe a los padres, ni la ternura hacia los hijos. Se ve, pues, que, aun tomadas al pie de la letra, salvo la palabra odiar, estas palabras no serían la negación del mandamiento que prescribe honrar al padre y a la madre, ni del sentimiento de ternura paterna, y con mayor razón si se atiende a su espíritu. Su propósito era mostrar, mediante una hipérbole, cuán imperioso era el deber de ocuparse de la vida futura. Por lo demás, debían resultar menos chocantes en un pueblo y en una época en los que, debido a las costumbres, los lazos familiares tenían menos fuerza que en una civilización moral más avanzada;

estos lazos, más débiles en los pueblos primitivos, se fortalecen con el desarrollo de la sensibilidad y del sentido moral. La separación misma es necesaria para el progreso; sucede con las familias lo mismo que con las razas: degeneran si no hay cruces, si no se injertan unas en otras; es una ley de la naturaleza que favorece tanto el progreso moral como el progreso físico.

Aquí las cosas se consideran solo desde el punto de vista terrestre; el espiritismo nos las hace ver desde más alto, al mostrarnos que los verdaderos lazos de afecto son los del Espíritu y no los del cuerpo; que estos lazos no se rompen ni por la separación ni siquiera por la muerte del cuerpo; que se fortalecen en la vida espiritual por la depuración del Espíritu; verdad consoladora que da una gran fuerza para soportar las vicisitudes de la vida. (Cap. iv, n.º 18; cap. xiv, n.º 8.)

7 Dejad a los muertos el cuidado de enterrar a sus muertos

Dijo a otro: Seguidme; y él le respondió: Señor, permitidme ir antes a enterrar a mi padre. — Jesús le respondió: Dejad a los muertos el cuidado de enterrar a sus muertos; en cuanto a vos, id a anunciar el reino de Dios. (San Lucas, cap. ix, v. 59, 60.)

8 ¿Qué pueden significar estas palabras: «Dejad a los muertos el cuidado de enterrar a sus muertos»? Las consideraciones anteriores muestran, en primer lugar, que, en la circunstancia en que fueron pronunciadas, no podían expresar una censura contra quien consideraba un deber de piedad filial ir a enterrar a su padre; pero encierran un sentido profundo que solo un conocimiento más completo de la vida espiritual podía hacer comprender.

La vida espiritual, en efecto, es la verdadera vida; es la vida normal del Espíritu; su existencia terrestre es solo transitoria y pasajera; es una especie de

muerte si se la compara con el esplendor y la actividad de la vida espiritual. El cuerpo es solo una vestidura tosca que el Espíritu se pone momentáneamente, una verdadera cadena que lo ata al suelo de la tierra y de la que se alegra de verse liberado. El respeto que se tiene por los muertos no se dirige a la materia, sino, mediante el recuerdo, al Espíritu ausente; es semejante al que se tiene por los objetos que le pertenecieron, que tocó y que quienes lo aman guardan como reliquias. Esto es lo que aquel hombre no podía comprender por sí mismo; Jesús se lo enseña al decirle: No os preocupéis por el cuerpo, sino pensad más bien en el Espíritu; id a enseñar el reino de Dios; id a decir a los hombres que su patria no está en la tierra, sino en el cielo, pues solo allí está la verdadera vida.

9 No he venido a traer la paz, sino la división

No penséis que he venido a traer la paz a la tierra; no he venido a traer la paz, sino la espada; — pues he venido a separar al hombre de su padre, a la hija de su madre y a la nuera de su suegra; — y el hombre tendrá por enemigos a los de su casa. (San Mateo, cap. x, v. 34, 35, 36.)

10 He venido a arrojar fuego a la tierra; ¿y qué deseo, sino que se encienda? — Debo ser bautizado con un bautismo, ¡y cuánta urgencia siento de que se cumpla!

¿Creéis que he venido a traer la paz a la tierra? No, os lo aseguro, sino, por el contrario, la división; — pues de ahora en adelante, si hay cinco personas en una casa, estarán divididas unas contra otras: tres contra dos y dos contra tres. — El padre estará dividido contra el hijo, y el hijo contra el padre; la madre contra la hija, y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera, y la nuera contra la suegra. (San Lucas, cap. xii, v. del 49 al 53.)

11 ¿Es realmente Jesús, la personificación de la dulzura y de la bondad, él, que no dejó de predicar el amor al prójimo, quien pudo decir: No he venido a traer la paz, sino la espada; he venido a separar al hijo del padre, al esposo de la esposa; he venido a arrojar fuego sobre la tierra, ¡y ansío que se encienda! ¿No están estas palabras en flagrante contradicción con su enseñanza? ¿No es una blasfemia atribuirle el lenguaje de un conquistador sanguinario y devastador?

11.2 No, no hay ni blasfemia ni contradicción en estas palabras, pues fue él quien las pronunció, y dan testimonio de su elevada sabiduría; solo que la forma un tanto equívoca no expresa exactamente su pensamiento, lo que ha hecho que se interprete mal su verdadero sentido; tomadas al pie de la letra, tenderían a transformar su misión enteramente pacífica en una misión de disturbios y discordias, consecuencia absurda que el sentido común lleva a descartar, pues Jesús no podía contradecirse. (Cap. xrv, n.º 6.)

12 Toda idea nueva encuentra forzosamente oposición, y no hay una sola que se haya establecido sin luchas; ahora bien, en semejante caso, la resistencia siempre es proporcional a la importancia de los resultados previstos, porque cuanto mayor es esta, más intereses perjudica. Si es manifiestamente falsa, si se la juzga sin consecuencias, nadie se inquieta por ella y se la deja pasar, sabiendo que carece de vitalidad. Pero si es verdadera, si descansa sobre una base sólida, si se le vislumbra un porvenir, un secreto presentimiento advierte a sus antagonistas que constituye un peligro para ellos y para el orden de cosas en cuyo mantenimiento están interesados; por eso la atacan a ella y a sus partidarios.

La medida de la importancia y de los resultados de una idea nueva se en-

cuentra así en la conmoción que causa al aparecer, en la violencia de la oposición que suscita y en el grado y la persistencia de la cólera de sus adversarios.

13 Jesús venía a proclamar una doctrina que socavaba desde su base los abusos de los que vivían los fariseos, los escribas y los sacerdotes de su tiempo; por eso lo hicieron morir, creyendo matar la idea al matar al hombre; pero la idea sobrevivió, porque era verdadera; creció, porque estaba en los designios de Dios, y, salida de una oscura aldea de Judea, fue a plantar su bandera en la misma capital del mundo pagano, frente a sus enemigos más encarnizados, los que tenían mayor interés en combatirla, porque derribaba creencias seculares a las que muchos se aferraban mucho más por interés que por convicción. Allí esperaban a sus apóstoles luchas más terribles; las víctimas fueron innumerables, pero la idea siguió creciendo y salió triunfante, porque superaba, como verdad, a las que la habían precedido.

14 Cabe observar que el cristianismo llegó cuando el paganismo estaba en decadencia y se debatía contra las luces de la razón. Aún se lo practicaba por guardar las formas, pero la creencia había desaparecido; solo el interés personal lo sostenía. Ahora bien, el interés es tenaz; nunca cede ante la evidencia; se irrita tanto más cuanto más concluyentes son los razonamientos que se le oponen y mejor le demuestran su error; sabe bien que está en el error, pero eso no es lo que le importa, pues la verdadera fe no está en su alma; lo que más teme es la luz que abre los ojos de los ciegos; ese error le resulta provechoso, por eso se aferra a él y lo defiende.
¿No había expuesto también Sócrates una doctrina análoga, hasta cierto punto, a la de Cristo? ¿Por qué, entonces, no prevaleció en aquella época, entre uno de los pueblos más inteligentes de la tierra? Porque el tiempo no

había llegado; sembró en una tierra sin labrar; el paganismo aún no se había desgastado. Cristo recibió su misión providencial en el momento propicio. No todos los hombres de su tiempo estaban, ni mucho menos, a la altura de las ideas cristianas, pero había una disposición más general para asimilarlas, porque se empezaba a sentir el vacío que las creencias comunes dejaban en el alma. Sócrates y Platón habían abierto el camino y predispuesto los espíritus. (Véase la Introducción, párr. iv, Sócrates y Platón, precursores de la idea cristiana y del espiritismo.)

15 Desgraciadamente, los adeptos de la nueva doctrina no se pusieron de acuerdo sobre la interpretación de las palabras del Maestro, veladas en su mayoría bajo la alegoría y el lenguaje figurado; de ahí nacieron, desde el principio, las numerosas sectas que pretendían todas poseer la verdad exclusiva, y a las que dieciocho siglos no han podido poner de acuerdo. Olvidando el más importante de los preceptos divinos, aquel del que Jesús había hecho la piedra angular de su edificio y la condición expresa de la salvación: la caridad, la fraternidad y el amor al prójimo, estas sectas se lanzaron mutuamente el anatema y se arrojaron unas contra otras, aplastando las más fuertes a las más débiles, ahogándolas en la sangre, en las torturas y en las llamas de las hogueras. Los cristianos, vencedores del paganismo, pasaron de perseguidos a perseguidores; con el hierro y el fuego fueron a plantar la cruz del cordero sin mancha en los dos mundos. Es un hecho comprobado que las guerras de religión han sido las más crueles y han causado más víctimas que las guerras políticas, y que en ninguna se han cometido más actos de atrocidad y barbarie.

¿Tiene la culpa de ello la doctrina de Cristo? Ciertamente no, pues condena expresamente toda violencia. ¿Dijo en algún lugar a sus discípulos:

Id, matad, masacrad, quemad a quienes no crean como vosotros?
No, pues les dijo, por el contrario: Todos los hombres son hermanos, y Dios es soberanamente misericordioso; amad a vuestro prójimo; amad a vuestros enemigos; haced el bien a quienes os persiguen. También les dijo: Quien mate por la espada perecerá por la espada. La responsabilidad, por tanto, no recae en la doctrina de Jesús, sino en quienes la han interpretado falsamente y han hecho de ella un instrumento al servicio de sus pasiones; en quienes han desconocido estas palabras: Mi reino no es de este mundo.
Jesús, en su profunda sabiduría, preveía lo que debía suceder; pero estas cosas eran inevitables, porque se debían a la inferioridad de la naturaleza humana, que no podía transformarse de repente. Era necesario que el cristianismo pasara por esta larga y cruel prueba de dieciocho siglos para mostrar todo su poder; pues, a pesar de todo el mal cometido en su nombre, ha salido de ella puro; nunca ha sido puesto en entredicho; la censura siempre ha recaído sobre quienes han abusado de él; ante cada acto de intolerancia, siempre se ha dicho: Si el cristianismo se comprendiera mejor y se practicara mejor, esto no ocurriría.

16 Cuando Jesús dice: No creáis que he venido a traer la paz, sino la división, su pensamiento era este:
«No creáis que mi doctrina se establecerá pacíficamente; traerá luchas sangrientas, cuyo pretexto será mi nombre, porque los hombres no me habrán comprendido o no habrán querido comprenderme; los hermanos, separados por sus creencias, desenvainarán la espada unos contra otros, y la división reinará entre los miembros de una misma familia que no tengan la misma fe.
He venido a arrojar fuego sobre la tierra para limpiarla de errores y prejui-

cios, como se prende fuego a un campo para destruir las malas hierbas, y ansío que se encienda para que la purificación sea más rápida, pues de este conflicto la verdad saldrá triunfante; a la guerra sucederá la paz; al odio de los bandos, la fraternidad universal; a las tinieblas del fanatismo, la luz de la fe esclarecida. Entonces, cuando el campo esté preparado, os enviaré al Consolador, el Espíritu de Verdad, que vendrá a restablecer todas las cosas; es decir, que al dar a conocer el verdadero sentido de mis palabras, que los hombres más esclarecidos podrán por fin comprender, pondrá fin a la lucha fratricida que divide a los hijos de un mismo Dios. Cansados al fin de un combate sin salida, que solo arrastra tras de sí la desolación y lleva la perturbación hasta el seno de las familias, los hombres reconocerán dónde están sus verdaderos intereses para este mundo y para el otro; verán de qué lado están los amigos y los enemigos de su tranquilidad. Todos vendrán entonces a cobijarse bajo la misma bandera: la de la caridad, y las cosas se restablecerán en la tierra según la verdad y los principios que os he enseñado».

17 El espiritismo viene a cumplir a su debido tiempo las promesas de Cristo; sin embargo, no puede hacerlo sin destruir los abusos; como Jesús, encuentra a su paso el orgullo, el egoísmo, la ambición, la codicia, el fanatismo ciego, que, acorralados en sus últimos reductos, intentan cerrarle el camino y le crean obstáculos y persecuciones; por eso también tiene que combatir; pero el tiempo de las luchas y las persecuciones sangrientas ha pasado; las que tendrá que sufrir son todas morales, y su fin está cercano; las primeras duraron siglos: estas apenas durarán algunos años, porque la luz, en vez de partir de un solo foco, brota en todos los puntos del globo y abrirá más pronto los ojos de los ciegos.

18. Estas palabras de Jesús deben entenderse, por tanto, como referidas a las cóleras que preveía que su doctrina iba a suscitar, a los conflictos momentáneos que iban a ser su consecuencia, a las luchas que tendría que sostener antes de establecerse, como ocurrió con los hebreos antes de su entrada en la Tierra Prometida, y no como un propósito premeditado de su parte de sembrar el desorden y la confusión. El mal debía venir de los hombres y no de él. Era como el médico que viene a curar, pero cuyos remedios provocan una crisis saludable al remover los humores malsanos del enfermo.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XXIV. NO PONGÁIS LA LÁMPARA DEBAJO DEL CELEMÍN

✦

1 La lámpara debajo del celemín. Por qué Jesús habla en parábolas.
No se enciende una lámpara para ponerla debajo del celemín, sino que se pone sobre un candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa. (San Mateo, cap. v, v. 15.)

2 Nadie, después de encender una lámpara, la cubre con una vasija ni la pone debajo de una cama, sino que la pone sobre el candelero, para que los que entren vean la luz; — porque no hay nada secreto que no deba descubrirse, ni nada oculto que no deba conocerse y salir a la luz pública. (San Lucas, cap. viii, v. 16, 17.)

3 Sus discípulos se acercaron y le dijeron: ¿Por qué les hablas en parábolas? — Y él les respondió: Porque a vosotros se os ha dado conocer los misterios del reino de los cielos, pero a ellos no se les ha dado.

3.2 — Les hablo en parábolas porque, viendo, no ven, y escuchando, no oyen ni comprenden. — Y en ellos se cumplirá la profecía de Isaías, cuando dice: Escucharéis con vuestros oídos y no oiréis; miraréis con vuestros ojos y no veréis.

3.3 — Porque el corazón de este pueblo se ha vuelto insensible, sus oídos se han vuelto sordos y han cerrado sus ojos, por temor a que sus ojos vean, sus oídos oigan, su corazón comprenda y, después de convertirse, yo los cure. (San Mateo, cap. xvi, v. de 10 a 15.)

[4] Sorprende oír a Jesús decir que no se debe poner la luz debajo del celemín, cuando él mismo oculta sin cesar el sentido de sus palabras bajo el velo de la alegoría, que no todos pueden comprender. Lo explica diciendo a sus apóstoles: Les hablo en parábolas porque no están en condiciones de comprender ciertas cosas; ven, miran, oyen y no comprenden; decirles todo sería, pues, inútil por el momento; pero a vosotros os lo digo porque se os ha dado comprender estos misterios. Actuaba, pues, con el pueblo como se hace con los niños cuyas ideas aún no se han desarrollado. Así indica el verdadero sentido de la máxima: «No se debe poner la lámpara debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que todos los que entren puedan verla». Esto no significa que haya que revelar todas las cosas sin reflexión; toda enseñanza debe ser proporcionada a la inteligencia de aquel a quien se dirige, porque hay personas a quienes una luz demasiado viva deslumbra sin iluminarlas.

Sucede con los hombres en general lo mismo que con los individuos; las generaciones tienen su infancia, su juventud y su edad madura; cada cosa debe llegar a su tiempo, y la semilla sembrada fuera de temporada no da fruto. Pero lo que la prudencia manda callar por un momento debe descubrirse tarde o temprano, porque, al llegar a cierto grado de desarrollo, los hombres buscan por sí mismos la luz viva; la oscuridad les pesa. Como Dios les ha dado la inteligencia para comprender y para guiarse en las cosas de la tierra y del cielo, quieren razonar su fe; entonces es cuando no se debe poner la lámpara debajo del celemín, porque, sin la luz de la razón, la fe se debilita. (Cap. xix, n.º 7.)

5 Así pues, si la Providencia, en su previsora sabiduría, solo revela las verdades gradualmente, siempre las descubre a medida que la humanidad está madura para recibirlas; las mantiene en reserva y no debajo del celemín; pero los hombres que las poseen las ocultan la mayoría de las veces al vulgo solo con el propósito de dominarlo; son ellos quienes verdaderamente ponen la luz debajo del celemín. Así es como todas las religiones han tenido sus misterios, cuyo examen prohibían; pero, mientras esas religiones se quedaban atrás, la ciencia y la inteligencia han avanzado y han rasgado el velo misterioso; el vulgo, llegado a la edad adulta, ha querido penetrar en el fondo de las cosas y entonces ha rechazado de su fe lo que era contrario a la observación.

No puede haber misterios absolutos, y Jesús dice la verdad cuando afirma que no hay nada secreto que no deba conocerse. Todo lo que está oculto se descubrirá un día, y lo que el hombre aún no puede comprender en la tierra le será revelado sucesivamente en mundos más avanzados y cuando se haya purificado; aquí abajo todavía está entre la niebla.

6 Cabe preguntarse qué provecho podía sacar el pueblo de esa multitud de parábolas cuyo sentido permanecía oculto para él. Conviene observar que Jesús solo se expresó en parábolas sobre las partes, por así decirlo, abstractas de su doctrina; pero, como hizo de la caridad hacia el prójimo y de la humildad la condición expresa de la salvación, todo lo que dijo al respecto es perfectamente claro, explícito y sin ambigüedad.

6.2 Así debía ser, porque era la regla de conducta, regla que todos debían comprender para poder observarla; era lo esencial para la multitud ignorante a la que se limitaba a decir: Esto es lo que hay que hacer para ganar el reino de los cielos.

6.3 Sobre las demás partes solo desarrollaba su pensamiento ante sus discípulos; como estos estaban más avanzados moral e intelectualmente, Jesús había podido iniciarlos en verdades más abstractas; por eso dice: A los que ya tienen se les dará aún más. (Cap. xvni, n.º 15.)

6.4 Sin embargo, incluso con sus apóstoles, se mantuvo impreciso sobre muchos puntos cuya plena comprensión estaba reservada para tiempos posteriores. Esos puntos dieron lugar a interpretaciones tan diversas, hasta que la ciencia, por un lado, y el espiritismo, por otro, vinieron a revelar las nuevas leyes de la naturaleza que permitieron comprender su verdadero sentido.

7 El espiritismo viene hoy a arrojar luz sobre una multitud de puntos oscuros; sin embargo, no lo hace sin reflexión. Los Espíritus proceden en sus enseñanzas con una prudencia admirable; solo de manera sucesiva y gradual han abordado las diversas partes conocidas de la doctrina, y así se revelarán las demás partes a medida que llegue el momento de sacarlas de la sombra.

7.2 Si la hubieran presentado completa desde el principio, solo habría sido accesible a unos pocos; incluso habría asustado a quienes no estaban preparados para ella, lo que habría perjudicado su propagación.

7.3 Así pues, si los Espíritus todavía no lo dicen todo abiertamente, no es porque haya en la doctrina misterios reservados a unos privilegiados, ni porque pongan la lámpara debajo del celemín, sino porque cada cosa debe llegar en el momento oportuno; dejan a una idea el tiempo de madurar y propagarse antes de presentar otra, y a los acontecimientos el de preparar su aceptación.

[8] No vayáis hacia los gentiles

Jesús envió a sus doce (los apóstoles), después de darles las siguientes instrucciones: No vayáis hacia los gentiles ni entréis en las ciudades de los samaritanos; — id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel; — y en los lugares adonde vayáis, predicad diciendo que el reino de los cielos está cerca. (San Mateo, cap. x, v. 5, 6, 7.)

[9] Jesús demuestra en muchas circunstancias que sus miras no se limitan al pueblo judío, sino que abarcan a toda la humanidad. Así pues, si dice a sus apóstoles que no vayan entre los paganos, no es por desdén hacia la conversión de estos, lo que habría sido poco caritativo, sino porque los judíos, que creían en la unidad de Dios y esperaban al Mesías, estaban preparados, por la ley de Moisés y los profetas, para recibir su palabra.

[9.2] Entre los paganos, al faltar la base misma, todo estaba por hacer, y los apóstoles aún no estaban lo bastante instruidos para una tarea tan pesada; por eso les dice: Id a las ovejas extraviadas de Israel; es decir, id a sembrar en un terreno ya preparado, sabiendo bien que la conversión de los gentiles llegaría a su tiempo; más tarde, en efecto, fue en el centro mismo del paganismo donde los apóstoles fueron a plantar la cruz.

[10] Estas palabras pueden aplicarse a los adeptos y a los propagadores del espiritismo. Los incrédulos sistemáticos, los burlones obstinados y los adversarios interesados son para ellos lo que los gentiles eran para los apóstoles. A ejemplo de estos, que busquen primero prosélitos entre las personas de buena voluntad, las que desean la luz, en quienes se encuentra un germen fecundo, y son muchas, sin perder el tiempo con quienes se niegan a ver y oír, y se obstinan tanto más, por orgullo, cuanto más valor parece darse a su conversión. Más vale abrir los ojos a cien ciegos que desean ver con claridad

que a uno solo que se complace en la oscuridad, porque así aumenta en mayor proporción el número de quienes apoyan la causa. Dejar tranquilos a los demás no es indiferencia, sino una buena manera de proceder; su turno llegará cuando estén dominados por la opinión general y oigan la misma cosa repetida sin cesar a su alrededor; entonces creerán aceptar la idea voluntariamente y por sí mismos, sin la presión de un individuo. Además, sucede con las ideas lo mismo que con las semillas: no pueden germinar antes de su temporada, y solo lo hacen en un terreno preparado; por eso es mejor esperar el tiempo propicio y cultivar primero las que germinan, por temor a malograr las demás al forzarlas demasiado.

En tiempos de Jesús, y como consecuencia de las ideas limitadas y materiales de la época, todo estaba circunscrito y localizado; la casa de Israel era un pueblo pequeño; los gentiles eran pequeños pueblos vecinos; hoy las ideas se universalizan y se espiritualizan. La nueva luz no es privilegio de ninguna nación; para ella ya no existen barreras; tiene su foco en todas partes y todos los hombres son hermanos. Pero también los gentiles han dejado de ser un pueblo: son una opinión que se encuentra en todas partes y sobre la cual la verdad triunfa poco a poco, como el cristianismo triunfó sobre el paganismo. Ya no se los combate con las armas de la guerra, sino con el poder de la idea.

No son los sanos quienes necesitan médico.

11 Estando Jesús a la mesa en casa de aquel hombre (Mateo), llegaron muchos publicanos y personas de mala vida, que se sentaron a la mesa con Jesús y sus discípulos; — al verlo, los fariseos dijeron a sus discípulos: ¿Por

qué vuestro Maestro come con publicanos y personas de mala vida? — Pero Jesús, al oírlos, les dijo: No son los sanos, sino los enfermos, quienes necesitan médico. (San Mateo, cap. ix, v. 10, 11, 12.)

12 Jesús se dirigía sobre todo a los pobres y a los desheredados, porque son quienes más necesitan consuelo; a los ciegos dóciles y de buena fe, porque piden ver, y no a los orgullosos que creen poseer toda la luz y no necesitar nada (véase Introd., art. Publicanos, Recaudadores de peajes).

Esta palabra, como tantas otras, encuentra su aplicación en el espiritismo. A veces sorprende que la mediumnidad se conceda a personas indignas y capaces de hacer mal uso de ella; parece, se dice, que una facultad tan valiosa debería ser atributo exclusivo de los más merecedores.

Digamos primero que la mediumnidad depende de una disposición orgánica de la que puede estar dotado todo hombre, como de la de ver, oír o hablar. No hay ninguna de la que el hombre, en virtud de su libre albedrío, no pueda abusar, y si Dios solo hubiera concedido la palabra, por ejemplo, a quienes son incapaces de decir cosas malas, habría más mudos que personas capaces de hablar. Dios ha dado al hombre facultades; lo deja libre para usarlas, pero siempre castiga a quien abusa de ellas.

Si el poder de comunicarse con los Espíritus solo se diera a los más dignos, ¿quién se atrevería a aspirar a él? ¿Dónde estaría, por otra parte, el límite entre la dignidad y la indignidad? La mediumnidad se da sin distinción, para que los Espíritus puedan llevar la luz a todos los rangos, a todas las clases de la sociedad, al pobre como al rico; a los sabios para fortalecerlos en el bien, a los viciosos para corregirlos. ¿No son estos últimos los enfermos que necesitan al médico? ¿Por qué Dios, que no quiere la muerte del pecador, lo privaría del auxilio que puede sacarlo del lodazal? Los buenos Espíritus

vienen, pues, en su ayuda, y los consejos que recibe directamente de ellos pueden impresionarlo más vivamente que si los recibiera por vías indirectas. Dios, en su bondad, para ahorrarle el esfuerzo de ir a buscar la luz lejos, se la pone en la mano; ¿no es mucho más culpable si no la mira? ¿Podrá excusarse alegando ignorancia cuando él mismo haya escrito, visto con sus ojos, oído con sus oídos y pronunciado con su boca su propia condena? Si no la aprovecha, entonces es castigado con la pérdida o con la perversión de su facultad, de la que los malos Espíritus se apoderan para obsesionarlo y engañarlo, sin perjuicio de las aflicciones reales con las que Dios castiga a sus servidores indignos y a los corazones endurecidos por el orgullo y el egoísmo.

La mediumnidad no implica necesariamente relaciones habituales con los Espíritus superiores; es simplemente una aptitud para servir de instrumento más o menos flexible a los Espíritus en general. El buen médium no es, pues, el que se comunica fácilmente, sino el que tiene afinidad con los buenos Espíritus y solo recibe su asistencia. Únicamente en este sentido la excelencia de las cualidades morales tiene un poder absoluto sobre la mediumnidad.

13 Valor de la fe

A quien me confiese y me reconozca ante los hombres, yo también lo reconoceré y lo confesaré ante mi Padre que está en los cielos; — y a quien me niegue ante los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre que está en los cielos. (San Mateo, cap. x, v. 32, 33.)

14 Si alguien se avergüenza de mí y de mis palabras, el Hijo del hombre también se avergonzará de él cuando venga en su gloria y en la de su Padre y de los santos ángeles. (San Lucas, cap. ix, v. 26.)

15 El valor de expresar la propia opinión siempre ha sido estimado entre los hombres, porque tiene mérito afrontar los peligros, las persecuciones, las contradicciones e incluso los simples sarcasmos a los que casi siempre se expone quien no teme declarar abiertamente ideas que no son las de todo el mundo. Aquí, como en todo, el mérito depende de las circunstancias y de la importancia del resultado. Siempre hay debilidad en retroceder ante las consecuencias de la propia opinión y en renegar de ella, pero hay casos en que es una cobardía tan grande como huir en el momento del combate.

Jesús condena esta cobardía, desde el punto de vista particular de su doctrina, al decir que, si alguien se avergüenza de sus palabras, él también se avergonzará de esa persona; que negará a quien lo haya negado; que a quien lo confiese ante los hombres, él lo reconocerá ante su Padre que está en los cielos; en otras palabras: quienes hayan temido declararse discípulos de la verdad no son dignos de ser admitidos en el reino de la verdad. Perderán el beneficio de su fe porque es una fe egoísta, que guardan para sí mismos, pero que ocultan por temor a que les perjudique en este mundo, mientras que quienes, poniendo la verdad por encima de sus intereses materiales, la proclaman abiertamente, trabajan al mismo tiempo por su porvenir y por el de los demás.

16. Así sucederá con los adeptos del espiritismo; puesto que su doctrina no es otra cosa que el desarrollo y la aplicación de la del Evangelio, también a ellos se dirigen las palabras de Cristo. Siembran en la tierra lo que cosecharán en la vida espiritual; allí recogerán los frutos de su valor o de su debilidad.

17 Llevar su cruz. Quien quiera salvar su vida la perderá

Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, os aparten, os injurien y rechacen vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre. — Alegraos ese día y llenaos de gozo, porque una gran recompensa os está reservada en el cielo, pues así trataban sus padres a los profetas. (San Lucas, cap. vi, v. 22, 23.)

18 Llamando al pueblo junto con sus discípulos, les dijo: Si alguien quiere venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo, lleve su cruz y me siga; — porque quien quiera salvarse a sí mismo se perderá; y quien se pierda por amor a mí y al Evangelio se salvará. — En efecto, ¿de qué le serviría a un hombre ganar el mundo entero y perderse a sí mismo? (San Marcos, cap. viii, v. de 34 a 36. — San Lucas, cap. ix, v. 23, 24, 25. — San Mateo, cap. x, v. 39. — San Juan, cap. xii, v. 24, 25.)

19 Alegraos, dice Jesús, cuando los hombres os odien y os persigan por mi causa, porque seréis recompensados por ello en el cielo. Estas palabras pueden expresarse así: Sed felices cuando unos hombres, por su mala voluntad hacia vosotros, os proporcionen la ocasión de demostrar la sinceridad de vuestra fe, porque el mal que os hacen redunda en vuestro provecho. Compadeceos, pues, de su ceguera y no los maldigáis.

Luego añade: «Que quien quiera seguirme lleve su cruz», es decir, que soporte con valor las tribulaciones que su fe le ocasionará; porque quien quiera salvar su vida y sus bienes negándome perderá las ventajas del reino de los cielos, mientras que quienes lo hayan perdido todo aquí abajo, incluso la vida, por el triunfo de la verdad, recibirán en la vida futura el pre-

mio de su valor, de su perseverancia y de su abnegación; pero a quienes sacrifican los bienes celestiales por los placeres terrenales, Dios les dice: Ya habéis recibido vuestra recompensa.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XXV. BUSCAD Y ENCONTRARÉIS

✦

1 Ayúdate y el cielo te ayudará.

Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad a la puerta y se os abrirá; porque todo el que pide recibe, y el que busca encuentra, y se abrirá al que llama a la puerta.

¿Quién de vosotros le da una piedra a su hijo cuando le pide pan? — O si le pide un pez, ¿le dará una serpiente? — Si, pues, siendo malos como sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, con mucha más razón vuestro Padre que está en los cielos dará los verdaderos bienes a quienes se los pidan. (San Mateo, cap. vii, v. del 7 al 11.)

2 Desde el punto de vista terrenal, la máxima: Buscad y encontraréis, es análoga a esta: Ayúdate y el cielo te ayudará. Es el principio de la ley del trabajo y, por consiguiente, de la ley del progreso, pues el progreso es hijo del trabajo, porque el trabajo pone en acción las fuerzas de la inteligencia.

En la infancia de la humanidad, el hombre solo aplica su inteligencia a la búsqueda de su alimento, de los medios para protegerse de las inclemencias del tiempo y para defenderse de sus enemigos; pero Dios le ha dado, además de lo que ha dado al animal, el deseo incesante de algo mejor; ese deseo de algo mejor es el que lo impulsa a buscar los medios de mejorar su situación, el que lo conduce a los descubrimientos, a las invenciones, al perfeccionamiento de la ciencia, pues es la ciencia la que le proporciona lo que le falta. Mediante sus investigaciones, su inteligencia crece, su sentido moral se depura; a las necesidades del cuerpo suceden las necesidades del espíritu; después del alimento material, hace falta el alimento espiritual:

así es como el hombre pasa del salvajismo a la civilización.

Pero el progreso que cada hombre realiza individualmente durante la vida es muy poca cosa, imperceptible incluso en muchos; ¿cómo podría entonces progresar la humanidad sin la preexistencia y la reexistencia del alma? Si las almas se fueran cada día para no volver más, la humanidad se renovaría sin cesar con los elementos primitivos, teniendo todo por hacer, todo por aprender; no habría, pues, razón para que el hombre estuviera hoy más avanzado que en las primeras edades del mundo, ya que con cada nacimiento habría que comenzar de nuevo todo el trabajo intelectual. Por el contrario, al volver el alma con el progreso que ha realizado y adquirir cada vez algo más, pasa gradualmente de la barbarie a la civilización material, y de esta a la civilización moral. (Véase cap. iv, n.º 17.)

3 Si Dios hubiera librado al hombre del trabajo del cuerpo, sus miembros se habrían atrofiado; si lo hubiera librado del trabajo de la inteligencia, su espíritu habría permanecido en la infancia, en el estado de instinto animal; por eso ha hecho del trabajo una necesidad para él; le ha dicho: Busca y encontrarás; trabaja y producirás; de esta manera serás hijo de tus obras, tendrás su mérito y serás recompensado según lo que hayas hecho.

4 En aplicación de este principio, los Espíritus no vienen a ahorrar al hombre el trabajo de investigar, trayéndole descubrimientos e invenciones ya hechos y listos para producir, de modo que solo tenga que tomar lo que se le pondría en la mano, sin tomarse la molestia de agacharse para recogerlo, ni siquiera la de pensar.

4.2 Si así fuera, el más perezoso podría enriquecerse, y el más ignorante hacerse sabio con poco esfuerzo, y ambos atribuirse el mérito de lo que no habrían hecho. No, los Espíritus no vienen a librar al hombre de la ley del

trabajo, sino a mostrarle la meta que debe alcanzar y el camino que conduce a ella, diciéndole: Camina y llegarás.

4.3 Encontrarás piedras bajo tus pasos; mira y quítalas tú mismo; te daremos la fuerza necesaria si quieres emplearla. (Libro de los Médiums, cap. xxvi, n.os 291 y siguientes.)

5 Desde el punto de vista moral, estas palabras de Jesús significan: Pedid la luz que debe iluminar vuestro camino y se os dará; pedid la fuerza para resistir al mal y la tendréis; pedid la ayuda de los buenos Espíritus y vendrán a acompañaros, y, como el ángel de Tobías, os servirán de guías; pedid buenos consejos y nunca se os negarán; llamad a nuestra puerta y se os abrirá; pero pedid sinceramente, con fe, fervor y confianza; presentaos con humildad y no con arrogancia, pues, de lo contrario, quedaréis abandonados a vuestras propias fuerzas, y las mismas caídas que sufráis serán el castigo de vuestro orgullo.

Tal es el sentido de estas palabras: Buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá.

6 Considerad las aves del cielo

No acumuléis tesoros en la tierra, donde el óxido y los gusanos los consumen, y donde los ladrones los desentierran y los roban; — acumulad, en cambio, tesoros en el cielo, donde ni el óxido ni los gusanos los consumen; — porque donde está vuestro tesoro, allí está también vuestro corazón.

Por eso os digo: No os preocupéis por dónde encontraréis qué comer para sostener vuestra vida, ni de dónde obtendréis vestidos para cubrir vuestro cuerpo; ¿no es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?

Considerad las aves del cielo: no siembran, no cosechan ni acumulan nada en graneros; pero vuestro Padre celestial las alimenta; ¿no valéis vosotros

mucho más que ellas? — ¿Y quién de vosotros puede, con todos sus cuidados, añadir un codo a su estatura?

¿Por qué os preocupáis también por el vestido? Considerad cómo crecen los lirios del campo; no trabajan ni hilan; — y, sin embargo, os declaro que Salomón, aun en toda su gloria, jamás se vistió como uno de ellos. — Si, pues, Dios se ocupa de vestir de esta manera una hierba del campo, que hoy existe y mañana será arrojada al horno, ¡cuánto más se ocupará de vestiros a vosotros, hombres de poca fe!

No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos vestiremos? — Como hacen los paganos, que buscan todas estas cosas; porque vuestro Padre sabe que las necesitáis.

Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura. — Por eso no os preocupéis por el mañana, porque el mañana cuidará de sí mismo. A cada día le basta su mal. (San Mateo, cap. vi, v. del 25 al 34.)

7 Estas palabras, tomadas al pie de la letra, serían la negación de toda previsión, de todo trabajo y, por consiguiente, de todo progreso. Con semejante principio, el hombre quedaría reducido a una pasividad expectante; sus fuerzas físicas e intelectuales permanecerían inactivas; si tal hubiera sido su condición normal en la tierra, jamás habría salido del estado primitivo, y si hiciera de ello su ley actual, no le quedaría más que vivir sin hacer nada. Ese no puede haber sido el pensamiento de Jesús, pues estaría en contradicción con lo que dijo en otros lugares y con las propias leyes de la naturaleza. Dios creó al hombre sin vestidos y sin refugio, pero le dio la inteligencia para fabricárselos. (Cap. xiv, n.º 6; cap. xxv, n.º 2.)

Por tanto, en estas palabras solo debe verse una alegoría poética de la Provi-

dencia, que nunca abandona a quienes depositan en ella su confianza, pero quiere que trabajen por su parte. Si no siempre viene en su ayuda con un auxilio material, inspira las ideas con las que se encuentran los medios de salir por uno mismo de las dificultades. (Cap. xxvii, n.º 8.)

Dios conoce nuestras necesidades y las satisface según lo que es necesario; pero el hombre, insaciable en sus deseos, no siempre sabe contentarse con lo que tiene; lo necesario no le basta, necesita lo superfluo; es entonces cuando la Providencia lo deja a su suerte; a menudo es desdichado por su culpa y por haber desoído la voz que le advertía a través de su conciencia, y Dios le deja sufrir las consecuencias, para que le sirva de lección en el futuro. (Cap. v, n.º 4.)

8 La tierra produce lo suficiente para alimentar a todos sus habitantes, cuando los hombres sepan administrar los bienes que da según las leyes de justicia, de caridad y de amor al prójimo; cuando la fraternidad reine entre los diversos pueblos, como entre las provincias de un mismo imperio, lo que a uno le sobre momentáneamente suplirá lo que a otro le falte de momento, y cada cual tendrá lo necesario.

8.2 El rico se considerará entonces como un hombre que posee una gran cantidad de semillas; si las esparce, producirán el céntuplo para él y para los demás; pero si se come él solo esas semillas, y si derrocha y deja perder lo que sobre de cuanto coma, no producirán nada y no habrá para todos; si las encierra en su granero, los gusanos se las comerán: por eso dice Jesús: No acumuléis tesoros en la tierra, que son perecederos, sino acumulad tesoros en el cielo, porque son eternos.

8.3 En otras palabras, no deis a los bienes materiales más importancia que a los bienes espirituales, y sabed sacrificar los primeros en beneficio de los segundos. (Cap. xvi, n.os 7 y siguientes.) No es con leyes como se decretan la caridad y la fraternidad; si no están en el corazón, el egoísmo siempre las ahogará; hacerlas penetrar en él es la obra del espiritismo.

9 No os preocupéis por tener oro

No os preocupéis por tener oro o plata, ni otra moneda en vuestra bolsa. — No preparéis una alforja para el camino, ni dos vestidos, ni zapatos, ni bastones, porque quien trabaja merece que se le alimente.

10 En cualquier ciudad o aldea donde entréis, informaos de quién es digno de alojaros, y permaneced en su casa hasta que os marchéis. — Al entrar en la casa, saludadla diciendo: Que la paz esté en esta casa. — Si esta casa es digna de ella, vuestra paz vendrá sobre ella; y si no es digna de ella, vuestra paz volverá a vosotros.

Cuando alguien no quiera recibiros ni escuchar vuestras palabras, al salir de esa casa o de esa ciudad sacudid el polvo de vuestros pies. — En verdad os digo que, el día del juicio, Sodoma y Gomorra serán tratadas con menos rigor que esa ciudad. (San Mateo, cap. x, v. del

41. Estas palabras, que Jesús dirigía a sus apóstoles cuando los envió por primera vez a anunciar la buena nueva, no tenían nada de extraño en aquella época; se ajustaban a las costumbres patriarcales de Oriente, donde el viajero siempre era recibido bajo la tienda. Pero entonces los viajeros eran escasos; entre los pueblos modernos, el aumento de los desplazamientos ha debido crear nuevas costumbres; solo se encuentran las de los tiempos antiguos en las regiones apartadas donde el gran movimiento aún no ha penetrado; y si Jesús volviera hoy, ya no podría decir a sus apóstoles: Poneos en

camino sin provisiones.

Junto al sentido literal, estas palabras tienen un sentido moral muy profundo. Jesús enseñaba así a sus discípulos a confiar en la Providencia; además, como no tenían nada, no podían tentar la codicia de quienes los recibían; era el medio de distinguir a los caritativos de los egoístas; por eso les dice: «Informaos de quién es digno de alojaros»; es decir, quién es lo bastante humano para hospedar al viajero que no tiene con qué pagar, pues esos son dignos de oír vuestras palabras; por su caridad los reconoceréis.

En cuanto a quienes no quieran recibirlos ni escucharlos, ¿dice a sus apóstoles que los maldigan, que se impongan a ellos, que empleen la violencia y la coacción para convertirlos? No; les dice que se vayan pura y simplemente a otro lugar, y que busquen a las personas de buena voluntad.

Así dice hoy el espiritismo a sus adeptos: No violentéis ninguna conciencia; no obliguéis a nadie a abandonar su creencia para adoptar la vuestra; no lancéis el anatema sobre quienes no piensan como vosotros; acoged a quienes vienen a vosotros y dejad en paz a quienes os rechazan. Recordad las palabras de Cristo; antes el cielo se tomaba por la violencia; hoy, por la dulzura. (Cap. iv, n.os 10, 11.)

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XXVI. DAD GRATUITAMENTE LO QUE HABÉIS RECIBIDO GRATUITAMENTE

✦

[1] Don de curar,

Devolved la salud a los enfermos, resucitad a los muertos, curad a los leprosos, expulsad a los demonios. Dad gratuitamente lo que habéis recibido gratuitamente. (San Mateo, cap. x, v. 8.)

[2] «Dad gratuitamente lo que habéis recibido gratuitamente», dice Jesús a sus discípulos; con este precepto prescribe que no se cobre por lo que uno mismo no ha pagado; ahora bien, lo que habían recibido gratuitamente era la facultad de curar a los enfermos y de expulsar a los demonios, es decir, a los malos Espíritus; Dios les había concedido gratuitamente este don para aliviar a quienes sufren y ayudar a la propagación de la fe, y les dice que no hagan de él un comercio, ni un objeto de especulación, ni un medio de vida.

[3] Oraciones pagadas

Después dijo a sus discípulos, en presencia de todo el pueblo que lo escuchaba: — Guardaos de los escribas que hacen ostentación de pasearse con largas túnicas, que gustan de ser saludados en las plazas públicas, de ocupar los primeros asientos en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes; — que, con el pretexto de largas oraciones, devoran las casas de las

viudas. Estas personas recibirán una condena más rigurosa. (San Lucas, cap. xx, v. 45, 46, 47. — San Marcos, cap. xii, v. 38, 39, 40. — San Mateo, cap. xxiii, v. 14.)

4 Jesús dice también: No cobréis por vuestras oraciones; no hagáis como los escribas que, «con el pretexto de largas oraciones, devoran las casas de las viudas»; es decir, acaparan las fortunas. La oración es un acto de caridad, un impulso del corazón; cobrar por la que se dirige a Dios por otro es convertirse en un intermediario asalariado; la oración es entonces una fórmula cuya extensión se ajusta a la suma que produce. Ahora bien, una de dos: Dios mide o no mide sus gracias por el número de palabras; si hacen falta muchas, ¿por qué decir pocas o ninguna por quien no puede pagar? Es una falta de caridad; si una sola basta, el resto es inútil; ¿por qué, entonces, cobrar por él? Es una prevaricación.

Dios no vende los beneficios que concede; ¿por qué, entonces, quien ni siquiera los distribuye, quien no puede garantizar que se obtengan, habría de cobrar por una petición que puede no dar resultado? Dios no puede subordinar a una suma de dinero un acto de clemencia, de bondad o de justicia que se solicita de su misericordia; de otro modo, resultaría que, si la suma no se paga o es insuficiente, la justicia, la bondad y la clemencia de Dios quedarían suspendidas. La razón, el buen sentido y la lógica dicen que Dios, la perfección absoluta, no puede delegar en criaturas imperfectas el derecho de poner precio a su justicia. La justicia de Dios es como el sol; es para todos, para el pobre como para el rico. Si se considera inmoral comerciar con las gracias de un soberano de la tierra, ¿es más lícito vender las del soberano del universo?

Las oraciones pagadas tienen otro inconveniente: quien las compra se cree,

la mayoría de las veces, dispensado de orar él mismo, porque considera que ha cumplido cuando ha entregado su dinero. Se sabe que a los Espíritus los conmueve el fervor del pensamiento de quien se interesa por ellos; ¿cuál puede ser el fervor de quien encarga a un tercero que ore por él mediante un pago? ¿Cuál es el fervor de ese tercero cuando delega su encargo en otro, este en otro, y así sucesivamente? ¿No es reducir la eficacia de la oración al valor de una moneda corriente?

5 Vendedores expulsados del templo

Llegaron después a Jerusalén, y Jesús, al entrar en el templo, comenzó por expulsar a quienes vendían y compraban en él; volcó las mesas de los cambistas y los asientos de quienes vendían palomas; — y no permitía que nadie transportara ningún utensilio por el templo. — También los instruía, diciéndoles: ¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones? Y, no obstante, vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones. — Al oír esto, los príncipes de los sacerdotes buscaban un medio de acabar con él; pues lo temían, porque todo el pueblo estaba maravillado de su doctrina. (San Marcos, cap. xi, v. de 15 a 48. — San Mateo, cap. xxi, v. 12, 13.)

6 Jesús expulsó a los vendedores del templo; con ello condena el comercio de las cosas santas bajo cualquier forma que sea. Dios no vende ni su bendición, ni su perdón, ni la entrada en el reino de los cielos; el hombre, por tanto, no tiene derecho a cobrar por ellos.

7 Mediumnidad gratuita

Los médiums modernos —pues los apóstoles también tenían mediumnidad— han recibido igualmente de Dios un don gratuito: el de ser los intérpretes de los Espíritus para instruir a los hombres, mostrarles el camino del

bien y llevarlos a la fe, y no para venderles palabras que no les pertenecen, porque no son producto de sus ideas, ni de sus investigaciones, ni de su trabajo personal. Dios quiere que la luz llegue a todos; no quiere que el más pobre quede privado de ella y pueda decir: No tengo fe porque no he podido pagarla; no he tenido el consuelo de recibir los ánimos y los testimonios de afecto de aquellos a quienes lloro, porque soy pobre. Por eso la mediumnidad no es un privilegio y se encuentra en todas partes; cobrar por ella sería, por tanto, desviarla de su fin providencial.

8 Quien conozca las condiciones en que se comunican los buenos Espíritus, su repulsión por todo lo que responde a un interés egoísta, y sepa lo poco que basta para alejarlos, jamás podrá admitir que los Espíritus superiores estén a disposición del primero que llegue y los llame a tanto por sesión; el simple buen sentido rechaza semejante pensamiento. ¿No sería también una profanación evocar por dinero a los seres que respetamos o que nos son queridos?

8.2 Sin duda, así se pueden obtener manifestaciones, pero ¿quién podría garantizar su sinceridad? Los Espíritus frívolos, mentirosos, traviesos, y toda la multitud de Espíritus inferiores, muy poco escrupulosos, acuden siempre y están dispuestos a responder a lo que se les pregunta sin preocuparse por la verdad.

8.3 Quien quiera, por tanto, comunicaciones serias debe primero pedirlas con seriedad y después informarse sobre la naturaleza de las simpatías del médium con los seres del mundo espiritual; ahora bien, la primera condición para ganarse la benevolencia de los buenos Espíritus es la humildad, la entrega, la abnegación y el desinterés moral y material más absolutos.

[9] Junto a la cuestión moral se presenta una consideración práctica no menos importante, que se relaciona con la naturaleza misma de la facultad. La mediumnidad seria no puede ser ni será jamás una profesión, no solo porque quedaría desacreditada moralmente y pronto sería asimilada a los adivinos, sino porque un obstáculo material se opone a ello: es una facultad esencialmente cambiante, fugaz y variable, con cuya permanencia nadie puede contar. Sería, por tanto, para quien la explotara, un recurso completamente incierto, que podría faltarle en el momento en que más lo necesitara. Otra cosa es un talento adquirido mediante el estudio y el trabajo, y que, por ello mismo, es una propiedad de la que naturalmente está permitido sacar provecho. Pero la mediumnidad no es ni un arte ni un talento, y por eso no puede convertirse en una profesión; solo existe con la colaboración de los Espíritus; si esos Espíritus faltan, ya no hay mediumnidad; la aptitud puede subsistir, pero su ejercicio queda anulado; por eso no hay un solo médium en el mundo que pueda garantizar la obtención de un fenómeno espírita en un momento determinado. Explotar la mediumnidad es, por tanto, disponer de algo de lo que realmente no se es dueño; afirmar lo contrario es engañar a quien paga; más aún, no es de uno mismo de quien se dispone, sino de los Espíritus, de las almas de los muertos, a cuya colaboración se pone precio; este pensamiento repugna instintivamente. Este comercio, degenerado en abuso, explotado por la charlatanería, la ignorancia, la credulidad y la superstición, fue lo que motivó la prohibición de Moisés. El espiritismo moderno, al comprender el aspecto serio de la cuestión, mediante el descrédito que ha arrojado sobre esta explotación, ha elevado la mediumnidad al rango de misión. (Véase El libro de los médiums, cap. xxviii, — El cielo y el infierno, cap. xii.)

\ 0. La mediumnidad es una cosa santa que debe practicarse santamente,

religiosamente. Si hay un género de mediumnidad que requiera esta condición de una manera aún más absoluta, es la mediumnidad curativa. El médico da el fruto de sus estudios, que ha realizado a costa de sacrificios a menudo penosos; el magnetizador da su propio fluido, muchas veces incluso su salud: pueden ponerles un precio; el médium sanador transmite el fluido saludable de los buenos Espíritus: no tiene derecho a venderlo. Jesús y los apóstoles, aunque pobres, no cobraban por las curaciones que realizaban.

Quien no tenga, pues, con qué vivir, que busque recursos fuera de la mediumnidad; que le dedique, si es preciso, solo el tiempo del que materialmente pueda disponer. Los Espíritus tendrán en cuenta su entrega y sus sacrificios, mientras que se retiran de quienes esperan convertirla en un medio para ascender.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XXVII. PEDID Y OBTENDRÉIS

✦

[1] Cualidades de la oración.

Cuando oréis, no os parezcáis a los hipócritas que hacen ostentación de orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles para ser vistos por los hombres. En verdad os digo que ya han recibido su recompensa. — Pero cuando queráis orar, entrad en vuestra habitación y, con la puerta cerrada, orad a vuestro Padre en secreto; y vuestro Padre, que ve lo que sucede en secreto, os dará la recompensa.

No hagáis ostentación de orar mucho en vuestras oraciones, como hacen los paganos, que imaginan que por la multitud de palabras son escuchados. — No os hagáis, pues, semejantes a ellos, porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de que se lo pidáis. (San Mateo, cap. vi, v. de 5 a 8.)

[2] Cuando os dispongáis a orar, si tenéis algo contra alguien, perdonadlo, para que vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone también vuestros pecados. — Si no perdonáis, vuestro Padre, que está en los cielos, tampoco os perdonará vuestros pecados. (San Marcos, cap. xi, v. 25, 26.)

[3] Dijo también esta parábola a algunos que confiaban en sí mismos por considerarse justos y despreciaban a los demás:

Dos hombres subieron al templo para orar; uno era fariseo y el otro publicano. — El fariseo, de pie, oraba así para sí: Dios mío, te doy gracias porque no soy como el resto de los hombres, que son ladrones, injustos y adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana; doy el diezmo de todo lo que poseo.

El publicano, por el contrario, manteniéndose apartado, ni siquiera se atre-

vía a levantar los ojos al cielo; se golpeaba el pecho, diciendo: Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador.
Os declaro que este volvió a su casa justificado, y el otro no; porque todo el que se ensalza será humillado, y todo el que se humilla será ensalzado. (San Lucas, cap. xviii, v. de 9

4 Las cualidades de la oración están claramente definidas por Jesús; cuando oréis, dice, no os hagáis notar, sino orad en secreto; no hagáis ostentación de orar mucho, porque no seréis escuchados por la multiplicidad de las palabras, sino por su sinceridad; antes de orar, si tenéis algo contra alguien, perdonadlo, porque la oración no puede ser agradable a Dios si no nace de un corazón purificado de todo sentimiento contrario a la caridad; orad, en fin, con humildad, como el publicano, y no con orgullo, como el fariseo; examinad vuestros defectos y no vuestras cualidades, y si os comparáis con los demás, buscad lo que hay de malo en vosotros. (Cap. x, n.ºs 7 y 8.)

5 Eficacia de la oración
Cualquier cosa que pidáis en la oración, creed que la obtendréis, y os será concedida. (San Marcos, cap. xi, v. 24.)

6 Hay personas que cuestionan la eficacia de la oración, y se basan en el principio de que, como Dios conoce nuestras necesidades, es superfluo exponérselas. Añaden además que, al estar todo encadenado en el universo por leyes eternas, nuestros deseos no pueden cambiar los decretos de Dios.
Sin duda alguna, hay leyes naturales e inmutables que Dios no puede derogar según el capricho de cada uno; pero de ahí a creer que todas las circunstancias de la vida están sometidas a la fatalidad hay una gran distancia. Si así fuera, el hombre no sería más que un instrumento pasivo, sin libre albedrío y sin iniciativa. En esta hipótesis, solo tendría que inclinar la cabeza

bajo el golpe de todos los acontecimientos, sin tratar de evitarlos; no habría debido intentar desviar el rayo. Dios no le ha dado el juicio y la inteligencia para que no los use, la voluntad para que no quiera, la actividad para que permanezca en la inacción. Puesto que el hombre es libre de actuar en un sentido o en otro, sus actos tienen, para él mismo y para los demás, consecuencias subordinadas a lo que hace o deja de hacer; por su iniciativa hay, pues, acontecimientos que necesariamente escapan a la fatalidad, y que no destruyen la armonía de las leyes universales, del mismo modo que el adelanto o el retraso de la aguja de un reloj no destruye la ley del movimiento en la que se basa su mecanismo. Dios puede, pues, acceder a ciertas peticiones sin alterar la inmutabilidad de las leyes que rigen el conjunto, y su aceptación permanece siempre subordinada a su voluntad.

7 Sería ilógico concluir de esta máxima: «Cualquier cosa que pidáis por la oración os será concedida», que basta con pedir para obtener, e injusto acusar a la Providencia si no accede a toda petición que se le hace, porque ella sabe mejor que nosotros lo que es para nuestro bien. Así sucede con un padre sabio que niega a su hijo las cosas contrarias al interés de este. El hombre, por lo general, solo ve el presente; ahora bien, si el sufrimiento es útil para su felicidad futura, Dios lo dejará sufrir, como el cirujano deja que el enfermo sufra una operación que ha de traerle la curación.

Lo que Dios le concederá, si se dirige a él con confianza, es el valor, la paciencia y la resignación. Lo que también le concederá son los medios para salir por sí mismo del apuro, con ayuda de las ideas que hace que le sugieran los buenos Espíritus, dejándole así el mérito: ayuda a quienes se ayudan a sí mismos, según esta máxima: «Ayúdate y el cielo te ayudará», y no

a quienes lo esperan todo de una ayuda ajena sin hacer uso de sus propias facultades; pero la mayoría de las veces se preferiría recibir ayuda mediante un milagro sin tener nada que hacer. (Cap. xxv. n.º 1 y sig.)

8 Tomemos un ejemplo. Un hombre está perdido en un desierto; sufre horriblemente de sed; siente que desfallece y se deja caer al suelo; ruega a Dios que lo ayude y espera: pero ningún ángel viene a traerle de beber. Sin embargo, un buen Espíritu le sugiere la idea de levantarse, de seguir uno de los senderos que se presentan ante él: entonces, por un movimiento mecánico, reuniendo sus fuerzas, se levanta y camina al azar. Al llegar a una altura, descubre a lo lejos un arroyo; al verlo recobra el ánimo. Si tiene fe, exclamará: «Gracias, Dios mío, por el pensamiento que me has inspirado y por la fuerza que me has dado». Si no tiene fe, dirá: «¡Qué buena idea he tenido! ¡Qué suerte he tenido al tomar el sendero de la derecha en vez del de la izquierda; realmente, el azar nos favorece mucho algunas veces! ¡Cuánto me felicito por mi valor y por no haberme dejado abatir!».

Pero, se dirá, ¿por qué el buen Espíritu no le dijo claramente: «Sigue este sendero y al final encontrarás lo que necesitas»? ¿Por qué no se le apareció para guiarlo y sostenerlo en su desfallecimiento? De esta manera lo habría convencido de la intervención de la Providencia. Fue, ante todo, para enseñarle que hay que ayudarse a sí mismo y hacer uso de las propias fuerzas. Además, mediante la incertidumbre, Dios pone a prueba la confianza en él y la sumisión a su voluntad. Este hombre estaba en la situación de un niño que se cae y que, si ve a alguien, grita y espera a que vengan a levantarlo; si no ve a nadie, hace esfuerzos y se revela él solo.

Si el ángel que acompañó a Tobías le hubiera dicho: «Dios me ha enviado

para guiarte en tu viaje y preservarte de todo peligro», Tobías no habría tenido ningún mérito; confiando en su compañero, ni siquiera habría necesitado pensar; por eso el ángel solo se dio a conocer al regreso.

9 Acción de la oración. Transmisión del pensamiento

La oración es una invocación; mediante ella se entra en relación de pensamiento con el ser al que uno se dirige. Puede tener por objeto una petición, un agradecimiento o una glorificación. Se puede orar por uno mismo o por los demás, por los vivos o por los muertos.

Las oraciones dirigidas a Dios son escuchadas por los Espíritus encargados de ejecutar su voluntad; las que se dirigen a los buenos Espíritus son transmitidas a Dios. Cuando se ora a otros seres que no son Dios, se hace únicamente en calidad de intermediarios, de intercesores, porque nada puede hacerse sin la voluntad de Dios.

10 El Espiritismo hace comprender la acción de la oración al explicar el modo de transmisión del pensamiento, ya sea que el ser al que se ora acuda a nuestro llamado, ya sea que nuestro pensamiento llegue hasta él. Para comprender lo que sucede en esta circunstancia, hay que imaginar a todos los seres encarnados y desencarnados sumergidos en el fluido universal que ocupa el espacio, como aquí abajo lo estamos nosotros en la atmósfera. Este fluido recibe un impulso de la voluntad; es el vehículo del pensamiento, como el aire es el vehículo del sonido, con esta diferencia: las vibraciones del aire están circunscritas, mientras que las del fluido universal se extienden hasta el infinito. Así pues, cuando el pensamiento se dirige hacia un ser cualquiera, en la tierra o en el espacio, de encarnado a desencarnado, o de desencarnado a encarnado, se establece entre uno y otro una corriente fluídica que transmite el pensamiento, como el aire transmite el sonido.

La energía de la corriente es proporcional a la del pensamiento y de la voluntad. Así es como la oración es escuchada por los Espíritus dondequiera que se encuentren, como los Espíritus se comunican entre sí, como nos transmiten sus inspiraciones y como se establecen relaciones a distancia entre los encarnados.

Esta explicación está destinada sobre todo a quienes no comprenden la utilidad de la oración puramente mística; no tiene por objeto materializar la oración, sino hacer comprensible su efecto, mostrando que puede tener una acción directa y efectiva; aun así, permanece subordinada a la voluntad de Dios, juez supremo en todas las cosas, y el único que puede hacer eficaz su acción.

\ \. Mediante la oración, el hombre atrae hacia sí la ayuda de los buenos Espíritus, que vienen a sostenerlo en sus buenas resoluciones y a inspirarle buenos pensamientos; adquiere así la fuerza moral necesaria para vencer las dificultades y volver al buen camino si se ha apartado de él; y también por este medio puede alejar de sí los males que atraería por su propia culpa. Un hombre, por ejemplo, ve su salud arruinada por los excesos que ha cometido y arrastra, hasta el final de sus días, una vida de sufrimiento; ¿tiene derecho a quejarse si no obtiene su curación? No, porque habría podido encontrar en la oración la fuerza para resistir las tentaciones.

12 Si se dividen los males de la vida en dos partes, una con los que el hombre no puede evitar y otra con las tribulaciones de las que él mismo es la primera causa por su descuido y sus excesos (cap. v, n.º 4), se verá que esta última supera con mucho en número a la primera. Es, pues, muy evidente que el hombre es el autor de la mayor parte de sus aflicciones, y que se las ahorraría si actuara siempre con sabiduría y prudencia.

No es menos cierto que estas miserias son el resultado de nuestras infracciones de las leyes de Dios, y que si observáramos puntualmente esas leyes, seríamos perfectamente felices. Si no sobrepasáramos el límite de lo necesario en la satisfacción de nuestras necesidades, no tendríamos las enfermedades que son consecuencia de los excesos, ni las vicisitudes que esas enfermedades acarrean; si pusiéramos límites a nuestra ambición, no temeríamos la ruina; si no quisiéramos subir más alto de lo que podemos, no temeríamos caer; si fuéramos humildes, no sufriríamos las decepciones del orgullo humillado; si practicáramos la ley de caridad, no seríamos maldicientes, envidiosos ni celosos, y evitaríamos las disputas y las disensiones; si no hiciéramos daño a nadie, no temeríamos las venganzas, etc.

Admitamos que el hombre nada pueda hacer contra los otros males; que toda oración sea superflua para preservarse de ellos, ¿no sería ya mucho verse libre de todos los que provienen de sus propios actos? Ahora bien, aquí la acción de la oración se comprende fácilmente, porque tiene por efecto atraer la inspiración saludable de los buenos Espíritus, pedirles la fuerza para resistir a los malos pensamientos cuya ejecución puede sernos funesta. En este caso, no es el mal lo que apartan, sino a nosotros mismos del pensamiento que puede causar el mal; no obstaculizan en nada los decretos de Dios, no suspenden el curso de las leyes de la naturaleza, sino que nos impiden infringir esas leyes, al orientar nuestro libre albedrío; pero lo hacen sin que lo sepamos, de una manera oculta, para no encadenar nuestra voluntad. El hombre se encuentra entonces en la situación de quien solicita buenos consejos y los pone en práctica, pero siempre es libre de seguirlos o no; Dios quiere que así sea para que tenga la responsabilidad de sus actos y para dejarle el mérito de elegir entre el bien y el mal. Esto es lo que el hombre siempre tiene la certeza de obtener si lo pide con fervor, y a

lo que pueden aplicarse sobre todo estas palabras: «Pedid y obtendréis».
La eficacia de la oración, aun reducida a esta proporción, ¿no tendría un resultado inmenso? Estaba reservado al Espiritismo demostrarnos su acción mediante la revelación de las relaciones que existen entre el mundo corporal y el mundo espiritual. Pero sus efectos no se limitan solamente a eso.
La oración es recomendada por todos los Espíritus; renunciar a la oración es desconocer la bondad de Dios; es renunciar para uno mismo a su asistencia, y para los demás al bien que se les puede hacer.

13 Al acceder a la petición que se le dirige, Dios tiene a menudo la intención de recompensar la intención, la abnegación y la fe de quien ora; por eso la oración del hombre de bien tiene más mérito a los ojos de Dios, y siempre más eficacia, pues el hombre vicioso y malo no puede orar con el fervor y la confianza que solo da el sentimiento de la verdadera piedad. Del corazón del egoísta, de quien ora con los labios, solo pueden salir palabras, pero no los impulsos de caridad que dan a la oración toda su fuerza. Esto se comprende tan bien que, por un movimiento instintivo, uno se encomienda de preferencia a las oraciones de aquellos cuya conducta siente que debe ser agradable a Dios, porque él los escucha mejor.
\ 4. Si la oración ejerce una especie de acción magnética, podría creerse que su efecto está subordinado a la potencia fluídica; pero no es así. Puesto que los Espíritus ejercen esta acción sobre los hombres, suplen, cuando es necesario, la insuficiencia de quien ora, ya sea actuando directamente en su nombre, ya sea dándole momentáneamente una fuerza excepcional, cuando se le juzga digno de este favor, o cuando ello puede ser útil.
El hombre que no se cree lo bastante bueno para ejercer una influencia saludable no debe abstenerse de orar por otros, pensando que no es digno de

ser escuchado. La conciencia de su inferioridad es una prueba de humildad siempre agradable a Dios, que tiene en cuenta la intención caritativa que lo anima. Su fervor y su confianza en Dios son un primer paso hacia el retorno al bien, en el que los buenos Espíritus se complacen en alentarlo. La oración que es rechazada es la del orgulloso que tiene fe en su poder y en sus méritos, y cree poder sustituir la voluntad del Eterno.

15 La fuerza de la oración está en el pensamiento; no depende de las palabras, ni del lugar, ni del momento en que se hace. Se puede, pues, orar en todas partes y a cualquier hora, a solas o en común. La influencia del lugar o del tiempo depende de las circunstancias que pueden favorecer el recogimiento.

15.2 La oración en común tiene una acción más poderosa cuando todos los que oran se unen de corazón en un mismo pensamiento y tienen un mismo fin, pues es como si muchos gritaran juntos y al unísono; pero ¡qué importa estar reunidos en gran número si cada uno actúa aisladamente y por su propia cuenta!

15.3 Cien personas reunidas pueden orar como egoístas, mientras que dos o tres, unidas en una aspiración común, orarán como verdaderos hermanos en Dios, y su oración tendrá más fuerza que la de las otras cien. (Cap. xxviii, Oraciones inteligibles.

16 Si no entiendo lo que significan las palabras, seré un bárbaro para aquel a quien hablo, y el que me habla será un bárbaro para mí. — Si oro en una lengua que no entiendo, mi corazón ora, pero mi inteligencia queda sin fruto.

16.2 — Si solo alabáis a Dios con el corazón, ¿cómo responderá amén, al final de vuestra acción de gracias, un hombre de entre quienes solo entienden su propia lengua, puesto que no entiende lo que decís?

16.3 — No es que vuestra acción no sea buena, pero los demás no son edificados. (San Pablo, 1.ª a los Corintios, cap. xiv, vv. 11, 14, 16, 17.)

17 La oración solo tiene valor por el pensamiento que se le atribuye; ahora bien, es imposible atribuir un pensamiento a lo que no se comprende, pues lo que no se comprende no puede tocar el corazón. Para la inmensa mayoría, las oraciones en una lengua que no se comprende son solo conjuntos de palabras que nada dicen al espíritu.

17.2 Para que la oración conmueva, es preciso que cada palabra despierte una idea, y si no se comprende, no puede despertar ninguna. Se la repite como una simple fórmula que tiene más o menos virtud según el número de veces que se repite; muchos oran por deber, algunos incluso para ajustarse a la costumbre; por eso creen haber cumplido cuando han dicho una oración un número determinado de veces y en tal o cual orden.

17.3 Dios lee en el fondo de los corazones; ve el pensamiento y la sinceridad, y es rebajarlo creerlo más sensible a la forma que al fondo. (Cap. xxviii, n.º 2.) de la oración por los muertos y los Espíritus que sufren.

18 Los Espíritus que sufren piden la oración; les es útil porque, al ver que se piensa en ellos, se sienten menos abandonados, son menos desdichados. Pero la oración tiene sobre ellos una acción más directa: levanta su ánimo, despierta en ellos el deseo de elevarse mediante el arrepentimiento y la reparación, y puede apartarlos del pensamiento del mal; en este sentido puede no solo aliviar, sino abreviar sus sufrimientos. (Véase: Cielo e Infierno, 2.ª parte: Ejemplos.)

19 Algunas personas no admiten la oración por los muertos porque, según su creencia, solo hay dos alternativas para el alma: salvarse o ser condenada a penas eternas, y en uno y otro caso la oración es inútil. Sin discutir el valor de esta creencia, admitamos por un instante la realidad de penas eternas e irremisibles, y que nuestras oraciones sean impotentes para ponerles fin.

19.2 Preguntamos si, en esta hipótesis, es lógico, es caritativo, es cristiano rechazar la oración por los réprobos. Estas oraciones, por impotentes que fueran para liberarlos, ¿no son para ellos una muestra de piedad que puede suavizar su sufrimiento?

19.3 En la tierra, cuando un hombre es condenado a perpetuidad, aun cuando no hubiera esperanza alguna de obtener su indulto, ¿se le prohíbe a una persona caritativa ir a sostener sus cadenas para aliviarle su peso? Cuando alguien padece un mal incurable, ¿hay que abandonarlo sin ningún alivio porque no ofrece esperanza alguna de curación?

19.4 Pensad que entre los réprobos puede encontrarse una persona que os haya sido querida, un amigo, quizá un padre, una madre o un hijo, y porque, según vosotros, no podría esperar su indulto, ¿le negaríais un vaso de agua para calmar su sed? ¿Un bálsamo para secar sus llagas? ¿No haríais por él lo que haríais por un galeote? ¿No le daríais un testimonio de amor, un consuelo?

19.5 No, eso no sería cristiano. Una creencia que seca el corazón no puede conciliarse con la de un Dios que pone en el primer lugar de los deberes el amor al prójimo.

19.6 Que las penas no sean eternas no implica la negación de una pena temporal, pues Dios, en su justicia, no puede confundir el bien y el mal; ahora bien, negar, en este caso, la eficacia de la oración sería negar la eficacia

del consuelo, de los ánimos y de los buenos consejos; sería negar la fuerza que se obtiene del apoyo moral de quienes nos desean el bien.

20 Otros se basan en una razón más engañosa: la inmutabilidad de los decretos divinos. Dios, dicen, no puede cambiar sus decisiones a petición de sus criaturas; de lo contrario, nada sería estable en el mundo. El hombre, por tanto, nada tiene que pedir a Dios, solo tiene que someterse y adorarlo.
Hay en esta idea una falsa aplicación de la inmutabilidad de la ley divina, o mejor dicho, ignorancia de la ley en lo que concierne a las penas futuras. Esta ley es revelada por los Espíritus del Señor, ahora que el hombre ha madurado lo suficiente para comprender lo que, en la fe, es conforme o contrario a los atributos divinos.
Según el dogma de la eternidad absoluta de las penas, no se le tiene en cuenta al culpable ni su pesar ni su arrepentimiento; para él, todo deseo de mejorar es superfluo: está condenado a permanecer en el mal a perpetuidad. Si es condenado por un tiempo determinado, la pena cesará cuando haya transcurrido ese tiempo; pero ¿quién dice que entonces habrá vuelto a tener mejores sentimientos? ¿Quién dice que, al igual que muchos condenados de la tierra cuando salen de prisión, no será tan malo como antes? En el primer caso, sería mantener en el dolor del castigo a un hombre que ha vuelto al bien; en el segundo, indultar a quien sigue siendo culpable. La ley de Dios es más previsora que eso; siempre justa, equitativa y misericordiosa/no fija duración alguna a la pena, sea cual sea; se resume así:

21 «El ser humano sufre siempre las consecuencias de sus faltas; no hay una sola infracción de la ley de Dios que no tenga su castigo.
La severidad del castigo es proporcional a la gravedad de la falta.
La duración del castigo por cualquier falta es indeterminada; está subordi-

nada al arrepentimiento del culpable y a su regreso al bien; la pena dura tanto como la obstinación en el mal; sería perpetua si la obstinación fuera perpetua; es de corta duración si el arrepentimiento es pronto.

En cuanto el culpable clama: "¡Misericordia!", Dios lo escucha y le envía la esperanza. Pero el simple pesar por el mal no basta: hace falta la reparación; por eso el culpable es sometido a nuevas pruebas en las que puede, siempre por su voluntad, hacer el bien para reparar el mal que ha hecho.

Así, el ser humano es constantemente el árbitro de su propio destino; puede abreviar su suplicio o prolongarlo indefinidamente; su felicidad o su desgracia depende de su voluntad de hacer el bien».

Tal es la ley; ley inmutable y conforme a la bondad y a la justicia de Dios.

El Espíritu culpable y desdichado puede, por tanto, salvarse siempre a sí mismo: la ley de Dios le dice en qué condiciones puede hacerlo. Lo que le falta con mayor frecuencia es la voluntad, la fuerza, el valor; si, mediante nuestras oraciones, le inspiramos esa voluntad, si lo sostenemos y lo animamos; si, con nuestros consejos, le damos las luces que le faltan, en vez de pedir a Dios que haga una excepción a su ley, nos convertimos en instrumentos para la ejecución de su ley de amor y caridad, en la que nos permite participar dando nosotros mismos una prueba de caridad. (Véase Cielo e Infierno, 1.ª parte, cap. iv, vu, vin.)

22 Instrucciones de los Espíritus: manera de orar

El primer deber de toda criatura humana, el primer acto que debe marcar para ella el regreso a la vida activa de cada día, es la oración. Casi todos ustedes oran, ¡pero qué pocos saben orar! Qué le importan al Señor las frases que enlazan unas con otras maquinalmente, porque tienen esa costumbre, porque es un deber que cumplen y porque, como todo deber, les pesa.

La oración del cristiano, del espiritista, cualquiera que sea su culto, debe hacerse en cuanto el espíritu haya vuelto a tomar el yugo de la carne; debe elevarse a los pies de la majestad divina con humildad, con profundidad, en un impulso de gratitud por todos los beneficios concedidos hasta ese día: por la noche transcurrida, durante la cual se les ha permitido, aunque sin saberlo, volver junto a sus amigos, a sus guías, para obtener de su contacto más fuerza y perseverancia. Debe elevarse humilde a los pies del Señor, para encomendarle su debilidad, pedirle su apoyo, su indulgencia, su misericordia. Debe ser profunda, pues es su alma la que debe elevarse hacia el Creador, la que debe transfigurarse como Jesús en el Tabor y llegar blanca y radiante de esperanza y amor.

Su oración debe contener la petición de las gracias que necesitan, pero de las que tengan una necesidad real. Es inútil, por tanto, pedir al Señor que abrevie sus pruebas, que les dé alegrías y riqueza; pídanle que les conceda los bienes más preciosos de la paciencia, la resignación y la fe. No digan, como les ocurre a muchos de ustedes: «No vale la pena orar, puesto que Dios no me escucha». ¿Qué piden a Dios la mayoría de las veces? ¿Han pensado a menudo en pedirle su mejoramiento moral? ¡Oh, no, muy poco! Más bien piensan en pedirle el éxito en sus empresas terrenales, y han exclamado: «Dios no se ocupa de nosotros; si se ocupara, no habría tantas injusticias». ¡Insensatos! ¡Ingratos! Si descendieran al fondo de su conciencia, encontrarían casi siempre en ustedes mismos el punto de partida de los males de los que se quejan; pidan, pues, ante todo, su mejoramiento, y verán qué torrente de gracias y consuelos se derramará sobre ustedes. (Cap. v, n.º 4.)

Deben orar sin cesar, sin por ello retirarse a su oratorio ni ponerse de rodillas en las plazas públicas. La oración del día es el cumplimiento de sus de-

beres, de sus deberes sin excepción, sean de la naturaleza que sean. ¿No es un acto de amor hacia el Señor asistir a sus hermanos en cualquier necesidad, moral o física? ¿No es un acto de gratitud elevar su pensamiento hacia él cuando les llega una alegría, cuando se evita un accidente, cuando incluso una contrariedad apenas los roza, si dicen con el pensamiento: «¡Bendito seas, Padre mío!»? ¿No es un acto de contrición humillarse ante el juez supremo cuando sienten que han faltado, aunque solo sea con un pensamiento fugaz, y decirle: «Perdóname, Dios mío, pues he pecado por orgullo, por egoísmo o por falta de caridad; dame la fuerza para no volver a faltar y el valor para reparar»?

Esto es independiente de las oraciones regulares de la mañana y de la noche y de los días consagrados; pero, como ven, la oración puede hacerse en todo momento, sin interrumpir en absoluto sus trabajos; dicha así, por el contrario, los santifica. Y tengan por cierto que uno solo de esos pensamientos que salen del corazón es más escuchado por su Padre celestial que las largas oraciones dichas por costumbre, a menudo sin un motivo concreto, y que la hora convenida les recuerda maquinalmente. (V. Monod. Burdeos, 1862.)

23 Felicidad de la oración

Vengan, ustedes que quieren creer: los Espíritus celestiales acuden y vienen a anunciarles grandes cosas; Dios, hijos míos, abre sus tesoros para darles todos sus beneficios. ¡Hombres incrédulos! ¡Si supieran cuánto bien hace la fe al corazón y cómo lleva al alma al arrepentimiento y a la oración! ¡La oración! ¡Ah, qué conmovedoras son las palabras que salen de la boca a la hora de orar! La oración es el rocío divino que disipa el calor excesivo de las pasiones; hija primogénita de la fe, nos lleva por el sendero que conduce a

Dios. En el recogimiento y la soledad, están con Dios; para ustedes ya no hay misterio: él se revela a ustedes. Apóstoles del pensamiento, para ustedes es la vida; su alma se desprende de la materia y recorre esos mundos infinitos y etéreos que los pobres humanos desconocen. Caminen, caminen por los senderos de la oración, y oirán las voces de los ángeles. ¡Qué armonía! Ya no son el ruido confuso y los acentos chillones de la tierra; son las liras de los arcángeles; son las voces dulces y suaves de los serafines, más ligeras que las brisas de la mañana cuando juegan entre el follaje de sus grandes bosques. ¡Entre cuántas delicias caminarán! Sus lenguas no podrán definir esa felicidad, de tal manera entrará por todos los poros, ¡tan viva y refrescante es la fuente de la que se bebe al orar! ¡Dulces voces, perfumes embriagadores que el alma oye y saborea cuando se lanza hacia esas esferas desconocidas y habitadas por la oración! Sin mezcla de deseos carnales, todas las aspiraciones son divinas. ¡Y ustedes también, oren! Como Cristo llevando su cruz del Gólgota al Calvario, lleven su cruz y sentirán las dulces emociones que recorrían su alma, aunque iba cargado con un madero infamante; iba a morir, pero para vivir la vida celestial en la morada de su Padre. (San Agustín. París, 1861.)

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XXVIII. COLECCIÓN DE ORACIONES ESPÍRITAS

✦

[1] Preámbulo.

Los Espíritus siempre han dicho: «La forma no es nada, el pensamiento lo es todo. Ore cada uno según sus convicciones y del modo que más lo conmueva; un buen pensamiento vale más que muchas palabras en las que el corazón no participa».

Los Espíritus no prescriben ninguna fórmula absoluta de oración; cuando las dan, es para fijar las ideas y, sobre todo, para llamar la atención sobre ciertos principios de la doctrina espírita. También lo hacen con el propósito de ayudar a las personas que tienen dificultades para expresar sus ideas, pues hay quienes no creerían haber orado realmente si sus pensamientos no estuvieran formulados.

La colección de oraciones contenidas en este capítulo es una selección de las que han sido dictadas por los Espíritus en diferentes circunstancias; han podido dictar otras, y en otros términos, adecuadas a ciertas ideas o a casos especiales, pero poco importa la forma si el pensamiento fundamental es el mismo. El fin de la oración es elevar nuestra alma a Dios; la diversidad de fórmulas no debe establecer ninguna diferencia entre quienes creen en él, y menos aún entre los adeptos del Espiritismo, pues Dios las acepta todas cuando son sinceras.

Por tanto, esta colección no debe considerarse como un formulario absoluto, sino como una variedad entre las instrucciones que dan los Espíritus. Es una aplicación de los principios de la moral evangélica desarrollados en

este libro, un complemento a sus dictados sobre los deberes hacia Dios y el prójimo, donde se recuerdan todos los principios de la doctrina.

El Espiritismo reconoce como buenas las oraciones de todos los cultos cuando se dicen con el corazón y no con los labios; no impone ninguna ni censura ninguna; Dios es demasiado grande, según él, para rechazar la voz que le implora o canta sus alabanzas porque lo hace de una manera en lugar de otra. Quien lanzara el anatema contra las oraciones que no están en su formulario demostraría que desconoce la grandeza de Dios. Creer que Dios da importancia a una fórmula es atribuirle la pequeñez y las pasiones de la humanidad.

Una condición esencial de la oración, según san Pablo (cap. xxvii, n.º 4 6), es que sea inteligible, para que pueda hablar a nuestro espíritu; para ello no basta con que se diga en una lengua que comprenda quien ora; hay oraciones en lengua común que no dicen mucho más al pensamiento que si estuvieran en una lengua extranjera y que, por eso mismo, no llegan al corazón; las pocas ideas que contienen quedan a menudo ahogadas bajo la sobreabundancia de palabras y el misticismo del lenguaje.

La principal cualidad de la oración es ser clara, sencilla y concisa, sin fraseología inútil ni abundancia de epítetos que solo son adornos de oropel; cada palabra debe tener su alcance, despertar una idea, hacer vibrar una fibra: en una palabra, debe hacer reflexionar; solo con esta condición puede la oración alcanzar su fin; de otro modo, no es más que ruido. Ved, pues, con qué aire de distracción y con qué rapidez se dicen la mayor parte del tiempo; se ven los labios que se mueven; pero, por la expresión del rostro, por el propio sonido de la voz, se reconoce un acto mecánico, puramente exterior, ante el cual el alma permanece indiferente.

Las oraciones reunidas en esta colección se dividen en cinco categorías: 1.º

Oraciones generales; 2.º Oraciones para uno mismo; 3.º Oraciones por los vivos; 4.º Oraciones por los muertos; 5.º Oraciones especiales por los enfermos y los obsesados.

Con el fin de llamar más particularmente la atención sobre el objeto de cada oración y de hacer comprender mejor su alcance, todas van precedidas de una instrucción preliminar, una especie de exposición de motivos, bajo el título de prefacio.

[2] I. Oraciones generales. Oración dominical

Prefacio. Los Espíritus han recomendado colocar la Oración dominical al principio de esta colección, no solo como oración, sino también como símbolo. De todas las oraciones, es la que sitúan en primer lugar, tanto porque procede del propio Jesús (san Mateo, cap. v, vv. de 9 a 13) como porque puede suplirlas todas según el pensamiento que se le asocie; es el modelo más perfecto de concisión, una verdadera obra maestra de sublimidad en su sencillez. En efecto, bajo la forma más breve, resume todos los deberes del hombre hacia Dios, hacia sí mismo y hacia el prójimo; contiene una profesión de fe, un acto de adoración y de sumisión, la petición de las cosas necesarias para la vida y el principio de la caridad. Decirla por alguien es pedir para él lo que se pediría para uno mismo.

Sin embargo, precisamente por su brevedad, el sentido profundo encerrado en las pocas palabras que la componen se le escapa a la mayoría; por eso se dice generalmente sin dirigir el pensamiento hacia las aplicaciones de cada una de sus partes; se dice como una fórmula cuya eficacia es proporcional al número de veces que se repite; ahora bien, casi siempre se trata de uno de los números cabalísticos tres, siete o nueve, tomados de la antigua creencia supersticiosa en la virtud de los números y utilizados en las

operaciones de la magia.

Para suplir la vaguedad que la concisión de esta oración deja en el pensamiento, siguiendo el consejo y con la ayuda de los buenos Espíritus, se ha añadido a cada proposición un comentario que desarrolla su sentido y muestra sus aplicaciones. Según las circunstancias y el tiempo disponible, se puede, pues, decir la Oración dominical simple o desarrollada.

3 Oración. (1).

— I. ¡Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre!

Creemos en ti, Señor, porque todo revela tu poder y tu bondad. La armonía del universo da testimonio de una sabiduría, una prudencia y una previsión que superan todas las facultades humanas; el nombre de un ser soberanamente grande y sabio está inscrito en todas las obras de la creación, desde la brizna de hierba y el insecto más pequeño hasta los astros que se mueven en el espacio; en todas partes vemos la prueba de una solicitud paternal; por eso, ciego es quien no te reconoce en tus obras, orgulloso quien no te glorifica e ingrato quien no te da gracias.

II. ¡Venga tu reino!

Señor, has dado a los hombres leyes llenas de sabiduría que los harían felices si las observaran. Con esas leyes, harían reinar entre ellos la paz y la justicia; se ayudarían mutuamente, en lugar de perjudicarse como lo hacen; el fuerte sostendría al débil en lugar de aplastarlo; evitarían los males que engendran los abusos y los excesos de todo tipo. Todas las miserias de este mundo provienen de la violación de tus leyes, pues no hay una sola infracción que no tenga sus funestas consecuencias.

Has dado al animal el instinto que le marca el límite de lo necesario, y se ajusta a él de manera automática; pero al hombre, además de ese instinto, le

has dado la inteligencia y la razón; también le has dado la libertad de observar o infringir aquellas de tus leyes que le conciernen personalmente, es decir, de elegir entre el bien y el mal, para que tenga el mérito y la responsabilidad de sus actos.

Nadie puede alegar ignorancia de tus leyes, pues, en tu previsión paternal, has querido que estuvieran grabadas en la conciencia de cada uno, sin distinción de culto ni de naciones; quienes las violan es porque te desconocen. Llegará un día en que, según tu promesa, todos las practicarán; entonces la incredulidad habrá desaparecido; todos te reconocerán como el soberano Señor de todas las cosas, y el reinado de tus leyes será tu reinado en la tierra. Dígnate, Señor, apresurar su llegada, dando a los hombres la luz necesaria para conducirlos por el camino de la verdad.

III. ¡Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo!

Si la sumisión es un deber del hijo hacia el padre, del inferior hacia su superior, ¡cuánto mayor debe ser la de la criatura hacia su Creador! Hacer tu voluntad, Señor, es observar tus leyes y someterse sin quejas a tus decretos divinos; el hombre se someterá a ellos cuando comprenda que eres la fuente de toda sabiduría y que sin ti no puede nada; entonces hará tu voluntad en la tierra como los elegidos en el cielo.

IV. Danos nuestro pan de cada día.

Danos el alimento para mantener las fuerzas del cuerpo; danos también el alimento espiritual para el desarrollo de nuestro Espíritu.

El animal encuentra su alimento, pero el hombre lo debe a su propia actividad y a los recursos de su inteligencia, porque lo has creado libre.

Le has dicho: «Obtendrás tu alimento de la tierra con el sudor de tu frente»; con ello, has hecho del trabajo una obligación para él, a fin de que ejercitara su inteligencia buscando los medios de satisfacer sus necesidades

y procurar su bienestar, unos mediante el trabajo material, otros mediante el trabajo intelectual; sin el trabajo, permanecería estancado y no podría aspirar a la felicidad de los Espíritus superiores.

Ayudas al hombre de buena voluntad que confía en ti para obtener lo necesario, pero no al que se complace en la ociosidad y quisiera conseguirlo todo sin esfuerzo, ni al que busca lo superfluo. (Cap. xxv.)

¡Cuántos sucumben por su propia culpa, por su negligencia, su imprevisión o su ambición, y por no haber querido contentarse con lo que les habías dado! Esos son los artífices de su propio infortunio y no tienen derecho a quejarse, pues reciben el castigo por aquello en lo que han pecado. Pero ni siquiera a ellos los abandonas, porque eres infinitamente misericordioso; les tiendes una mano en su ayuda en cuanto, como el hijo pródigo, vuelven sinceramente a ti. (Cap. v, n.º 4.)

Antes de quejarnos de nuestra suerte, preguntémonos si no es obra nuestra; ante cada desgracia que nos ocurre, preguntémonos si no habría dependido de nosotros evitarla; pero digamos también que Dios nos ha dado la inteligencia para salir del atolladero y que de nosotros depende hacer uso de ella.

Puesto que la ley del trabajo es la condición del hombre en la tierra, danos el valor y la fuerza para cumplirla; danos también la prudencia, la previsión y la moderación, a fin de no perder su fruto.

Danos, pues, Señor, nuestro pan de cada día, es decir, los medios de adquirir, mediante el trabajo, las cosas necesarias para la vida, pues nadie tiene derecho a reclamar lo superfluo.

Si nos es imposible trabajar, confiamos en tu divina providencia.

Si forma parte de tus designios probarnos con las más duras privaciones, a pesar de nuestros esfuerzos, las aceptamos como una justa expiación de las

faltas que hayamos podido cometer en esta vida o en una vida anterior, pues eres justo; sabemos que no hay penas inmerecidas y que nunca castigas sin causa.

Líbranos, oh Dios mío, de sentir envidia de quienes poseen lo que nosotros no tenemos, e incluso de quienes tienen lo superfluo mientras nosotros carecemos de lo necesario. Perdónalos si olvidan la ley de caridad y de amor al prójimo que les has enseñado. (Cap. xvi, n.º 8.)

Aparta también de nuestro espíritu el pensamiento de negar tu justicia al ver la prosperidad del malvado y la desgracia que a veces abruma al hombre de bien. Ahora sabemos, gracias a las nuevas luces que has tenido a bien darnos, que tu justicia siempre se cumple y no le falta a nadie; que la prosperidad material del malvado es efímera como su existencia corporal y que tendrá terribles reveses, mientras que la alegría reservada a quien sufre con resignación será eterna. (Cap. v, n.os 7, 9,

V. Perdona nuestras deudas como nosotros las perdonamos a quienes nos deben. — Perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a quienes nos han ofendido.

Cada una de nuestras infracciones de tus leyes, Señor, es una ofensa contra ti y una deuda contraída que tarde o temprano tendremos que saldar. Solicitamos su remisión a tu infinita misericordia, con la promesa de esforzarnos por no contraer otras nuevas.

Has hecho de la caridad una ley expresa para nosotros; pero la caridad no consiste solamente en ayudar al semejante necesitado; también está en el olvido y el perdón de las ofensas. ¿Con qué derecho reclamaríamos tu indulgencia si nosotros mismos carecemos de ella hacia aquellos de quienes tenemos motivos para quejarnos?

Danos, oh Dios mío, la fuerza para ahogar en nuestra alma todo resenti-

miento, todo odio y todo rencor; haz que la muerte no nos sorprenda con un deseo de venganza en el corazón. Si tienes a bien retirarnos hoy mismo de este mundo, haz que podamos presentarnos ante ti libres de toda animosidad, a ejemplo de Cristo, cuyas últimas palabras fueron para sus verdugos. (Cap. x.)

Las persecuciones que nos hacen sufrir los malvados forman parte de nuestras pruebas terrenales; debemos aceptarlas sin quejas, como todas las demás pruebas, y no maldecir a quienes, con sus maldades, nos abren el camino de la felicidad eterna, pues nos has dicho por boca de Jesús: «¡Bienaventurados los que sufren por la justicia!». Bendigamos, pues, la mano que nos golpea y nos humilla, pues las heridas del cuerpo fortalecen nuestra alma y seremos elevados de nuestra humildad. (Cap. xii, Bendito sea tu nombre, Señor, por habernos enseñado que nuestra suerte no queda irrevocablemente fijada después de la muerte; que encontraremos en otras existencias los medios de redimir y reparar nuestras faltas pasadas, de cumplir en una nueva vida lo que no podemos hacer en esta para nuestro adelanto. (Cap. iv; cap. v, n.º 5.)

Así se explican, por fin, todas las anomalías aparentes de la vida; es la luz que ilumina nuestro pasado y nuestro porvenir, la señal resplandeciente de tu soberana justicia y de tu bondad infinita.

VI. No nos abandones a la tentación, sino líbranos del mal \ Danos, Señor, la fuerza para resistir las sugerencias de los malos Espíritus que intenten apartarnos del camino del bien inspirándonos malos pensamientos.

Pero nosotros mismos somos Espíritus imperfectos, encarnados en esta tierra para expiar y mejorarnos. La causa primera del mal está en nosotros, y los malos Espíritus solo aprovechan nuestras inclinaciones viciosas, en las que nos mantienen, para tentarnos.

Cada imperfección es una puerta abierta a su influencia, mientras que son impotentes y renuncian a toda tentativa contra los seres perfectos. Todo lo que pudiéramos hacer para alejarlos es inútil si no les oponemos una voluntad inquebrantable en el bien y una renuncia absoluta al mal. Es, pues, contra nosotros mismos contra quienes debemos dirigir nuestros esfuerzos, y entonces los malos Espíritus se alejarán naturalmente, pues el mal los atrae, mientras que el bien los rechaza. (Véanse más adelante, Oraciones por los obsesados.)

Señor, sostennos en nuestra debilidad; inspíranos, por la voz de nuestros ángeles guardianes y de los buenos Espíritus, la voluntad de corregir nuestras imperfecciones, a fin de cerrar a los Espíritus impuros el acceso a nuestra alma. (Véase más adelante, n.º II.)

El mal no es obra tuya, Señor, pues la fuente de todo bien no puede engendrar nada malo; somos nosotros mismos quienes lo creamos al infringir tus leyes, y por el mal uso que hacemos de la libertad que nos has dado. Cuando los hombres observen tus leyes, el mal desaparecerá de la tierra, como ya ha desaparecido en los mundos más adelantados. El mal no es una necesidad inevitable para nadie y solo parece irresistible a quienes se entregan a él con complacencia. Si tenemos la voluntad de hacerlo, podemos tener también la de hacer el bien; por eso, oh Dios mío, pedimos tu ayuda y la de los buenos Espíritus para resistir la tentación.

VII. Así sea.

¡Quiera tu voluntad, Señor, que nuestros deseos se cumplan! Pero nos inclinamos ante tu sabiduría infinita. En todas las cosas que no nos es dado comprender, hágase según tu santa voluntad y no según la nuestra, pues solo quieres nuestro bien y sabes mejor que nosotros lo que nos es útil.

¡Te dirigimos esta oración, oh Dios mío, por nosotros mismos! También te

la dirigimos por todas las almas que sufren, encarnadas o desencarnadas, por nuestros amigos y nuestros enemigos, por todos los que reclaman nuestra ayuda, y en particular por N....

Invocamos sobre todos tu misericordia y tu bendición.

Nota. Aquí se puede expresar aquello por lo que se da gracias a Dios y lo que se pide para uno mismo o para otros. (Véanse más adelante las oraciones n.os 26, 27.)

(1) Algunas traducciones dicen: No nos induzcas a la tentación (et ne nos inducas in tentationem); esta expresión daría a entender que la tentación viene de Dios, que él empuja voluntariamente a los hombres al mal, pensamiento blasfemo que equipararía a Dios con Satanás y que no puede haber sido el de Jesús. Por lo demás, es conforme a la doctrina común sobre el papel de los demonios. (Véase Cielo e Infierno, cap. x, los Demonios.)

[4] Reuniones espíritas

En cualquier lugar donde se encuentren dos o tres personas reunidas en mi nombre, allí estoy en medio de ellas. (San Mateo, cap. xviii, v. 20.)

[5] Prefacio. Estar reunidos en nombre de Jesús no quiere decir que baste con estar juntos materialmente, sino que hay que estarlo espiritualmente, por la comunidad de intención y de pensamientos para el bien; entonces Jesús se encuentra en medio de la asamblea, él o los Espíritus puros que lo representan. El Espiritismo nos hace comprender cómo los Espíritus pueden estar entre nosotros. Están con su cuerpo fluídico o espiritual, y con la apariencia que nos permitiría reconocerlos si se hicieran visibles. Cuanto más elevados están en la jerarquía, mayor es su poder de irradiación; así poseen el don de la ubicuidad y pueden encontrarse en varios puntos simultáneamente: para ello basta un rayo de su pensamiento.

Con estas palabras, Jesús quiso mostrar el efecto de la unión y de la fraternidad; no es el número mayor o menor de personas lo que lo atrae, puesto que, en lugar de dos o tres personas, habría podido decir diez o veinte, sino el sentimiento de caridad que las anima unas hacia otras; ahora bien, para eso basta con que haya dos. Pero si esas dos personas oran cada una por su lado, aunque se dirijan a Jesús, no hay entre ellas comunión de pensamientos, sobre todo si no las mueve un sentimiento de benevolencia mutua; si incluso se miran con malos ojos, con odio, envidia o celos, las corrientes fluídicas de sus pensamientos se repelen en lugar de unirse por un impulso común de simpatía, y entonces no están reunidas en nombre de Jesús; Jesús es solo el pretexto de la reunión, y no su verdadero motivo. (Cap. xxvii, n.º 9.)

Esto no implica que sea sordo a la voz de una sola persona; si no dijo: «Acudiré a cualquiera que me llame», es porque exige ante todo el amor al prójimo, del que se pueden dar más pruebas cuando se está entre varios que en el aislamiento, y porque todo sentimiento personal lo aleja; de ello se deduce que si, en una asamblea numerosa, solo dos o tres personas se unen de corazón por el sentimiento de una verdadera caridad, mientras las demás se aíslan y se concentran en pensamientos egoístas o mundanos, estará con las primeras y no con las otras. Por tanto, no es la simultaneidad de las palabras, de los cantos o de los actos exteriores lo que constituye la reunión en nombre de Jesús, sino la comunión de pensamientos conformes al espíritu de caridad personificado en Jesús. (Cap. x, n.os 7, 8; cap. xxvii, n.os 2, 3, 4.)

Tal debe ser el carácter de las reuniones espíritas serias, de aquellas en las que se desea sinceramente la ayuda de los buenos Espíritus.

6 Oración. (Al comienzo de la reunión). — Rogamos al Señor Dios Todopoderoso que nos envíe buenos Espíritus para que nos asistan, que aleje a los que pudieran inducirnos a error y que nos dé la luz necesaria para distinguir la verdad de la impostura.

Apartad también a los Espíritus malévolos, encarnados o desencarnados, que pudieran intentar sembrar la desunión entre nosotros y desviarnos de la caridad y del amor al prójimo. Si algunos intentaran introducirse aquí, haced que no encuentren entrada en el corazón de ninguno de nosotros.

Buenos Espíritus que os dignáis venir a instruirnos, hacednos dóciles a vuestros consejos; apartadnos de todo pensamiento de egoísmo, de orgullo, de envidia y de celos; inspiradnos indulgencia y benevolencia hacia nuestros semejantes presentes o ausentes, amigos o enemigos; haced, en fin, que por los sentimientos que nos animen reconozcamos vuestra saludable influencia.

Dad a los médiums a quienes encarguéis transmitirnos vuestras enseñanzas la conciencia de la santidad de la misión que se les confía y de la gravedad del acto que van a realizar, para que lo hagan con el fervor y el recogimiento necesarios.

Si en la asamblea hubiera personas atraídas por otros sentimientos que el del bien, abrid sus ojos a la luz y perdonadlas, como nosotros las perdonamos si vinieran con intenciones malévolas.

Rogamos especialmente al Espíritu de N..., nuestro guía espiritual, que nos asista y vele por nosotros.

7 (Al final de la reunión.) — Damos las gracias a los buenos Espíritus que han tenido a bien venir a comunicarse con nosotros; les rogamos que nos ayuden a poner en práctica las instrucciones que nos han dado y que hagan

que, al salir de aquí, cada uno de nosotros se sienta fortalecido en la práctica del bien y del amor al prójimo.
Deseamos igualmente que estas instrucciones sean provechosas para los Espíritus que sufren, ignorantes o viciosos, que hayan podido asistir a esta reunión, y sobre los cuales invocamos la misericordia de Dios.
Para los médiums.

8 En los últimos tiempos, dice el Señor, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes tendrán visiones, y vuestros ancianos, sueños. — En aquellos días derramaré de mi Espíritu sobre mis siervos y sobre mis siervas, y profetizarán. (Hechos, cap. ii, v. 17, 18.)

9 Prefacio. El Señor ha querido que la luz se hiciera para todos los hombres y penetrara en todas partes por la voz de los Espíritus, a fin de que cada uno pudiera adquirir la prueba de la inmortalidad; con este fin los Espíritus se manifiestan hoy en todos los puntos de la tierra, y la mediumnidad que se revela en personas de todas las edades y de todas las condiciones, en los hombres y en las mujeres, en los niños y en los ancianos, es uno de los signos del cumplimiento de los tiempos predichos.
Para conocer las cosas del mundo visible y descubrir los secretos de la naturaleza material, Dios ha dado al hombre la vista del cuerpo, los sentidos e instrumentos especiales; con el telescopio dirige su mirada a las profundidades del espacio, y con el microscopio ha descubierto el mundo de lo infinitamente pequeño. Para penetrar en el mundo invisible, le ha dado la mediumnidad.
Los médiums son los intérpretes encargados de transmitir a los hombres las enseñanzas de los Espíritus; o mejor dicho, son los órganos materiales

por los cuales se expresan los Espíritus para hacerse comprender por los hombres. Su misión es santa, pues tiene por objeto abrir los horizontes de la vida eterna.

Los Espíritus vienen a instruir al hombre sobre su destino futuro, a fin de devolverlo al camino del bien, y no para ahorrarle el trabajo material que debe realizar en este mundo para su progreso, ni para favorecer su ambición y su codicia. De esto deben compenetrarse bien los médiums, para no hacer mal uso de su facultad. Quien comprende la gravedad de la misión que se le ha confiado la cumple religiosamente; su conciencia le reprocharía, como un acto sacrílego, convertir en diversión y distracción, para sí mismo o para los demás, una facultad dada con un fin tan serio y que lo pone en relación con los seres de ultratumba.

Como intérpretes de la enseñanza de los Espíritus, los médiums deben desempeñar un papel importante en la transformación moral que se está produciendo; los servicios que pueden prestar son proporcionales a la buena orientación que dan a su facultad, pues quienes siguen un mal camino son más perjudiciales que útiles para la causa del Espiritismo; por las malas impresiones que producen, retrasan más de una conversión. Por eso se les pedirá cuenta del uso que hayan hecho de una facultad que les había sido dada para el bien de sus semejantes.

El médium que quiere conservar la asistencia de los buenos Espíritus debe trabajar en su propia mejora; quien quiere ver crecer y desarrollarse su facultad debe crecer él mismo moralmente y abstenerse de todo lo que pudiera desviarla de su fin providencial.

Si los buenos Espíritus se sirven a veces de instrumentos imperfectos, es para darles buenos consejos y tratar de devolverlos al bien; pero si encuentran corazones endurecidos y sus consejos no son escuchados, se retiran, y

los malos tienen entonces el campo libre. (Cap. xxiv, n.os 1 1, 12.)

La experiencia demuestra que, en quienes no aprovechan los consejos que reciben de los buenos Espíritus, las comunicaciones, después de haber brillado durante cierto tiempo, degeneran poco a poco y terminan por caer en el error, la palabrería o el ridículo, signo indiscutible del alejamiento de los buenos Espíritus.

Obtener la asistencia de los buenos Espíritus, apartar a los Espíritus frívolos y mentirosos: tal debe ser el objeto de los esfuerzos constantes de todos los médiums serios; sin eso, la mediumnidad es una facultad estéril que puede incluso perjudicar a quien la posee, pues puede degenerar en una obsesión peligrosa.

El médium que comprende su deber, en lugar de enorgullecerse de una facultad que no le pertenece, puesto que puede serle retirada, atribuye a Dios las cosas buenas que obtiene. Si sus comunicaciones merecen elogios, no se envanece por ello, porque sabe que son independientes de su mérito personal, y agradece a Dios que haya permitido que buenos Espíritus vinieran a manifestarse a él. Si dan lugar a críticas, no se ofende, porque no son obra de su propio Espíritu; se dice que no ha sido un buen instrumento y que no posee todas las cualidades necesarias para oponerse a la intromisión de los malos Espíritus; por eso procura adquirir esas cualidades y pide, mediante la oración, la fuerza que le falta.

10 Oración. — Dios Todopoderoso, permite que los buenos Espíritus me asistan en la comunicación que solicito. Presérvame de la presunción de creerme a salvo de los malos Espíritus; del orgullo que podría engañarme sobre el valor de lo que obtengo; de todo sentimiento contrario a la caridad hacia los demás médiums. Si soy inducido a error, inspira a alguien la idea

de advertírmelo, y a mí la humildad que me haga aceptar la crítica con gratitud y tomar para mí mismo, y no para los demás, los consejos que tengan a bien dictarme los buenos Espíritus. Si me sintiera tentado a abusar de cualquier modo de la facultad que has tenido a bien concederme, o a envanecerme de ella, te ruego que me la retires antes que permitir que se desvíe de su fin providencial, que es el bien de todos y mi propio progreso moral.

IL Oraciones para uno mismo. A los Ángeles guardianes y a los Espíritus protectores.

1 i. Prefacio. Todos tenemos un buen Espíritu que se ha unido a nosotros desde nuestro nacimiento y nos ha tomado bajo su protección. Cumple junto a nosotros la misión de un padre con su hijo: conducirnos por el camino del bien y del progreso a través de las pruebas de la vida. Es feliz cuando respondemos a su solicitud; gime cuando nos ve sucumbir.

Su nombre nos importa poco, pues puede no tener ningún nombre conocido en la tierra; lo invocamos entonces como nuestro ángel guardián, nuestro buen genio; incluso podemos invocarlo con el nombre de cualquier Espíritu superior por el que sintamos una simpatía especial.

Además de nuestro ángel guardián, que es siempre un Espíritu superior, tenemos Espíritus protectores que, aunque menos elevados, no son menos buenos y benévolos; son parientes, amigos o, a veces, personas que no hemos conocido en nuestra existencia actual. Nos asisten con sus consejos y, a menudo, con su intervención en los actos de nuestra vida.

Los Espíritus afines son los que se unen a nosotros por cierta semejanza de gustos e inclinaciones; pueden ser buenos o malos, según la naturaleza de las inclinaciones que los atraen hacia nosotros.

Los Espíritus seductores se esfuerzan por apartarnos del camino del bien, sugiriéndonos malos pensamientos. Aprovechan todas nuestras debilida-

des como otras tantas puertas abiertas que les dan acceso a nuestra alma. Algunos se ensañan con nosotros como con una presa, pero se alejan cuando reconocen su impotencia para luchar contra nuestra voluntad.

Dios nos ha dado un guía principal y superior en nuestro ángel guardián, y guías secundarios en nuestros Espíritus protectores y familiares; pero es un error creer que tenemos necesariamente un mal genio situado junto a nosotros para contrarrestar las buenas influencias. Los malos Espíritus vienen voluntariamente, según encuentren cómo influir en nosotros por nuestra debilidad o nuestra negligencia en seguir las inspiraciones de los buenos Espíritus; somos, pues, nosotros quienes los atraemos. De ello resulta que nunca estamos privados de la asistencia de los buenos Espíritus y que depende de nosotros alejar a los malos. Al ser el hombre, por sus imperfecciones, la primera causa de las miserias que padece, es la mayoría de las veces su propio mal genio. (Cap. v, n.º 4.) La oración a los ángeles guardianes y a los Espíritus protectores debe tener por objeto solicitar su intervención ante Dios, pedirles la fuerza para resistir las malas sugerencias y su asistencia en las necesidades de la vida.

12 Oración.— Espíritus sabios y benévolos, mensajeros de Dios, cuya misión es asistir a los hombres y conducirlos por el buen camino, sostenganme en las pruebas de esta vida; denme la fuerza para soportarlas sin quejarme; aparten de mí los malos pensamientos y hagan que no dé acceso a ninguno de los malos Espíritus que intenten inducirme al mal. Iluminen mi conciencia sobre mis defectos y quiten de mis ojos el velo del orgullo que podría impedirme verlos y confesármelos a mí mismo.

Tú sobre todo, N..., mi ángel guardián, que velas más especialmente por

mí, y todos ustedes, Espíritus protectores que se interesan por mí, hagan que me vuelva digno de su benevolencia. Conocen mis necesidades; que sean satisfechas según la voluntad de Dios.

13 (Otra). — Dios mío, permite que los buenos Espíritus que me rodean vengan en mi ayuda cuando esté afligido y me sostengan si vacilo. Haz, Señor, que me inspiren la fe, la esperanza y la caridad; que sean para mí un apoyo, una esperanza y una prueba de tu misericordia; haz, en fin, que encuentre junto a ellos la fuerza que me falta en las pruebas de la vida y, para resistir las sugerencias del mal, la fe que salva y el amor que consuela.

14. (Otra). — Espíritus amados, ángeles guardianes, ustedes a quienes Dios, en su infinita misericordia, permite velar por los hombres, sean nuestros protectores en las pruebas de nuestra vida terrenal. Dennos la fuerza, el valor y la resignación; inspírennos todo lo bueno, deténgannos en la pendiente del mal; que su dulce influencia penetre en nuestra alma; hagan que sintamos que hay un amigo abnegado allí, junto a nosotros, que ve nuestros sufrimientos y comparte nuestras alegrías.

Y tú, mi buen ángel, no me abandones; necesito toda tu protección para soportar con fe y amor las pruebas que Dios tenga a bien enviarme.

Para alejar a los malos Espíritus,

lo. ¡Ay de ustedes, Escribas y Fariseos hipócritas, porque limpian el exterior de la copa y del plato, y por dentro están llenos de rapiña y de impurezas! — Fariseos ciegos, limpien primero el interior de la copa y del plato, para que también el exterior quede limpio. — ¡Ay de ustedes, Escribas y Fariseos hipócritas!, porque son semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos a los ojos de los hombres, pero por dentro están lle-

nos de toda clase de podredumbre. — Así, por fuera parecen justos a los ojos de los hombres, pero por dentro están llenos de hipocresía y de iniquidades. (San Mateo, cap. xxiii, v. 25 a 28.)

16 Prefacio. Los malos Espíritus solo van donde encuentran cómo satisfacer su perversidad; para alejarlos, no basta con pedirlo, ni siquiera con ordenárselo: hay que quitar de uno mismo lo que los atrae.

16.2 Los malos Espíritus olfatean las llagas del alma, como las moscas olfatean las llagas del cuerpo; así como limpian el cuerpo para evitar los parásitos, limpien también el alma de sus impurezas para evitar a los malos Espíritus.

16.3 Como vivimos en un mundo donde abundan los malos Espíritus, las buenas cualidades del corazón no siempre nos ponen a salvo de sus tentativas, pero nos dan la fuerza para resistirlos.

17 Oración.— ¡En nombre de Dios Todopoderoso, que los malos Espíritus se alejen de mí y que los buenos me sirvan de defensa contra ellos!
Espíritus malhechores que inspiran malos pensamientos a los hombres; Espíritus embusteros y mentirosos que los engañan; Espíritus burlones que juegan con su credulidad, los rechazo con todas las fuerzas de mi alma y cierro mis oídos a sus sugerencias; pero invoco sobre ustedes la misericordia de Dios.
Buenos Espíritus que se dignan asistirme, denme la fuerza para resistir la influencia de los malos Espíritus y las luces necesarias para no dejarme engañar por sus artimañas. Presérvenme del orgullo y de la presunción; alejen de mi corazón los celos, el odio, la malevolencia y todo sentimiento contrario a la caridad, que son otras tantas puertas abiertas al Espíritu del mal.

18 Para pedir corregirse de un defecto

Prefacio. Nuestros malos instintos son el resultado de la imperfección de nuestro propio Espíritu, y no de nuestra constitución; de otro modo, el hombre quedaría libre de toda clase de responsabilidad. Nuestro mejoramiento depende de nosotros, pues todo hombre que está en pleno uso de sus facultades tiene, en todas las cosas, la libertad de hacer o de no hacer; para hacer el bien, solo le falta la voluntad. (Cap. xv, n.º 10; cap. xix, n.º 12.)

19 Oración.— Me has dado, Dios mío, la inteligencia necesaria para distinguir lo que está bien de lo que está mal; por tanto, desde el momento en que reconozco que algo está mal, soy culpable de no esforzarme por resistirlo.

Presérvame del orgullo que podría impedirme advertir mis defectos y de los malos Espíritus que podrían incitarme a perseverar en ellos.

Entre mis imperfecciones, reconozco que soy particularmente propenso a..., y si no resisto a ese impulso, es por la costumbre que he adquirido de ceder a él.

No me has creado culpable, porque eres justo, sino con igual aptitud para el bien y para el mal; si he seguido el mal camino, ha sido por efecto de mi libre albedrío. Pero, por la misma razón que he tenido la libertad de hacer el mal, tengo la de hacer el bien y, por consiguiente, la de cambiar de rumbo.

Mis defectos actuales son un resto de las imperfecciones que he conservado de mis existencias anteriores; es mi pecado original, del que puedo librarme por mi voluntad y con la asistencia de los buenos Espíritus.

Buenos Espíritus que me protegen, y tú sobre todo, mi ángel guardián, denme la fuerza para resistir las malas sugerencias y salir victorioso de la lu-

cha.

Los defectos son las barreras que nos separan de Dios, y cada defecto dominado es un paso dado en el camino del progreso que debe acercarme a él.

El Señor, en su infinita misericordia, se ha dignado concederme la existencia actual para que sirva a mi progreso; buenos Espíritus, ayúdenme a aprovecharla, para que no sea una existencia perdida para mí y para que, cuando Dios tenga a bien retirarme de ella, salga mejor de lo que entré (Cap. v, n.º 5; cap. xvii, Para pedir resistir una tentación.

20 Prefacio. Todo mal pensamiento puede tener dos fuentes: la propia imperfección de nuestra alma o una influencia funesta que actúa sobre ella; en este último caso, es siempre el indicio de una debilidad que nos hace susceptibles de recibir esa influencia y, por consiguiente, de un alma imperfecta; de modo que quien comete una falta no puede invocar como excusa la influencia de un Espíritu ajeno, puesto que ese Espíritu no lo habría incitado al mal si lo hubiera juzgado inaccesible a la seducción.

Cuando surge en nosotros un mal pensamiento, podemos, pues, representarnos a un Espíritu malévolo que nos incita al mal, y ante el cual somos tan libres de ceder o de resistir como si se tratara de las incitaciones de una persona viva. Al mismo tiempo, debemos representarnos a nuestro ángel guardián o Espíritu protector que, por su parte, combate en nosotros la mala influencia y espera con ansiedad la decisión que vamos a tomar. Nuestra vacilación ante el mal es la voz del buen Espíritu que se hace oír por la conciencia.

Se reconoce que un pensamiento es malo cuando se aparta de la caridad, que es la base de toda verdadera moral; cuando tiene por principio el orgu-

llo, la vanidad o el egoísmo; cuando su realización puede causar algún perjuicio a los demás; cuando, en fin, nos incita a hacer a los demás lo que no querríamos que nos hicieran. (Cap. xxviii, n.º 15; cap. xv, n.º 10.)

21 Oración. — Dios Todopoderoso, no me dejes sucumbir a la tentación que tengo de cometer una falta. Espíritus benévolos que me protegen, aparten de mí este mal pensamiento y denme la fuerza para resistir la sugerencia del mal. Si sucumbo, habré merecido la expiación de mi falta en esta vida y en la otra, porque soy libre de elegir.

22 Acción de gracias por una victoria obtenida sobre una tentación

Prefacio. Quien ha resistido una tentación lo debe a la asistencia de los buenos Espíritus cuya voz ha escuchado. Debe dar gracias por ello a Dios y a su ángel guardián.

23 Oración. — Dios mío, te doy gracias por haberme permitido salir victorioso de la lucha que acabo de sostener contra el mal; haz que esta victoria me dé fuerzas para resistir nuevas tentaciones.

Y a ti, mi ángel de la guarda, te doy gracias por la ayuda que me has prestado. ¡Que mi obediencia a tus consejos me haga merecer de nuevo tu protección!

24 Para pedir un consejo

Prefacio. Cuando estamos indecisos entre hacer o no hacer una cosa, debemos ante todo plantearnos las siguientes preguntas:

1° ¿Lo que dudo en hacer puede causar algún perjuicio a los demás? 2° ¿Puede ser útil a alguien?

3° Si alguien hiciera esto conmigo, ¿estaría satisfecho?

Si la cosa solo nos concierne a nosotros, es lícito sopesar el conjunto de las

ventajas y los inconvenientes personales que puedan resultar de ella.
Si concierne a los demás y, al hacer bien a uno, puede hacer mal a otro, también hay que sopesar el conjunto del bien y del mal para abstenerse o actuar.
Por último, incluso para las mejores cosas, hay que considerar también la oportunidad y las circunstancias accesorias, pues algo bueno en sí mismo puede tener malos resultados en manos inexpertas y si no se lleva a cabo con prudencia y cautela. Antes de emprenderlo, conviene evaluar las propias fuerzas y los medios para realizarlo.
En todos los casos, siempre se puede solicitar la ayuda de los Espíritus protectores, recordando esta sabia máxima: En la duda, abstente. (Cap. xxvii, n° 38.)

25 Oración. — En nombre de Dios Todopoderoso, buenos Espíritus que me protegéis, inspiradme la mejor resolución que pueda tomar en la incertidumbre en que me encuentro. Dirigid mi pensamiento hacia el bien y apartad la influencia de quienes intenten extraviarme.

26 En las aflicciones de la vida
Prefacio. Podemos pedir a Dios favores terrenales, y él puede concedérnoslos cuando tienen un fin útil y serio; pero, como juzgamos la utilidad de las cosas desde nuestro punto de vista y nuestra visión se limita al presente, no siempre vemos el lado malo de lo que deseamos. Dios, que ve mejor que nosotros y solo quiere nuestro bien, puede, por tanto, negarnos algo, como un padre niega a su hijo lo que podría perjudicarlo. Si lo que pedimos no se nos concede, no debemos desanimarnos por ello; debemos pensar, por el

contrario, que la privación de lo que deseamos se nos impone como prueba o como expiación, y que nuestra recompensa será proporcional a la resignación con que la hayamos soportado. (Cap. xxvii, n° 6; cap. 2, nos 5, 6, 7.)

27 Oración. — Dios Todopoderoso, que ves nuestras miserias, dígnate escuchar favorablemente los ruegos que te dirijo en este momento. Si mi petición es irreflexiva, perdónamela; si es justa y útil a tus ojos, que los buenos Espíritus que cumplen tu voluntad vengan en mi ayuda para que se realice.

Pase lo que pase, Dios mío, que se haga tu voluntad. Si mis deseos no son atendidos, es porque forma parte de tus designios ponerme a prueba, y me someto sin quejarme. Haz que no me desanime por ello y que ni mi fe ni mi resignación se vean quebrantadas.

(Formular la petición.)

28 Acción de gracias por un favor obtenido

Prefacio. No hay que considerar como acontecimientos felices solamente las cosas de gran importancia; las más pequeñas en apariencia son a menudo las que más influyen en nuestro destino. El hombre olvida fácilmente el bien y recuerda más bien lo que lo aflige. Si registráramos día a día los beneficios que recibimos sin haberlos pedido, a menudo nos asombraríamos de haber recibido tantos que se han borrado de nuestra memoria, y nos sentiríamos humillados por nuestra ingratitud.

Cada noche, al elevar nuestra alma a Dios, debemos recordar los favores que nos ha concedido durante el día y darle gracias por ellos. Sobre todo, en el momento mismo en que experimentamos el efecto de su bondad y de su protección, debemos expresarle espontáneamente nuestra gratitud; basta para ello un pensamiento que le atribuya el beneficio, sin necesidad

de apartarnos de nuestro trabajo.

Los beneficios de Dios no consisten únicamente en cosas materiales; también hay que darle gracias por las buenas ideas y las felices inspiraciones que se nos sugieren. Mientras el orgulloso se atribuye el mérito y el incrédulo las atribuye al azar, quien tiene fe da gracias por ellas a Dios y a los buenos Espíritus. Para ello, las frases largas son inútiles: «Gracias, Dios mío, por el buen pensamiento que se me inspira» dice más que muchas palabras. El impulso espontáneo que nos lleva a atribuir a Dios lo bueno que nos sucede da testimonio de un hábito de gratitud y humildad que nos atrae la simpatía de los buenos Espíritus. (Cap. xxvii, nos 7, 8.)

29 Oración. — Dios infinitamente bueno, bendito sea tu nombre por los beneficios que me has concedido; sería indigno de ellos si los atribuyera al azar de los acontecimientos o a mi propio mérito.

Buenos Espíritus que habéis ejecutado la voluntad de Dios, y tú, sobre todo, mi ángel de la guarda, os doy gracias. Apartad de mí el pensamiento de enorgullecerme por ello y de hacer un uso que no sirva al bien.

Te doy gracias especialmente por...

30 Acto de sumisión y resignación

Prefacio. Cuando nos sobreviene un motivo de aflicción, si buscamos su causa, encontraremos a menudo que es consecuencia de nuestra imprudencia, de nuestra falta de previsión o de una acción anterior; en ese caso, solo debemos culparnos a nosotros mismos. Si la causa de una desgracia es independiente de toda participación nuestra, se trata de una prueba para esta vida o de la expiación de una existencia pasada; y, en este último caso, la naturaleza de la expiación puede darnos a conocer la naturaleza de la falta, pues siempre somos castigados por aquello en que hemos pecado. (Cap. v,

nos 4, 6 y siguientes.)

En lo que nos aflige, por lo general solo vemos el mal presente, y no las consecuencias favorables que puede tener más adelante. El bien es con frecuencia la consecuencia de un mal pasajero, como la curación de un enfermo es el resultado de los medios dolorosos que se emplean para obtenerla. En todos los casos, debemos someternos a la voluntad de Dios, soportar con valor las tribulaciones de la vida, si queremos que se nos tengan en cuenta y que se nos aplique esta palabra de Cristo: Bienaventurados los que sufren. (Cap. v.)

31 Oración. — Dios mío, eres soberanamente justo; por tanto, todo sufrimiento en este mundo debe tener su causa y su utilidad. Acepto el motivo de aflicción que acabo de experimentar como una expiación de mis faltas pasadas y una prueba para el porvenir.

Buenos Espíritus que me protegéis, dadme fuerzas para soportarlo sin quejarme; haced que sea para mí una advertencia saludable; que aumente mi experiencia; que combata en mí el orgullo, la ambición, la necia vanidad y el egoísmo, y que contribuya así a mi progreso.

32 (Otra.) — Siento, Dios mío, la necesidad de rogarte que me des fuerzas para soportar las pruebas que has tenido a bien enviarme. Permite que la luz brille con suficiente intensidad en mi espíritu para que aprecie toda la magnitud de un amor que me aflige porque quiere salvarme. Me someto con resignación, Dios mío; pero, ¡ay!, la criatura es tan débil que, si no me sostienes, temo sucumbir. No me abandones, Señor, pues sin ti nada puedo.

33 (Otra.) — He alzado la mirada hacia ti, oh Eterno, y me he sentido fortalecido. Tú eres mi fuerza, no me abandones; ¡oh Dios!, ¡estoy aplastado bajo el peso de mis iniquidades! Ayúdame; ¡tú conoces la debilidad de mi carne y no apartas de mí tu mirada!

Me consume una sed ardiente; haz brotar la fuente de agua viva y mi sed quedará saciada. Que mi boca se abra solo para cantar tus alabanzas y no para quejarme en las aflicciones de mi vida. Soy débil, Señor, pero tu amor me sostendrá.

¡Oh Eterno! Solo tú eres grande, solo tú eres el fin y la meta de mi vida. Bendito sea tu nombre si me golpeas, pues tú eres el amo y yo el siervo infiel; inclinaré la frente sin quejarme, pues solo tú eres grande, solo tú eres la meta.

34 Ante un peligro inminente

Prefacio. Mediante los peligros que corremos, Dios nos recuerda nuestra debilidad y la fragilidad de nuestra existencia. Nos muestra que nuestra vida está en sus manos y que pende de un hilo que puede romperse cuando menos lo esperamos. En este aspecto, no hay privilegios para nadie, pues el grande y el pequeño están sujetos a las mismas alternativas.

Si se examinan la naturaleza y las consecuencias del peligro, se verá que, la mayoría de las veces, esas consecuencias, de haberse producido, habrían sido el castigo de una falta cometida o de un deber desatendido.

35 Oración. — Dios Todopoderoso, y tú, mi ángel de la guarda, ¡socorredme! Si debo sucumbir, que se haga la voluntad de Dios. Si me salvo, que el resto de mi vida repare el mal que haya podido hacer y del que me arrepiento.

36 Acción de gracias después de haber escapado de un peligro

Prefacio. Mediante el peligro que hemos corrido, Dios nos muestra que en cualquier momento podemos ser llamados a rendir cuentas del uso que hemos hecho de la vida; así nos advierte que debemos reflexionar sobre nosotros mismos y enmendarnos.

37 Oración. — Dios mío, y tú, mi ángel de la guarda, os doy gracias por el socorro que me habéis enviado en el peligro que me ha amenazado. Que este peligro sea para mí una advertencia y me esclarezca sobre las faltas que hayan podido atraerlo sobre mí. Comprendo, Señor, que mi vida está en tus manos y que puedes quitármela cuando te plazca. Inspírame, por medio de los buenos Espíritus que me asisten, el pensamiento de emplear útilmente el tiempo que aún me concedes en este mundo.

Mi ángel de la guarda, sostenme en la resolución que tomo de reparar mis faltas y de hacer todo el bien que esté a mi alcance, para llegar con menos imperfecciones al mundo de los Espíritus cuando Dios tenga a bien llamarme a él.

38 En el momento de dormirse

Prefacio. El sueño es el descanso del cuerpo, pero el Espíritu no necesita descanso. Mientras los sentidos están adormecidos, el alma se libera en parte de la materia y disfruta de sus facultades de Espíritu. El sueño le fue dado al hombre para la recuperación de las fuerzas orgánicas y de las fuerzas morales. Mientras el cuerpo recupera los elementos que ha perdido por la actividad de la vigilia, el Espíritu va a renovarse entre los demás Espíritus; de lo que ve, de lo que oye y de los consejos que le dan, obtiene ideas que vuelve a encontrar al despertar en forma de intuición; es el regreso temporal del exiliado a su verdadera patria; es el prisionero al que se de-

vuelve momentáneamente la libertad.

Pero sucede, como con el prisionero perverso, que el Espíritu no siempre aprovecha ese momento de libertad para su progreso; si tiene malos instintos, en lugar de buscar la compañía de los buenos Espíritus, busca la de sus semejantes y va a visitar los lugares donde puede dar rienda suelta a sus inclinaciones.

Que quien esté convencido de esta verdad eleve su pensamiento en el momento en que sienta acercarse el sueño; que solicite los consejos de los buenos Espíritus y de aquellos cuyo recuerdo le es querido, para que vengan a reunirse con él en el breve intervalo que se le concede, y al despertar sentirá más fuerzas contra el mal y más valor ante la adversidad.

39 Oración. — Mi alma va a encontrarse un instante con los demás Espíritus. Que los que son buenos vengan a ayudarme con sus consejos. Mi ángel de la guarda, haz que al despertar conserve de ellos una impresión duradera y saludable.

40 En previsión de su próxima muerte

Prefacio. La fe en el porvenir y la elevación del pensamiento, durante la vida, hacia los destinos futuros ayudan al pronto desprendimiento del Espíritu, al debilitar los lazos que lo retienen al cuerpo, y a menudo la vida corporal aún no se ha extinguido cuando el alma, impaciente, ya ha emprendido el vuelo hacia la inmensidad. En el hombre que, por el contrario, concentra todos sus pensamientos en las cosas materiales, estos lazos son más tenaces, la separación es penosa y dolorosa, y el despertar de ultratumba está lleno de turbación y ansiedad.

41 Oración. — Dios mío, creo en ti y en tu bondad infinita; por eso no puedo creer que hayas dado al hombre la inteligencia para conocerte y la aspiración al porvenir para sumirlo en la nada.

Creo que mi cuerpo es solo la envoltura perecedera de mi alma, y que, cuando haya dejado de vivir, despertaré en el mundo de los Espíritus.

Dios Todopoderoso, siento romperse los lazos que unen mi alma a mi cuerpo, y pronto tendré que rendir cuentas del empleo de la vida que dejo.

Voy a sufrir las consecuencias del bien y del mal que he hecho; allí ya no hay ilusión ni subterfugio posible; todo mi pasado se desplegará ante mí, y seré juzgado según mis obras.

No me llevaré ninguno de los bienes de la tierra; honores, riquezas, satisfacciones de la vanidad y del orgullo, en fin, todo lo que pertenece al cuerpo se quedará aquí abajo; ni la más mínima parte me seguirá, y nada de todo ello me servirá de la menor ayuda en el mundo de los Espíritus. Solo me llevaré lo que pertenece al alma, es decir, las buenas y las malas cualidades que serán pesadas en la balanza de una justicia rigurosa, y seré juzgado con tanta más severidad cuantas más ocasiones me haya dado mi posición en la tierra de hacer el bien que no he hecho. (Cap. xvi, n.º 9.)

¡Dios de misericordia, que mi arrepentimiento llegue hasta ti! Dígnate extender sobre mí tu indulgencia.

Si te agradara prolongar mi existencia, que el tiempo restante se emplee en reparar, en cuanto esté en mis manos, el mal que haya podido hacer. Si mi hora ha sonado sin retorno, me llevo el pensamiento consolador de que se me permitirá redimirme mediante nuevas pruebas, a fin de merecer un día la felicidad de los elegidos.

Si no me es dado gozar inmediatamente de esa felicidad sin mezcla que solo corresponde al justo por excelencia, sé que la esperanza no me está ve-

dada para siempre, y que con el trabajo llegaré a la meta, tarde o temprano, según mis esfuerzos.

Sé que los buenos Espíritus y mi ángel de la guarda están ahí, cerca de mí, para recibirme; dentro de poco los veré como ellos me ven. Sé que volveré a encontrar a quienes he amado en la tierra, si lo he merecido, y que aquellos a quienes dejo en ella vendrán a reunirse conmigo para que un día estemos todos unidos para siempre, y que, mientras tanto, podré venir a visitarlos.

Sé también que volveré a encontrar a quienes he ofendido; ¡ojalá me perdonen lo que puedan reprocharme: mi orgullo, mi dureza, mis injusticias, y no me abrumen de vergüenza con su presencia!

Perdono a quienes me han hecho o querido hacer daño en la tierra; no me llevo ningún odio contra ellos, y ruego a Dios que los perdone.

Señor, dame la fuerza para dejar sin pesar las alegrías groseras de este mundo, que nada son al lado de las alegrías puras del mundo en el que voy a entrar. Allí, para el justo, ya no hay tormentos, ni sufrimientos, ni miserias; solo el culpable sufre, pero le queda la esperanza.

Buenos Espíritus, y tú, mi ángel de la guarda, no me dejen desfallecer en este momento supremo; hagan brillar ante mis ojos la luz divina, a fin de reanimar mi fe si llegara a flaquear.

Nota. — Véase más adelante el párrafo V: Oraciones por los enfermos y los obsesados.

III. Oraciones por los demás.

Por alguien que está afligido

42 Si conviene al afligido que su prueba siga su curso, esta no será abreviada a petición nuestra; pero sería un acto de impiedad desanimarse porque la petición no es atendida; además, a falta del cese de la prueba, se puede es-

perar obtener algún otro consuelo que atenúe su amargura.

42.2 Lo verdaderamente útil para quien sufre es el valor y la resignación, sin los cuales lo que soporta no le aprovecha, porque se verá obligado a comenzar de nuevo la prueba.

42.3 Hacia ese fin deben dirigirse, sobre todo, los esfuerzos, ya sea llamando a los buenos Espíritus en su ayuda, ya sea levantando uno mismo el ánimo del afligido con consejos y palabras de aliento, o, por último, asistiéndolo materialmente, si es posible.

42.4 La oración, en este caso, puede además tener un efecto directo, al dirigir sobre la persona una corriente fluídica destinada a fortalecer su ánimo. (Cap. v, n.os 5, 27; cap. xxvii, n.os 6, 40.)

43 Oración. — Dios mío, cuya bondad es infinita, dígnate suavizar la amargura de la situación de N..., si tal puede ser tu voluntad.
Buenos Espíritus, en nombre de Dios Todopoderoso, les suplico que lo asistan en sus aflicciones. Si, por su bien, no pueden evitársele, háganle comprender que son necesarias para su progreso. Denle la confianza en Dios y en el porvenir que se las hará menos amargas. Denle también la fuerza para no sucumbir a la desesperación, que le haría perder el fruto de ellas y volvería su situación futura aún más penosa. Dirijan mi pensamiento hacia él, y que lo ayude a sostener su valor.

44 Acción de gracias por un beneficio concedido a otra persona
Prefacio. Quien no está dominado por el egoísmo se alegra del bien que le sucede a su prójimo, aun cuando no lo haya solicitado mediante la oración.

45 Oración. — Dios mío, bendito seas por la felicidad que le ha llegado a N...
Buenos Espíritus, hagan que vea en ella un efecto de la bondad de Dios. Si

el bien que le sucede es una prueba, inspírenle el pensamiento de hacer buen uso de él y de no envanecerse, para que ese bien no se convierta en perjuicio suyo en el porvenir.
Tú, mi buen genio, que me proteges y deseas mi felicidad, aparta de mi pensamiento todo sentimiento de envidia y de celos.

46 Por nuestros enemigos y quienes nos desean el mal
Prefacio. Jesús dijo: Amen incluso a sus enemigos. Esta máxima es la expresión más sublime de la caridad cristiana; pero con ella Jesús no quiere decir que debamos sentir por nuestros enemigos la ternura que sentimos por nuestros amigos; con estas palabras nos dice que olvidemos sus ofensas, que les perdonemos el mal que nos hacen y que les devolvamos bien por mal. Además del mérito que de ello resulta a los ojos de Dios, es mostrar a los ojos de los hombres la verdadera superioridad. (Cap. xii, n.os 3, 4.)

47 Oración. — Dios mío, perdono a N... el mal que me ha hecho y el que ha querido hacerme, como deseo que tú me perdones y que él mismo me perdone las faltas que yo pueda haber cometido. Si lo has puesto en mi camino como una prueba, hágase tu voluntad.
Aparta de mí, Dios mío, la idea de maldecirlo y todo deseo malévolo contra él. Haz que no sienta alegría alguna por las desgracias que pudieran sucederle, ni pesar alguno por los bienes que puedan concedérsele, para no manchar mi alma con pensamientos indignos de un cristiano.
¡Que tu bondad, Señor, al extenderse sobre él, lo lleve a tener mejores sentimientos hacia mí!
Buenos Espíritus, inspírenme el olvido del mal y el recuerdo del bien. ¡Que ni el odio, ni el rencor, ni el deseo de devolverle mal por mal entren en mi corazón, pues el odio y la venganza solo pertenecen a los malos Espíritus

encarnados y desencarnados! ¡Que esté dispuesto, por el contrario, a tenderle una mano fraterna, a devolverle bien por mal y a acudir en su ayuda si está en mi poder!

Deseo, para probar la sinceridad de mis palabras, que se me ofrezca la ocasión de serle útil; pero, sobre todo, Dios mío, presérvame de hacerlo por orgullo u ostentación, abrumándolo con una generosidad humillante, lo que me haría perder el fruto de mi acción, pues entonces merecería que se me aplicaran estas palabras de Cristo: Ya han recibido su recompensa. (Cap. xiii, n.os 1 y siguientes.)

48 Acción de gracias por el bien concedido a nuestros enemigos

Prefacio. No desear el mal a los enemigos es ser caritativo solo a medias; la verdadera caridad quiere que les deseemos el bien y que nos alegremos del que les sucede. (Cap. xii, n.os 7, 8.)

49 Oración. — Dios mío, en tu justicia, has creído oportuno alegrar el corazón de N... Te doy las gracias por él, a pesar del mal que me ha hecho o que ha intentado hacerme. Si lo aprovechara para humillarme, lo aceptaría como una prueba para mi caridad.

Buenos Espíritus que me protegen, no permitan que sienta pesar alguno por ello; aparten de mí la envidia y los celos que rebajan; inspírenme, por el contrario, la generosidad que eleva. La humillación está en el mal y no en el bien, y sabemos que, tarde o temprano, se hará justicia a cada uno según sus obras.

50 Por los enemigos del Espiritismo

Bienaventurados los que tienen hambre de justicia, porque serán saciados.

Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Serán felices cuando los hombres los colmen de maldiciones, los persigan y digan falsamente toda clase de males contra ustedes por mi causa. — Alégrense entonces, porque les está reservada una gran recompensa en los cielos, pues así persiguieron a los profetas que fueron antes de ustedes. (San Mateo, cap. v, vv. 6, 10, il, 12.)

No teman a quienes matan el cuerpo y no pueden matar el alma; teman más bien a quien puede perder el alma y el cuerpo en el infierno. (San Mateo, cap. x, v. 28.)

51 Prefacio. De todas las libertades, la más inviolable es la de pensar, que comprende también la libertad de conciencia. Lanzar el anatema contra quienes no piensan como nosotros es reclamar esa libertad para uno mismo y negársela a los demás, es violar el primer mandamiento de Jesús: la caridad y el amor al prójimo. Perseguirlos por su creencia es atentar contra el derecho más sagrado que tiene todo ser humano de creer en lo que le parece conveniente y de adorar a Dios como lo entiende. Obligarlos a realizar actos exteriores semejantes a los nuestros es mostrar que se da más importancia a la forma que al fondo, a las apariencias que a la convicción. La abjuración forzada nunca ha dado la fe: solo puede hacer hipócritas; es un abuso de la fuerza material que no prueba la verdad; la verdad está segura de sí misma: convence y no persigue, porque no lo necesita.

El Espiritismo es una opinión, una creencia; aunque fuera una religión, ¿por qué no habría de tenerse la libertad de declararse espírita, como se tiene la de declararse católico, judío o protestante, partidario de tal o cual doctrina filosófica, de tal o cual sistema económico? Esta creencia es falsa o es verdadera; si es falsa, caerá por sí misma, porque el error no puede prevalecer contra la verdad cuando la luz se hace en las inteligencias; si es verda-

dera, la persecución no la hará falsa.

La persecución es el bautismo de toda idea nueva, grande y justa; crece con la grandeza y la importancia de la idea. El ensañamiento y la ira de los enemigos de la idea son proporcionales al temor que esta les inspira. Por esta razón el Cristianismo fue perseguido en otro tiempo y el Espiritismo lo es hoy, con esta diferencia, sin embargo: el Cristianismo lo fue por los paganos, mientras que el Espiritismo lo es por los cristianos. El tiempo de las persecuciones sangrientas ha pasado, es cierto, pero si ya no se mata el cuerpo, se tortura el alma; se la ataca hasta en sus sentimientos más íntimos, en sus afectos más queridos; se divide a las familias, se incita a la madre contra la hija, a la mujer contra el marido; se ataca incluso al cuerpo en sus necesidades materiales, quitándole su medio de sustento para someterlo por el hambre. (Cap. xxiii, núms. 9 y siguientes.)

Espíritas, no os aflijáis por los golpes que os dan, pues prueban que estáis en la verdad; de lo contrario, os dejarían tranquilos y no os golpearían. Es una prueba para vuestra fe, pues por vuestro valor, vuestra resignación y vuestra perseverancia Dios os reconocerá entre sus fieles servidores, a quienes hoy está contando para dar a cada uno la parte que le corresponde según sus obras.

A ejemplo de los primeros cristianos, sentíos, pues, orgullosos de llevar vuestra cruz. Creed en la palabra de Cristo, que dijo: «Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. No temáis a quienes matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma». También dijo: «Amad a vuestros enemigos, haced el bien a quienes os hacen mal y orad por quienes os persiguen». Mostrad que sois sus verdaderos discípulos y que vuestra doctrina es buena haciendo lo que él dice y lo que él mismo hizo.

La persecución durará solo un tiempo; esperad, pues, pacientemente el despuntar de la aurora, porque ya la estrella de la mañana aparece en el horizonte. (Cap. xxiv, núms. 13 y siguientes.)

52 Oración. — Señor, nos habéis hecho decir por boca de Jesús, vuestro Mesías: «Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia; perdonad a vuestros enemigos; orad por quienes os persiguen»; y él mismo nos mostró el camino al orar por sus verdugos.

A su ejemplo, Dios mío, invocamos vuestra misericordia sobre quienes desconocen vuestros divinos preceptos, los únicos que pueden asegurar la paz en este mundo y en el otro. Como Cristo, os decimos: «Perdónalos, Padre mío, porque no saben lo que hacen».

Dadnos la fuerza para soportar con paciencia y resignación, como pruebas para nuestra fe y nuestra humildad, sus burlas, sus injurias, sus calumnias y sus persecuciones; apartadnos de todo pensamiento de represalia, porque la hora de vuestra justicia sonará para todos, y la esperamos sometiéndonos a vuestra santa voluntad.

53 Oración por un niño que acaba de nacer

Prefacio. Los Espíritus solo alcanzan la perfección después de haber pasado por las pruebas de la vida corporal; los que se encuentran en estado errante esperan que Dios les permita volver a una existencia que ha de proporcionarles un medio de adelanto, ya sea mediante la expiación de sus faltas pasadas a través de las vicisitudes a las que están sometidos, ya sea cumpliendo una misión útil para la humanidad. Su adelanto y su felicidad futura serán proporcionales a la manera en que hayan empleado el tiempo que deben pasar en la tierra. La tarea de guiar sus primeros pasos y dirigirlos hacia el bien se confía a sus padres, quienes responderán ante Dios de la

manera en que hayan cumplido su cometido. Para facilitar su cumplimiento, Dios ha hecho del amor paterno y del amor filial una ley de la naturaleza, ley que nunca se viola impunemente.

54 Oración. (Por los padres.) — Espíritu que te has encarnado en el cuerpo de nuestro hijo, sé bienvenido entre nosotros. Dios Todopoderoso que lo habéis enviado, bendito seáis.

Es un depósito que se nos confía y del que un día deberemos rendir cuentas. Si pertenece a la nueva generación de buenos Espíritus que han de poblar la tierra, ¡gracias, Dios mío, por este favor! Si es un alma imperfecta, nuestro deber es ayudarlo a progresar por el camino del bien con nuestros consejos y nuestros buenos ejemplos; si cae en el mal por nuestra culpa, responderemos de ello ante vos, porque no habremos cumplido nuestra misión para con él.

Señor, sostenednos en nuestra tarea y dadnos la fuerza y la voluntad de cumplirla. Si este niño ha de ser motivo de pruebas para nosotros, ¡que se haga vuestra voluntad! Buenos Espíritus que habéis venido a presidir su nacimiento y que debéis acompañarlo durante la vida, no lo abandonéis. Apartad de él a los malos Espíritus que intenten inducirlo al mal; dadle la fuerza para resistir sus sugestiones y el valor para soportar con paciencia y resignación las pruebas que lo esperan en la tierra. (Cap. xiv, n.º 9.)

55 Otra. — Dios mío, me habéis confiado el destino de uno de vuestros Espíritus; haced, Señor, que sea digno de la tarea que se me impone; concededme vuestra protección; iluminad mi inteligencia para que pueda discernir desde temprano las tendencias de aquel a quien debo preparar para entrar en vuestra paz.

56 Otra. — Dios de bondad infinita, puesto que has tenido a bien permitir que el Espíritu de este niño venga de nuevo a pasar por las pruebas terrenales destinadas a hacerlo progresar, dale la luz para que aprenda a conocerte, amarte y adorarte. Haz, por tu omnipotencia, que esta alma se regenere en la fuente de tus divinas enseñanzas; que, bajo la protección de su ángel de la guarda, su inteligencia crezca, se desarrolle y lo haga aspirar a acercarse cada vez más a ti; que la ciencia del Espiritismo sea la brillante luz que lo ilumine a través de los escollos de la vida; que sepa, en fin, apreciar toda la extensión de tu amor, que nos pone a prueba para purificarnos.

Señor, dirige una mirada paternal a la familia a la que has confiado esta alma; que pueda comprender la importancia de su misión y hacer germinar en este niño las buenas semillas hasta el día en que pueda, por sus propias aspiraciones, elevarse por sí solo hacia ti.

Dígnate, Dios mío, escuchar esta humilde oración en nombre y por los méritos de Aquel que dijo: «Dejad que los niños pequeños vengan a mí, porque el reino de los cielos pertenece a quienes se les parecen».

Por un agonizante

57 Prefacio. La agonía es el preludio de la separación del alma y del cuerpo; puede decirse que en ese momento el hombre solo tiene un pie en este mundo y que ya tiene el otro en el otro.

57.2 Este paso es a veces penoso para quienes están apegados a la materia y han vivido más para los bienes de este mundo que para los del otro, o cuya conciencia está agitada por los pesares y los remordimientos; para aquellos, por el contrario, cuyos pensamientos se han elevado hacia el infinito y se han desprendido de la materia, los lazos son menos difíciles de romper y los últimos momentos no tienen nada de doloroso; el alma en-

tonces solo está unida al cuerpo por un hilo, mientras que, en la otra situación, está unida a él por profundas raíces; en todos los casos, la oración ejerce una acción poderosa sobre el proceso de separación.

57.3 (Véase más adelante, Oraciones por los enfermos. — El cielo y el infierno, 2.ª parte, cap. i, El tránsito.)

58 Oración. — Dios poderoso y misericordioso, he aquí un alma que deja su envoltura terrenal para regresar al mundo de los Espíritus, su verdadera patria; que pueda volver a él en paz y que vuestra misericordia se extienda sobre ella.

Buenos Espíritus que la habéis acompañado en la tierra, no la abandonéis en este momento supremo; dadle la fuerza para soportar los últimos sufrimientos que debe padecer aquí abajo para su adelanto futuro; inspiradla para que dedique al arrepentimiento de sus faltas los últimos destellos de inteligencia que le quedan o que podrían volverle por un momento.

Dirigid mi pensamiento para que su acción haga menos penoso el proceso de separación y lleve a su alma, en el momento de dejar la tierra, los consuelos de la esperanza.

IV. Oraciones por quienes ya no están Por alguien que acaba de morir.

59 Prefacio. Las oraciones por los Espíritus que acaban de dejar la tierra no solo tienen por objeto darles un testimonio de simpatía, sino que también tienen el efecto de ayudar a su desprendimiento y, con ello, de abreviar la turbación que siempre sigue a la separación y de hacer más sereno el despertar. Pero también en esto, como en cualquier otra circunstancia, la eficacia está en la sinceridad del pensamiento y no en la abundancia de palabras pronunciadas con mayor o menor pompa, en las que, la mayoría de las veces, el corazón no participa en absoluto.

Las oraciones que salen del corazón resuenan alrededor del Espíritu, cuyas ideas aún están confusas, como las voces amigas que vienen a sacarnos del sueño. (Cap. xxvii, n.º 10.)

60 Oración. — Dios Todopoderoso, que tu misericordia se extienda sobre el alma de N..., a quien acabas de llamar a tu lado. ¡Que se le tengan en cuenta las pruebas que él (o ella) ha sufrido en la tierra, y que nuestras oraciones alivien y abrevien las penas que aún pueda padecer como Espíritu!

Buenos Espíritus que han venido a recibirlo, y sobre todo tú, su ángel de la guarda, asístanlo para ayudarlo a despojarse de la materia; denle la luz y la conciencia de sí mismo, para sacarlo de la turbación que acompaña el paso de la vida corporal a la vida espiritual. Inspírenle el arrepentimiento de las faltas que haya podido cometer y el deseo de que se le permita repararlas para acelerar su avance hacia la vida eterna bienaventurada.

N..., usted acaba de regresar al mundo de los Espíritus y, sin embargo, está aquí presente entre nosotros; nos ve y nos oye, pues entre usted y nosotros solo falta el cuerpo perecedero que acaba de abandonar y que pronto quedará reducido a polvo.

Ha dejado la envoltura grosera, sujeta a las vicisitudes y a la muerte, y solo ha conservado la envoltura etérea, imperecedera e inaccesible a los sufrimientos. Aunque ya no vive por el cuerpo, vive la vida de los Espíritus, y esta vida está libre de las miserias que afligen a la humanidad.

Ya no tiene el velo que oculta a nuestros ojos los esplendores de la vida futura; podrá contemplar desde ahora nuevas maravillas, mientras nosotros seguimos sumidos en las tinieblas.

Va a recorrer el espacio y a visitar los mundos con total libertad, mientras nosotros nos arrastramos penosamente por la tierra, donde nos retiene

nuestro cuerpo material, semejante para nosotros a una pesada carga.

El horizonte del infinito va a desplegarse ante usted, y en presencia de tanta grandeza comprenderá la vanidad de nuestros deseos terrenales, de nuestras ambiciones mundanas y de las alegrías fútiles en las que los hombres encuentran sus delicias.

La muerte solo es, entre los hombres, una separación material de unos instantes. Desde el lugar de exilio donde aún nos retienen la voluntad de Dios y los deberes que tenemos que cumplir aquí abajo, lo seguiremos con el pensamiento hasta el momento en que se nos permita reunirnos con usted, como usted se ha reunido con quienes lo precedieron.

Si nosotros no podemos ir a su lado, usted puede venir al nuestro. Venga, pues, entre quienes lo aman y a quienes ha amado; sosténgalos en las pruebas de la vida; vele por sus seres queridos; protéjalos según sus posibilidades y alivie su pesar con el pensamiento de que ahora es más feliz y con la consoladora certeza de que un día se reunirán con usted en un mundo mejor.

En el mundo donde se encuentra, todos los resentimientos terrenales deben extinguirse. ¡Que, para su felicidad futura, sea usted desde ahora inaccesible a ellos! Perdone, pues, a quienes hayan podido faltarle, como ellos le perdonan las faltas que usted haya podido cometer contra ellos.

Nota. — Se pueden añadir a esta oración, que se aplica a todos, algunas palabras especiales según las circunstancias particulares de familia o de relación y la situación del difunto.

Si se trata de un niño, el Espiritismo nos enseña que no es un Espíritu de creación reciente, sino que ya ha vivido y puede estar ya muy adelantado. Si su última existencia ha sido corta, es porque solo era un complemento de prueba, o debía ser una prueba para los padres. (Cap. v, n.º 21.)

61 Otra. — ¡Señor Todopoderoso, que tu misericordia se extienda sobre nuestros hermanos que acaban de dejar la tierra! ¡Que tu luz brille ante sus ojos! ¡Sácalos de las tinieblas; abre sus ojos y sus oídos! ¡Que tus buenos Espíritus los rodeen y les hagan oír palabras de paz y de esperanza!

Señor, por indignos que seamos, nos atrevemos a implorar tu misericordiosa indulgencia en favor de aquel de nuestros hermanos que acaba de ser llamado del exilio; haz que su regreso sea el del hijo pródigo. ¡Olvida, oh Dios mío, las faltas que haya podido cometer para recordar el bien que haya podido hacer! Tu justicia es inmutable, lo sabemos, pero tu amor es inmenso; te suplicamos que apacigües tu justicia con esa fuente de bondad que mana de ti.

¡Que se haga la luz para usted, hermano mío, que acaba de dejar la tierra! ¡Que los buenos Espíritus del Señor desciendan hacia usted, lo rodeen y lo ayuden a sacudirse sus cadenas terrenales! Comprenda y vea la grandeza de nuestro maestro; sométase sin quejas a su justicia, pero nunca pierda la esperanza en su misericordia. ¡Hermano! ¡Que una seria reflexión sobre su pasado le abra las puertas del porvenir, haciéndole comprender las faltas que deja atrás y el trabajo que aún le queda por hacer para repararlas! ¡Que Dios lo perdone, y que sus buenos Espíritus lo sostengan y lo animen! Sus hermanos de la tierra orarán por usted y le piden que ore por ellos.

(1) Esta oración fue dictada a un médium de Burdeos cuando pasaba ante sus ventanas el cortejo fúnebre de un desconocido.

62 Por las personas a quienes se ha amado

Prefacio. ¡Qué espantosa es la idea de la nada! ¡Cuán dignos de lástima son quienes creen que la voz del amigo que llora a su amigo se pierde en el vacío y no encuentra ningún eco que le responda! Nunca han conocido los

afectos puros y santos quienes piensan que todo muere con el cuerpo; que el genio que ha iluminado al mundo con su vasta inteligencia es un juego de la materia que se extingue para siempre como un soplo; que del ser más querido, de un padre, de una madre o de un hijo adorado solo queda un poco de polvo que el tiempo dispersa sin retorno.

¿Cómo puede un hombre de corazón permanecer frío ante este pensamiento? ¿Cómo la idea de un aniquilamiento absoluto no lo hiela de espanto y no le hace, al menos, desear que no sea así? Si hasta hoy su razón no ha bastado para disipar sus dudas, he aquí que el Espiritismo viene a disipar toda incertidumbre sobre el porvenir mediante las pruebas materiales que da de la supervivencia del alma y de la existencia de los seres de ultratumba. Por eso estas pruebas son recibidas con alegría en todas partes; renace la confianza, pues el hombre sabe desde ahora que la vida terrenal solo es un breve tránsito que conduce a una vida mejor; que sus trabajos de aquí abajo no se pierden para él y que los afectos más santos no se rompen sin esperanza. (Cap. iv, n.º 18; cap. v, n.º 21.)

63 Oración. — Dígnate, oh Dios mío, acoger favorablemente la oración que te dirijo por el Espíritu de N...; hazle entrever tus divinas luces y facilítale el camino de la felicidad eterna. Permite que los buenos Espíritus le lleven mis palabras y mi pensamiento.

Tú, que me eras querido en este mundo, oye mi voz que te llama para darte una nueva muestra de mi afecto. Dios ha permitido que fueras liberado primero: no podría quejarme de ello sin egoísmo, pues sería lamentar que ya no padezcas las penas y los sufrimientos de la vida. Espero, pues, con resignación el momento de nuestra reunión en el mundo más feliz al que me has precedido. Sé que nuestra separación solo es momentánea y

que, por larga que pueda parecerme, su duración se desvanece ante la eternidad de felicidad que Dios promete a sus elegidos. Que su bondad me preserve de hacer nada que pueda retrasar ese instante deseado, y que así me ahorre el dolor de no encontrarte al salir de mi cautiverio terrenal.

¡Oh, qué dulce y consoladora es la certeza de que entre nosotros solo hay un velo material que te oculta a mi vista! Que puedes estar ahí, a mi lado, verme y oírme como antes, y aún mejor que antes; que no me olvidas, como tampoco yo te olvido; que nuestros pensamientos no dejan de unirse y que el tuyo me sigue y me sostiene siempre.

Que la paz del Señor esté contigo.

64 Por las almas sufrientes que piden oraciones

Prefacio. Para comprender el alivio que la oración puede proporcionar a los Espíritus sufrientes, hay que remitirse a su modo de acción, explicado anteriormente. (Cap. xxvii, n.os 9, 18 y siguientes.) Quien está penetrado de esta verdad ora con más fervor por la certeza de no orar en vano.

65 Oración. — Dios clemente y misericordioso, que tu bondad se extienda sobre todos los Espíritus que se encomiendan a nuestras oraciones, y en especial sobre el alma de N...

Buenos Espíritus, cuya única ocupación es el bien, intercedan conmigo por su alivio. Hagan brillar ante sus ojos un rayo de esperanza, y que la luz divina los ilumine sobre las imperfecciones que los alejan de la morada de los bienaventurados. Abran su corazón al arrepentimiento y al deseo de purificarse para acelerar su avance. Háganles comprender que, mediante sus esfuerzos, pueden abreviar el tiempo de sus pruebas.

¡Que Dios, en su bondad, les dé la fuerza para perseverar en sus buenas re-

soluciones!

Que estas palabras benévolas alivien sus penas, mostrándoles que hay en la tierra seres que saben compadecerse de ellas y que desean su felicidad.

66 Otra. — Te rogamos, Señor, que derrames sobre todos los que sufren, ya sea en el espacio como Espíritus errantes, ya sea entre nosotros como Espíritus encarnados, las gracias de tu amor y de tu misericordia. Ten piedad de nuestras debilidades. Nos has hecho falibles, pero nos has dado la fuerza para resistir al mal y vencerlo. Que tu misericordia se extienda sobre todos los que no han podido resistir a sus malas inclinaciones y siguen siendo arrastrados por un mal camino. Que tus buenos Espíritus los rodeen; que tu luz brille ante sus ojos y que, atraídos por su calor vivificante, vengan a postrarse a tus pies, humildes, arrepentidos y sumisos.

Te rogamos también, Padre de misericordia, por aquellos de nuestros hermanos que no han tenido la fuerza para soportar sus pruebas terrenales. Nos das una carga que llevar, Señor, y solo debemos depositarla a tus pies; pero nuestra debilidad es grande y a veces nos falta el valor en el camino. Ten piedad de esos servidores indolentes que han abandonado la obra antes de tiempo; que tu justicia los perdone y permita a tus buenos Espíritus llevarles alivio, consuelo y esperanza en el porvenir. La visión del perdón fortalece el alma; muéstraselo, Señor, a los culpables que desesperan y, sostenidos por esta esperanza, sacarán fuerzas de la grandeza misma de sus faltas y de sus sufrimientos para redimir su pasado y prepararse para conquistar el porvenir.

67 Por un enemigo muerto

Prefacio. La caridad hacia nuestros enemigos debe seguirlos más allá de la tumba. Hay que pensar que el mal que nos han hecho ha sido para noso-

tros una prueba que ha podido ser útil para nuestro avance, si hemos sabido aprovecharla. Ha podido sernos incluso más provechosa que las aflicciones puramente materiales, porque nos ha permitido añadir al valor y a la resignación la caridad y el olvido de las ofensas. (Cap. x, n.º 6; cap. xii, n.os 5, 6.)

68 Oración. — Señor, has querido llamar antes que a mí al alma de N... Le perdono el mal que me ha hecho y sus malas intenciones hacia mí; que pueda arrepentirse de ello, ahora que ya no tiene las ilusiones de este mundo.

Que tu misericordia, Dios mío, se extienda sobre él, y aleja de mí el pensamiento de alegrarme de su muerte. Si he cometido faltas contra él, que me las perdone, como yo olvido las que él ha cometido contra mí.

69 Por un criminal

Prefacio. Si la eficacia de las oraciones fuera proporcional a su longitud, las más largas deberían reservarse para los más culpables, porque las necesitan más que quienes han vivido santamente. Negárselas a los criminales es faltar a la caridad y desconocer la misericordia de Dios; creerlas inútiles porque un hombre haya cometido tal o cual falta es prejuzgar la justicia del Altísimo. (Cap. xi, n.º 14.)

70 Oración. — Señor, Dios de misericordia, no rechacéis a este criminal que acaba de dejar la tierra; la justicia de los hombres ha podido castigarlo, pero no lo exime de vuestra justicia, si su corazón no ha sido tocado por el remordimiento.

Quitadle la venda que le oculta la gravedad de sus faltas; ¡que su arrepentimiento encuentre gracia ante vos y alivie los sufrimientos de su alma! Que también nuestras oraciones y la intercesión de los buenos Espíritus le lle-

ven esperanza y consuelo; le inspiren el deseo de reparar sus malas acciones en una nueva existencia, ¡y le den fuerzas para no sucumbir en las nuevas luchas que emprenderá!

Señor, ¡tened piedad de él!

71 Por un suicida

Prefacio. El hombre nunca tiene derecho a disponer de su propia vida, pues solo a Dios le corresponde sacarlo del cautiverio terrestre cuando lo juzga oportuno. Sin embargo, la justicia divina puede suavizar sus rigores en consideración a las circunstancias, pero reserva toda su severidad para quien ha querido sustraerse a las pruebas de la vida. El suicida es como el prisionero que se evade de su prisión antes de que termine su condena y que, cuando es capturado de nuevo, es tratado con mayor severidad. Así sucede con el suicida, que cree escapar de las miserias presentes y se sumerge en desgracias mayores. (Cap. v, núms. 44 y siguientes.)

72 Oración. — Sabemos, Dios mío, la suerte reservada a quienes violan vuestras leyes acortando voluntariamente sus días; pero también sabemos que vuestra misericordia es infinita: dignaos extenderla sobre el alma de N... ¡Que nuestras oraciones y vuestra compasión suavicen la amargura de los sufrimientos que padece por no haber tenido el valor de esperar el fin de sus pruebas!

Buenos Espíritus, cuya misión es asistir a los desdichados, tomadlo bajo vuestra protección; inspiradle el pesar por su falta, y que vuestra ayuda le dé fuerzas para soportar con mayor resignación las nuevas pruebas que tendrá que sufrir para repararla. Apartad de él a los malos Espíritus que podrían impulsarlo de nuevo al mal y prolongar sus sufrimientos haciéndole

perder el fruto de sus futuras pruebas.
Vos, cuya desgracia es objeto de nuestras oraciones, ¡que nuestra compasión suavice su amargura y haga nacer en vos la esperanza de un porvenir mejor!

73 Por los Espíritus arrepentidos
Prefacio. Sería injusto incluir en la categoría de los malos Espíritus a los Espíritus que sufren y están arrepentidos y que piden oraciones; estos pueden haber sido malos, pero dejan de serlo desde el momento en que reconocen sus faltas y las lamentan: solo son desdichados; algunos incluso comienzan a disfrutar de una felicidad relativa.

74 Oración. — Dios de misericordia, que aceptáis el arrepentimiento sincero del pecador, encarnado o desencarnado, he aquí un Espíritu que se había complacido en el mal, pero que reconoce sus errores y entra en el buen camino; dignaos, Dios mío, recibirlo como a un hijo pródigo y perdonarlo.
Buenos Espíritus cuya voz ha desoído, quiere escucharos de ahora en adelante; permitidle vislumbrar la dicha de los elegidos del Señor, para que persevere en el deseo de purificarse y alcanzarla; sostenedlo en sus buenas resoluciones y dadle fuerzas para resistir a sus malos instintos.
Espíritu de N..., ¡os felicitamos por vuestro cambio y damos gracias a los buenos Espíritus que os han ayudado!
Si antes os complacíais en hacer el mal, era porque no comprendíais lo dulce que es el placer de hacer el bien; también os sentíais demasiado bajo para esperar alcanzarlo. Pero desde el instante en que pusisteis el pie en el buen camino, una nueva luz se hizo para vos; comenzasteis a saborear una felicidad desconocida y la esperanza entró en vuestro corazón. Es que Dios escucha siempre la oración del pecador arrepentido; no rechaza a ninguno de los que acuden a él.

Para recobrar por completo su gracia, aplicaos de ahora en adelante no solo a dejar de hacer el mal, sino a hacer el bien y, sobre todo, a reparar el mal que habéis hecho; entonces habréis satisfecho la justicia de Dios; cada buena acción borrará una de vuestras faltas pasadas.

El primer paso está dado; ahora, cuanto más avancéis, más fácil y agradable os parecerá el camino. Perseverad, pues, y un día tendréis la gloria de contaros entre los buenos Espíritus y los Espíritus bienaventurados.

75 Por los Espíritus endurecidos

Prefacio. Los malos Espíritus son aquellos a quienes el arrepentimiento aún no ha tocado; que se complacen en el mal y no sienten ningún pesar por ello; que son insensibles a los reproches, rechazan la oración y a menudo blasfeman contra el nombre de Dios. Son esas almas endurecidas que, después de la muerte, se vengan en los hombres de los sufrimientos que padecen y persiguen con su odio a aquellos contra quienes guardaron rencor durante su vida, ya sea mediante la obsesión o mediante cualquier otra influencia funesta. (Cap. x, n.º 6; cap. xii, núms. 5, 6.)

Entre los Espíritus perversos hay dos categorías bien distintas: los que son abiertamente malos y los que son hipócritas. Los primeros son infinitamente más fáciles de reconducir al bien que los segundos; la mayoría de las veces son naturalezas rudas y groseras, como las que se ven entre los hombres, que hacen el mal más por instinto que por cálculo y no intentan hacerse pasar por mejores de lo que son; pero hay en ellos un germen latente que hay que hacer brotar, y casi siempre se consigue con perseverancia, con firmeza unida a la benevolencia, mediante consejos, razonamientos y oraciones. En la mediumnidad, la dificultad que tienen para escribir el nombre de Dios es indicio de un temor instintivo, de una voz íntima de la con-

ciencia que les dice que son indignos de ello; quien se encuentra en ese punto está en el umbral de la conversión, y todo puede esperarse de él: basta con encontrar el punto vulnerable de su corazón.

Los Espíritus hipócritas son casi siempre muy inteligentes, pero no tienen en el corazón ninguna fibra sensible; nada los conmueve; simulan todos los buenos sentimientos para ganarse la confianza y se alegran cuando encuentran incautos que los aceptan como Espíritus santos y a quienes pueden gobernar a su antojo. El nombre de Dios, lejos de inspirarles el menor temor, les sirve de máscara para encubrir sus vilezas. En el mundo invisible, como en el mundo visible, los hipócritas son los seres más peligrosos, porque actúan en la sombra y no se desconfía de ellos. Solo tienen las apariencias de la fe, pero ninguna fe sincera.

76 Oración. — Señor, dignaos dirigir una mirada de bondad hacia los Espíritus imperfectos que aún están en las tinieblas de la ignorancia y no os reconocen, y en particular hacia el de N....

Buenos Espíritus, ayudadnos a hacerle comprender que, al inducir a los hombres al mal, al obsesionarlos y atormentarlos, prolonga sus propios sufrimientos; haced que el ejemplo de la felicidad que disfrutáis sea un estímulo para él.

Espíritu que aún os complacéis en el mal, acabáis de oír la oración que hacemos por vos; debe demostraros que deseamos haceros el bien, aunque hagáis el mal.

Sois desdichado, pues es imposible ser feliz haciendo el mal; ¿por qué, entonces, permanecer en el sufrimiento cuando de vos depende salir de él? Mirad a los buenos Espíritus que os rodean; ved lo felices que son, ¿y acaso no sería más agradable para vos disfrutar de la misma felicidad?

Diréis que eso os resulta imposible; pero nada es imposible para quien quiere, pues Dios os ha dado, como a todas sus criaturas, la libertad de elegir entre el bien y el mal, es decir, entre la felicidad y la desdicha, y nadie está condenado a hacer el mal. Si tenéis la voluntad de hacerlo, podéis tener la de hacer el bien y ser feliz.

Volved vuestra mirada hacia Dios; elevaos un solo instante hacia él con el pensamiento, y un rayo de su divina luz vendrá a iluminaros. Decid con nosotros estas sencillas palabras: Dios mío, me arrepiento, perdonadme. Intentad arrepentiros y hacer el bien en lugar de hacer el mal, y veréis que enseguida su misericordia se extenderá sobre vos y que un bienestar desconocido vendrá a reemplazar las angustias que padecéis.

Una vez que hayáis dado un paso en el buen camino, el resto del trayecto os parecerá fácil. Comprenderéis entonces cuánto tiempo habéis perdido por vuestra culpa para alcanzar la dicha; pero un porvenir radiante y lleno de esperanza se abrirá ante vos y os hará olvidar vuestro miserable pasado, lleno de turbación y de tormentos morales que serían para vos el infierno si tuvieran que durar eternamente. Llegará un día en que esos tormentos serán tales que querréis hacerlos cesar a cualquier precio; pero cuanto más esperéis, más difícil os resultará.

No creáis que permaneceréis siempre en el estado en que os encontráis; no, eso es imposible; tenéis ante vos dos perspectivas: una, sufrir mucho más de lo que sufrís ahora; la otra, ser feliz como los buenos Espíritus que os rodean: la primera es inevitable si persistís en vuestra obstinación; un simple esfuerzo de vuestra voluntad basta para sacaros de la difícil situación en que os encontráis. Apresuraos, pues, porque cada día de retraso es un día perdido para vuestra felicidad.

Buenos Espíritus, haced que estas palabras encuentren entrada en esta alma aún atrasada, para que la ayuden a acercarse a Dios. Os lo pedimos en nombre de Jesucristo, que tuvo tan gran poder sobre los malos Espíritus.

77 V. Por los enfermos y los obsesados. Por los enfermos

Prefacio. Las enfermedades forman parte de las pruebas y las vicisitudes de la vida terrestre; son inherentes a la tosquedad de nuestra naturaleza material y a la inferioridad del mundo que habitamos. Las pasiones y los excesos de todo tipo siembran en nosotros gérmenes malsanos, a menudo hereditarios. En los mundos más avanzados física o moralmente, el organismo humano, más depurado y menos material, no está sujeto a las mismas dolencias, y el cuerpo no es minado de forma oculta por los estragos de las pasiones (cap. iii, n.º 9). Debemos, pues, resignarnos a sufrir las consecuencias del medio en que nos sitúa nuestra inferioridad, hasta que hayamos merecido cambiarlo. Esto no debe impedirnos, mientras tanto, hacer cuanto dependa de nosotros para mejorar nuestra situación actual; pero si, a pesar de nuestros esfuerzos, no podemos conseguirlo, el Espiritismo nos enseña a soportar con resignación nuestros males pasajeros.

Si Dios no hubiera querido que los sufrimientos corporales se disiparan o aliviaran en ciertos casos, no habría puesto medios curativos a nuestra disposición. Su previsora solicitud a este respecto, de acuerdo en ello con el instinto de conservación, indica que es nuestro deber buscarlos y aplicarlos.

Junto a la medicación ordinaria, elaborada por la ciencia, el magnetismo nos ha dado a conocer el poder de la acción fluídica; después, el Espiritismo vino a revelarnos otra fuerza en la mediumnidad curativa y la influencia de la oración. (Véase más adelante la nota sobre la mediumnidad curativa.)

78 Oración. (Por el enfermo.) — Señor, sois todo justicia; la enfermedad que habéis tenido a bien enviarme debo haberla merecido, porque nunca afligís sin causa. Me encomiendo, para mi curación, a vuestra infinita misericordia; si os complace devolverme la salud, bendito sea vuestro santo nombre; si, por el contrario, aún debo sufrir, sea igualmente bendito; me someto sin quejarme a vuestros divinos decretos, pues todo lo que hacéis solo puede tener por fin el bien de vuestras criaturas.
Haced, Dios mío, que esta enfermedad sea para mí una advertencia saludable y me lleve a reflexionar sobre mí mismo; la acepto como una expiación del pasado y como una prueba para mi fe y mi sumisión a vuestra santa voluntad. (Véase la oración n.º 40.)

79 Oración. (Por el enfermo). — Dios mío, tus designios son impenetrables, y en tu sabiduría has creído necesario afligir a N... con la enfermedad. Dirige, te lo suplico, una mirada de compasión a sus sufrimientos y dígnate ponerles fin.
Buenos Espíritus, ministros del Todopoderoso, secundad, os lo ruego, mi deseo de aliviarlo; dirigid mi pensamiento para que vaya a derramar un bálsamo saludable sobre su cuerpo y consuelo en su alma.
Inspiradle paciencia y sumisión a la voluntad de Dios; dadle fuerzas para soportar sus dolores con resignación cristiana, a fin de que no pierda el fruto de esta prueba. (V. la oración n° 57.)

80 Oración. (Por el médium sanador.) — Dios mío, si te dignas servirte de mí, por indigno que sea, puedo sanar este sufrimiento, si tal es tu voluntad, porque tengo fe en ti; pero sin ti nada puedo. Permite que los buenos Espí-

ritus me impregnen de su fluido saludable, para que yo lo transmita a este enfermo, y aparta de mí todo pensamiento de orgullo y de egoísmo que pudiera alterar su pureza.

81 Por los obsesados

Prefacio. La obsesión es la acción persistente que un Espíritu malo ejerce sobre un individuo. Presenta características muy distintas, desde la simple influencia moral, sin signos exteriores perceptibles, hasta la perturbación completa del organismo y de las facultades mentales. Anula todas las facultades mediúmnicas; en la mediumnidad por la escritura se manifiesta por la obstinación de un Espíritu en manifestarse con exclusión de todos los demás.

Los Espíritus malos pululan alrededor de la Tierra, debido a la inferioridad moral de sus habitantes. Su acción maligna forma parte de los males a los que está expuesta la humanidad en este mundo. La obsesión, como las enfermedades y todas las tribulaciones de la vida, debe, pues, considerarse una prueba o una expiación y aceptarse como tal.

Así como las enfermedades son el resultado de las imperfecciones físicas que hacen al cuerpo accesible a las influencias perniciosas exteriores, la obsesión es siempre el resultado de una imperfección moral que da entrada a un Espíritu malo. A una causa física se opone una fuerza física; a una causa moral hay que oponer una fuerza moral. Para prevenir las enfermedades se fortalece el cuerpo; para protegerse de la obsesión hay que fortalecer el alma; de ahí, para el obsesado, la necesidad de trabajar en su propia mejora, lo que suele bastar para librarlo del obsesor, sin la ayuda de otras personas. Esta ayuda se vuelve necesaria cuando la obsesión degenera en subyugación y en posesión, pues entonces el paciente pierde a veces su voluntad y

su libre albedrío.

La obsesión es casi siempre el resultado de una venganza ejercida por un Espíritu, cuyo origen se encuentra la mayoría de las veces en las relaciones que el obsesado mantuvo con él en una existencia anterior. (Véase cap. x, n° 6; cap. xii, nos 5, 6).

En los casos de obsesión grave, el obsesado está como envuelto e impregnado de un fluido pernicioso que neutraliza la acción de los fluidos saludables y los repele. De ese fluido hay que librarlo; ahora bien, un fluido malo no puede ser repelido por otro fluido malo. Mediante una acción idéntica a la del médium sanador en los casos de enfermedad, hay que expulsar el fluido malo con ayuda de un fluido mejor, que produce en cierto modo el efecto de un reactivo. Esta es la acción mecánica, pero no basta; también, y sobre todo, hay que actuar sobre el ser inteligente, al que es preciso tener el derecho de hablar con autoridad, y esa autoridad solo se concede a la superioridad moral; cuanto mayor es esta, mayor es la autoridad. Eso tampoco es todo; para asegurar la liberación, hay que llevar al Espíritu perverso a renunciar a sus malas intenciones; hay que hacer nacer en él el arrepentimiento y el deseo del bien, mediante instrucciones hábilmente dirigidas, en evocaciones particulares realizadas con vistas a su educación moral; entonces se puede tener la doble satisfacción de liberar a un encarnado y convertir a un Espíritu imperfecto.

La tarea resulta más fácil cuando el obsesado, al comprender su situación, contribuye con su voluntad y su oración; no ocurre así cuando este, seducido por el Espíritu engañador, se hace ilusiones sobre las cualidades de quien lo domina y se complace en el error en que este último lo sumerge; pues entonces, lejos de colaborar, rechaza toda ayuda. Es el caso de la fascinación, siempre infinitamente más resistente que la subyugación más vio-

lenta. (Libro de los médiums, cap. xxiii.)

En todos los casos de obsesión, la oración es el auxiliar más poderoso para actuar contra el Espíritu obsesor.

82 Oración. (Por el obsesado.) — Dios mío, permite que los buenos Espíritus me liberen del Espíritu maligno que se ha apegado a mí. Si ejerce una venganza por agravios que yo le hubiera causado en otro tiempo, tú lo permites, Dios mío, como castigo, y sufro la consecuencia de mi falta. ¡Que mi arrepentimiento me haga merecer tu perdón y mi liberación! Pero, cualquiera que sea su motivo, invoco sobre él tu misericordia; dígnate facilitarle el camino del progreso que lo apartará de la idea de hacer el mal. Que yo pueda, por mi parte, devolviéndole bien por mal, llevarlo a mejores sentimientos.

Pero también sé, Dios mío, que son mis imperfecciones las que me hacen accesible a las influencias de los Espíritus imperfectos. Dame la luz necesaria para reconocerlas; combate sobre todo en mí el orgullo que me ciega ante mis defectos.

¡Qué grande debe de ser mi indignidad, si un ser maligno puede dominarme!

Haz, Dios mío, que este golpe a mi vanidad me sirva de lección para el futuro; que me fortalezca en la resolución que tomo de purificarme mediante la práctica del bien, de la caridad y de la humildad, a fin de oponer desde ahora una barrera a las malas influencias.

Señor, dame fuerzas para soportar esta prueba con paciencia y resignación; comprendo que, como todas las demás pruebas, debe contribuir a mi progreso si no pierdo su fruto con mis quejas, puesto que me ofrece una oca-

sión de mostrar mi sumisión y de ejercer mi caridad hacia un hermano desdichado, perdonándole el mal que me hace. (Cap. xii, nos 5, 6; cap. xxviii, nos 15 y siguientes, 46, 47.)

83 Oración. (Por el obsesado.) — Dios Todopoderoso, dígnate darme el poder de liberar a N... del Espíritu que lo obsesa; si entra en tus designios poner fin a esta prueba, concédeme la gracia de hablar a ese Espíritu con autoridad.
Buenos Espíritus que me asistís, y tú, su ángel de la guarda, prestadme vuestro apoyo; ayudadme a librarlo del fluido impuro que lo envuelve.
En nombre de Dios Todopoderoso, conmino al Espíritu maligno que lo atormenta a retirarse.

84 Oración. (Por el Espíritu obsesor.) — Dios infinitamente bueno, imploro tu misericordia para el Espíritu que obsesa a N...; hazle entrever las luces divinas, para que vea el camino equivocado que ha tomado. Buenos Espíritus, ayudadme a hacerle comprender que tiene todo que perder haciendo el mal y todo que ganar haciendo el bien.
Espíritu que te complaces en atormentar a N..., escúchame, porque te hablo en nombre de Dios. Si quieres reflexionar, comprenderás que el mal no puede imponerse al bien y que no puedes ser más fuerte que Dios y los buenos Espíritus.
Ellos habrían podido preservar a N... de cualquier ataque por tu parte; si no lo han hecho, es porque él (o ella) tenía una prueba que sufrir. Pero, cuando esa prueba haya terminado, te quitarán toda posibilidad de actuar sobre él; el mal que le has hecho, en vez de perjudicarlo, habrá servido para su progreso, y será aún más feliz; así, tu maldad habrá sido un esfuerzo inútil para ti y se volverá contra ti.

Dios, que es todopoderoso, y los Espíritus superiores, sus delegados, que son más poderosos que tú, podrán, pues, poner fin a esta obsesión cuando lo quieran, y tu tenacidad se quebrará ante esa autoridad suprema. Pero, precisamente porque Dios es bueno, quiere dejarte el mérito de cesar por tu propia voluntad. Es una tregua que se te concede; si no la aprovechas, sufrirás sus deplorables consecuencias; te esperan grandes castigos y crueles sufrimientos; te verás obligado a implorar su piedad y las oraciones de tu víctima, que ya te perdona y ora por ti, lo cual es un gran mérito a los ojos de Dios y apresurará su liberación.

Reflexiona, pues, mientras aún estás a tiempo, porque la justicia de Dios caerá sobre ti como sobre todos los Espíritus rebeldes. Piensa que el mal que haces en este momento tendrá necesariamente un fin, mientras que, si persistes en tu endurecimiento, tus sufrimientos irán aumentando sin cesar.

Cuando estabas en la Tierra, ¿no te habría parecido estúpido sacrificar un gran bien por una pequeña satisfacción de un momento? Lo mismo ocurre ahora que eres Espíritu. ¿Qué ganas con lo que haces? El triste placer de atormentar a alguien, lo que no te impide ser desdichado, digas lo que digas, y te hará aún más desdichado.

Por otra parte, mira lo que pierdes; contempla a los buenos Espíritus que te rodean y mira si su suerte no es preferible a la tuya. La felicidad de que disfrutan será también tuya cuando lo quieras. ¿Qué hace falta para ello? Implorar a Dios y hacer el bien en lugar de hacer el mal. Sé que no puedes transformarte de repente; pero Dios no pide lo imposible; lo que quiere es buena voluntad. Inténtalo, pues, y te ayudaremos. Haz que pronto podamos decir por ti la oración por los Espíritus arrepentidos (n° 73) y dejar de contarte entre los Espíritus malos, a la espera de que puedas contarte entre

los buenos.

(Véase también, más arriba, n° 75, la oración por los Espíritus endurecidos.)

Observación. La curación de las obsesiones graves requiere mucha paciencia, perseverancia y abnegación; exige también tacto y habilidad para llevar al bien a Espíritus a menudo muy perversos, endurecidos y astutos, pues los hay rebeldes en grado extremo; en la mayoría de los casos, hay que guiarse por las circunstancias; pero, cualquiera que sea el carácter del Espíritu, hay un hecho cierto: no se obtiene nada mediante la coacción o la amenaza; toda la influencia reside en el ascendiente moral. Otra verdad, igualmente comprobada tanto por la experiencia como por la lógica, es la completa ineficacia de los exorcismos, las fórmulas, las palabras sacramentales, los amuletos, los talismanes, las prácticas exteriores o cualquier signo material.

La obsesión prolongada durante mucho tiempo puede ocasionar trastornos patológicos y requiere a veces un tratamiento simultáneo o posterior, ya sea magnético o médico, para restablecer el organismo. Una vez eliminada la causa, queda combatir los efectos. (V. Libro de los médiums, cap. xxiii; sobre la obsesión. — Revista Espírita, febrero y marzo de 1864; abril de 1865: ejemplos de curaciones de obsesiones.)

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0